

La Danza
de la Muerte
VEIT HEINICHEN
Siruela/ Policiaca



Veit Heinichen

La Danza de la Muerte

Traducción del alemán de
Isabel García Adánez

 Siruela

Nuevos Tiempos

ÍNDICE

Cubierta
Portadilla
Buenos amigos
Todo tiene su precio
Ambiente explosivo
Negocios creativos
Basura
Siempre a quien menos lo merece
Agradable compañía
Últimas palabras
Aumenta el oleaje
Cada cosa a su tiempo
Epílogo
Uno se encuentra más de una vez en la vida
El durmiente despierta
18.9.18'09"
Después de la lluvia
Créditos

La Danza de la Muerte

Vive en lo oculto.

Epicuro

En todo reina la casualidad.

Echa el anzuelo sin más;
donde menos te lo esperes
aparecerá el pez en la corriente.

Ovidio

El ser humano es una cosa curiosa.

Kenneth Patchen

Buenos amigos

Corría el año en el que los alemanes enviaron un Papa a Roma para vengarse de los italianos por lo de Trappatoni. Bávaro contra entrenador de fútbol. A pesar de su nerviosismo, Proteo Laurenti se partió de risa al oír, por la radio del coche, cómo la «suma sotana» recordaba a sus fieles que la iglesia católica no era una sopa de verduras recalentada. Al menos la gramática italiana era correcta.

Laurenti bajó el volumen y, con el coche recién comprado de su mujer, un Fiat Punto azul, cruzó el pequeño puesto de frontera de Prebenico, al pie del castillo de Socerb; las barreras de ambos lados estaban levantadas. No se veía a ningún guarda por ninguna parte, así que, en realidad, también habría podido llevarse su coche de la policía sin tener que contarle a Laura una excusa barata para que le dejase el nuevo. Un cuarto de hora más tarde había quedado con Živa Ravno, la fiscal croata de Pula. Casi cuatro años duraba ya su aventura; a Laurenti se le echaba el tiempo encima y estaba cada vez más nervioso. Aquella mujer, quince años más joven que él, llevaba meses dándole largas y, por fin, después de haberle dicho de todo para convencerla por teléfono, le había propuesto un punto de encuentro en un pequeño valle al otro lado de la frontera eslovena, donde la piedra caliza gris del Carso se convertía en suelo fértil y crecían frondosos árboles frutales y viñas.

—En la pequeña ermita de Hrastovlje —le había dicho ella—, allí es donde quiero que quedemos.

Laurenti repitió sus palabras mientras hacía sufrir al Fiat por una calleja llena de curvas. Con lo racional que era Živa en su trabajo, desde luego no se quedaba corta en cuanto a gestos teatrales. «Esa iglesia es la Biblia del pueblo llano que no sabe leer. Tiene unos frescos del siglo XV de una belleza increíble que representan el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y una Danza de la Muerte que te llega al alma. Debería darte vergüenza no

haber estado allí nunca, Proteo. ¡Después de treinta años viviendo en Trieste! Está nada más cruzar la frontera.»

—¿Y por qué allí, precisamente? —había preguntado Laurenti—. ¿Por qué no podemos quedar en algún hotel de la costa sin más, como antes?

La risa de Živa, antes de responder, sonó falsa.

—No me apetece. Hrastovlje es más adecuado para lo que tengo que decirte.

Antes de que Laurenti tuviera ocasión de preguntar qué era aquello, Živa dio por terminada la conversación con la excusa de que tenía una cita urgente.

Mientras que la franja de costa resplandecía bajo el sol, sobre las colinas del interior de Istria se habían formado pesadas nubes de tormenta. Desde lejos, Laurenti avistó ya el campanario de picudo tejado piramidal que sobresalía por encima de las gruesas murallas con las ruinas de los antiguos torreones. Aunque llegaba con diez minutos de retraso, no vio ningún otro coche en el aparcamiento que había al pie de la colina, coronada por la ermita. Laurenti cerró el Fiat y miró a su alrededor. Živa, al contrario que él, siempre había sido muy puntual. Laurenti seleccionó la red eslovena en el móvil y, de mala gana, emprendió la subida por el sendero. Se quedó desconcertado al ver que el pesado portón de hierro estaba cerrado con un candado gigantesco. Debajo de una señal que representaba una cámara de fotos tachada con una gruesa barra roja había un cartel, en dos idiomas, con el número de teléfono de la persona encargada de cuidar la iglesia. Comenzaban a caer los primeros goterones de lluvia y Laurenti decidió no esperar a Živa. Una voz femenina al otro lado de la línea telefónica le dijo que llegaría en cinco minutos para abrirle y enseñarle la ermita. Laurenti se planteó durante un instante si no sería mejor esperarla en la *gostilna*, la taberna que había visto más abajo, pero luego se arrimó al portón para, al menos, cobijarse un poco de la tormenta bajo el arco de piedra.

¿Cuánto hacía que no se veían? Laurenti intentó recordar la fecha de su último encuentro. Había sido justo dos meses y cuatro días atrás, y ni siquiera se habían acostado. Živa estaba nerviosa y parecía tener la cabeza en otra parte, había retirado la mano todas las veces que él había intentando cogérsela. Habían quedado al mediodía en Koper, después de una cita con el fiscal jefe de Trieste a la que Živa tenía que acudir. Durante décadas, aquella pequeña ciudad vecina al otro lado de la frontera había sido el lugar clave para aquellos atentos padres de familia que también querían hacer caso a sus secretarias durante las dos horas del descanso para comer. Laurenti siempre se había

preguntado cómo se las apañarían para no encontrarse allí unos con otros todo el tiempo, aunque, desde que se podía cruzar la frontera sin problemas, también se habían diversificado mucho los destinos. Así pues, no le había sido difícil reservar una habitación de hotel en Koper, pero Živa había insistido en tomar un aperitivo en el Café Loggia, bajo los antiguos soportales. Al parecer no quería nada de intimidades de pareja. Respondía con evasivas a las preguntas de Laurenti y se limitaba a hablar del caso que estaba llevando y que, según dijo, le quitaba el sueño. Se trataba de la bancarrota de la residencia de verano Skiper, en lo alto de una colina a cuyo pie estaban las salinas de Sečolnje. Años atrás, una alianza compuesta por parientes de la flor y nata de la agitadora Lega Nord, los altos cargos financieros de Carintia y la antigua Nomenclatura croata, había acometido allí, en plena reserva natural, donde también estaba prohibido edificar nada que obstruyese las magníficas vistas sobre el golfo de Pirano, la construcción de un enorme complejo de hormigón apodado Il Paradiso di Bossi del que se rumoreaba que habría de convertirse en colonia de vacaciones de esta peculiar liga internacional de la xenofobia. Entretanto, los fiscales investigaban una bancarrota fraudulenta en la que, sobre todo, habían dado gato por liebre a los seguidores de la Lega Nord. Las investigaciones de Živa se centraban en las sospechas de sobornos para conseguir los correspondientes permisos urbanísticos, mientras que uno de sus compañeros italianos se ocupaba de rastrear la posible financiación encubierta con dinero del partido. Además, Živa había mencionado otra sospecha que tenía. Al parecer, en todo aquel asunto también estaba mezclado uno de los enemigos acérrimos de Laurenti que ahora había conseguido labrarse una buena posición en la sociedad y se movía en los círculos más altos. A pesar de que todo giraba en torno a los viejos conocidos de siempre, los que tantos quebraderos de cabeza daban al comisario, Laurenti sólo había atendido a su amante a medias.

Oyó el ruido de un motor y, al poco rato, una mujer de su edad con un imponente manojo de llaves bajaba de un destartado Renault 4 azul y le saludaba. Si Živa no llegaba, Laurenti echaría, él solo, un rápido vistazo al interior de la ermita para, finalmente, volver a Trieste enfadado y sin llamarla. Eso era lo que Živa se merecía. Laurenti no imaginaba que su visita duraría más de lo que el exterior de la ermita le había sugerido. Para lo reducidas que eran las dimensiones de aquella edificación románica, tanto más espléndidos eran los frescos. Apenas daba crédito a sus ojos. No había

centímetro cuadrado que no estuviera pintado. En la Edad Media, el horror al vacío debía de ser todavía más profundo. Atentamente prestó oídos a la mujer que, sólo para él, desplegaba todo un abanico de conocimientos, llamando su atención sobre los múltiples detalles que adornaban la nave central, con su bóveda de cañón, así como las dos naves laterales: el Antiguo y el Nuevo Testamento, la historia de la Creación y la Pasión, la Expulsión del Paraíso, Caín y Abel y dos bodegones tempranos: mesas con pan, queso y vino, una botella y una jarra.

—En aquel entonces, la gente se interesaba más por lo que no era terrenal que por la realidad —decía la señora en el momento en que sintió una corriente de aire, acompañada por el chirrido del portón. La guía dirigió la mirada hacia los delgados muros que separaban los ábsides y le mostró las imágenes de San Esteban y San Laurencio, representados como diáconos. El comisario no pudo evitar sonreír al oír su apellido y, en ese mismo instante, notó una mano mojada por la lluvia que se agarraba a la suya y, justo después, el aliento cálido de Živa en el oído.

—Lo siento —musitó ésta—, había un accidente en la autopista.

La guía hizo caso omiso de la interrupción y pasó a comentar un fresco de la nave orientada al sur.

—Un caso muy especial en la iconografía cristiana y, sin duda, el motivo por el que muchos turistas se acercan hasta aquí es la Danza de la Muerte. Fíjense bien, la idea que subyace a todo es la igualdad de todos los seres humanos ante la Muerte, la única que trata a todos con justicia y de la que nadie puede escapar. Todos están obligados a seguirla, a todos les sonríe con la misma desvergüenza mientras los conduce a la tumba recién cavada. No permite excepciones. Miren: el papa, el rey, la reina, el cardenal, el obispo, un pobre monjecillo, un rico comerciante, un mendigo decrepito, un niño. La Muerte no se deja sobornar por nadie, aunque, como ven, todos lo intentan, cada uno a su manera.

Laurenti rodeó los hombros de Živa con el brazo y la acercó a él. La guía pasó a comentar la representación de los meses del año en el techo.

—Tenías razón —susurró Laurenti—, ya era hora de que alguien me enseñara todo esto.

—Y aquí ven la inscripción en glagolítico, el alfabeto de la iglesia eslava que, gracias a Dios, se ha conservado: «Frescos terminados el 13 de julio de 1490. Maestro Juan de Kastar». Un artista de las cercanías de Rijeka. En algún momento, los frescos fueron cubiertos de cal y no se redescubrieron y limpiaron hasta siglos después, hasta 1949.

Laurenti le dio las gracias por la visita y compró unas cuantas postales que reproducían las obras de arte... tenía que enseñárselas sin falta a su mujer y traerla sin tardanza a ver aquel maravilloso lugar en persona. Para cuando salieron de la ermita, las nubes de tormenta se habían dispersado y un suave resplandor de sol bañaba el frondoso paisaje verde.

—¿Vamos a la taberna de allí abajo? —preguntó Laurenti.

Živa asintió con la cabeza y se enganchó de su brazo.

—¡Qué maravilla de ermita! Pinturas istrias del gótico tardío en un edificio que, por entonces, ya tendría otros trescientos años. La muralla no se construyó hasta la época de los asedios turcos.

—Lo que me parece especialmente trágico es el primer error de la Creación, la expulsión del Paraíso —Laurenti agarró a Živa por los hombros—. Qué dios más cruel. Ahí empezó la maldición del trabajo.

—¿Y la Danza de la Muerte, el intento de comprarle la vida a la Muerte? Me recuerda demasiado a nuestra clientela —dijo Živa.

Laurenti le abrió la puerta de la *gostilna* Švab. Era una estancia alargada y de techo bajo en la que predominaba la barra en la parte delantera, comunicada al fondo con el comedor. Entre semana, casi nadie frecuentaba el local al mediodía. A excepción de dos campesinos que estaban tomándose un vino en la barra, ellos eran los únicos clientes. La carta ofrecía los habituales y potentes platos de la cocina istria, que abarcan desde el jamón crudo de matanza casera o la espesa sopa de maíz hasta el guiso de gallina más apreciado entre los campesinos o el asado de ternera. Laurenti respiró aliviado al descubrir la trucha fresca. Todo lo demás le habría resultado demasiado pesado, pues la contención de Živa, que no quería más que verduras a la plancha y, como plato principal, ortigas al vapor, le había cerrado el estómago. Y muy en contra de su costumbre, consideraron que medio litro de malvasía de barril sería suficiente.

—Anda que no te has hecho de rogar últimamente —dijo Laurenti, apoyando la barbilla en las manos, con los codos sobre la mesa—. Te echo mucho de menos cuando te muestras tan inaccesible. Casi no hemos hablado, casi siempre soy yo el que te llama mientras que tú, en cambio, sólo lo haces para algún asunto del trabajo. A veces tengo la sensación de que ya no me quieres.

Y, como tantas veces, se sintió en desventaja cuando el camarero trajo el vino y así Živa pudo eludir una respuesta directa. Ella esperó a que volvieran a quedarse los dos

solos. Sonrió a Proteo con dulzura, casi con compasión, y dio un pequeño sorbo a su vaso sin brindar antes con él.

Como Laurenti guardaba silencio, le cogió la mano y le miró a los ojos.

—La vida sigue, cariño. Cambia cada día. Vivimos en una época de aceleración imparable. Mañana, nada será igual que hoy. El trabajo se multiplica de día en día, sin aliento buscamos la tranquilidad, que ya no existe más que en nuestra imaginación, como el recuerdo del olor del heno fresco que conocemos de nuestra infancia. Nuestros clientes son innovadores y les mueve una sed de acción de la que carece el resto de la sociedad. Suenan las sirenas por todas partes, los teléfonos no callan un minuto, hasta las mesas parecen gemir bajo el peso de las montañas de expedientes que se acumulan en ellas cada día. No te puedes hacer idea de los problemas de organización que he tenido que salvar sólo para poder quedar contigo. Ya no sé ni dónde tengo la cabeza, Proteo.

De nuevo los interrumpieron, ahora les traían los cubiertos.

—Lo que se gana en tiempo se pierde en consciencia, Živa.

—¿Quién dijo eso?

Laurenti se hizo el interesante. En efecto, no se lo había inventado él. Un escritor francés, uno que murió hace mucho. Lo leí en un almanaque.

—Cambia eso si puedes —replicó ella.

Proteo resopló por la nariz.

—En noviembre se cumplen cuatro años... Si es que conseguimos llegar a noviembre.

—¿Cuatro años de qué? —la voz de Živa ya no sonaba dulce, sino más bien como si los lamentos sentimentales de Proteo le atacaran los nervios.

Esta vez, la interrupción redundó en beneficio de Laurenti. Oyeron el tintineo de una campanilla desde la cocina y, al instante, los pasos del tabernero. Para Živa, al final había traído las ortigas junto con las otras verduras; delante de Laurenti humeaban ahora un plato de patatas hervidas y una bandeja con una trucha a la que le habían doblado la aleta de cola hacia arriba.

—Cuatro años —Živa golpeó la cola tesa de la trucha con el cuchillo—. Cuatro años de disimulo, aunque todo el mundo a nuestro alrededor se hubiera dado cuenta hace mucho. Ni una sola excursión de domingo juntos, ni un viaje juntos, ni siquiera un desayuno juntos, nada de vacaciones y nada de rutina cotidiana, nada de peleas y nada de reconciliaciones.

Laurenti la miró asustado. En efecto, aquélla era la primera vez que iban juntos a ver

una iglesia desde que se conocían. Pero ¿por qué se quejaba ella ahora?

—Así lo convinimos. ¿Y qué es eso de que todo el mundo está enterado? —dijo mientras fileteaba el pescado en el plato, de mal humor y sin concentración.

—Ha sido una... ¿cómo lo diría...? una fructífera colaboración. Eso es lo que ha habido entre nosotros hasta ahora, nada más. Y no es suficiente, en mi opinión.

—Que aproveche, Živa.

—No juegues al despiste, Proteo —por el momento, Živa ni siquiera había mirado sus ortigas—. Dame una única razón por la que deberíamos continuar con esta relación.

—Tú siempre has insistido en que querías libertad, Živa. Y yo nunca te he preguntado cuál es tu situación, mientras que tú, en cambio, conoces todos y cada uno de los pasos que doy.

Su voz fuerte resonó en el espacio vacío. Proteo vio que el tabernero, en la barra, hacía un marcado gesto a los dos hombres que tenía enfrente y, con los ojos, señalaba en la dirección donde estaban sentados comiendo Živa y él.

—Pues de eso mismo se trata —Živa, que por fin había tomado el primer bocado, depositó el cubierto en el plato haciendo ruido a propósito—. Hemos pasado cuatro bonitos años juntos, o mejor dicho: dos. El tiempo en que realmente estuvimos el uno cerca del otro, en que nos reíamos y bromeábamos juntos y hacíamos el amor como nos venía en gana. La segunda mitad de nuestra relación, Proteo, ya no ha sido así. Así que he decidido ponerle fin.

Ahora fue Laurenti quien estampó sus cubiertos sobre el plato. Los tres hombres de la barra se volvieron asustados hacia ellos, hacía mucho que sus matrimonios no conocían semejantes arrebatos de ira.

—Quedemos como buenos amigos y recordemos los momentos felices que hemos pasado juntos —prosiguió Živa antes de que a él le diera tiempo a replicar—. Pero nada más. Quiero ser libre. Y contigo ya no lo soy.

—Si alguien te ha dejado toda la libertad del mundo ése he sido yo, Živa —Proteo palpó su chaqueta en busca de cigarrillos, aunque llevaba dos años sin comprar, limitándose a echar mano de los ajenos cuando estaba nervioso.

—No te pongas a fumar ahora —dijo Živa—. Si no te has comido ni la mitad del pescado.

—Los peces de mar están mucho más ricos que estas truchas de charca. Y haz el favor de mirar tú tu plato —fuera de sí, señaló con el dedo el plato de verdura, casi intacto, y al

hacerlo derramó su vaso—. ¡Maldita sea! —y, torpemente, trató de empapar el vino con la servilleta—. ¿Qué es lo que quieres, Živa?

—Mi libertad, Proteo. Ya te lo he dicho.

—¿Es que has conocido a otro?

Živa sonrió.

—No. Pero alguna vez podría darse el caso. Nunca se sabe.

—¿Cómo se llama?

De nuevo vino a interrumpirles el tabernero. Había visto que ya no tocaban la comida y la retiró con gesto malhumorado y sin hacer ningún comentario. Laurenti pidió la cuenta sin preguntar a Živa si quería algo de postre. Se levantaron al mismo tiempo y salieron a la calle, pasando junto a los hombres de la barra, en cuya cara se dibujaba una sonrisa socarrona.

—Pues nada —dijo Laurenti de camino al aparcamiento. Su dolor se había convertido en rabia—. A lo mejor te lo piensas dos veces. Ya tienes mi teléfono.

Sin siquiera mirarla otra vez se subió al Fiat y arrancó con un rugido del motor. Al dar marcha atrás, se dio con tanta fuerza contra el murete que separaba el aparcamiento de la calle que saltó la pintura del parachoques.

—Conduces como los triestinos —le dijo Živa riendo mientras él ya se iba.

Todo tiene su precio

Damjan y Jožica Babič tenían turno de tarde cada dos semanas y hasta la medianoche no llegaban a su casa, en el pueblo del otro lado de la frontera. A las 22.30, subían a su Škoda, abandonaban el recinto del parque tecnológico que había en la parte alta de la ciudad y, pasado un kilómetro, volvían a apartarse de la carretera de circunvalación para entrar en el aparcamiento, donde había un restaurante-grill. En realidad era una cabaña de madera que habían ampliado con unas cuantas pérgolas para no tener que pedir un permiso de obras. Había muy pocos coches, todos con matrícula extranjera. Uno de los vehículos pertenecía a uno de los numerosos consulados de la ciudad. Durante el día, el aparcamiento estaba mucho más frecuentado, iba gente de Trieste para dar un paseo por el borde del Carso o viajeros que, tras un trayecto más largo, querían estirar las piernas y entraban a tomar un tentempié.

Una moto de *cross* pasó casi rozando su coche y no paró hasta el extremo más alejado de toda la zona. Oyeron cómo se apagaba el motor, luego se apagaron también las luces. No se veía más que un contorno desdibujado que destacaba sobre el cielo brillante de la ciudad. Damjan y Jožica atravesaron la oscuridad en dirección al pequeño restaurante, donde les esperaba una mujer bien entrada en la treintena y llamativamente bien vestida, cuyo cabello negro –sin duda, teñido– contrastaba de forma drástica con su tez pálida y con los labios pintados de rojo cereza. La mujer los saludó de inmediato en su lengua materna y les señaló una de las mesas de la terraza.

–¿Por qué queríais verme? –preguntó mientras depositaba su bolso de cocodrilo encima del banco–. ¿Habéis tomado la precaución de que no os siguiera nadie? –e hizo un gesto con la cabeza señalando el lugar en el que debía de estar la moto; no se veía al conductor.

–No te preocupes, estamos solos –farfulló Damjan.

La mujer, en italiano, se deshizo de la camarera que había acudido a tomarles la

comanda:

–Nos vamos a ir enseguida, gracias –luego se dirigió al matrimonio Babič–. Entonces, ¿qué pasa? ¿Problemas?

Damjan dejó la palabra a su mujer, tal y como habían convenido antes. Se puso a mirar a lo lejos, respirando pesadamente. Le habían dado muchas vueltas a cómo sacar más provecho de la actividad que realizaban para Petra Piskera.

El AREA SciencePark de Padriciano, en la altiplanicie que se extendía por encima de la ciudad, era el mayor centro de investigación del país, uno de los argumentos a los que podía recurrir Trieste para albergar la esperanza de convertirse en ciudad de la ciencia en el futuro; y también un juguete de los intereses políticos. En los años anteriores, más de una vez se había temido por la financiación de aquellas instalaciones de prestigio internacional, según el correspondiente gobierno de Roma estuviera a favor o en contra del gobierno de la ciudad. Era un parque científico destinado a crear una interacción productiva entre las instituciones estatales, la universidad y los empresarios particulares, a quienes se brindaba la oportunidad de establecerse allí con una serie de privilegios, siempre que pudieran presentar sus correspondientes proyectos de investigación, unidos a los habituales planes de negocios. Más de mil ochocientas personas trabajaban en aquellas extensas instalaciones. Damjan y Jožica se contaban entre ellas hacía mucho. Tenían permiso de trabajo regular desde hacía diez años, los consideraban gente sencilla pero de fiar y se arreglaban más que de sobra con los dos sueldos, pues el salario mínimo italiano era claramente superior a cualquier sueldo que pudieran llegar a cobrar en Eslovenia. Jožica trabajaba, según las necesidades, en la *foresteria*, el restaurante de las instalaciones, en la *mensa*, el comedor para los trabajadores o en la guardería, creada para los hijos de los investigadores y llamada Cuccioli della Scienza, Cachorros de la ciencia, como si también esos niños se hubieran cultivado en una retorta. A Jožica le gustaba su trabajo, sus hijos ya eran adultos hacía tiempo y trabajaban en Austria como temporeros del sector gastronómico. Damjan, electricista profesional, era uno de los porteros y una suerte de «chica para todo» que hasta el momento no había rehuido ningún trabajo. A menudo ayudaba también en la *mensa*, sin que nadie se lo pidiera, y así aprovechaba para llevarse sacos enteros de restos de comida con los que alimentaba a los cerdos que criaba en un pequeño establo en la parte trasera de su casa. Gracias a los dos sueldos, en los últimos años habían podido construirse una casa nueva en el terreno que pertenecía a la vieja, propiedad de la familia. Aún no habían encalado las fachadas, eso

podía esperar. Damjan y Jožica llevaban mucho tiempo haciendo planes para el futuro. En algún momento tenían intención de dejar el trabajo de Padriciano y con ello el viaje diario en el coche hasta Komen, en la parte eslovena del Carso, y luego de vuelta, para dedicarse por completo a la agricultura. Por ahora, sólo les quedaba libre el rato de la mañana muy temprano, el de después del trabajo y los fines de semana que no tenían turno. Había que ocuparse de los animales y además del huerto y de tres cuartos de hectárea de vides que producían una media de unos nueve hectolitros de vino al año.

Cuando, un año atrás, la consulesa les ofreció un pequeño trabajo extra, por fin se abrió ante ellos una perspectiva razonable. Pues lo que Petra Piskera esperaba de ellos parecía una nimiedad bien pagada. Para Damjan no era ningún problema, durante sus rondas por el instituto a última hora de la tarde, entrar con una cámara digital en ciertos lugares indicados exactamente por Petra, hacer unas cuantas fotos de documentos y planos y luego dejar la cámara en las oficinas de CreaTec Enterprises para coger allí otra con la tarjeta de memoria vacía. Seis mil euros cada tres meses habían sido, hasta el momento, un buen dinero de bolsillo gracias al cual ahora podían permitirse bastantes cosas más. Incluso hablaban de realizar un largo viaje de vacaciones, aunque su pequeña explotación agrícola requería su presencia constante. Las gallinas y los cerdos esperan su pienso todos los días a la misma hora, sean laborables o no.

Desde hacía unos días, sin embargo, Damjan tenía la sensación de que alguien le observaba y, tras dudarlo un poco, se había decidido a hablarle a su mujer de sus sospechas. En realidad no era nada concreto, pero algo había cambiado. No sabía si tendría algo que ver con los artículos que aparecían en la prensa reaccionaria y en los que se hablaba del constante peligro que, al parecer, suponían todos aquellos centros de investigación para la ciudad, sobre todo el ICTP y el Abdus Salam, junto al parque de Miramare, los institutos de física teórica donde se formaban muchos investigadores del tercer mundo. Una vez había leído en uno de los diarios que en Trieste se estaba preparando la bomba atómica islámica. Vaya disparate, eso lo sabía hasta Damjan. De aquellos institutos habían salido ya varios premios Nobel, y la envidia hacia cualquier forma de éxito era igual en todas partes. Cuando Jožica, intranquila, le pidió que recordase cada detalle de los últimos días, él balbuceó algo de una joven pelirroja que, a pesar de ser verano, llevaba una gruesa cazadora de cuero y a la que había visto varias veces por las instalaciones sin conocerla de antes de ninguna de las empresas. Le había llamado la atención porque siempre llevaba una cámara al cuello y un pesado bolso con

instrumentos técnicos en la mano. Tal vez viera fantasmas, pero una voz interior le aconsejaba renunciar a este sobresueldo.

Jožica había llamado a Petra Piskera al número extranjero que ésta les había dado como contacto, pidiéndole verse. En la misma conversación, ella había dado instrucciones a Damjan para los dos días siguientes. Jamás había insistido tanto en que se cumpliera con su encargo. Jožica y Damjan habían comentado largo rato aquella conversación y, finalmente, habían acordado darle la vuelta a las tornas para salir beneficiados. Y la encargada de negociarlo iba a ser Jožica.

—Nuestro trabajo se ha vuelto más difícil. Queremos más dinero, señora consulesa —le dijo con determinación.

—¿Qué ha cambiado? Para cuatro fotos que hacéis, estáis más que bien pagados —la morena de bote se encendió un cigarrillo con visible nerviosismo.

—Hemos visto en el periódico que van a aumentar las medidas de seguridad. Medidas preventivas antiterroristas, dicen. Van a intensificar los controles de entrada y salida del personal.

—Eso no os afecta a vosotros. No sacáis nada de allí. Tan sólo hacéis las fotos, el señor Babič, en su última ronda, deja la cámara enchufada en el cargador en las oficinas de CreaTec Enterprises y a cambio se lleva otra con la tarjeta vacía. Ningún controlador puede encontrarle nada encima. Entonces, ¿qué es todo esto? —con gestos groseros, aplastó el cigarrillo en el cenicero sin habérselo fumado siquiera hasta la mitad y sin preocuparse de que siguiera humeando.

—Necesitamos más dinero —insistió Jožica—. Un único pago extra de cincuenta mil euros y luego todo seguirá como hasta ahora. Para usted no es más que una minucia.

A la consulesa no se le movió ni un solo músculo de la cara.

—Ni ayer ni hoy habéis entregado ningún material. ¿Por qué?

—Por eso mismo —Damjan era un hombre apuesto de un metro noventa, con manos de agricultor en sus ratos libres, y ahora se ponía de pie para dar más énfasis a sus palabras—. Para que vea usted que vamos en serio.

La consulesa no se inmutó.

—Dile a tu marido que cierre el pico —bufó a Jožica, que no se movió.

Damjan se acercó mucho a la señora y levantó sus poderosas manos.

—¿Qué dificultad hay en entender lo que queremos? Todo tiene su precio. Y acabamos

de decirle el nuestro. Así que, o acepta o lo deja. En cualquier caso, no estamos dispuestos a seguir así.

–Esta vez os daré el doble. Pero sólo esta vez. Entendido.

Damjan volvió a sentarse.

–Hace mucho que sabemos que nuestro trabajo vale para usted mucho más de lo que nos paga, señora –dijo Jožica–. Sólo queremos lo que nos corresponde. Cincuenta mil.

Antes de que Petra Piskera pudiera responder, Damjan añadió:

–Y si le parece demasiado, ya se está buscando a otro que ande espiando por ahí para usted. ¡Las cosas por su nombre! ¡No nos tome por tontos! –Damjan se levantó y cogió del codo a su mujer–. Ahora, vámonos, Jožica. Creo que nos ha entendido.

–Esperen.

No habrían dado ni cinco pasos cuando la consulesa les detuvo con voz de hielo.

–Entreguen las fotos de aquí a pasado mañana y veremos qué se puede hacer. Pero pasado mañana las necesito.

–Desde pasado mañana tenemos turno a primera hora de la mañana –dijo Damjan por encima del hombro, sin mirar a su interlocutora–. Espérenos a las tres de la tarde en la segunda planta del aparcamiento del centro comercial Torri d’Europa. Y no olvide el dinero. Nosotros no bromeamos.

Dejaron a la consulesa allí plantada y fueron hacia su Škoda. Damjan encendió un pitillo y esperó a que dejaran de verse las luces traseras del coche de la señora. Al arrancar, tuvo que frenar en seco para dejar paso al motorista; al parecer tenía prisa.

Alba Guerra tenía treinta y cuatro años y era de Treviso. Durante tres años había trabajado como portavoz del gabinete de prensa de aquel alcalde-*cowboy* que había ordenado desmontar los bancos de los parques de su ciudad para que los mendigos ya no pudieran pasar la noche en ellos. Sus comentarios siempre habían despertado gran revuelo, sobre todo cuando soltó que había que disparar a los inmigrantes africanos como si fueran conejos para así instarlos a volver a sus países. Cuando aquel hombre, que, en efecto, una vez se había hecho fotos vestido de sheriff del lejano Oeste, no pudo volver a presentarse tras finalizar su segundo mandato, también Alba la Roja, como la llamaban sus compañeros de derechas por su color de pelo, se despidió de la política para dedicarse otra vez al periodismo. Se puso a trabajar para un diario regional que ya en tiempos la había tomado con las instalaciones científicas de Trieste, así como con los

muchos cerebros del tercer mundo que desempeñaban sus actividades allí. El discurso de sus artículos era mordaz y polémico y, desde el punto de vista político, radicalmente reaccionario. Más de una vez le había costado comparecer ante el juez, aunque siempre había conseguido salvar el pellejo gracias al apoyo de abogados famosos especializados en ese tipo de situaciones. Entre los abogados de derechas se había puesto de moda, cuando alguien los acusaba por sus comentarios revanchistas y demagógicos, remitir al derecho constitucional de la libertad de opinión que la democracia garantizaba.

A Alba Guerra la había enviado a Trieste su jefe de la redacción de Milán, la primera vez con motivo de la entrada de Eslovenia en la UE. Un puñado de neofascistas había organizado una sentada de protesta frente al consulado del país vecino de la que casi nadie informó... excepto ella. Pronto le tomó el gusto a la ciudad costera. Y, gracias a sus provocadores artículos contra sus vecinos del otro lado de la frontera, tampoco tardó en ganarse el aprecio del grupo disidente de los Inmejorables. Una sociedad cerrada que deformaba la realidad según le parecía y se creía en posesión de la verdad, a pesar de que casi nadie les hiciera caso. La violencia de extrema derecha había desaparecido de una ciudad tan multicultural como es Trieste hacía ya décadas. Y las pintadas que se veían de cuando en cuando en la fachada de alguna casa no debían tomarse en serio. ¿A quién le importaba hoy en día aquella polémica que no servía en absoluto para conseguir mayorías políticas? Además, tanto los fascistas como los comunistas se bañaban en las mismas cálidas aguas del Adriático.

Gracias a sus buenos contactos, Alba había conseguido un contrato pro forma y con ello un permiso de entrada al parque tecnológico. Enseguida había descubierto la pista del conserje Damjan Babič, cuya llave maestra, una más entre su pesado manojo, le había facilitado las cosas. Y había descubierto el pastel mucho antes de lo que esperaba. El hombre no se esmeraba demasiado en disimular. Tenía acceso a todos los cuartos, y todo el mundo lo sabía. Entraba a cambiar una bombilla, a reparar un interruptor, a comprobar la corriente... en todas partes era bien recibido y a menudo le daban alguna propina o al menos un café. Pero luego, Alba la Roja le había pillado en los laboratorios del Instituto de Tecnología Solar, ISOL, fotografiando los planos que había colgados en las paredes. Unos días más tarde, la periodista le había captado a él sacando y fotografiando los expedientes de un armario. ¿Pero qué había que robar en una empresa como aquélla? No había tecnología espacial ni armamentística, y menos todavía ningún tipo de material radioactivo que hubiera podido servir para construir una sucia bomba, como rumoreaban

tantos de sus amigos políticos. Alba Guerra no tuvo más opción que seguir pisándole los talones a Babič con la esperanza de que él mismo le diera nuevas pistas. Esa noche, por fin, había llegado el momento. Desde la oscuridad había podido hacer fotos del encuentro con la dama de negrísimos cabellos sin necesidad de tomar mayores precauciones e incluso grabar la conversación en grandes fragmentos con un micrófono direccional. Por fin tenía la certeza de que Babič andaba metido en asuntos sucios, y, para colmo, él mismo le había servido en bandeja a quien se los encargaba. ¡La representante del consulado de un país del este de Europa! Aquello era un maná llovido del cielo. Ahora bien, ¿espionaje industrial en el sector de las energías alternativas? Eso sí que no se había dado nunca hasta entonces, así que tenía que tener cuidado de no acabar simplemente con un puñetazo en la nariz y siendo el hazmerreír de todos si no aportaba pruebas irrefutables. Alba Guerra tenía que ir tras aquella mujer de pelo negro como fuera.

Ambiente explosivo

«En Trieste, la policía es capaz de no enterarse siquiera del estallido de una bomba.» Por desgracia, la gente que se burlaba de ello tenía razón, y no había más remedio que ignorar sus comentarios con el mayor aplomo posible y, a cambio, hablar de pistas e investigaciones, aunque parte de ellas fueran inventadas. También Proteo Laurenti había oído el estruendo, hora y media después de la medianoche.

Le sonó el móvil apenas subía al coche por la mañana temprano, sin haber descansado lo suficiente.

—A ver, ¿qué ha pasado? —Laurenti tardó un momento en reconocer la voz. Era su vieja amiga de Trieste, periodista de la RAI en Roma, de quien llevaba mucho sin saber nada y quien, como siempre, fue directa al grano.

Desde que la conocía, ella le daba un susto tras otro con sus preguntas directas e incisivas. Es probable que su éxito en la profesión se debiera a que no daba pie a que los demás consiguieran eludirlas con elegancia y así se vieran obligados a darle una respuesta concreta.

—¿De qué me hablas? —balbuceó Laurenti, totalmente despierto de golpe—. ¿Una bomba? ¿Dónde? ¡Qué disparate! ¡Cómo va a ser en nuestra central! Alguien te ha tomado el pelo.

—Proteo, no me lo tomes tú a mí. Dilo sin más, reconoce claramente que tenéis orden de mantener la confidencialidad más absoluta. Porque, desde luego, el asunto da que pensar.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Venga, hombre, Laurenti. Suéltalo de una vez: aquí nos ha llegado el teletipo hace una hora, y, si es verdad lo que dice, está claro que ningún terrorista ha de temer nada ahí, en Trieste; si, de todas formas, la policía no se entera hasta cinco horas después... Está claro que a rápidos no os gana nadie.

Le leyó la información de la agencia estatal de noticias, no llegaría a las diez líneas.

—Tonterías, tus compañeros exageran, para variar. Si eso fuera en serio, me habrían sacado de la cama en plena noche. Estoy de camino a la oficina. En cuanto sepa algo, te llamo —le caía muy bien aquella periodista, pero ¿por qué tenía que asustarle con semejantes milongas antes de llegar siquiera a sentarse en el despacho?

La tarde anterior había regresado de Hrastovlje a Trieste abatido y de mal humor. ¿Por qué le había rechazado Živa de tan malos modos? ¡Buenos amigos! ¡Que ya no tenía dieciséis años, hombre! Y, después de todo, era ella la que siempre había insistido en que no quería una relación más seria. Así lo había expresado siempre, aunque Laurenti tampoco habría dejado a su mujer. Quería a Laura, y su aventura con Živa no tenía absolutamente nada que ver con su matrimonio. Él estaba felizmente casado, y la pequeña crisis de hacía unos años más que superada. Proteo le había perdonado a su mujer de inmediato aquel coqueteo con un asqueroso agente de seguros. Un desliz. Sin embargo, justo por entonces había comenzado también su relación con la fiscal croata. Eso sí, desde el principio había quedado muy claro que tan sólo iba a ser una aventura. La propia Živa había insistido. Y hoy ponía fin a la relación por ese mismo motivo. De rabia, Laurenti dio un puñetazo al volante del Fiat nuevo de Laura.

Esta vez, la barrera del puesto de frontera estaba cerrada por el lado italiano. Esperó y se puso a tocar la bocina, indignado al ver que no salía a abrir ningún agente.

—¡Si es que son iguales en todas partes! —gruñó para sí—. Da igual qué frontera del mundo sea. En todas partes atormentan a los viajeros con su falta de amabilidad. Y pobre de ti como se te ocurra abrir la boca. ¡La madre que trajo a los aduaneros! —siguió tocando la bocina. De haber venido con el coche patrulla, habría puesto en marcha la sirena y seguro que la cosa se habría movido bien deprisa. Pero así no había nada que hacer. Se preguntó cuándo aquellos puñeteros funcionarios tendrían a bien dar por finalizada su siesta. A lo mejor es que querían que los despertasen. Esta vez dejó la mano apoyada en la bocina. Por fin se abrió la puerta de la caseta que había a su derecha y salieron dos hombres de uniforme. Uno llevaba una metralleta y se plantó junto al guardabarros derecho, mientras que el otro rodeaba lentamente el coche, se detenía un instante a mirar la parte trasera y se dirigía después a Laurenti, que esperaba con la ventanilla bajada.

—Documentación —dijo el policía.

—Documentación —le remedó Laurenti y le tendió el documento de identidad—. Ya era hora, ¿no? Que la guerra fría es agua pasada...

Sin hacer el más mínimo gesto, el funcionario inspeccionó la documentación de Laurenti como si hubiera alguna historia emocionante que leer en él. El documento estaba en vigor y la foto era tan inconfundible que hasta un analfabeto se habría convencido al momento. No obstante, aquel tipo, a quien al parecer le costaba leer, tardó una eternidad en descifrar las trece líneas con los datos personales, la firma, el sello y la fecha de expedición.

—¿De qué? —preguntó finalmente sin soltar el documento.

—¿De qué qué? —replicó Laurenti de los nervios.

—¿De qué era hora?

—Pues que tienen aquí a la clientela esperando un siglo, hombre. Hace dos horas no se veía por aquí a ninguno de ustedes, y ahora me encuentro la barrera bajada, pero no aparece nadie cuando se le necesita. ¿Le parece que eso está bien?

—Abra el maletero.

—Se pide por favor. Un poco de cortesía no hace mal a nadie. Además, desde que Eslovenia forma parte de la Unión Europea, no hay ninguna restricción en cuanto al transporte de mercancías.

—Ábralo —el funcionario seguía en sus trece con cara de póquer.

—Ni que estuviéramos en tiempos del Telón de acero, señor mío —Laurenti dio al botón del cuadro de mandos y no hizo ademán de bajar—. Eche un vistazo por usted mismo. Pero no se olvide de que no tengo ninguna gana de pasarme aquí la tarde en compañía de alguien tan locuaz como usted.

—Debería prestar atención a sus palabras, señor —el policía, que por la edad bien podría haber sido su hijo, le miró con gesto desafiante—. La ley dice que, en caso de sospecha, tenemos que inspeccionar el maletero.

—¿Y de qué sospecha usted, señor ministro del Interior?

En ese momento se acercó otro coche, el otro policía fue a levantar la barrera y le hizo señas para que pasara. Luego se acercó de nuevo a Laurenti pero se quedó, igual que antes, a dos metros de distancia con la metralleta bien firme. Al parecer quería ser testigo de la conversación.

—¿Y a ése lo dejan pasar así, por las buenas? Al menos dígame al pistolero que se

guarde el arma –dijo Laurenti señalando al de la metralleta–. Que no les voy a hacer nada...

–La ley también regula los puntos relativos a las injurias a un funcionario público y la resistencia a la autoridad.

–Ya lo sé –dijo Laurenti–. Y también regula el trato de los funcionarios hacia los civiles. En el rato que llevamos, ya ha cometido usted varias faltas.

El policía ni siquiera pestañeó sino que fue hacia la parte trasera del coche y abrió la puerta del maletero. Echó un vistazo y Laurenti oyó cómo levantaba la alfombrilla que cubría la rueda de recambio y, por fin, cerraba de nuevo. Se alegró de que Laura todavía no hubiera guardado nada en su coche nuevo. Al recogerlo del concesionario unos días antes, les había llevado un buen rato trasladar todo lo que había en el maletero del coche viejo e incluso habían tenido una pequeña discusión cuando Laurenti había preguntado a Laura si es que tenía una segunda vivienda en el coche. Estaba claro que todavía le tenía mucho respeto al Fiat Punto nuevo y había dejado todos aquellos trastos en casa.

Ahora se acercaban dos coches desde la dirección opuesta y los agentes les hacían señas de pasar sin ningún control.

–Baje del coche –dijo el policía.

–Ya llevo aquí un cuarto de hora, más los diez minutos que he tenido que esperar. Buen ejemplo de la arbitrariedad de los funcionarios.

–He dicho que se baje.

–¿Pero qué es lo que busca?

Nada. Sin respuesta. De mala gana, Laurenti cumplió las órdenes.

–¿Y qué vais a hacer cuando caiga la frontera definitivamente, chicos? ¿Dedicaros a la gastronomía? ¿O reciclaros como asesores para la mejora del servicio? –preguntó.

El policía se inclinó hacia el interior del coche y miró debajo de los asientos, luego en la guantera y, por último, tiró de la palanca que abría el capó.

–Está clarísimo que me quieren acosar –Laurenti ya había tenido suficiente–. Muéstrenme su identificación.

No reaccionaron.

–Nombre y categoría. Número de identificación personal.

El tipo no le hizo ni caso. Laurenti se propuso preguntar a sus compañeros de la policía de fronteras por las directrices de la formación que habían recibido. Seguro que había algún punto en el que se prohibía expresamente cualquier gesto de amabilidad. En

su vida había visto sonreír o pronunciar una palabra amable a ninguno. Seguro que *gracias* o *por favor* estaban prohibidas por decreto, y el gesto típico para indicar que se podía pasar la frontera y seguir camino era simplemente un brusco movimiento con la barbilla.

–Los papeles del coche –dijo el policía y chasqueó los dedos.

–Se pide por favor. Ya se lo he dicho antes –Laurenti no sabía dónde llevaba Laura los papeles. Miró detrás del parasol y luego en la guantera. Nada.

–Es el coche de mi mujer –dijo–. No sé dónde están –echó mano del teléfono móvil con intención de llamarla.

–¿Cómo se llama su mujer?

Dio el nombre de Laura.

–¿Dirección?

–¡Hombre, por favor!

–¿Dirección?

–¡Mírelo en mi documento de identidad, maldita sea! Ya le he dicho que es mi mujer.

El policía se dirigió con parsimonia hacia la parte delantera y abrió el capó. Se hubiera dicho que estaba inspeccionando los tornillos de uno en uno. Finalmente, anotó el número de bastidor y, con mucha calma, desapareció en el interior de su cubículo. Era evidente que tenía intención de hacerle la vida más difícil a Laurenti, ahora se pondría a introducir los datos en el ordenador con dos dedos y toda la parsimonia del mundo.

Esta vez pasaron cinco coches sin que los policías mirasen siquiera quién viajaba en ellos.

Laurenti se dejó caer de nuevo en el asiento del conductor y por fin llamó a Laura. Naturalmente, ella llevaba los papeles del coche en el bolso. Laurenti resopló de rabia. ¿Por qué no podía dejarlos dentro del coche como cualquier persona normal? Seguro que, ahora, aquel policía quisquilloso salía ganando. Y luego, Laura le preguntó a él cuándo volvía.

Le estaba esperando en la oficina de la casa de subastas para la que trabajaba y necesitaba el coche para volver. Pretendía cambiarse antes de que salieran a cenar. Laurenti no se acordaba de que tuvieran ningún plan, pero de momento prefirió no preguntar por ello. Se despidió y se apresuró a marcar el número de su oficina. Marietta tardó al menos ocho pitidos en descolgar. Hecho un manojo de nervios, Laurenti le dio orden de llamar al pequeño puesto de frontera de Prebenico e intervenir en el asunto.

—¿Y tú qué haces al otro lado de la frontera, por cierto? —le preguntó su ayudante. Su voz denotaba cierta picardía.

Aquello era para echarse a llorar. ¡Cómo no había caído! Por salir de un atolladero se había metido de cabeza en otro. Estaba claro que Marietta no iba a desaprovechar aquella oportunidad. Si no ese mismo día, seguro que en los próximos le daría la lata con sus preguntas indiscretas. Aunque la ayudante del comisario nunca había podido probar que éste tuviera un lío con Živa, y no por no haberlo intentado con verdadero afán, estaba segura de ello y no cesaba de ponerle trampas de las que Laurenti lograba zafarse una y otra vez. En cualquier caso, ahora se había acabado de todas maneras. Desde hacía una hora. Desde que Živa le había dado pasaporte.

El policía de la frontera regresó junto al coche. Entre otros muchos récords, saltaba a la vista que también había batido el de andar despacio. A mitad de camino se detuvo porque oyó el timbrado del teléfono, que llegaba hasta el exterior. Por fin dio media vuelta, lo cual no implicaba en modo alguno acelerar el paso a pesar de los timbrados. Laurenti vio cómo se cerraba la puerta detrás de él.

Esta vez pasaron siete vehículos sin que nadie los controlara. Y entonces sucedió el milagro del Carso: apareció el policía *casi corriendo*. Laurenti aun se temió que fuera a dejar la huella de la frenada de sus tacones sobre el asfalto antes de juntarlos para saludarle bien firme.

—¿Por qué no ha dicho nada, comisario? —muy garboso, ahora le devolvía la documentación—. Disculpe. No era mi intención causarle ninguna molestia —y lanzó una mirada de apuro a su compañero, tras lo cual éste se desabrochó el cinto de la metralleta y abrió la barrera.

—Órdenes de Roma. Es la semana del autocontrol —mintió Laurenti—. Estamos poniendo a prueba a todos los funcionarios.

—Yo me he limitado a cumplir el reglamento, comisario —dijo el policía erguido y más tieso que un poste.

—¿Conoce usted las ventajas del Acuerdo de Schengen? —preguntó Laurenti mientras el hombre lo miraba con gesto esperanzado y meneaba la cabeza—. Uno de los dos tendrá que cambiar de trabajo cuando se eliminen los controles de frontera —arrancó el motor e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Le pido disculpas, comisario.

—Por favor —dijo Laurenti.

–Gracias, comisario.

–Se pide por favor. A ver si se acostumbra de una vez, agente.

–Gracias, comisario, pero si me lo permite, le recomendaría que reparase la luz trasera de inmediato, comisario –y de nuevo le saludó con el gesto oficial.

–¿Qué luz trasera?

–Está rota. Qué lástima de coche nuevo. Por favor.

Laurenti se marchó sin despedirse, haciendo chirriar las llantas. Llegaba tarde y aún tenía que devolverle el coche a Laura. Por la oficina ya no iba a pasarse esa tarde. Marietta no le había dicho que tuvieran nada especial por hacer.

–Trieste duerme a plena luz del día –había comentado–. Aquí no hay ninguna novedad. Espero que al menos tú te hayas divertido.

Laurenti percibió la excitación general desde los alrededores de la *questura*, en cuanto bajó del coche. Había más hombres uniformados que de costumbre, bien de pie frente a sus coches patrulla o justo marchándose de allí. Hasta las gaviotas que siempre rondaban cerca de los contenedores de basura y superaban el ruido del tráfico con sus chillidos burlones se mantenían a cierta distancia en los escalones del Teatro Romano, como si fueran los espectadores de una *soap opera*. Laurenti no tardó en ponerse al corriente de todo y subió corriendo las escaleras hasta su despacho. Pina Cardareto, la inspectora más ambiciosa de toda su sección, se había hecho cargo del asunto, ya había vuelto del escenario del crimen y, para cuando entró Laurenti, estaba hablando por teléfono con el especialista del servicio de identificación. Le hizo una señal indicando que, en cuanto colgase, pasaría a verle a su despacho. Aquella joven bajita tenía muchas ganas de trabajar, eso le gustaba a Laurenti. ¿Por qué iba a luchar siempre con todo él, si había compañeros tan ansiosos por medrar? Pina le recordaba un poco a sus propios inicios, cuando, tras quién sabe cuántos traslados, fue a parar a Trieste y resolvió su primer caso importante, aunque le valiera salir escaldado. Pero de eso hacía mucho.

Como cada mañana, Marietta le trajo, directamente junto con un *espresso*, la lista de asuntos que solucionar en el día y el informe de las patrullas del último turno de noche. En las anotaciones de todos predominaba la explosión de la bomba, aunque Laurenti prefirió que respecto a eso le informase Pina de primera mano. Leyó fugazmente las informaciones restantes, pero no encontró nada digno de mención a excepción de los tres avisos por exceso de ruido en el Malabar, en la Piazza San Giovanni, que le saltaron a la

vista de inmediato. ¿Por qué sería que, en todas partes, siempre era la gente más carca y más picajosa la que padecía de insomnio? Los mercados estaban por los suelos, el crecimiento económico se había estancado, el paro aumentaba... pero le parecía imposible que hubiera alguien en Trieste a quien le quitaran el sueño los problemas. La ciudad gozaba de gran prosperidad y, hacía poco, el diario financiero más importante la había votado como número uno del país en cuanto a su calidad de vida. ¿Qué era lo que irritaba a esa gente?

La noche anterior había estado cenando con su mujer en la Piazza San Giovanni, donde el lema «Haute cuisine en la Piazza» pretendía demostrar que la buena comida no tenía por qué ser difícil de preparar. Su hijo iba a echar una mano en el equipo de Ami Scabar, una de las chefs de cocina de renombre internacional. Además de esta cocinera oriunda de Trieste, en aquella velada gastronómica participaban también los chefs Antonio Gras de Murcia, Montse Estruch de Barcelona y Tomaz Kavčič, del valle de Vipbach. Marco había finalizado el primer año de formación en hostelería y seguía tan entusiasmado con su futura profesión como el primer día. Semanas atrás había explicado a sus padres, todo ufano, la idea de aquel acontecimiento en el que tenía la oportunidad de hacer de pinche y les había conseguido una invitación. Hasta el cielo se abrió y las gruesas nubes que al mediodía aún pesaban sobre la ciudad descargaron en el interior y no en la costa. Hacia la medianoche comenzó a vaciarse la Piazza, por fin pudieron comer los cocineros, y Walter, el dueño del Malabar, descorchó las botellas especiales, las que guardaba para los compañeros. Cuando, poco después, se oyó la detonación sorda desde una distancia relativamente corta, la gente se limitó a levantar la vista un instante para volver enseguida a sus copas y sus conversaciones. Los Laurenti regresaban a su casa con la primera luz del alba. A esas horas ya no cabía esperar controles de alcoholemia.

—El *questore* ha convocado una reunión a las diez, el prefecto al mediodía —dijo Marietta—, supongo que el jefe quiere poneros a todos de acuerdo antes de que llegue el jefe supremo. Esto es todo lo que hay, aparte de que me gustaría tomarme la tarde libre, para una vez que hace sol en toda la temporada —Marietta cogió su taza y se levantó.

—¿Y, con los años, no empieza a ser un poco antiestético lo de tomar el sol en la playa nudista? —murmuró Laurenti, lanzó una mirada maliciosa a Marietta y se acercó los expedientes que tenía sobre la mesa—. Quiero decir, si hace una eternidad que os conocéis todos... —llevaba años tomándole el pelo a su ayudante por su afán de

broncearse intensamente sin una sola marca más blanca en todo el cuerpo; ella, a su vez, llevaba años convencida de que el comisario tan sólo estaba celoso.

–Eso depende de la compañía, jefe –Marietta esbozó una de sus más encantadoras sonrisas y cerró la puerta tras de sí.

–Conque tienes otro nuevo acompañante, ¿eh? –le gritó Laurenti desde el otro lado de la puerta.

La puerta volvió a abrirse, Marietta sonreía con descaro.

–Tengo uno viejo la mar de bueno y uno nuevo salvaje. Quien llega tarde no tiene nada que contar. ¿Por qué ibais a ser los hombres los únicos en disfrutar de la vida? He aprendido mucho de ti, Proteo.

Luego, la puerta se quedó cerrada por fin. Laurenti conocía a su ayudante desde antes que a su mujer. Y también había conseguido asumir que ella fuera capaz de calarle siempre con sólo mirarle a la cara. Lo sabía todo de él, por mucho que él se esforzara en no delatarse. A veces, Marietta incluso creía poder adivinar los secretos de su jefe por el humor con que llegaba a la oficina. No tenía sentido intentar evitarlo. Ahora bien, esta vez era imposible que estuviera al corriente. A Laurenti siempre le había resultado más fácil ocultar las noticias malas que las buenas. Le parecía estar viendo a Živa delante de él, en la taberna vacía de Hrastovlje, sonriendo con todo su encanto mientras rompía su relación.

Meneó la cabeza enérgicamente, como si así pudiera liberarse de aquel pensamiento y, de mala gana, se puso a repasar las páginas de informes sobre la explosión de la noche anterior; en esto entró Pina como un torbellino. Despierta, bien descansada, sin resaca y llena de ambición. Sin duda haría una carrera fulgurante, pasaría volando junto a Laurenti como un Ferrari junto a un Cinquecento, y ojalá no la ascendieran tan deprisa como ella pretendía antes de que Laurenti se jubilase. Los jefes bajitos resultaban insoportables en cualquier sitio. Pero seguro que el escalón más bajo al que apuntaba la planificación de la carrera profesional de aquella inspectora era el Ministerio del Interior, eso si no quería ser papisa o jefa de algún organismo mundial para la erradicación del mal en la galaxia entera.

Pina empezó a contarle todo sin necesidad de preguntas. Laurenti sabía que no olvidaría ni un solo detalle. Le dio impulso a su sillón, que rodó un metro hacia atrás, cruzó los pies sobre la mesa y se enganchó los brazos por detrás de la cabeza.

La M75 es una reliquia de tiempos de la doble monarquía, ya en 1909 se fabricaban

granadas con esa denominación, y en los años sucesivos se siguieron desarrollando. En este caso es una granada de fragmentación, producida en la antigua Yugoslavia, en Bugojno, en el centro de Bosnia. Lleva una carcasa de material sintético que, con la explosión, libera dos mil quinientos proyectiles. El estruendo no es tan grande, pero tiene una fuerza de detonación tremenda. Hacia la una y media la activaron en la Scala dei Giganti, por encima de la entrada de coches de la Galleria Sandrinelli y, a juzgar por la distancia a la que estalló, debió de ser un hombre bien entrenado quien la lanzó a la Via Pellico. Podemos decir que fue una suerte que en ese momento no saliera ningún vehículo del túnel. Así, sólo quedaron hechos pedazos tres coches aparcados y la puerta del *palazzo* delante del que hizo explosión.

—¿Y por qué nadie se dio cuenta hasta pasadas cinco horas? Después de todo, el chisme ése no explotó en la periferia sino en pleno centro de la ciudad.

Pina, de entrada, ni siquiera intentó disimular una sonrisa socarrona.

—En cualquier otro sitio habrían dado el aviso de inmediato. Pero ¿aquí? Y no sólo es que estuviera a cuatrocientos metros de la *questura*, sino que, para colmo, en el edificio vive uno de los compañeros de alto rango. Ni siquiera él se dio cuenta. Eso sólo puede pasar en Trieste, donde todo el mundo pasa de todo mientras no vaya con él —Pina, que procedía de un pueblecito de Calabria, todavía no había llegado a apreciar las ventajas de la ciudad.

—¿Explota una granada en pleno centro y no se entera nadie? —Laurenti meneó la cabeza con gesto incrédulo—. ¿Ha hablado con los compañeros que estuvieron de turno anoche? ¿Con el jefe del servicio de patrulla?

—Ahora están durmiendo. Bastará con hacerlo por la tarde —al contrario que su jefe, Pina era comprensiva con los compañeros de rangos inferiores. La comisura de sus labios reveló un mínimo movimiento y guardó silencio un instante antes de proseguir—. Por cierto, la bomba estalló, a lo sumo, a doscientos metros del Gran Malabar, donde a esas horas le vieron a usted cenando, jefe.

Laurenti bajó los pies de la mesa de golpe, se apoyó en los codos y se inclinó hacia Pina. No le gustaba nada cómo había pronunciado la palabra «jefe».

—¿Y qué pretende decir con eso?

—Que ni siquiera usted oyó la explosión —respondió Pina ruborizándose ligeramente.

Laurenti hizo un gesto con la mano para indicar que más valía dejar el tema.

—Bueno, siga informando, el *questore* ha convocado una reunión a las diez. ¿Hay

alguna relación entre esto y los tiroteos de la semana pasada?

Pina se encogió de hombros.

—No se puede descartar.

—¿Y ese compañero en cuyo portal ha estallado el artefacto ha hecho alguna investigación entre la comunidad serbia?

—Yo no aseguraría que lo haya considerado necesario por el mero hecho de que la granada procediera de la antigua Yugoslavia. Hasta hace unos años era realmente fácil conseguir restos del arsenal del antiguo ejército.

—Pero tampoco pueden excluir esa posibilidad.

—Por otra parte, a los compañeros del servicio de patrulla no les ha hecho ninguna gracia que les apartaran de la investigación para pasárnosla a nosotros.

—Le apuesto algo a que a *sus* compañeros de usted tampoco les hace ninguna gracia —dijo Laurenti—. Prosiga.

Pina le resumió lo que él ya sabía. Pero Laurenti la dejó hablar. Pocos días antes habían disparado a un vehículo en la Vía Vecellio y dos de sus cinco ocupantes habían resultado heridos. Eran serbios que vivían en Trieste y a quienes años atrás se había investigado por tráfico de drogas desde Bulgaria. Los dos heridos estaban fuera de peligro, pero no soltaban prenda. Una semana más tarde se habían producido disparos a la ventana de la vivienda de un siciliano que tampoco quería decir nada al respecto. Después de las primeras especulaciones de los diarios en relación con lo que estaba sucediendo en Balcantown, el barrio cercano al Ospedale Maggiore, y en las que se hablaba de *vendetta*, de sobornos a cambio de protección, de la Mafia y de la Camorra, sólo existía certeza respecto a una cosa: tanto los serbios como el siciliano trabajaban en el sector de la construcción. Lo más probable es que todo aquello no fuera más que el ataque de algún cliente descontento.

Como era de esperar, por lo pronto empezaron a mirar con recelo a todos los serbios. La prensa decía que la comunidad serbia de Trieste constaba de seis mil miembros según las cifras oficiales cuando, desde la guerra de los Balcanes, en realidad eran como mínimo quince mil personas las que, desesperadamente, trataban de labrarse una vida mejor en Europa occidental. A primera hora de la mañana se agolpaban cientos de hombres en la Piazza Garibaldi con la esperanza de que alguien los contratara por un mísero jornal, aunque fuese algún racista recalcitrante; no les importaba con tal de ahorrar dinero.

Laurenti dejó que Pina le contase todo hasta el final. Con eso ya tenía datos suficientes para la reunión. Era de esperar que el jefe, con gesto indiferente, quisiera que le informasen y finalmente diera la orden de repetir las redadas en Balcantown durante las semanas siguientes, tal vez incluso en colaboración con unidades especiales que mandaría venir de fuera. Estaba claro que de aquel asunto no sacarían nada excepto la repatriación de un puñado de hombres desesperados sin permiso oficial de residencia. Los que de verdad movían los hilos de todo aquello, por supuesto, no caerían en sus redes. ¿Sabía alguien quiénes eran siquiera? Por lo general, les advertirían de antemano, y no eran tan tontos como para caer en una redada común. Ahí sólo se atrapaba a los que no merecían tanto revuelo y por los que, en circunstancias normales, no se interesaba nadie, si no era para contratar mano de obra barata en alguna ocasión. La historia de siempre.

Aunque ya lo había dicho todo, Pina no hizo ademán de salir del despacho de su jefe. La inspectora seguía sentada, tan sólo su mirada había cambiado. Toda su energía había dado paso a una angustia sin límites. Se agarraba al asiento con los dedos en tensión, como si soportara el peso de un miedo terrible. En sus brazos musculosos se marcaban los tendones.

—¿Hay algo más? —preguntó Laurenti con desconfianza.

—Necesito su consejo —dijo Pina en voz baja—. Es un asunto completamente privado.

Hacía poco más de un año que Giuseppina Cardareto había sido trasladada a Trieste, donde desde el primer día esperaba alguna buena noticia del Ministerio del Interior. La joven calabresa tenía un expediente impecable. Después de la Academia de Policía de Lecce, había formado parte del servicio de patrulla en Caserta; tras los traslados a Gaeta, San Giminiano y Ferrara había conseguido ascender a inspectora. Quería hacer carrera deprisa. Consideraba el servicio en Trieste como una simple fase de transición que, sin duda, pronto la llevaría a otro puesto. Ya lo había solicitado dos días antes de llegar a la ciudad. Su mayor ilusión era trabajar en el sur del país, donde realmente tendría que poner diariamente a prueba su instinto, su inteligencia y su capacidad de acción. Y ésa era la única forma de sumar los puntos necesarios para acelerar su carrera. Por consiguiente, no había alquilado más que un piso barato que le resultaba inconcebible como residencia duradera. Constaba de dos habitaciones amuebladas de un modo espartano en un gigantesco *palazzo* sin restaurar de la Via Mazzini, en cuya entrada

desconcertaban los timbres de las cincuenta y seis viviendas del edificio, muchas más de las que nadie hubiera imaginado a juzgar por la fachada. En la época más laxa de la jurisdicción de urbanismo, se habían dividido los pisos de aquel edificio neoclásico habitado en tiempos por la alta burguesía, despojándolo así de la solera de antaño, de la que ahora sólo daba testimonio la portería. A Pina, como llamaban a Giuseppina sus amigos y compañeros, le parecía perfecto el anonimato que permitía aquel lugar. Tres días a la semana, la experta en *kickboxing* iba a entrenar al club de la policía; por lo demás, apenas hacía vida social en su tiempo libre, prefería quedarse en casa dibujando o escribiendo sus obras de teatro. Y aunque hubiera nacido en la Costa dei Gelsomini, en Calabria, había una cosa que odiaba: nadar en el mar.

Todos se habían acostumbrado al tatuaje que llevaba en uno de sus potentes bíceps, y ya ningún compañero le gastaba bromas respecto a aquel «Basta amore» que, si en situación normal no pasaba desapercibido, doblaba su tamaño cuando se tensaba el músculo. Sólo seguía suscitando ciertos comentarios la diminuta bicicleta de carreras con la que Pina recorría las calles de Trieste más veloz que si la persiguieran las Furias. Y más de uno seguía elucubrando cómo podía ser que, con su ínfima estatura hubiera pasado las pruebas de acceso de la policía. Pina era —físicamente— la persona más pequeña de toda la *questura*; claro que, a cambio, era mucho más inteligente que la media, más culta y más segura de sí misma que todos los demás compañeros juntos. Su jefe, Proteo Laurenti, entretanto se había hecho al carácter expeditivo de aquella treintañera, y también a que cada vez le quitara más trabajo sin tener que pedirselo. Era muy distinta al parsimonioso Antonio Sgubin, su predecesor, que ahora ocupaba un puesto en la vecina Gorizia. Con todo, Laurenti seguía sintiéndose más cercano a aquel aburridor tan cariñoso que a esta nueva arma secreta de las fuerzas del orden.

Y ahora Pina, claramente angustiada, le pedía consejo en confianza. ¡Un asunto privado! Laurenti arqueó las cejas. Sería porque no había visto problemas personales suficientes a lo largo de su carrera, casi siempre banalidades: probablemente, Pina quería comunicarle antes que a nadie que iban a trasladarla por deseo expreso suyo o que no quería seguir trabajando con Marietta, con quien se peleaba un día sí y otro también, o que estaba embarazada, que echaba de menos su tierra o que allí se sentía sobreestimada, o subestimada o, en cualquier caso, poco valorada y alabada. Sin embargo, cuando Pina sacó un montón de papeles del grueso sobre que tenía en el

regazo y los extendió delante de él, Laurenti no tardó en comprender que se había equivocado.

—¿Qué es esto? —Laurenti se acercó aquellos papeles minuciosamente doblados.

—Al principio me reía del asunto y los tiraba —dijo Pina turbada—, pero poco a poco me supera.

—¿Y de qué va todo esto? ¿Son fotos del cubo de basura?

—Lea también lo que pone al lado.

—«¿Quieres probar mi yogur?» —Laurenti meneó la cabeza—. ¿Y qué?

Siguió examinando las hojas. «Salteado de verduras» era el nombre de un plato congelado del que existían quién demonios sabe cuántas variedades. Al lado ponía: «Te voy a saltear en mi sartén, pollita». La siguiente era una foto de una botella de Prosecco de baja calidad: «¿Qué has hecho con el corcho, golfista?». Y luego venía la foto de un tampón sin usar: «Tienes los días contados, puta».

Laurenti meneó la cabeza y siguió hojeando. La siguiente era un fragmento de la fotografía de un sillín de bicicleta sobre el que se veía un trasero femenino con un pantalón de ciclista muy ajustado que marcaba las redondeces de una forma más que obvia. Una foto tomada desde atrás. «No te tira un poco?» —decía al lado.

—Menudo artista —dijo Laurenti reprimiendo una sonrisa—. ¿La foto es de usted?

Pina se sonrojó un instante y asintió.

—¿Y el resto?

—He tardado mucho pero creo que ya lo voy entendiendo —dijo Pina—. No es ninguna broma. Es una amenaza. Alguien me persigue.

—¿No pretenderá decirme que todo esto son fotos de sus cosas?

—Desde que hago una lista de todo lo que tiro a la basura sé positivamente que sí.

—¿Lleva un listado de lo que tira a la basura? —rió Laurenti de puro estupor.

—Pues sí. Ahora sí. ¿O acaso se acuerda usted de todo lo que tira?

Laurenti siguió viendo fotos. Champú, rollos de papel higiénico, un tubo de pasta de dientes, cortezas de limón, corchos, botellas de agua, vino y aceite, envases de platos preparados y latas de atún, periódicos, vasitos de yogur, cajas de *muesli*, cajas de pizza y comida china a domicilio y tiques de supermercados, bares y cafés. Por la fecha que se leía en algunas de las fotos, todo aquello abarcaba más o menos un intervalo de un mes. Lo último era la colilla de un cigarrillo de liar, cuya forma se parecía más bien a un porro

sin terminar. Y así lo señalaba el comentario correspondiente: «¡Qué egoísta de no compartirlo con nadie! ¡Espera mis indicaciones!».

—¿En serio que todo esto es suyo?

Pina asintió con la cabeza.

—Debería alimentarse mejor —dijo Laurenti—. Somos lo que comemos, según se dice.

Pina sacudió la cabeza con gesto resignado.

—Uno se convierte en un ser de cristal cuando alguien hurga en su basura.

Laurenti sostenía la fotografía con el porro delante de la cara de Pina.

—¿Cuándo le llegó ésta?

—Eso sí que no es mío —negó Pina de un modo poco creíble—. Necesito su consejo. ¿Qué debo hacer?

—¿Hay huellas dactilares? Supongo que ya habrá enviado estos papeles al laboratorio.

—No hay.

—Cambie de contenedor de basura. Eche las bolsas en otro sitio. Separe la basura y así será más difícil seguirle la pista. ¿Dónde tiraba la basura hasta ahora?

—En el contenedor de la Via Mazzini. Enfrente del palacio de la aseguradora.

—Por allí pasa media ciudad.

—Y, a pesar de todo, alguien saca mi basura del contenedor.

—Cuando vaya a salir de casa, llame a algún compañero para que acuda de paisano y con una cámara. Que se sitúe en la parada de autobús que hay enfrente. Y usted tire la basura en bolsas de plástico que llamen la atención y luego sean fáciles de reconocer —dijo Laurenti mientras echaba un vistazo al reloj. ¿Por qué le tocaba ahora bregar con semejantes niñerías? Desde que se había agudizado la crisis económica, cada vez se veía a más gente, sobre todo personas mayores, revolviendo en los cubos de basura incluso en pleno centro de la ciudad. Entretanto, la penuria se había hecho mayor que la vergüenza.

—Ninguno de mis compañeros tiene tiempo para eso.

—Entonces, acuda a Galvano. Seguro que el anciano forense se alegra de poder serle útil a alguien otra vez —Laurenti le apuntó el teléfono de Galvano, que ya tenía ochenta y cuatro años y, muy a su pesar, se había jubilado.

Laurenti se acercó a la ventana y miró a la calle. Hacía bochorno y el cielo de la ciudad estaba cubierto de pesados nubarrones. Por fin se levantó un poco de viento.

Negocios creativos

El nombre de Petra Piskera era tan falso como los rasgos de la mujer que lo llevaba. El pasaporte donde figuraba, sin embargo, sí era el documento válido de uno de los países del este de Europa que aún tardarían bastante en ser candidatos a ingresar en la Unión Europea y entre cuya población reinaba la nostalgia del régimen soviético de antaño porque las condiciones de vida en la seudodemocracia establecida entretanto eran cada vez peores. A muchos les había sorprendido que aquel país hubiera creado un consulado propio justo en Trieste a pesar de su falta de recursos; sólo los serbios, eslovenos y croatas podían permitirse tener un cónsul profesional en la ciudad, los demás países simplemente estaban representados por algún benemérito cónsul honorífico. Las oficinas estaban en la angosta Via Torbadena, muy cerca de la *questura*, en el tercer piso de uno de aquellos bloques que invadieron el centro antiguo de la ciudad durante la época fascista. En la placa que había en el portal se leía que el consulado ocupaba las oficinas de dos empresas cuyos nombres eran fáciles de recordar: CreaBuy Consultants y CreaSell Experts. En una recepción con motivo del Año Nuevo a la que, entre los hombres ilustres de Trieste, también habían sido invitados Proteo Laurenti como *vicequestore* y su jefe, el director de la policía, el comisario había tenido la oportunidad de que le presentaran fugazmente a la joven consulesa, una mujer de cabello muy negro y tez de un blanco llamativo. Este tipo de recepciones eran una obligación fastidiosa de la que Proteo no tenía forma de librarse. Siempre el mismo discurso breve, unos aplausos moderados, unas cuantas fotos, una copa de vino espumoso, tan insípido como los consabidos apretones de manos, y comentarios hipócritas cuchicheados con disimulo. No era de extrañar que el encuentro con la consulesa, a pesar de su atractiva apariencia, hubiera dejado muy poca huella en su memoria.

Tan falsa como su nombre había sido también la sonrisa de la consulesa al tocarle el turno a Laurenti en la hilera de presentaciones. Ella lo conocía bien; sin embargo, el

comisario no la reconoció debido a las numerosas intervenciones quirúrgicas que habían cambiado su aspecto por completo. Petra Piskera le retuvo la mano el tiempo suficiente como para constatar que, en efecto, no la reconocía. Había superado la prueba y esa tarde informó exultante a su hermano Viktor Drakič. Tres años había pasado encerrada en la cárcel de mujeres de Udine antes de que llegara el día de su liberación por reducción de condena. Y ahora Tatjana Drakič alias Petra Piskera había vuelto a Trieste y, desde allí, dirigía los negocios de las empresas de Viktor en toda Italia.

A la velocidad del viento había creado éste un imperio cuyos réditos envidiaría cualquier director de banco. Claro que Drakič pagaba menos impuestos y no tenía prácticamente ningún gasto personal. Había cazado al vuelo la primera oportunidad de hacerse con el negocio de su antiguo jefe, Jože Petrovac, en tiempos uno de los hombres más buscados en toda Europa. Ciudadano esloveno y croata, Petrovac tenía excelentes contactos con sus socios en el oeste, e incluso era propietario de una línea aérea propia para viajar desde China que no se dedicaba precisamente a patrocinar viajes culturales para profesores europeos occidentales y que luego, en los vuelos de regreso de Belgrado, Bucarest, Sofía, Minsk o Kischinau a Pekín, transportaba muy pocos pasajeros. Una carrera fulgurante. De verdulero y taxista en la antigua Yugoslavia a contrabandista forrado de dinero. Mientras el mundo aún estaba compuesto por dos bloques ideológicos, le había resultado fácil llevar a cabo los negocios más beneficiosos para él. Sin embargo, su verdadero ascenso imparable había comenzado en 1991 con la independización de Eslovenia y Croacia de Yugoslavia y la terrible miseria en la que las guerras civiles sumieron a la población del antiguo estado multiétnico.

Petrovac demostró ser más listo y menos escrupuloso que sus competidores y pronto dispuso de una red bien organizada que también aportaba beneficios a quienes hicieron de su causa una causa propia. Estabilización del negocio lo llamaba él. Ahí había comenzado también el ascenso de Viktor Drakič, pues para la mayoría de inmigrantes ilegales el camino hacia el oeste no terminaba con el simple cruce de las fronteras. Y, desde luego, no todos ellos las habían cruzado voluntariamente. Quienes sin duda no lo habían hecho eran los muchos miles de mujeres que su organización había captado en Estambul, Sarajevo y otras ciudades orientales para que luego, en Europa occidental, el dinero que les obligaban a ganar haciendo la calle o en clubs ilegales supusiera pingües beneficios... mujeres de las que ya nadie hablaba porque las noticias harto conocidas no se consideran de valor. Petrovac siguió expandiendo sus negocios y encontró nuevos

clientes en el Lejano Oriente. ¿A quién le importaban aquellos trabajadores forzados que a menudo tenían que pasar años esclavizados, en barracones en el campo o en los suburbios de las grandes ciudades, a menudo incluso en condiciones infrahumanas, para poder devolver el dinero de su viaje ilegal al oeste de Europa? Tampoco eso era ya ninguna novedad digna de mención para la sociedad bien alimentada. A lo sumo se pensaba en ellos como mano de obra barata cuyos miserables estándares de trabajo, por otra parte, hacían descender el listón de los contratos laborales nacionales. La industria no cesaba de amenazar con abandonar sus sedes de producción en Europa. ¿Acaso pretendían que todo el mundo trabajara como los chinos y consumiera como los norteamericanos?

Pero el astuto Jože Petrovac que tanto se había beneficiado con las guerras cometió un error que habría de pagar muy caro: el fiscal de cabello ralo que ocupaba el número uno en la lista de hombres que Petrovac quería liquidar y que, durante años, hubo de sufrir la compañía constante de un guardaespaldas, le pinchó el teléfono y justo le oyó pronunciar la orden de ejecución contra él. Petrovac jamás había imaginado las consecuencias de aquello. Cayó en la trampa de su perseguidor y fue detenido por acoso internacional. Gracias a sus excelentes contactos fue liberado enseguida y hasta dos años más tarde no pudieron volver a encerrarlo para sorpresa de todos. Esa vez ya no pudo ayudarle nadie. Para cuando saliera de la cárcel habría superado con creces la edad de jubilación. Y Viktor Drakič no vaciló un instante a la hora de hacerse con todos sus negocios. Algunos miembros de la organización incluso rumorearon que fue el propio Drakič quien puso a Petrovac en manos del verdugo a fuerza de cometer indiscreciones a propósito. Un tiburón se come a otro.

Drakič pronto centralizó toda la estructura de la organización. Así ya no quedaba negocio del que no sacara beneficio, y ni siquiera le echaban para atrás los que, para colmo, eran legales. Las ganancias del tráfico de personas, drogas y armas, el dinero de los sobornos a cambio de protección y las más que generosas comisiones se reinvertían en una red de gasolineras en Dalmacia y Montenegro, así como en una fábrica suiza donde llevaban años perfeccionando el mejor fusil de precisión del mundo. ¿Por qué iba a invertir su dinero en los negocios de otros o en productos que no necesitaba? Esa arma era una visión que había tenido a raíz de su propia experiencia en la guerra civil, y ahora por fin podía hacerla realidad.

Un año atrás, gracias a sus excelentes contactos con la Nomenklatura croata, Viktor

Drakič había adquirido la isla de Porer con un contrato de arrendamiento válido durante noventa y nueve años. Ése era el regalo que se había hecho a sí mismo por su cuarenta cumpleaños. La única condición que le habían puesto era garantizar el funcionamiento del faro de la isla, de treinta y cinco metros de altura y construido en 1833. Una condición que realmente le venía a pedir de boca, pues mediante esta torre de vigía y ciertas instalaciones técnicas adicionales aquella isla yerma de ochenta metros de diámetro se convertía en una fortaleza casi inexpugnable. Un Fort Knox en la punta sur de Istria, a dos kilómetros y medio de tierra firme. Se tardaban diez minutos en su yate de potentísimos motores y sólo veinte en helicóptero a Trieste, apenas una hora hasta Zagreb o Ljubljana. Las dos casas de piedra que había al pie del faro sólo habían conseguido alquilarse unos cuantos años a veraneantes con ganas de jugar a Robinson. Drakič las había mandado ampliar y remodelar. Las corrientes adversas y un viento por lo general fuerte mantenían lejos a los visitantes no deseados o capitanes domingueros desorientados, y quién podía imaginar que la persona que había elegido como morada aquel islote no era el artista británico, tan multimillonario como excéntrico, del que habló la prensa en su momento. La única desventaja de Porer era que, en circunstancias climatológicas extremas, Drakič no podía salir de allí. Entonces tenían que ocuparse de que en sus negocios todo marchase como debía alguno de sus hombres de confianza o su hermana Tatjana, desde Trieste. El mundo —éste era su lema— tenía que plegarse a su voluntad.

Al principio, la noticia de que el islote había pasado a ser una propiedad privada despertó un gran revuelo y toda suerte de especulaciones. Primero dijeron que Porer era el escondite de Ante Gotovina, un criminal de guerra del último conflicto bélico en la antigua Yugoslavia a quien ningún político croata se atrevía a entregar al Tribunal Internacional antes de las elecciones. Este rumor no cesó hasta que dicho ex general fue detenido durante unas vacaciones en las islas Canarias, gracias a una astuta estrategia diplomática, y disfrutó de un vuelo gratis a Holanda, donde ahora esperaba el proceso judicial. Y los rumores se desataron otra vez más. Desde tierra firme se vio, incluso sin prismáticos, que la fragata de la Sexta Flota estadounidense echaba el ancla a media milla de la isla. Una chalupa trasladó a tierra a cuatro hombres, que desaparecieron en el interior de los edificios. Pasaron dos horas hasta que por fin regresaron a su barco de guerra. Alguien sugirió que tal vez aquello era como un Guantánamo croata, una de las numerosas cárceles secretas de la CIA para terroristas musulmanes de las que tanto

hablaban los medios en aquellos meses, pero la idea inspiró más risotadas que otra cosa. La creciente actividad del turismo estival en la bahía de Kvarn no tardó en eclipsar por completo aquel rumor. La temporada alta estaba a la vuelta de la esquina, quien no aprovecharse el momento para ganar dinero era idiota, y ese tipo de noticias no eran precisamente una buena publicidad.

Las empresas de Trieste funcionaban muy bien, y Viktor Drakič podía confiar ciegamente en Tatjana, su hermana menor. Había conseguido que ella gozara de inmunidad diplomática, y las oficinas del consulado las pagaba el país con cuyo ministro de exteriores le unían estrechos lazos, tanto económicos como de amistad. Trieste era una base de operaciones imprescindible. CreaSell y CreaBuy administraban el flujo de capital y de mercancías, CreaTec se había establecido en el parque tecnológico del Carso. Era una empresa pequeña en la que trabajaban –para él– tres científicos, oficialmente en el campo de la tecnología medioambiental: especializados en desechos agroindustriales y en saneamiento de elementos tratados con asbesto. Aunque lo que más trabajo daba en realidad a aquellos pulcros especialistas era la expedición de permisos falsos para la circulación de toda clase de materiales de desecho y basuras, que enviaban a la otra punta de Europa para librarse de ellos allí. Éste era uno de los nuevos negocios estrella que Viktor Drakič había emprendido junto con sus socios italianos.

–En la actualidad se produce más basura que productos nuevos. Europa necesita soluciones fáciles –solía decir–. Alguien tiene que ocuparse de retirar toda esa porquería, ¿no? Claro que el agradecimiento ha dejado de ser una virtud en estos tiempos.

Y CreaTec Enterprises tenía otro objetivo más: los clientes chinos de Drakič ardían en deseos de conocer hasta el último detalle de cualquier procedimiento técnico imaginable. El director de sus laboratorios mandaba por correo electrónico a CreaSell las fotos de la tarjeta de memoria de una cámara que encontraba por las mañanas encima de su escritorio, allí las cifraban y dirigían a la oficina de Drakič en Porer, donde les daban el visto bueno para enviarlas a los clientes con su correspondiente factura.

El negocio marchaba como un reloj, no se preveía complicación alguna. Por eso habían fastidiado tanto a Tatjana Drakič, alias Petra Piskera, las exigencias del matrimonio Babič. Aún faltaban unos cuantos detalles, pocos pero esenciales, del laboratorio del ISOL, el Instituto de Ingeniería Solar, que daba mucho que hablar con unas revolucionarias placas fotovoltaicas y no paraba de anunciar patentes nuevas. Era un mercado del futuro, y los chinos se morían por aquella tecnología. Viktor agobiaba a

su hermana para que consiguiera los documentos lo antes posible, y ahora, de repente, los Babič daban problemas. Cincuenta mil euros, ¿pero qué se habían creído esos conserjes? Bastante bien cobraban ya. Esa noche, Babič entregaría las fotos, al día siguiente había quedado Tatjana con ellos para pagarles. Pero los planes de la consulesa eran otros.

La reunión en la prefectura fue durísima. El jefe de Roma estaba de tan pésimo humor que iba dispuesto a poner de vuelta y media a todo el mundo. Al parecer, también a él le habían leído la cartilla antes de llegar. El país se encontraba al comienzo de una encarnizada campaña electoral y, sin duda, el gobierno pretendía hacer público un balance de éxitos tras otro. Nunca se había abierto la guerra tan pronto. Ningún otro gobierno italiano había aguantado una legislatura entera en los pasados sesenta años; sin embargo, el favor de los votantes estaba cada día menos de su lado. Por otra parte, la oposición estaba tan susceptible como la coalición gobernante: las mismas caras de siempre, las que seguían sin estar dispuestas a ceder aun a pesar de las múltiples derrotas ya sufridas... y las que todo el mundo estaba harto de ver; cualquier cosa menos una bocanada de aire fresco. Tenían en su contra el tremendo poder de los medios del actual *premier*, cuyo partido además contaba con mayoría en ambas cámaras, gracias a lo cual se aprobaban montones de leyes a su favor, incluyendo una modificación del propio proceso electoral. Al mismo tiempo, la deuda de la ciudad había crecido hasta un punto que ya preocupaba también en el extranjero, y la situación económica de los ciudadanos había empeorado tanto que muchos no llegaban a fin de mes. Todo era culpa del euro, había dicho el presidente en los medios, y la gente se preguntaba qué culpa podía tener una moneda. En una situación tan tensa, la economía sumergida encontraba cada vez más partidarios.

Así pues, los ánimos estaban bastante caldeados cuando el prefecto se dirigió al *questore*:

—Desde luego, no me dirá que ha sido por falta de personal. Estalla una bomba en pleno centro de la ciudad y no hay un solo policía en kilómetros a la redonda al que le interese. ¡Cinco horas de ventaja para los autores del crimen! ¿Cómo pretende explicarle eso a alguien de Nápoles o de Milán? —carraspeó—. ¿O de Roma, por ejemplo?

El nombre de la capital. La palabra mágica. Ahora ya se lo explicaba todo hasta el más borrico. El prefecto había recibido una llamada del Ministerio del Interior.

—El país entero se ríe de nosotros. Ya hay titulares en la ciudad. ¿Pero cuáles son? Se me reprocha que aquí nada avance para mejor. Al contrario. Alguien pone una bomba en plena ciudad, y ni la policía ni los *Carabinieri*, ni la *Guardia di Finanza* ni los *Vigili Urbani* oyen el más mínimo ruido. Bien saben ustedes que no suelo convocar este tipo de reuniones a menos que sea algo realmente serio. ¿Ustedes se comunican unos con otros? ¿Conocen la palabra «coordinación»? ¿Quién está a cargo de la investigación?

El *questore* miró de reojo a Laurenti.

—El caso está en buenas manos, prefecto. Estoy seguro de que pronto sabremos quién ha sido. Comisario, informe usted.

—Una granada de metralla de construcción yugoslava — comenzó Laurenti, y le interrumpieron enseguida.

«¡Ahí lo tienen! ¡En las fronteras dejan pasar de todo como si tal cosa!

«¡A mí me lo va a contar!», pensó Laurenti poniendo los ojos en blanco.

—¡Cuántas veces les he dicho que es necesario intensificar los controles! Que aparece alguien con una bomba en la chaqueta, pues ¡adiós muy buenas, caballeros! —siguió despotricando el jefe máximo.

Un fuerte golpe contra la puerta del balcón de la sala de reuniones, que daba a la plaza, asustó a todos. Una gaviota que iba persiguiendo a una paloma se había estrellado contra el cristal y allí estaba, con las alas tiesas.

—Y ése es otro problema que hay que solucionar —dijo el prefecto en tono avinagrado. Los pájaros habían convertido la ciudad en su fuente de alimento abundante, y las instituciones discutían si poner en marcha una gran campaña de esterilización o si envenenar selectivamente a los animales, mientras que otros abogaban por protegerlos de alguna manera—. Pero volvamos a nuestro asunto. No es tolerable que aparezcan armas ilegales en nuestro país.

—A mí también me preocupan los incontables coleccionistas particulares —intervino Laurenti—. El año pasado robaron cinco escopetas de caza de la mismísima casa del alcalde. ¿Acaso las necesitaba alguien para cazar gaviotas?

La cabeza del prefecto se puso del color de la remolacha.

—Cuando el ciudadano no se siente lo bastante protegido, toma la iniciativa por sí mismo —rugió el pobre—. ¡No tiene usted ni idea de lo que está diciendo!

Laurenti y sus compañeros esperaron a que al jefe se le pasara el ataque de rabia y él mismo rompiera el obligado silencio con un:

–¿Y bien?

–El material está en el laboratorio de la policía científica de Parma –dijo Laurenti en tono conciliador–, esperamos el informe de los análisis. Ya hemos interrogado a todos los vecinos de la zona y a los dueños de los coches destrozados por el artefacto. Esperamos hallar nuevas pistas una vez que el asunto trascienda a los medios locales.

–Esperanza es sinónimo de inactividad, Laurenti. Esperar es lo contrario de trabajar –el prefecto recopiló todos los papeles que tenía esparcidos delante de él y se dirigió al *questore*–. ¿Una granada de mano de producción yugoslava? Espero que lleven a cabo intensos controles en las comunidades serbias. Manténgame informado de las medidas que planeen antes de ponerlas en práctica –gruñó antes de abandonar la sala–. Y encárguese de que limpien ese balcón.

Mientras cruzaba la Piazza Unità con el *questore*, de vuelta a su despacho, sonó el móvil de Laurenti. Era Laura. Laurenti se disculpó con su jefe y respondió.

–¿Dónde le has dado ese golpe tan espantoso a mi coche? –preguntó enfadada.

–¿Yo? –balbuceó Laurenti–. ¿Golpe? ¿Qué golpe? Pero si anoche volvimos a casa en él...

–La luz de atrás está hecha migas, y ha saltado la pintura del parachoques y también de la puerta del maletero. Eso es que te diste una castaña contra un muro. ¿Cómo es que no me cuentas una cosa así?

–Yo no he sido. Haz el favor de no echarme la culpa por sistema. Seguro que pasó anoche en el aparcamiento. Llévalo al taller.

–¡No hace ni dos semanas que lo tengo, Laurenti! –Laura le colgó sin despedirse.

–¿Su esposa? –preguntó el *questore*–. ¿Problemas con el coche?

Laurenti hizo un gesto con la mano para zanjar el tema.

–Problemas con la luz trasera. Cuando está nerviosa, no conduce muy bien.

Alba Guerra lo había conseguido. Había dado en el clavo. La noche anterior había seguido, en su moto, al coche con matrícula del consulado desde el restaurante-grill hasta la ciudad. Había visto a la dama del pelo negro aparcar en la plaza reservada para el consulado junto al Teatro Verdi y la había seguido a pie a una distancia suficiente. En la Via Torbadena, la mujer había desaparecido en el interior de un portal en el que se veía la placa de un consulado, justo enfrente de la jefatura de policía. Satisfecha, Alba emprendió el camino de vuelta a su casa. Aún habría de pasar largo rato sentada ante el escritorio, haciendo llamadas e investigando por Internet hasta dar con el nombre de la

misteriosa morena y averiguarlo todo sobre ella. El primero a quien llamó fue un compañero que trabajaba en la *questura* y que, a pesar de que se conocían bien de las reuniones del Partido, se mostró muy reticente hasta que le dio los datos personales: «Petra Piskera. Treinta y seis años». Y también le dijo la fecha y el lugar de nacimiento y la capital del país al que representaba.

—Es doctora en algo, pero no dice en qué. Alba, ten cuidado, esa mujer tiene inmunidad diplomática. Consulesa de profesión. Para nuestros archivos es igual que una hoja en blanco.

Alba descargó en el ordenador la conversación entre la consulesa y el matrimonio que había grabado y comenzó a transcribirla. Aquel asunto estaba tan caliente que echaba humo. La consulesa de un país corrupto del este tenía algo que ver con el centro de investigaciones tecnológicas de Padriciano. Allí arriba tenían un acelerador de partículas, institutos de medicina nuclear, ingeniería espacial, bioquímica, investigación sobre materiales... en la parte de abajo, en la ciudad, hasta había una delegación exterior de la IAEA, la Agencia Internacional de Energía Atómica. El asunto era más que jugoso. Por pura casualidad y gracias a su perseverancia, Alba Guerra había dado con un auténtico filón. Peinó Internet en busca de información sobre contrabando nuclear, soñando con alguna bomba de oscura procedencia. Si lograra demostrar la relación entre diversos institutos de investigación internacionales asentados en Trieste y algún país musulmán, supondría un golpe muy importante para todos esos políticos cretinos que nunca pensaban mal de nadie. La izquierda lo iba a tener bien difícil por su irresponsable apoyo a la inmigración. Alba ya se veía en un puesto puntero en alguno de los órganos televisivos del presidente o en la redacción de alguno de los periódicos de sus compañeros de coalición de extrema derecha. Después de todo, una hazaña como aquella merecía su premio. Y, además, le ahorraría un montón de dinero al Estado.

A partir de la mañana siguiente, seguiría a la consulesa en todos sus movimientos y tal vez incluso encontraría la manera de colarse en sus oficinas. También pisaría los talones al matrimonio del Škoda con matrícula eslovena. Con un poco de maña, seguro que conseguía hacerles hablar. Le esperaba mucho trabajo. Pero por fin tenía su historia. ¡Un bombazo!

Alba Guerra no pegó ojo en toda la noche de pura excitación. Las gaviotas que anidaban en los tejados de la zona hacían un ruido de mil demonios incluso por las noches, y desde de la cercana Piazza San Giovanni llegaban hasta su ventana la música

atronadora y las risas de la gente. Una vez llamó a la policía para quejarse del ruido. Pero, al parecer, a los funcionarios les preocupaba poco el descanso nocturno de los ciudadanos de Trieste. Y luego, la detonación de una bomba a una manzana de su casa volvió a impedirle conciliar el sueño.

—Es la última vez —dijo Damjan Babič a su esposa Jožica cuando llegaron al pequeño puesto de frontera de San Pelagio, Šempolaj, que impedía el tránsito libre hacia el Carso. Era una frontera política que había separado a familias enteras cuando, poco después de terminar la Segunda Guerra Mundial, fue fijada por los Aliados siguiendo un peculiar sistema basado en arrojar sacos de escayola desde sus helicópteros y después trazar sobre este rastro la línea de demarcación entre el Territorio Libero di Trieste, que entonces estaba bajo jurisdicción estadounidense, y la Yugoslavia comunista de Tito. Esta línea atravesaba los campos y las parcelas particulares y, en una pequeña localidad cercana a Gorizia, incluso partía en dos una tumba de un cementerio. Carlo Ponti, dirigido por Luigi Zampa y con Gina Lollobrigida en el papel principal, había rodado en el pueblo de Santa Croce, en 1949, una cursilería de película titulada *Cuori senza frontiere*, corazones sin fronteras, que la gente en cambio conocía como «Linea bianca». La línea blanca que dividía el país.

Era el último día que tenían turno de tarde. Habían aprovechado la mañana para las labores de su pequeño terreno, Damjan había regado las viñas y Jožica había estado recogiendo tomates y verduras antes de subir al coche tras una opípara comida. Damjan miraba preocupado los nubarrones negros que se formaban sobre Komen. Una granizada podía acabar con la cosecha. Pasaron por delante del Paradiso, un club nocturno, y tomaron la curva en la calle principal junto al local de Antonio, una peluquería que también ofrecía ciertos servicios especiales, a saber: habitaciones con compañía de mujeres ucranianas. Veinte minutos más tarde llegaban puntualmente a empezar su turno en el centro de investigaciones.

—Esta vez y lo dejamos —afirmó Jožica con alivio y suspiró—. Mañana nos tiene que pagar la consulesa...

—...y pasado mañana presentamos nuestra carta de dimisión en la sección de personal. Jožica, *zlata moja*, se terminó el ir y venir diario. Lo primero que haré será plastecer la fachada de nuestra nueva casa.

—Y a continuación la pintamos —dijo Jožica—. De rojo. Quiero una casa rojo chillón.

–En cuanto se seque el cemento –gruesas gotas de lluvia caían sobre el parabrisas–. Si es que se seca. Este verano no hace más que llover.

–Y tenemos que sacar esquejes para el nuevo viñedo – Jožica puso la mano encima de la de su marido, al volante–. Vitovska y pinela. ¿Y qué te parece si habilitamos tres habitaciones para alquilarlas a los turistas? Vacaciones en una granja.

–O para los italianos que frecuentan los antros del pueblo –bromeó él.

Mientras hacía su última ronda por las instalaciones del AREA SciencePark, a las diez de la noche, Damjan Babič se extrañó al ver a la pelirroja de la chaqueta de cuero escondiéndose a toda prisa detrás de un contenedor de basura. ¿Qué estaba pasando allí? Entretanto, había averiguado en qué laboratorio trabajaba, y allí ya llevaban rato apagadas todas las luces. Una última vez sintió el impulso de dirigirle la palabra y asegurarle que no había nada turbio en todo aquello. Pero luego recordó la carta de dimisión que había presentado junto con su esposa y que ya sólo tenía que entregarse a la persona responsable a la mañana siguiente. Que la pelirroja hiciera lo que le diera la gana. Él ya tenía sus fotos y lo único que le quedaba era dejar la cámara en las oficinas de CreaTec Enterprises. La cámara que recogiera allí a cambio pensaba quedársela.

Babič siguió con su ronda, comprobó que todas las puertas estaban cerradas e hizo sonar las llaves del grueso manojó que llevaba siempre. Su última estación fue el pabellón de CreaTec. Como hacía cada vez, abrió la puerta despreocupadamente. Siempre era el último en entrar allí y era capaz de encontrar el camino hasta el escritorio donde debía dejar la cámara incluso a oscuras. Ni siquiera cerró la puerta tras de sí, el cambio de cámaras no le llevaba ni un minuto. En el instante en que tenía una en cada mano, vio las estrellas. El golpe había sido fuerte, obligando a caer de rodillas a aquel hombre tan corpulento. Quiso agarrarse a algo, la cámara de fotos que acababa de coger del escritorio y que aún se notaba caliente por la batería recién cargada se le deslizó de las manos. Luego sintió una patada en la espalda y cayó hacia delante. No llegó a perder el conocimiento y, cuando se levantó, oyó pasos al final del pasillo y, poco después, la puerta del pabellón que se cerraba. Con mucho esfuerzo, se puso de pie y fue dando tumbos hasta el lavabo que había en una pared. Depositó la otra cámara y abrió el grifo. Se lavó la cara con cuidado y se tocó la cabeza para comprobar si tenía un chichón. Entonces soltó una carcajada. ¡No era tan fácil acabar con un hombretón como él! Pero ¿quién quería hacerle nada? ¿Y qué buscaba quien hubiera sido?

Damjan sopesó la cámara que llevaba en la mano y la encendió. Respiró aliviado al revisar la tarjeta de memoria. Las fotos estaban todas. Por fin, enchufó la cámara al cargador como siempre, se dirigió sigilosamente hasta la puerta y encendió la luz del pasillo. Nadie. Más tranquilo, hizo girar la llave en la cerradura y salió despacio. Pues nada, si se quedaba sin cámara, tampoco era tan grave. Él había entregado sus fotos y mañana tendría tanto dinero que podría comprarse una mejor.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jožica cuando le vio llegar al aparcamiento.

—Nada —contestó Damjan—. Me he dado un golpe. Conduce tú —no quería intranquilizarla. Al día siguiente por la tarde habría terminado todo—. Quiero llegar a casa.

A los pocos kilómetros se desencadenó una tormenta que les impuso una velocidad de peatón. Damjan se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Ella tenía lo que quería. El plan le había salido redondo. Alba Guerra bajó a la ciudad en su moto como una bala. En un cuarto de hora terminaba el estreno de *Turandot* en el Teatro Verdi. A media tarde había seguido a la consulesa casi hasta la entrada pero había procurado desaparecer enseguida para no llamar la atención, con su pelo rojo revuelto y su gruesa cazadora de cuero, entre los caballeros de calva brillante vestidos de frac y las señoras con sus escotados —que no siempre favorecedores— trajes de noche, toda esa gente que a la mañana siguiente volvería a llenar una página entera del periódico. Aquella gente le merecía tan poco aprecio como los de izquierdas. En opinión de Alba, el país necesitaba una mano fuerte de una vez y nada de cristianodemócratas solapados que luego formaban coalición hasta con los comunistas con tal de sacar algún tipo de beneficio: dinero, una posición, sentencias absolutorias o exenciones de quién sabe qué.

En la curva de la universidad estuvo a punto de caer de bruces sobre el asfalto. Comenzaba a llover y el pavimento estaba resbaladizo. Redujo la velocidad y llegó a la Piazza della Opera justo en el momento en que se abrían las puertas y la burguesía triestina salía a la calle como una marea. Los que no habían contado con la lluvia atravesaban la plaza a paso veloz y desaparecían en el interior del pasaje del Tergesteo. El café que había allí haría una buena caja esa noche, al menos hasta que se pudiera volver a casa con los pies secos. Alba descubrió a la consulesa, que salió sin compañía alguna, y comenzó a seguirla. Era poco trayecto hasta la Via Mazzini, por la que Alba se metió con la moto aunque sólo estaba permitido el paso a los autobuses. Petra Piskera estaba calada hasta los huesos cuando llegó al portal de un edificio neoclásico y se puso a

rebuscar la llave en su bolso. Alba Guerra vio a una mujer muy bajita que llegaba en bici a toda velocidad y la oyó gritar a la consulesa que, por favor, mantuviera la puerta abierta. Ambas se saludaron con un beso en la mejilla, despotricaron del tiempo y finalmente desaparecieron en el ascensor después de que la enanita dejara su bicicleta apoyada en la pared de la entrada.

Alba Guerra se marchó a su casa a toda prisa y subió las escaleras corriendo. Ni siquiera se quitó la ropa empapada de lo impaciente que estaba por ver su botín en la pantalla. Se apresuró a conectar al ordenador la cámara digital que le había quitado a Babič e intentó descargar las imágenes. Se le encogió el corazón y su sensación de triunfo dio paso a un estupor que la dejó clavada a la silla. No podía ser cierto. El programa indicaba que la tarjeta de memoria estaba vacía. Se obligó a mantener la calma, reinició el ordenador y repitió cada uno de los pasos con suma delicadeza. Pero la información siguió siendo la misma: «No hay ningún archivo guardado».

Maldita sea. Había seguido a Damjan Babič desde que éste salió de la Mensa para hacer su ronda habitual. Había visto con sus propios ojos cómo, en las oficinas de un instituto de investigación llamado ISOL, Instituto de Ingeniería Solar, enredaba en los armarios de los documentos, sacaba unos planos y los fotografiaba. En su despreocupación, el hombre incluso había encendido la luz en lugar de colarse a oscuras con una linterna como en las películas de espionaje. ¿Dónde estaban aquellas condenadas fotos? De rabia, Alba Guerra lanzó la cámara contra la pared, donde se rompió en varios pedazos.

¿Era posible que todo hubiera sido en vano? Sacó una botella de vino blanco de la nevera, se apoyó en el alféizar de la ventana y se asomó a la Piazza San Giovanni. La lluvia le caía en la cara, pero no parecía notarlo. Tenía que encontrar una solución como fuera. ¿Cómo reaccionarían en el Instituto de Ingeniería Solar si les comunicaba su descubrimiento? Seguro que le preguntaban por qué estaba ella detrás de aquel asunto y qué se le había perdido en las oficinas a aquellas horas de la noche. ¿No sería mejor colarse ella misma en el laboratorio y tomar unas cuantas fotografías para después hacerlas pasar por las que había tomado Babič? Aquel hombre tenía que proporcionarle alguna pista más. Al día siguiente se pegaría a él como una lapa.

—De la Ópera hasta aquí no son más que dos pasos —dijo Petra Piskera—, y aun así me he calado por completo. Este año parece que no quiere llegar el verano.

—¿Qué tocaban? —preguntó Pina Cardareto. Tan sólo conocía a su vecina hacía cuatro semanas. Lo típico en un edificio con muchos mini-apartamentos donde todo el mundo quería que le dejaran en paz. Los vecinos a lo sumo se saludaban fugazmente cuando coincidían en el ascensor. Demasiadas personas, demasiadas caras, allí no había lugar para el trato amistoso entre la comunidad. Pina no sabía ni cuánto tiempo llevaba Petra viviendo en el piso de al lado ni a qué se dedicaba. Y Petra no sabía nada de ella. Pina la había ayudado una tarde en la que a Petra se le rompió la bolsa de la compra y todo su contenido fue a parar al suelo. Salieron rodando varios melocotones y se rompió una botella de vino. Pina se ofreció a traerle otra bolsa de su casa y enseguida sacó también la escoba y el recogedor para barrer los cristales. Y luego, en señal de agradecimiento, Petra la había invitado a una copa de vino.

Su conversación se había mantenido en términos superficiales; el tiempo, la moda. Y las dos tuvieron que echarse a reír cuando se preguntaron por sus respectivas profesiones. En la administración pública habían dicho ambas. Y ahí se había quedado la cosa.

—¿Y tú de dónde vienes?

—De la oficina. Desde las siete y media de la mañana.

Petra miró el reloj.

—Quince horas. Es realmente admirable.

—Hoy nos lo hemos pasado... bomba.

Basura

Las vacaciones habían terminado y adoradores del sol tenían los nervios destrozados. Si había brillado el sol, había sido por su ausencia. Había llovido más que otra cosa y los triestinos estaban de un humor de perros. Al fin y al cabo, uno de los grandes privilegios de la ciudad era tener un mar limpio y cálido en la misma puerta de casa, y casi cada persona tenía su propia playa preferida, donde podía olvidarse de sus problemas y dejarlo todo a la buena de Dios. Porque al trabajo tampoco le pasaba nada por esperar para otro día... siempre que el tiempo acompañase, claro. A la vista de los pesados nubarrones se habían calmado hasta aquellos hombres que, al comenzar la temporada, protestaron en voz alta por tener que ceder su cabina en el Pedocin –los baños en los que, desde tiempos de María Teresa, se mantenía la separación por sexos– durante la semana de la Nation's Cup Regatta e ir a bañarse con las mujeres. Habían escrito numerosas Cartas al director quejándose de tan ofensiva propuesta y reivindicando su derecho a disfrutar de sus baños relajantes sin molestias, como se había hecho toda la vida. No obstante, la mayoría de adoradores del sol eran habituales del Lungomare de Barcola, y también había quienes se instalaban durante meses en las calas de la parte baja de los acantilados, en las playas nudistas a las que, para pasar la temporada, llevaban barbacoas y colchonetas, comida, provisiones de bebida en cantidades preocupantes y hasta ropa para cambiarse y así poder ir directamente a la oficina cada mañana.

Sin embargo, este año el verano imponía nuevas reglas. Hasta los más apasionados de la vela, que no solían conocer el miedo al viento y la climatología adversa, se quejaban de que para cualquier mínima salida tenían que echar al barco los jerséis y los chubasqueros. Los clubes de remo de las Rive se lamentaban porque no tenían posibilidad de entrenar; a cambio, había aumentado muchísimo el consumo de vino en sus locales, porque en lugar de mantenerse en forma, aquellos gandules preferían seguir

pegados a sus sillas echando una partida de cartas detrás de otra como si ya no tuvieran un hogar al que volver. También Laurenti había pasado tres mañanas de domingo con ellos en el local del Club STC Cannottieri Adria 1877, viendo que su propósito de retomar el único deporte que le gustaba se quedaba en nada por culpa del mal tiempo. Después de dar cuatro golpes a los remos hasta el puertecillo de Cedas, pasando por el Porto Vecchio, finalmente decidió aplazar cualquier nuevo intento hasta el año siguiente.

Tan sólo el crimen se resistía a deprimirse por el mal tiempo. Ciertamente es que la mayor parte del trabajo correspondía a los compañeros que cada vez tenían que luchar más contra la entrada ilegal de mercancías del Lejano Oriente, Turquía o los Balcanes. La crisis económica que afectaba a toda Europa se hacía especialmente patente en las fronteras, adoptando formas cada vez más grotescas. Un año antes, los funcionarios de aduanas habían interceptado un camión de ataúdes baratos enviados desde Ucrania a la Alemania en crisis; esa semana, en cambio, se habían descubierto dos transportes con los que nadie había contado jamás: un contenedor con dentaduras postizas falsificadas en Turquía con destino a Holanda y otro con hábitos para monjas de fabricación china pero con etiquetas de *made in Italy* para el Vaticano. Pero también se encontraban elementos de frenos y otras piezas del automóvil, instrumental médico, bolsos, ropa, cuchillos, gafas de sol, tomates, parmesano y, en invierno, hasta perejil... todo cuanto uno pudiera desear. Y todo falsificado o declarado como no correspondía. La piratería era en verdad el único ramo floreciente entre toda la competencia global.

Al escritorio de Laurenti habían ido a parar algunos expedientes de delitos personales registrados entre los nuevos grupos de inmigrantes. Seguro que eran unos cuantos carteristas que habían aligerado el bolso de alguna anciana en el autobús robándole el monedero, o que habían sisado cosas de los bolsillos de los bañistas del Lungomare de Barcola en los escasos días despejados. Pero cuando menos lo esperasen acabarían bien al fresco en una de las angostas celdas del Coroneo. Los peces pequeños tenían muy escasas posibilidades de que no les pillasen en Trieste. Pero ¿qué eran los carteristas comparados con el contrabando, cuyo alcance en la oscura maquinaria de los negocios comenzaba a ser más que inquietante? Con la esperanza de conseguir buenas inversiones en empresas del Lejano Oriente gracias a su política de libre mercado, Europa estaba cavando su propia tumba.

Como jefe de la Policía criminal, Laurenti casi siempre investigaba casos relacionados con algún brote de estos negocios ilegales. A veces, los funcionarios de las patrullas

pillaban a algún tipo en un coche robado porque se notaba de lejos que no era él quien había pagado el vehículo. Por otro lado seguían intentando averiguar la identidad de dos camioneros cuyos cadáveres habían aparecido dos semanas antes en el aparcamiento del área de servicio de Duino. Sus vehículos, junto con toda la carga, habían desaparecido; había delitos paralelos en Carintia, pero a pesar de la buena colaboración con la policía austriaca, no avanzaban ni un solo paso. Luego estaban los tropecientos camiones de reparto con matrícula ucraniana, rumana o búlgara que cruzaban la frontera a diario transportando cualquier cosa que pudiera dar dinero: el correo, la compra, personas... hasta niños de catorce años a los que luego utilizaban para robar.

Los medios locales, eso sí, dedicaban más atención a la invasión de gaviotas que asolaba el centro de la ciudad, y es que algunas incluso atacaban a los viandantes como si se hubieran aburrido de perseguir palomas. El nuevo tema de conversación en la ciudad. ¿Por qué demonios la tenían tomada aquellos bichos con las cabezas de Svevo, de Saba o de Kosovel en el parque municipal, o con la estatua de Verdi que había delante del Gran Malabar, y en cambio dejaban intacto el busto de Oberdan?

Cuando, pocos días atrás, habían detenido a tres marineros, se había armado una buena pelea en la comisaría. Aquellos hombres vendían cartones de cigarrillos del Duty Free de Dubai en la Piazza Barbacan, y la ayudante de Laurenti había dicho que le daban pena.

—Ya era hora de que pudiéramos comprar cigarrillos baratos también en Trieste —rió Marietta —, y no sólo en Nápoles o Génova.

Regodeándose en ello, encendió otro pitillo, sacado de un paquete en el que faltaba la etiqueta que anunciaba que fumar produce impotencia, hace envejecer la piel o es malo para la salud del canario de la viuda de al lado. En el cenicero de su mesa, abarrotado de colillas, todavía humeaba la ceniza del pitillo anterior.

Pina Cardareto, por el contrario, no hacía precisamente por ocultar sus convicciones de no fumadora radical, y en los espacios públicos, oficinas, bares y restaurantes incluidos, estaba prohibido fumar por ley.

—Bájate a la calle si no puedes evitar fumar como un carretero —bufó—. Aunque mejor sería que lo dejaras del todo en vez de envenenar el ambiente poco a poco.

Marietta tuvo que echar atrás su silla para poder darle la espalda. Pina siempre insistía en que debía cumplir las normas.

—Pues llama a la policía —le devolvió el bufido Marietta, inclinándose sobre los papeles

que tenía encima de la mesa.

–Dame tiempo. También sé hacer las cosas de otra manera –la voz de Pina sonó amarga.

Marietta sabía que Pina solía salir del despacho dando un portazo cuando ella se limitaba a ignorarla, pero hoy no estaba de humor para morderse la lengua.

–Necesitas material para tus cómics, pequeña.

No era raro que la inspectora llevara consigo un bloc de dibujo y lápices. Dibujaba bien, con mucha soltura y con la mano izquierda. Y más de una vez había contado que documentaba en forma de cómics su época de servicio en aquel manicomio de comisaría y en aquella ciudad.

–Pues al menos vacía ese cacharro repugnante –farfulló Pina.

–Proteo pregunta si ya está listo el informe del asunto de la granada –en la voz de Marietta se notaban las ganas de fastidiarla–. Lo está esperando.

–Ya va. Antes lo tiene que leer el compañero.

–¿Qué compañero?

–¿Qué compañero va a ser? Al que le explotó la bomba en el portal de su casa.

–Pues Laurenti quiere leerlo ahora. Da igual lo que diga tu compañero. ¿Entendido?

Pina se esforzó por sonreír.

–¿Ahora? Pero si su despacho está vacío. ¿Dónde ha ido?

–Él siempre está aquí –dijo Marietta con frialdad–. Aunque tú no lo veas. Lo está esperando.

–Sólo me falta imprimirlo –dijo Pina apocada pero con irritación.

–Y haz el favor de tener más en cuenta la buena imagen de la policía. Estoy segura de que al jefe no le gusta nada tu comportamiento. Desde luego, hasta ahora nadie había tenido la osadía de ponerse así.

Pina arqueó las cejas. No tenía ni idea de qué hablaba Marietta, que ahora le daba la espalda y fingía estar muy concentrada en la pantalla de su ordenador. Pina cogió el cenicero y, sin que la otra lo viera, se lo vació en el interior del bolso.

Galvano estaba furioso. Ya llevaba media hora esperando delante de la *questura* y Laurenti seguía sin aparecer. A su lado esperaba también el perro negro que antes fuera de Laurenti y que finalmente consiguió quedarse él. Laurenti había ido comentando por todas partes cuán buena pareja hacían aquellos dos viejos zorros y que tan sólo cabía

esperar que ninguno viviera más que el otro. El anciano forense no podía tolerar semejante desvergüenza. Durante semanas había ido luego él comentando por todas partes que el propio Laurenti tampoco tenía mucha más cabeza que cualquier can y que siempre había tratado fatal al viejo y veterano perro policía. Nadie le había creído, pues en cuanto el chucho descubría a Laurenti, se ponía sobre dos patas contentísimo e intentaba lamerle la cara.

Hoy, sin embargo, Galvano se sentía ofendido por otra cosa. La nueva inspectora se había permitido gastarle una broma pesada, y él no perdonaba ese tipo de cosas. Por supuesto, todo había sido cosa de Laurenti. Mirándole con unos ojos muy grandes y hablándole con voz dulce, la inspectora bajita se había inventado una historia y le había pedido ayuda. En sus sesenta años de servicio como forense, Galvano nunca había destacado precisamente por colaborar en nada de manera filantrópica. En las frías dependencias del Instituto Anatómico Forense, se había dedicado a abrir, despiezar, serrar y cortar en pedazos a sus clientes, a sacar balas, analizar el contenido del estómago, examinar heridas e inspeccionar los órganos sexuales, y a recomponer y remendar los cuerpos después para que pudieran llevárselos a la tumba sin que los parientes sufrieran un shock demasiado grande al ir a darles su último adiós. Para él, los seres humanos eran criaturas sentimentales y quejicosas con el gran defecto de dejar volar su imaginación en aquellos momentos que justo requerían mantener la cabeza fría. Seres blandos como los moluscos, y eso que había tenido que recurrir a la sierra para huesos en no pocas ocasiones. Laurenti era el ejemplo más claro y, desde el día anterior, también contaba entre ellos a la inspectora bajita.

Pina le había invitado a un café en el bar Portizza de la Piazza della Borsa, llevándolo a sentarse a un rincón muy discreto donde podían hablar sin ser molestados. Había ido sacando aquellos extraños papeles de un grueso sobre de correos y colocándolos delante de él uno por uno. Vaya falta de precaución. Bien estaba que hubiera recurrido a él, pues era un hombre que sabría mantener la boca cerrada. Pero que también le hubiera enseñado aquellas guarrerías a Laurenti no había sido buena idea en absoluto. Ahora sí que se enteraría la ciudad entera, y pronto; con esas palabras alarmó Galvano a la inspectora. Y entonces ella le había hecho una propuesta en verdad improcedente.

—¿Cómo te atreves? —Galvano la miró furibundo y dio un fuerte tirón a la correa del perro, que estaba a su lado—. Yo soy una personalidad pública. ¿Y tú te atreves a

sugerirme que me plante cada mañana junto a un cubo de basura para observar quién repesca los pañales sucios de los que te deshaces?

La inspectora se quedó sin habla.

—¡Y luego aún pretenderás que le arranque de las manos la bolsa de basura a ese psicópata, le ponga las esposas y te lo entregue! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Pina puso unos ojos todavía más grandes y miró al doctor con cara de cordero degollado.

—Pues Laurenti también opina que no hay nadie más indicado que usted.

—¡Cómo no se me habrá ocurrido! —resopló Galvano—. Conque él está detrás de todo esto...

—Pero ustedes son amigos —intentó arreglarlo Pina.

—¿Amigos? ¡Bah! —y le salió un poco de saliva por la comisura de los labios—. Yo no tengo amigos. Cuando me retiraron de la circulación como a un viejo chocho, no hizo nada por impedirlo. Y ahora pretende que me convierta en basurero.

—Nadie es tan buen observador como usted, doctor, nadie —lo intentó Pina de nuevo.

—¡Laurenti es un imbécil! ¡No sabía tratar como es debido ni a este perro tan bueno! ¡Y no tiene menos tacto porque no se entrena! Te voy a decir una cosa, jovencita, y que se te quede bien grabada. En sesenta años de experiencia profesional, jamás he consentido una desvergüenza semejante. A ver si os creéis que soy un vejestorio cualquiera al que podéis plantar de vigilante en cualquier esquina. Soy uno de los forenses más prestigiosos del país y he resuelto casos por los que luego se llevó los honores Laurenti. Ese tipo no tiene ni idea de nada ni sabe hacer la o con un canuto, ésa es la triste verdad. Y tú te has ido a meter en una escuela donde tampoco aprenderás nada. Pide el traslado, y a ser posible, rápido —Galvano se giró para alejarse de ella y, sin querer, le pisó una pata al perro. El pobre dio tal aullido que el local entero se volvió a mirarlos. Galvano salió a toda prisa, hirviendo de rabia.

Pina dejó unas monedas sobre la barra y se apresuró a salir tras él. No podía dejarle marchar así. Era mejor zanjar el asunto por las buenas.

Corrió detrás del forense y le cortó el camino.

—Espere, Galvano.

—¡Déjame en paz de una vez, niña! —el anciano siguió dando zancadas, todo rabioso, arrastrando al perro detrás de él, pero Pina no daba su brazo a torcer.

—Necesito su ayuda.

Enseguida se formó un tropel de curiosos alrededor de ellos.

—¡Vete al diablo, niña! —gritó Galvano como nadie le había oído gritar nunca—. ¡Y ni se te ocurra volver a dirigirme la palabra!

—¡Déjale en paz, mujer, que es un pobre viejo! —exclamó un hombre que, a pesar de que era verano, llevaba sombrero y todavía superaba en edad al forense; luego, siguió su camino riéndose.

Galvano se dio media vuelta. Quería ver quién le había insultado. Aquello sí que pasaba de castaño oscuro. ¡Se lo iba a demostrar a todo el mundo! Allí mismo y en ese mismo momento. En la plaza más frecuentada de la ciudad. A una hora en la que todo el mundo estaba por la calle... todos excepto algún amigo que hubiera podido sacarle de aquel atolladero.

Pina no cabía en sí de asombro. ¿Cuánto tiempo llevaba aquel hombre de ochenta y cuatro años guardándose su rabia, y por qué estallaba justo ahora por semejante nimiedad? Tenía que aplacar su ira como fuera, y ahora para colmo aparecía el fotógrafo del diario y levantaba la cámara por encima de las cabezas de los demás.

—Cálmese, Galvano, por favor —rogó Pina al anciano forense, tirándole de la manga—. Sigamos caminando y hablemos del asunto con tranquilidad.

—¡Condenada enana! —maldijo él para sí—. ¡A ti te voy a enseñar yo lo que significa humillarme, hombre!

Eso había sido el día anterior, y Galvano todavía había pasado un buen rato despotricando de la desfachatez de la inspectora y la falta de respeto de Laurenti; no se tranquilizó hasta después de cenar, al distraerse con las noticias de la noche y una copa de whisky. Sin embargo, hoy por la mañana volvía a echar chispas de rabia al sacar el perro, poco después de las seis, y tomarse un café en el bar de las Rive, punto de encuentro de muchos pescadores. No podía creer lo que veía cuando abrió el periódico: una foto de él en medio de una muchedumbre en la Piazza della Borsa. A Pina casi no se la veía, apenas le llegaba al pecho al doctor, alto y enjuto y con una cabeza muy grande. El texto del pie de foto era especialmente enojoso: «Hace dos años, el doctor Oreste Achille Galvano, de 84 años, nacido en Boston (USA), fue jubilado en contra de su voluntad. Llegó a Trieste en 1945, con los Aliados, y sirvió a la justicia durante casi sesenta años. A pesar de su edad, siempre conservó la pasión que le caracterizaba como

brillante forense. Ayer discutía en voz alta un caso actual con la inspectora Giuseppina Cardareto, de 30 años, atrayendo la atención de muchos transeúntes».

Eso era todo. Por lo visto, el periódico necesitaba material de relleno a falta de noticias más importantes. Galvano empezó a darse golpecitos en el muslo con el periódico doblado. ¿Cuánto tendría que esperar esa mañana delante de la *questura* hasta que llegara Laurenti, el culpable de que se viera metido en aquello?

En la Piazza Garibaldi, todo transcurría igual que cada mañana. Proteo Laurenti quería echar un vistazo por allí antes de planificar las medidas de control que exigían los prefectos y que le había indicado el *questore*. Cuando sonó su despertador, algo después de las cinco, Laura le rodeó con el brazo y le atrajo hacia ella, todavía medio dormida. Laurenti se liberó con cuidado, salió del dormitorio de puntillas y se asomó a la ventana. Después de pasarse la noche jarreando, ahora no se veía ni una nubecilla en el cielo. Ideal para ir en Vespa. Le birló la llave a su hijo, que no se levantaría hasta pasadas las diez, pues no salía del trabajo en la cocina del restaurante hasta bien entrada la madrugada y luego solía irse con sus amigos de bares, que en verano abrían casi hasta el amanecer. Le devolvería la Vespa en dos horas. Balcantown se extendía a lo largo de unas cuantas calles por detrás del Ospedale Maggiore, y la Piazza Garibaldi era el punto de confluencia de los trabajadores ilegales a los que, cada mañana temprano, recurrían un montón de pequeños empresarios y particulares. Con la moto, Proteo Laurenti tendría más libertad de movimiento, podría parar donde quisiera, tomar notas, hacer unas cuantas fotos con la cámara de Laura sin que nadie le viera y cambiar de lugar al instante si llamaba la atención.

Aquella gente le daba lástima. La mayoría eran serbios y albano-kosovares. En la plaza estaban todos juntos, como si nunca hubiera habido ninguna guerra entre sus países, esperando la oportunidad de ganar un poco de dinero. Los hombres apenas hablaban italiano, excepto «trabajar, obra, cargar, limpiar, recoger, dinero». No le hacían ascos a ningún trabajo, y por cuatro o cinco euros la hora hacían casi de todo. Los empleaban los particulares, pero también los talleres e incluso las empresas constructoras de renombre, que gracias a ellos obtenían grandes beneficios, puesto que luego cobraban a los clientes las tarifas por hora de los occidentales.

Entre las seis y las siete era cuando más actividad había; quien no hubiese encontrado trabajo a las nueve, podía dar por perdido el día. Proteo Laurenti llegó antes de las seis.

Se compró el diario y fue a tomar un café en el bar Alí Babá. Leyó las noticias superficialmente y se echó a reír en voz alta al ver la foto que mostraba a su amigo Galvano enzarzado en una pelea tremenda con Pina. ¿Por qué se pelearían? ¿Acaso Pina, tan directa como siempre, habría herido la susceptibilidad del anciano? Hasta el momento, Galvano había hablado tales maravillas de su diminuta compañera que Laurenti incluso se preguntaba si estaría enamorado. Luego le llamaría desde la oficina. Ahora, por lo pronto, tenía que estudiar la situación. Pagó, dejó el periódico encima de una mesa y salió para observar a la muchedumbre que comenzaba a agolparse en el número cuatro de la Via della Raffineria, un precioso edificio Jugendstil, y llegaba hasta la Piazza Garibaldi.

Laurenti llamaba la atención entre todos aquellos hombres musculosos de manos estropeadas de trabajar y dientes cariados y renegridos. Le lanzaban miradas escépticas. ¿Y si le dirigía él la palabra a alguno y le hacía una oferta?

—¡Eh, oye, tú! —gritó un hombre de clase media desde un coche—. Estaba a tres metros de Laurenti, que se volvió para ver cuál de los trabajadores había tenido suerte.

—Eh, tú, tú... —Laurenti vio que le hacía señas con la mano. Fue hacia él y se agachó para hablar por la ventanilla.

—Tú limpiar sótano. Levantar pared nueva. Poner baldosas. ¿Tú saber?

—Tú... —respondió Laurenti— ¿cuánto pagar hora?

—Cuatro euros —respondió el hombre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuarenta euros. Bien. Yo ir contigo.

—No, cuatro euros.

—Cuarenta. O yo no ir.

—Bueno, cinco. ¿Pero tú saber de verdad? Limpiar, hacer pared, poner baldosas...

—No problema —dijo Laurenti—. Pero tú pagar cuarenta euros y yo hacer todo en mitad de tiempo. Tú ahorrar mucho dinero.

—¡Lárgate, coño! —El conductor sacudió la mano para deshacerse de él y avanzó un metro con el coche. Le dio un silbido a otro, que tras cierto regateo se subió con él. Laurenti tomó nota de la matrícula y se dirigió hacia la placita que había enfrente, donde, entre el quiosco de periódicos y la cerrajería, estaban poniendo algunos puestos de ropa barata y menaje para la casa. Aparecieron dos *Vigili Urbani*, dos agentes de la policía municipal, haciendo tan poco caso a los trabajadores ilegales como al revés, y, sin embargo, se acercaron lentamente a comprobar la documentación de los vendedores

ambulantes, pusieron algunas pegas aquí y allá, pues así había que hacer por principio, y siguieron su camino. En el Viale D'Annunzio empezarían a poner multas a todo trapo. «¿A estas horas?» –se preguntó Laurenti–. «Son como las hormigas, en cuanto hace calorcito, salen de sus agujeros. Seguro que, mientras llueve, no se les ve por ninguna parte, ni siquiera cuando se les necesita de verdad.»

Laurenti llegó hasta la esquina de la Via Foscolo y se detuvo delante de la sucursal del banco en la que, algunas semanas atrás, había habido un osado intento de atraco. Desde allí podía controlar cuanto sucedía. Una y otra vez descubría a un tipo baboso, más o menos de su misma edad, mejor vestido que los demás. Tenía cara de enterrador y era muy evidente que gozaba de autoridad allí. Laurenti vio cómo se dirigía sistemáticamente a unos y otros, cambiaban unas palabras, extendía la mano y se guardaba un billete en la chaqueta o lo apuntaba si le dejaban con la mano vacía. ¿Cabía imaginar que aquel tipo cobrase a los trabajadores? ¿Dinero a cambio de protección? ¿Qué beneficio se podía sacar de aquella pobre gente? Laurenti tomó unas cuantas fotos con la cámara de bolsillo de Laura y se apresuró a poner tierra de por medio con la Vespa justo antes de que le agarrasen dos hombretones que, probablemente, llevaban bastante rato vigilándole e iban directos a por él. Aceleró y no volvió la vista atrás.

Lo que había visto bastaba para preparar la redada con los compañeros. Mientras pasaba por el mercado del Largo Barriera, calculó vagamente la suma que se podría conseguir chantajeando a aquellos hombres. Sólo habían cambiado de manos unos pocos billetes de poco valor, de cinco y diez euros. Por otra parte, allí habría más de cien hombres cada día. Así que entre mil quinientos y dos mil euros diarios si pagaban todos. Y eso, seis días a la semana. ¡Qué demonios!, sumaban entre treinta y seis y cuarenta y ocho mil euros al mes. ¿Cómo habría conseguido el tipo baboso tanto poder para que todos ellos, sin vacilar un instante, le entregaran una parte de sus de por sí exiguas ganancias? Hasta entonces, Laurenti jamás había visto que hubiera que pagar entrada para trabajar de forma ilegal. ¿Acaso los disparos a los dos empresarios de la otra vez y la explosión de la granada de la noche anterior eran una advertencia inequívoca para los morosos? Entonces, no era posible que aquel tipo actuase solo, sino que tenía que ser parte de una organización sobre la cual las fuerzas del orden no tenían ni la más remota idea. ¿Cómo es que nadie había visto nada ni había informado de nada hasta entonces?

Laurenti estaba en la Via Carducci, en el carril central de los seis que había, cuando se le caló la Vespa. Haciendo chirriar los neumáticos, los coches tuvieron que esquivarle, a

lo que siguió un auténtico concierto de pitidos e insultos terribles. Laurenti hizo caso omiso y empujó su vehículo hasta la acera. Ese año, el Ayuntamiento había mandado cerrar todas las gasolineras del centro de la ciudad, justo a las que se podía llegar fácilmente en semejantes casos de emergencia. El progreso se iba instalando también en Trieste, a paso de tortuga, eso sí, pero ya alteraba las costumbres. Laurenti tuvo que seguir empujando la moto. Sudaba a pesar de que era cuesta abajo. Al llegar a la panadería Giorgi, dejó la moto de pie, sujeta con la pata de cabra, y se puso a la cola que se prolongaba desde el mostrador hasta la calle. Ya que pasaba por allí, al menos aprovecharía para comprar unos brioches para el desayuno. A Laura le haría ilusión y a Marco también. Apenas acababa de salir de la panadería con la bolsa en la mano, que se disponía a guardar bajo el sillín, cuando se plantaron delante de él los dos hombretones de los que había escapado en la Piazza Garibaldi. Uno le puso la manaza en el hombro, el otro le obstaculizaba la vista del resto de la calle.

—¿De qué has hecho fotos? —le apestaba el aliento de un modo espantoso. Un matón comedor de ajos con los dientes llenos de caries.

—No he hecho fotos de nada. Aparta esa manaza.

¿Le habrían seguido? Si la Vespa hubiese tenido el depósito más lleno, nunca le habrían alcanzado.

—¿No serás un fisgón? —el gigante hablaba con el acento típico de los Balcanes.

Laurenti negó con la cabeza. Estaba en un aprieto. Aunque consiguiera darle un rodillazo en las partes pudendas a aquel armario y luego tumbarle con un puñetazo en el plexo solar y un segundo en la vena de la sien, el otro era capaz de enviarle a él al otro barrio de un solo golpe.

—A ver, trae esa cámara —la mano que hasta entonces se apoyaba en su hombro se convirtió en una garra incrustada en la clavícula. Laurenti intentó que no se le notara el dolor.

—Largaos o monto un escándalo de mil demonios.

El tipo se inclinó para ponerse a su altura. Entre sus respectivas narices no hubiera cabido ni siquiera un puño. Laurenti casi se asfixia de la repugnante vaharada que le llegó a la cara. De repente, el monstruo le apretó contra su pecho con tanta fuerza que no pudo evitar gemir. Notó cómo el otro le hurgaba en los bolsillos y al fin sacaba la cámara. El abrazo del gorila se relajó, aunque sólo un poco.

—Anda, mira tú —dijo el otro. Hablaba el dialecto de Trieste—. Qué fotos más chulas.

¿Es tu mujer o tu querida? –con toda la calma del mundo, fue pasando las imágenes y luego sostuvo la pantalla delante de la nariz del monstruo que impedía ver nada a Laurenti–. Es la playa. Muy buenas tetas, ¿o qué te parece a ti?

–Creo que iremos a hacerte alguna visita –una mano se cerró alrededor del cuello de Laurenti. Casi podía parecer un abrazo amistoso, pero él no tenía ninguna posibilidad de soltarse.

–Venga, borra la memoria –dijo el gorila–. Nos largamos.

El otro se puso a darle a todos los botones, pero no entendía el aparato. Al final, consiguió sacar la tarjeta de memoria, se la metió en la boca, la masticó haciendo mucho ruido y escupió los pedacitos sobre la acera para destruirlos por completo de un fuerte pisotón. Tiró la cámara al compartimiento del sillín con la bolsa de los brioches recién hechos.

–Como te volvamos a ver el pelo, correrás la misma suerte.

Los tipos se esfumaron tan rápida y misteriosamente como habían aparecido. Al menos no le habían registrado la cartera. Ciertamente es que habría salido mejor parado cuando hubieran visto su placa, pero se habría ido al traste toda la operación que planeaba. Una redada en Balcantown sin resultados, un derroche de dinero y de personal y pasto fácil para los medios: un comisario que hacía el ridículo.

Cuando por fin logró echar gasolina a la Vespa y llegar a casa, el aroma del café recién hecho que le llegó desde la escalera le cambió el humor al instante. Balanceando la bolsa con los brioches, exclamó:

–¡El desayuno! –y le dio un beso a Laura.

–¿Dónde estabas? –le preguntó ella–. ¿Y cómo es que has vuelto tan pronto?

–Jubilación anticipada –dijo Laurenti con una sonrisa socarrona, dejándose caer sobre una silla.

Laura frunció el ceño.

–¡Ay, por Dios! ¿Y ahora te quedarás todo el día en casa?

–¿Es que no te alegras?

–No sabes cuánto. Por eso se casa uno de joven, para tener tiempo que disfrutar en común cuando nos volvemos viejos y achacosos. A ver, ¿qué ha pasado?

–Trabajo. Tenía que resolver un asunto y sólo era posible hacerlo muy temprano –Laurenti torció el gesto–. A cambio, he decidido ir a la oficina más tarde.

Laura sacó la bandeja del desayuno a la terraza y sirvió el café.

–Buena idea, Proteo. Así me puedes acompañar a llevar el coche al taller y luego me acercas al trabajo. Ya sabes que la casa Fiat está justo en la otra punta de la ciudad.

–¿No pretenderás llevarlo a la casa? Eso sale por un ojo de la cara. Súbeselo a Ezio y te lo arreglará por unos pocos euros.

–¿Ezio?

–Arriba, en el Carso, el del desguace. Un viejo cliente. Casi un amigo.

–Estás chiflado. ¿Un coche nuevo, y pretendes que me lo arregle el del desguace? –a pesar del tiempo que Laura conocía a su marido, no dejaban de sorprenderle sus ocurrencias, a veces tan absurdas que le ponían los pelos de punta. Desde luego, aquel hombre no tenía igual en el mundo entero. A veces tenía unas reacciones tan raras que ponían carne de gallina–. Ni de broma –dijo muy decidida y no pudo disimular una sonrisa.

–¿Por qué no? –Laurenti seguía en sus trece–. Una vez hasta le llevé el coche de la policía y me lo arregló gratis.

–Y seguro que, mientras lo tenía, aprovechó para hacer alguna pica con él.

–¡Qué va, mujer! Veinte euros de propina y asunto arreglado. Es mucho mejor que andar rellenando papeles, describir qué es lo que pasó exactamente y luego tener que aguantar la charla en la oficina del concesionario.

–Laurenti, mira que eres raro. Tú harás lo que quieras, pero yo voy a llevar mi coche nuevo a un taller de verdad.

–Excelente trabajo, Tatjana.

La amplia sonrisa de Drakič resplandecía con una blancura de anuncio de pasta de dientes. Vestido con un polo y bermudas, estaba sentado en una terraza al pie del faro, sujetaba el teléfono con la barbilla y disfrutaba de la buena vida. Su mirada vagaba sobre el Adriático que bañaba su isla. Una repentina brisa deshizo las nubes negras que se habían formado esa mañana. Le entusiasmaba aquel juego de colores: el agua, verde esmeralda y azul cobalto; la espuma, tan blanca como sus dientes; el cielo, como si lo hubiera pintado la mano del maestro Giorgione... no faltaba ni siquiera la Venus dormida. Acababa de despertarse y estaba sentada a su lado, a la mesa del desayuno, sin más ropa que una fina estola de seda que le cubría un hombro y cuyo azul turquesa combinaba a la perfección con el espectáculo de la naturaleza de la bahía de Kvarn.

Viktor se había levantado una hora antes que ella, había revisado el correo electrónico

y llamado a su hermana de inmediato para felicitarla. Estaba más que satisfecho, pues las últimas fotos de los planos que había entregado Damjan Babič eran justo los elementos que faltaban y que sus clientes de Shanghai esperaban impacientes. Cada vez le atosigaban más para que les enviase el material. Pero esta vez no iba a ser tan fácil. Viktor Drakič tenía intención de duplicar sus ganancias. O le pagaban una segunda vez la misma suma que le habían anticipado o ya podían esperar esas informaciones hasta el final de sus días. A él no le iban a faltar interesados en comprarlas. Para entonces había logrado crear una red de contactos bastante amplia, y China no era el único país que se dedicaba a la piratería de todo tipo.

—Es un gran día, querida —Viktor Drakič retiró el pie que su Venus le había apoyado en el muslo—. Espero a los norteamericanos para comer. Creo que la gente de tierra firme volverá a sorprenderse al ver el barco de guerra. Pero ése es problema suyo. ¿Cuáles son tus siguientes planes?

—¿Vienen por lo de tu juguete? —preguntó Tatjana Drakič alias Petra Piskera.

—Sí, quieren comprarme a mi amada a toda costa —dijo, arrugando la frente al ver que su Venus torcía el gesto. Las negociaciones en torno al fusil de precisión más moderno del mundo ya duraban cuatro meses y estaban siendo cualquier cosa menos fáciles. Drakič había insistido en que únicamente se lo mostraría en la fábrica de Winterthur. Si les hubiera entregado uno de muestra, sin duda lo habrían desmontado entero, habrían analizado el material hasta la última molécula y, al final, le habrían dejado con un palmo de narices. Los norteamericanos, los chinos... no, a alguien como Drakič no le engañaba nadie. Había invertido demasiado tiempo y demasiado dinero en el desarrollo de aquella maravilla.

El resultado de las pruebas había sido satisfactorio, tal y como él les había prometido. Los altos oficiales y especialistas del Pentágono estaban impresionados por la perfecta combinación entre un sencillísimo manejo, un peso mínimo y una precisión a larga distancia que ningún arma igualaba hasta el momento. Aquel fusil podía cambiar las guerras. Permitía situarse más lejos que nunca del enemigo y, en cambio, acercarse a él mucho más de lo que pudiera sospechar siquiera. El largo brazo de la muerte, un juego de niños.

—Hoy tengo la reunión con los caballeros de Reggio Emilia. Tienen mucha prisa. Son más de dos mil contenedores industriales de desechos declarados como otras cosas —al contrario que su hermano, Tatjana Drakič estaba de mal humor. Los plazos acordados

apenas le daban un respiro, y también la planificación de los encargos era agobiante. Sus socios la presionaban para que cerrara el trato lo antes posible, lo cual al menos le permitía subir el precio—. ¿Tienes dónde meterlos?

—¿Cuarenta mil toneladas nada más? Sólo para terminar la autopista de Ljubljana a Zagreb ya hace falta una cantidad ingente de material de relleno, y luego queda el tramo desde Zagreb hasta Split.

—El contingente total es tres veces mayor. Pero corre prisa. El depósito de Pavía tiene que estar reducido a la mitad para finales de mes, o entrarán en vigor las sanciones convencionales —a Tatjana le horrorizaba pensar que sus ganancias pudieran verse reducidas por falta de organización—. ¿Y cómo lo declaramos?

—Como material reciclable. La cuarta parte, como compost con certificado de producción biológica destinado a elaborar tierra para plantas y abono para jardines de una empresa croata. El resto como material de relleno de cimientos que cumple los correspondientes requisitos técnicos que imponen a esa gente tuya —Viktor Drakič frunció el ceño y se puso de pie—. ¿Cuándo me va a llegar el material y cómo lo transportan?

—Tardará una semana, hasta que estén listos los permisos de traslado y los certificados de sostenibilidad medioambiental. No estoy nada contenta con el transporte por carretera. Demasiado caro —la voz de Tatjana no sonaba demasiado entusiasmada, aunque había sido ella quien había puesto en marcha aquel negocio. Tenía la impresión de que su hermano estaba pensando en otras cosas—. ¿Me estás escuchando, Viktor? Enviar dos mil camiones de mercancías a través de dos fronteras no es ningún juego de niños.

—La tercera parte se puede enviar por la vía normal al depósito de Frohnleiten, en Estiria.

—Entonces, necesitaré los permisos de transporte del país de salida, el de tránsito y el de llegada. Eso sí que sale carísimo.

—¿Qué problema hay? Tienes todos los permisos y todos los documentos que hacen falta en CreaTec. Cualquier policía urbano los aceptará. Luego, por el camino, se van cambiando los papeles viejos por los nuevos. ¿Cuánto sacamos?

—0,7 céntimos por kilo.

—No está nada mal —respondió su hermano. Acababa de calcular la cifra mentalmente. El contingente total podía suponer casi nueve millones de euros. Merecía la pena todo aquel estrés.

—La ruta por mar hasta Split sería la mejor alternativa. ¿Puedes arreglarlo? ¿Tienes

controlados a los de la aduana? –preguntó Tatjana.

–Necesitamos el veinte por ciento del material, ocho mil toneladas como poco, para la construcción de la autovía del norte –era innecesario responder a la pregunta. Arreglar el envío no era absolutamente ningún problema. Drakič tenía más que ganadas a las autoridades responsables–. ¿Y de qué puerto pretendes que salga la mercancía? –Viktor Drakič le dio un fuerte empujón a su Venus particular, que seguía haciéndole zalamerías y que así se quedó clavada en su sillón, toda enfurruñada.

–De Ancona o Venecia.

–¿Por qué no de Trieste?

–Demasiado difícil. Últimamente hacen demasiados controles. Incluso en las salidas. Parece ser que los funcionarios se aburren.

–Es el fervor burocrático que les queda de los tiempos de los Habsburgo, nada más.

Cadmio, cromo, mercurio, cinc, níquel y asbesto. Antes de que se endurecieran los controles a finales de los noventa, algunas empresas de la industria metalúrgica de la periferia de Milán encargaban la retirada de desechos a ciertas organizaciones que trabajaban por una fracción de las tarifas normales y se deshacían de la basura industrial en depósitos irregulares. Por ejemplo, en antiguas casas de labor abandonadas en la meseta del Po, cuyos graneros llenaban de materiales tóxicos hasta el techo. Tras décadas de funcionamiento de estos negocios, uno tras otro se declararon en quiebra; curiosamente, toda su documentación desaparecía en algún misterioso incendio de sus oficinas. Así no quedaba ningún rastro de la procedencia del material que hubiera podido causar problemas a los pagadores. La fiscalía lombarda y una unidad de los *Carabinieri* especializada en delitos contra el medio ambiente habían logrado destapar todo aquel asunto en la llamada operación «Houdini». Un juez asumió entonces la responsabilidad de organizar la retirada de los desechos tóxicos, que después gestionaba un representante de la comisaría con una empresa de Reggio Emilia de excelente reputación. Pero con ello no había terminado, ni mucho menos, el negocio de la basura tóxica, pues dicha empresa, a su vez, recurría a CreaTec Enterprises, con sede en el parque tecnológico de Trieste, en lo alto del Carso, que luego transfería el negocio del transporte de estos desechos hasta depósitos especiales a CreaBuy Consultants. Por último, la tercera empresa, CreaSell Experts, se encargaba de que el material de esos determinados puntos

de destino fuera recibido y aceptado, y así lo certificaba con los correspondientes documentos.

Las tres empresas triestinas tenían sus departamentos jurídicos en el piso del consulado de la Via Torbadena. Los accionistas de este negocio eran cuatro empresas italianas junto con un holding de Chipre. Como gerente de las tres figuraba un antiguo catedrático emérito de la Universidad de Udine, un anciano con la cabeza medio perdida que había pisado las oficinas tan pocas veces como la notaría en la que se habían firmado los documentos de su fundación. Petra Piskera era quien en realidad llevaba todos aquellos negocios: ella sola, siguiendo las indicaciones de su hermano. Eso sí, de acuerdo con los datos del registro comercial, no tenía responsabilidad alguna.

Hoy era el día de mostrar su eficiencia en las negociaciones con los caballeros de Reggio Emilia, tenían que firmar los contratos y fijar fechas para la recogida de los desechos tóxicos y para los pagos. Según lo problemáticas que fueran las sustancias correspondientes, el precio de mercado para deshacerse de ellas de esta forma poco ortodoxa variaba entre uno y sesenta céntimos por kilo. En este caso, pretendía conseguir el precio máximo. Exigiría la mitad del pago el mismo día, por anticipado, a ingresar en un plazo de tres días en la cuenta del banco de Winterthur. Si ya el rey Midas había demostrado que era posible convertir en oro todo lo que tocaba, ¿por qué no iban a hacer lo mismo su hermano Viktor y ella?

Como cada mañana, a las siete y media, Pina Cardareto regresaba de su habitual paseo en bicicleta por la carretera de la costa hasta el bar Bianco, la lechería de Duino, donde siempre hacía un descanso y se tomaba un litro de leche fresca. Sudorosa, apoyó la bicicleta en la pared de la entrada de su casa. Un papel que asomaba de su buzón acabó de golpe con su buen humor. La portería estaba vacía, no había nadie que hubiera podido ver nada. Sacó la hoja de papel y la desdobló. Era la copia de un recibo de 472 euros que había cobrado del casino de Nova Gorica, en Eslovenia, y llevaba el obligado comentario de quien le enviaba aquel tipo de cosas: «Tú husmea como un sabueso que ya sabré yo cómo hincarte el diente, perra».

Lo había olvidado por completo: sólo había estado en el casino una vez, justo al empezar a trabajar en Trieste, un día que había ido a Gorizia a buscar a su predecesor, Antonio Sgubin. Todavía no se había resuelto el caso que éste le traspasó a ella al ser trasladado, el asesinato de un taxista, y había pistas más que fiables de que tenían algo

que ver en el asunto algunos de los conductores del mundillo del casino, al otro lado de la frontera. Al parecer se quedaban con una comisión por llevar allí a los clientes.

Una tarde de sábado, Pina había recorrido los cuarenta kilómetros hasta Gorizia en su bicicleta para volver a la mañana siguiente, temprano, sin luz; aventura que, más tarde, había calificado de «ruleta rusa», pues dos veces había salvado la vida dando un valiente salto al arcén para no ser arrollada por un conductor borracho que tocaba la bocina como un poseso. Amablemente, había rechazado la invitación de Sgubin a pasar la noche en su casa. Hacia la medianoche habían entrado en el casino de Nova Gorica, al otro lado de la frontera. Pina se había quedado asombrada. Tan sólo había ido allí para hacerse una idea del lugar y resolver un asesinato, pero una y otra vez había tenido que aguantar que, a pesar de su indumentaria deportiva, le dirigieran la palabra —con inequívocas intenciones— hombres que no estaban allí para jugar a la ruleta precisamente. Era obvio que Pina no tenía ningún aspecto de rubia exuberante llegada de Rusia. Así pues, compró unas bolsas de patatas fritas y se sentó a una mesa con Sgubin. Lo único que sacó de aquella noche fue un poco de dinero del casino. Y el deseo de Sgubin de volver a verla pronto, cuestión que ella no tardó en zanjar con una sonrisa condescendiente.

Ahora contemplaba de nuevo el papel que había sacado del buzón. ¿Quién era el cerdo que la seguía? Tenía que idear algo para atraparlo. ¿Realmente era buena idea informar a algún compañero? Sería como colgar los anónimos en el tablón de anuncios. Pina miró el reloj. Era hora de subir a ducharse e ir a la oficina. Laurenti le había dicho el día anterior que harían una redada en Balcantown.

Poco después, Pina volvía a bajar en el ascensor y llamaba a la portería. Llevaba la bolsa de la basura en la mano izquierda. Pasó un buen rato hasta que abrió el portero, con su bata gris de trabajo.

—Vuelva en un cuarto de hora —refunfuñó antes de que a Pina le diera tiempo a presentarse. No habían hablado nunca. Desde el interior se oía un televisor con el volumen bajado y los consabidos gemidos y grititos de una película porno—. Estoy desayunando.

—¿Así lo llaman aquí?

Antes de que el portero pudiera cerrar de un portazo, Pina había bloqueado la puerta con el pie izquierdo. Sacó el papel con el recibo del casino del bolsillo de la cazadora y se lo plantó al portero delante de la nariz.

—Sólo quería preguntarle si, en las últimas semanas, ha visto a alguien echando este

tipo de mensajes en mi buzón.

Estaban muy cerca, y Pina podía olerle el aliento. Alcohol del día anterior.

–Sí –dijo el portero.

–¿Quién?

–El cartero –de nuevo, tiró de la puerta para cerrar, pero Pina parecía clavada en el suelo–. Aquí pasa todos los días. No como en tu tierra, en el sur.

–Estos mensajes no llegan por correo. Venga, ¿quién los trae? Me están acosando.

–¿Acosando? –el hombre miró el papel con más detenimiento–. Pero eso no es más que una broma.

–¿Podría hacerme un favor?

–¿Un favor?

–¿Le importaría vigilar el buzón? Desde aquí lo ve usted todo.

–Si sólo es eso...

–Y, si fuera posible, le agradecería que en los próximos días también echara un ojo por si averigua quién me sigue hasta el cubo de basura.

–Lo que hay que aguantar –gruñó el portero–. Yo no soy un fisgón.

–Es importante. Como sabe, yo salgo de casa todos los días a la misma hora.

–¿Y luego qué? ¿Qué hago?

–Tal vez podría hacerle una foto a la persona que me sigue.

–¿Ah, sí? ¿Y con qué cámara? Yo no tengo.

Pina sacó del bolsillo una cámara de usar y tirar y se la puso en la mano.

–Es muy fácil de manejar. Mirar por el visor y apretar el botón. Ya está.

–¿Y por qué no llama a la policía en vez de distraerme de mis obligaciones más urgentes?

Pina meneó suavemente la mano delante de su cara... sosteniendo un billete de cincuenta euros.

–Por esto. Si las fotos son buenas, le daré otro.

Metió el billete en el bolsillo de la pechera de la bata gris y retiró el pie de la puerta. El portero la siguió con la mirada hasta que salió del edificio, luego cerró la puerta de su cuchitril.

La mujer del quiosco de periódicos la saludó de un modo inusual.

–Buenos días, inspectora –dijo al entregarle, muy sonriente, el *Piccolo*. ¿Cómo sabía quién era Pina?

En la acera de enfrente estaba el anciano forense, con su perro negro de la correa, esperando el autobús en la parada. Sin embargo, no se dignó mirarla, y era imposible que no la hubiera visto. ¿Seguiría enfadado con ella? Pina le saludó amablemente con el periódico en la mano, pero el anciano no reaccionó. Ya se le pasará, pensó Pina, subió a su bicicleta con energía y emprendió el camino a la oficina.

Laurenti llegaba dos horas tarde y no la había avisado antes. Eso fue lo primero que le dijo Marietta al descolgar el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Laurenti en tono hosco al tiempo que se liberaba del abrazo de Laura.

—¿Dónde te has metido? —Marietta odiaba que no la informase de cada uno de sus pasos—. ¿Ya estás otra vez de excursión al otro lado de la frontera?

—Estoy con mi mujer, si no tienes nada que objetar. ¿Qué tenemos hoy?

—He fijado la reunión con los *Carabinieri* y los compañeros de la *Guardia di Finanza* a las once.

Laurenti miró el reloj. Le daba tiempo. Pidió a Marietta que hiciera pasar a los caballeros a su despacho y que informase también a Pina. Luego, se vistió a toda prisa y se despidió de Laura con un beso.

—No lo olvides —le dijo ella cuando ya salía—, esta noche es la inauguración de la exposición de tu amigo Serse en LipanjePuntin. ¿Irás directo desde la oficina?

Laurenti colocó la luz azul en el techo del coche y salió literalmente pitando hacia el centro de la ciudad. Quería llegar con tiempo suficiente para que Marietta al menos le leyera los informes de todo lo sucedido la noche anterior antes de que llegaran los compañeros. Dejó el coche delante de la *questura*, en segunda fila; algún listillo había vuelto a ocupar su plaza de aparcamiento. Entregó la llave al joven policía que controlaba a los visitantes en el hall de entrada y subió los escalones de dos en dos. Marietta lo recibió con una sonrisa condescendiente.

—Hoy, nada de café —dijo Laurenti cuando ella ya tenía la taza en la mano—. Estoy en pie desde las cinco. Necesito el plano de la zona de la Piazza Garibaldi. ¿Está Pina?

—Hace mucho que no te veo tan despierto, Proteo —dijo Marietta.

—El cansancio no es más que un síntoma psicossomático.

Lo habían comentado todo hasta el último detalle. Pina se encargaba de redactar el

acta con las competencias de cada uno y las medidas que aún había que tomar. Al día siguiente, las fuerzas de seguridad llevarían a cabo una gran operación en Balcantown que llenaría una página entera de los periódicos como mínimo. El *questore* y el prefecto estarían contentos. A pesar de todo, Laurenti y sus compañeros pronto estuvieron de acuerdo en que aquella operación tal vez haría mucho ruido pero les valdría muy pocas nueces. Esta opinión no constaba en el acta.

La verdadera operación comenzaría después de la redada, cuando todo se hubiera calmado pasados unos días. Entonces pillarían al hombre que cobraba a los trabajadores de la Piazza Garibaldi y que había enviado a sus gorilas detrás de Laurenti.

—Tomémoslo con deportividad, señores. En el peor de los casos, será un buen ejercicio —dijo Laurenti mientras despedía a los otros con una palmada—. A nuestra gente, en cualquier caso, le sentará bien.

En aquel extraño día de finales de verano, la ciudad parecía muerta. Los días en que el sol había asomado por entre la manta de nubes un rato lo bastante largo, el termómetro había superado los treinta grados. Aquel día, sin embargo, el calor era soportable gracias a una suave brisa marina. Además de los hosteleros y sus empleados, todos los triestinos se morían de ganas de que hiciese tiempo de playa. Quién sabía cuánto durarían los días sin lluvia. Laurenti fue directo de la reunión a la Città Vecchia, cuyas callejas por fin volvían a estar presentables tras décadas de desidia y empezaban a convertirse en un barrio cuidado y coqueto. La mayoría de locales no eran de su estilo, pero sí que le gustaba ir a comer a la Antica Ghiacceretta, que pertenecía a sus amigos Bruno y Cynthia. Por fin habían terminado de pavimentar también la plazoleta donde estaba. Unas cuantas palomas pululaban por allí, zureando, mientras sus enemigas de pico curvo observaban todos sus movimientos desde los canalones de los tejados. Al contrario que su amigo, Laurenti se alegró de que aquel día quedaran mesas libres en la calle.

—No me digas que tienes insomnio —dijo Laurenti al ver las profundas ojeras de Bruno.

—La vida de esta ciudad depende del tiempo —respondió éste—. Cuando hace frío, la gente se queda arrebujada junto a la estufa y ni un alma se atreve a salir a la calle; y, luego, en cuanto sube un poco la temperatura, parece que ya no tienen en casa ni cama siquiera. Hasta Cynthia se ha tomado la tarde libre. Si no me equivoco, ha quedado con tu ayudante. Iban a bañarse.

—Eso fue ayer —rió Laurenti—. ¿No será que tiene un amante?

Bruno zanjó el tema haciendo un gesto con la mano.

—¿Qué te apetece comer? Esta mañana han vuelto a traer caballas, y eso que en realidad ya ha pasado la temporada. Están tan frescas que casi saltan solas en el plato.

A Bruno no le costó convencerle. El pescado azul del golfo de Trieste era uno de los platos favoritos de Laurenti. Cualquier pescado, preparado de cualquier forma: sardinilla, sardina, caballa, atún... crudo, en salazón, en aceite, con una fina marinada, con pasta, empanado, a la plancha, frito. Mientras Bruno llevaba la comanda a la cocina y volvía poco después con medio litro de vino, Laurenti oyó una voz que le resultaba demasiado familiar. Se apresuró a coger el periódico de la mesa vecina y se escondió detrás. El vozarrón del alcalde se oía desde lejos. Pertenecía a ese tipo de hombres que se compran los trajes de una talla menos porque no pierden la esperanza de adelgazar alguna vez y, acompañado por su pequeño escuadrón de esbirros habituales, cruzaba la plazuela con rumbo al restaurante. ¿Por qué tenían que sentarse justo unas pocas mesas más allá en lugar de buscar acomodo en el salón climatizado del interior? Malhumorado, Laurenti decidió acercarse a saludar ya que no había más remedio. Para cuando se puso de pie, el alcalde ya lo había organizado todo para que se sentara con ellos.

—Hombre, el *vicequestore*. Buenos días, Laurenti.

Proteo esbozó una sonrisa falsa y le saludó inclinando la cabeza.

—¿Ya has resuelto el asunto de la bomba? —al igual que Galvano, el alcalde tuteaba prácticamente a todo el mundo.

—Confidencialidad absoluta —mintió Laurenti todo lo amable que pudo.

—Ya me pasaré yo por allí a asegurarme de que todo marcha como debe —el alcalde era conocido por conservar una autoestima inquebrantable a pesar de las duras críticas que le llovían desde todos los sectores—. Aquí hace falta más iniciativa, también entre la policía. Si no, nunca llegaremos a nada.

La palabrería del alcalde fue coreada con risitas por parte de sus súbditos. A menudo se jactaba de intervenir en persona en el asunto que fuera cuando los pequeños pasos habituales no iban lo bastante deprisa para él. Según contaban, más de una vez se le había visto plantarse al borde de la calzada en un cruce muy concurrido, pretendiendo dirigir el tráfico con más eficiencia que los guardas especializados, aunque, lamentablemente, no le reconocieran los camioneros turcos y búlgaros al volante de sus vehículos de treinta y ocho toneladas. Con eso no ganaba votos. Por otra parte, no conseguía darle a Trieste el gran impulso que necesitaba para convertirse en una ciudad

puntera. Laurenti optó por entrar en el restaurante. No pensaba consentir que aquel genio le amargase la comida. Ojalá le cagase alguna gaviota en la calva, qué menos.

Laurenti acababa de tragar el último bocado de sus deliciosas caballas cuando el alcalde, de camino a los aseos, intentó abordarle de nuevo. Laurenti murmuró que tenía mucha prisa y tendió un billete a Bruno, quien, como anfitrión, se veía obligado a mantener la discreción de un diplomático. Luego, soportó sonriente el apretón de manos del alcalde, le guiñó un ojo a su amigo y se esfumó. El café lo tomó en la Piazza della Borsa, muy cerca de la oficina. La suave brisa había cesado, el sudor le corría por la frente. Miró al cielo, se estaba formando una tormenta.

En la angosta Via Torbadena, la calle que figuraba como dirección postal de la *questura*, Laurenti echó un vistazo a los escaparates de una galería que acababan de inaugurar con una exposición de Zoran Music, un clásico de la pintura moderna de Gorizia. Cuando se disponía a seguir caminando, percibió un prolongado gemido. Miró a su alrededor, pero la calle estaba vacía. Retrocedió dos pasos y leyó las placas del portal contiguo: CreaBuy y CreaSell, dos empresas que no le decían nada, además del consulado de un país del este de Europa cuyo nombre sí le despertó ciertos vagos recuerdos; todo en el tercer piso. Excepto el del consulado, ninguno de los timbres del telefonillo de aquel gran *palazzo* indicaba ningún nombre.

De nuevo oyó aquel peculiar gemido, aunque la puerta tras la que salía estaba cerrada. Laurenti llamó a todos los botones al mismo tiempo hasta que alguien abrió. Sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la oscuridad antes de ver algo. Y, entonces, descubrió el cuerpo, una sombra oscura en el suelo, en las escaleras que parecían conducir a una salida trasera. Un cuerpo encogido y cubierto de sangre. Se inclinó sobre él, pero a la vista de las heridas no se atrevió a darle la vuelta. Tenía el cabello pelirrojo y crespo y heridas abiertas en la cabeza. La respiración era muy superficial y el pulso tan débil que rozaba lo peligroso. Laurenti marcó a toda prisa el número de la *questura* y ordenó que enviasen una ambulancia y dos agentes. Luego registró los bolsillos de la cazadora de cuero de la víctima: un tampón, algunas monedas sin monedero; en cambio, una de esas pequeñas cámaras de fotos digitales, que envolvió en su pañuelo y se guardó. Finalmente, bajó la escalera y abrió la puerta del patio. Excrementos de gaviotas, dos bicicletas oxidadas con las ruedas desinfladas y unas cuantas cajas viejas. No había nada más. Sobre todo, no había salida trasera. Tan sólo era una especie de trastero al aire

libre. Justo cuando se disponía a seguir el rastro de sangre de las escaleras llegaron al trote los dos agentes uniformados que no habían tenido más que cruzar la calle desde la *questura*. Les abrió y dio a uno de ellos la indicación de esperar al servicio sanitario.

—Usted, conmigo —dijo al otro y llamó al botón del ascensor—. Siga el rastro de sangre. No deje que pase nadie. Yo empezaré por arriba.

Despacio, cerró la puerta del ascensor y miró a su alrededor. Aquellos edificios de la época fascista nunca tenían tejados abuhardillados sino azoteas. Laurenti se aseguró de que tampoco había una salida desde el último piso. Arriba, la escalera estaba limpia. Fue bajando poco a poco. Oyó los pasos del agente que llegaban desde abajo. En el tercer piso se encontraron. Laurenti vio la placa del consulado junto a las dos de las empresas Crea. La puerta estaba entornada, Laurenti le dio un suave empujón, se puso a cubierto y se atrevió a asomarse al interior. En la parte delantera del pasillo, el suelo y las paredes estaban llenos de salpicaduras de sangre. No cabía duda de que allí había tenido lugar una pelea. Sin embargo, aquella salpicadura no podía ser ni de una pelea con armas blancas ni de un intercambio de disparos, y las heridas de la cabeza de la pelirroja indicaban que en ningún caso podía tratarse de golpes con un objeto romo.

El primer trueno de la tormenta que estaba a punto de estallar se oyó en la lejanía.

—Saque su arma —susurró Laurenti al agente de uniforme—. Vamos a entrar.

El propio comisario no llevaba arma. Probablemente, ni siquiera habría sabido decir a la primera dónde la tenía, de tanto tiempo que llevaba sin utilizarla. Oyeron la sirena de la ambulancia y el crujido del parqué bajo sus pasos. En la primera de las habitaciones había una banderita sobre un escritorio vacío. Se veía que en aquel consulado no tenían mucho trabajo. Ni siquiera había teléfono.

Era evidente que la pelea había tenido lugar en la parte delantera del pasillo. Los cristales de dos marcos con grabados baratos estaban hechos añicos en el suelo, se veía que habían registrado las habitaciones de atrás, las mesas y el suelo estaban sembrados de papeles, los cajones y las puertas de los armarios, abiertos. ¿Acaso la pelirroja, herida de gravedad, había sido sorprendida en un intento de allanamiento? ¿Qué buscaba allí? ¿Y para quién trabajaba? ¿Y aquellas dos empresas? Sus nombres podían significar cualquier cosa, desde un estudio de cine porno hasta una empresa de importación y exportación. No parecía un robo, los ordenadores estaban todos en su sitio, no se veía ninguna caja fuerte y, al contrario que los papeles, no parecía que hubieran tocado

siquiera el dinero que había en uno de los cajones abiertos. Los aullidos de la sirena de la ambulancia se extinguieron en la lejanía. «Ojalá salga adelante» –pensó Laurenti.

–Que venga la policía científica –dijo finalmente a uno de sus acompañantes, que se guardó el arma–. Aquí van a tener bastante trabajo.

Cogiéndolos con la punta de los dedos, examinó algunos documentos. Declaraciones de transporte, certificados de sostenibilidad medioambiental, análisis químicos, permisos de importación y exportación. Nada especial en una ciudad portuaria y fronteriza que desempeñaba un papel fundamental en el comercio con el este de Europa y que, al otro lado de la frontera, llamaban «la puerta hacia occidente». El forense de turno no tardó en llegar, acompañado por un compañero de la policía científica, y Laurenti tuvo que dejarles sitio.

–Encárguense de que precinten estas habitaciones, y manden vigilar este edificio –dijo al agente de uniforme–. Tal vez podrían orientar alguna de las cámaras que vigilan la *questura* de tal manera que la imagen incluya este portal. Si alguien llama abajo, que lo detengan y lo interroguen. Quiero saberlo todo acerca de quien entre aquí. Y que me comuniquen de inmediato el resultado del análisis de huellas.

Allí había sucedido algo terrible. Laurenti no lograba recordar cuándo había habido en la ciudad un asesinato normal por última vez, uno de esos casos que cualquiera podía comprender; por ejemplo, una amante esposa que, tras demasiados años de matrimonio, liberaba a su marido de la monotonía y, de paso, se liberaba ella.

–De los inquilinos de estas habitaciones me ocuparé yo mismo, y también de la vigilancia de los teléfonos –dio unas palmaditas en el hombro del agente, que le escuchaba con cara de malas pulgas–. Y usted, quédese aquí hasta que venga alguien de comisaría.

Por mucho que insistió apretando el botón, el ascensor no quiso subir. Laurenti tuvo que bajar a pie, a lo largo del rastro de sangre del que no podía apartar la vista. El policía de la entrada se apoyaba en la pared con cara de aburrimiento, comiéndose las uñas. Al ver a Laurenti, se limitó a apartarse las manos de la boca y lanzó una mirada al estropicio que se acababa de hacer antes de levantar la vista hacia el comisario.

–¿Ha bajado alguien en el ascensor? –preguntó Laurenti.

El agente asintió con la cabeza.

–¿Quién? Y a usted, ¿qué? ¿Se le ha comido la lengua el gato?

–Justo detrás de usted. Una mujer. Sumamente atractiva y muy arreglada. Llevaba los

labios rojos como un vampiro. Y un perfume muy refinado. Iba a sacar la basura.

–¿Nombre, datos personales?

El agente se encogió de hombros con aire aburrido.

–No me dejó retenerla.

–¿Cómo? –preguntó Laurenti con los ojos como platos–. ¿Qué significa eso?

–Pues pasó de largo y dijo que volvía enseguida. La bolsa de basura olía a rayos. Pensé que sería de la galería de arte. Una mujer así no trabaja en una oficina.

–Ay, muchacho, muchacho... –suspiró Laurenti. O aquel agente era un principiante tímido, más verde que una lechuga, o sólo había ingresado joven en la policía porque sabía que así podría disfrutar de vacaciones pagadas si lograba ingeniárselas bien. En varias décadas, tendría una pensión de funcionario garantizada, mientras que el resto de la población difícilmente podría contar con prestaciones de ningún tipo antes de cumplir los noventa. Con aquella indolencia, seguro que no le servían de nada ni un buen rapapolvo ni un expediente ni la amenaza de asignarle patrullar en los peores lugares y momentos. Llegado el caso, aún sería capaz de librarse con un certificado médico.

–¿Y por qué ha dejado de funcionar el ascensor?

–Creí que sería mejor bloquearlo antes de que lo utilizara nadie para escapar.

–¿Y los compañeros de la policía científica, con todo el equipo que traen?

El agente arrugó la frente y reflexionó un instante.

–Es verdad –dijo al fin y volvió a girar la palanca del freno de emergencia–. Tiene razón.

–¿Cómo era esa señora? ¿Podría describirla con más detalle?

–Si la hubiera visto, comprendería usted que es imposible que tenga nada que ver en esto. Alguien que le hace algo así a otra persona no puede tener un aspecto tan cuidado. Es casi imposible.

–Brillante disculpa –dijo Laurenti, se llevó la mano a la cabeza y salió sin despedirse. El cielo se había puesto negro como la pez. A juzgar por el rugido del siguiente trueno, la tormenta estaba ya muy cerca. Laurenti percibió el olor a lluvia; el mistral, el viento del oeste, arrastraba las pesadas nubes. «Vaya verano más raro» –pensó Laurenti y cruzó los escasos pasos que le separaban de la *questura*–. «No hay día en que no llueva, y luego tenemos mucho más trabajo del que nos gustaría.»

Sin mucho cuidado, dejó sobre el escritorio la cámara que había cogido de la chaqueta

de la víctima y se puso a hojear el correo. Poco a poco, el aparato desapareció bajo la creciente montaña de papeles.

Pina Cardareto regresó del consulado una hora más tarde.

—Zerial, el forense, dice que es todo un misterio. No se explica la forma de las heridas y dice que jamás ha visto nada semejante.

—¿Cómo van los de la policía científica? —preguntó Laurenti—. ¿Hay huellas dactilares?

—Falta un buen rato hasta que las cotejen con todas las bases de datos. El análisis de la salpicadura, lo mismo.

—Marietta —llamó Laurenti a través de la puerta abierta—, ¿tienes alguna noticia del hospital?

Marietta entró sin dignarse mirar a Pina y se colocó delante de ella como si no existiera.

—La mujer se encuentra en el policlínico de Cattinara. En coma. Con heridas de máxima gravedad en la cabeza. Nadie sabe si saldrá adelante. Los médicos han enviado todas las pruebas de tejido a los forenses. No logran explicarse la causa de esas heridas.

—¿Se conoce su identidad?

—No llevaba documentación. Sus huellas también están siendo analizadas en la policía científica.

—Hazte un poco hacia un lado, Marietta —Laurenti agitó la mano en el aire—. No seas tan descortés con tu compañera. Estamos aquí los tres. ¿Has conseguido hablar con el consulado?

Marietta negó con la cabeza.

—De momento, sólo ha llamado el fiscal.

—¿Y bien?

—Estaba enfrente —añadió Pina—, pero se ha vuelto a marchar enseguida.

—¿Me dejas terminar? —esa mañana, Laurenti ya se había dado cuenta del mal humor de Marietta. Como si quisiera subrayar su estado de ánimo, retumbó un trueno a lo lejos—. Ha dicho que ese consulado goza de un estatus extraterritorial y que tenemos que andarnos con mucho cuidado para que no ocurra ningún incidente diplomático. Y lo de pincharles el teléfono ya se te puede ir olvidando, no tienen conexión fija ni ningún número de móvil nacional.

—Quiero todos los datos de las personas que trabajan allí. ¿Quién lo dirige?

–Una tal Petra Piskera –dijo Marietta.

–¿Cómo? –Pina parecía fulminada por un rayo–. ¿Cómo dice que se llama?

–¿Es que oyes mal? –bufó Marietta.

–¿Piskera? –preguntó Pina incrédula–. ¿De verdad? ¿Petra Piskera?

–¿También tienes demasiado pequeñas las orejas, hija? Aunque lo digas cinco veces, seguirá llamándose igual.

Laurenti tuvo que intervenir:

–¿Conoce a esa señora, Pina? –le preguntó directamente.

Pina asintió:

–A menos que haya otra persona con ese nombre, sí.

–Anda, qué callado te lo tenías... –Marietta debía de estar furiosa con la inspectora por algo–. Pues venga, cuéntenoslo de una vez en lugar de dar la brasa a otras personas con tus tonterías.

–Ya está bien –exclamó Laurenti–. ¿Quién es, Pina?

–Vive en el apartamento de al lado. No sabía que era consulesa. Creí que esa gente vivía en villas lujosas y no en cuchitriles como el mío.

–Anda, y ¿cómo de bien la conoces? –ya no había quien parase a Marietta–. ¿Tenéis un lío de lesbianas?

–¡Marietta, fuera de aquí! –Laurenti se levantó de un salto y señaló la puerta–. Estáis locas las dos. Tenemos un caso de lo más extraño y vosotras os dedicáis a agarraros del moño.

–Sólo la conozco superficialmente –se justificó Pina aunque no era necesario. Ella también estaba furiosa consigo misma. ¿Por qué no se habría informado mejor sobre su vecina?–. De encontrarnos en la escalera. La última vez que la vi fue ayer hacia las once de la noche. Ella volvía de la ópera y yo de la oficina. Eso es todo. Sólo conozco su nombre y, hasta ahora, no tenía ni idea de su profesión.

–¿Y qué le ha hecho a Marietta?

Pina sacudió la cabeza con gesto rebelde.

–Nada. Nada en absoluto.

Laurenti no le creyó ni una palabra, pero no tenía ninguna gana de perder el tiempo en semejantes niñerías.

–Arréglole –le dijo a Pina–. Y que sea enseguida.

La inspectora bajita se levantó.

—Aún no hemos terminado —dijo Laurenti—. ¿Qué sabe Petra Piskera de usted?

—¿De mí? Nada. Todo lo que le he dicho es que trabajo para la administración pública. Y una vez le enseñé algunas hojas de un cómic en el que estoy trabajando.

—¿El que se desarrolla en la *questura* de Trieste?

La inspectora se sonrojó.

—¿Y qué le dijo?

—Dijo que era un avispero como el de los Balcanes.

Volvió a entrar Marietta, aunque esta vez cerró la puerta con mucho cuidado.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró—. Ha llegado la consulesa y quiere hablar contigo de inmediato. Está la mar de disgustada.

—¡Qué poco ha tardado en aparecer! ¿Por qué no ha ido a ver al prefecto o al *questore*, como hace siempre esta gente cuando necesita ayuda? —y luego se dirigió a Pina—. Usted manténgase en segundo plano, por favor. No quiero que se encuentre con esa señora aquí, en la *questura*. Salga por la otra puerta.

Laurenti puso su sonrisa más encantadora y se inclinó al saludar a la dama de labios rojo cereza y tez de un blanco llamativo como si hubiera aprendido a hacer reverencias doscientos años atrás, en la corte vienesa.

—Señora consulesa, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó en tono de no haber roto un plato en su vida—. No sabe cuánto lamento que le haya sucedido algo así justo en nuestra ciudad. Debe de tener una pésima impresión de nosotros, es comprensible.

—Estas cosas pasan en todas partes hoy en día —era obvio que no estaba muy afectada—. ¿Ha avanzado mucho con la investigación?

—¿Cómo sabe usted que soy yo quien se encarga del caso?

—Me han hecho pararme en la entrada y me han indicado que hablase con usted. Ya sabe que no represento a unos de esos consulados honoríficos precisamente. Y la representación consular es un cargo extraterritorial.

Laurenti asintió con la cabeza y le ofreció una silla. Luego cerró la ventana. La tormenta estaba justo encima de la ciudad, los fogonazos de los rayos hacían chispear la luz eléctrica una y otra vez.

—Hacemos lo que podemos, consulesa. Después de todo, se trata de un intento de asesinato. La policía científica y los forenses están trabajando en ello. Los resultados de los análisis aún llevarán cierto tiempo.

–Intento de asesinato o lo que sea, comisario, el caso es que se han confiscado documentos. Son propiedad de mi país. Insisto en que me los devuelvan de inmediato.

Efectivamente, Pina había dado orden de retirar del consulado varias cajas de papeles revueltos con el fin de examinarlas con discreción sin desencadenar un conflicto diplomático de inmediato. Así, al menos ganaban un poco de tiempo antes de que intervinieran los ministerios.

–Hemos hallado a una mujer herida de gravedad en las escaleras del edificio y es imposible que se infligiese esas heridas ella misma. Todas las pistas conducen a su consulado, en el que hay tantas salpicaduras de sangre que los trabajos de limpieza durarán días, señora. Tal y como están esos despachos, veo muy difícil que puedan utilizarlos para nada, con independencia de que usted tenga inmunidad diplomática o no. ¿No querría firmar una declaración para facilitar nuestro trabajo?

–¿Quién es la persona herida? –preguntó la consulesa. Un estruendo la hizo estremecer. Parecía que hubiera caído un rayo justo en la *questura*. También Laurenti se asomó a la ventana. Gruesas gotas de lluvia dibujaban surcos grises en el cristal.

–Por el momento, desconocemos tanto su identidad como el objeto que causó sus heridas. Está en coma en el policlínico. No hay nada que hacer. Todavía no tenemos datos de sus huellas dactilares.

–¿A quién debo dirigirme para recuperar mis documentos si no es usted la persona indicada? –preguntó la dama secamente–. El consulado no puede trabajar así –dijo, dándose una palmada en el muslo. No le faltaba más que la fusta, pensó Laurenti, y sería una dominatriz perfecta.

–Señora, yo mismo tengo las manos atadas. Es un asunto que tienen que decidir el fiscal y el juez de instrucción. ¿De verdad que no tiene ninguna información que aportarnos? Permítame una pregunta –y miró el reloj un instante–, ¿dónde estaba usted a las dos de la tarde?

–No estaba en el consulado. De ser así me habrían encontrado allí, ¿no?

–¿Y dónde estuvo después? –Laurenti no se daba por satisfecho tan fácilmente. La miró a los ojos un buen rato, pero ella le sostuvo la mirada.

–En una comida de negocios. En Harry's Grill, en la Piazza Unità. Mis invitados se alojan en el Grand Hotel Duchi d'Aosta.

–Donde se aloja todo el mundo –dijo Laurenti–. La ubicación es perfecta, las

habitaciones son bonitas, tiene *spa* y piscina, un servicio de lujo... Yo también llevo a mis invitados allí.

Petra Piskera no pudo reprimir una sonrisa condescendiente. No había picado.

–Si necesita comprobar mi coartada, pregunte en el restaurante.

–¿Podría darme el nombre de sus invitados? –preguntó Laurenti con ingenuidad fingida.

–La verdad es que no, comisario. Son asuntos del estado.

–¿Cómo puedo localizarla?

–Están a dos pasos del consulado. Manténgame informada.

A Laurenti no le gustó nada su sonrisa, todo en aquella mujer le inspiraba rechazo. La acompañó hasta el ascensor.

–Confío en que seremos buenos vecinos –fue todo lo que le dijo cuando se cerró la puerta tras la consulesa. Luego se apresuró a volver al despacho y llamar al fiscal. Aquel asunto podía levantar una auténtica polvareda y Laurenti no tenía ninguna gana de verse en medio de un fuego cruzado entre diplomáticos.

Llovía a cántaros y el trueno sonó muy cerca en el momento en que Damjan y Jožica Babič corrían hacia su coche cargados con sacos de plástico llenos de restos de comida. A las tres de la tarde habían quedado con la consulesa en el aparcamiento del centro comercial que había en la parte baja de la ciudad. Después, su vida daría un giro de ciento ochenta grados.

El camino más directo hacia su Škoda verde era a través de los vehículos de los científicos, aparcados en apretadas hileras. Una sola vez tuvo que dar Damjan un pequeño rodeo. Algún avispa experto en marketing de la industria del automóvil había bautizado como Sport Utility Vehicle, SUV, a aquel cacharro diseñado para la ciudad que, en efecto, iba fatal para conducir por el campo y que, entretanto, se había convertido en una auténtica plaga; y eso que no cabían en ninguna plaza de aparcamiento de tamaño estándar. Se decía que era un fármaco de cuatro ruedas para reforzar el ego; desde luego, era un incordio encontrarse con ellos en la vida diaria. Si uno los llevaba delante, le tapaban la vista, si iban detrás o en el carril de al lado, ponían en peligro la vida de uno. Damjan echó sapos y culebras por la boca al pasar como pudo al lado del vehículo, su cara se reflejó en las lunas tintadas y todo lo que oyó fue el regurgitar del motor de aquel monstruo de gran volumen. Llegó a su Škoda verde completamente empapado y,

nervioso, metió la llave en la cerradura del maletero para guardar como pudiera los sacos de comida para sus cerdos. Cuando por fin se sentó al volante, se puso a limpiarse las gafas mientras esperaba a que subiera Jožica.

–Espero que la tormenta no nos haya echado a perder la cosecha –dijo ésta, secándose la cara con un pañuelo.

–Hace una hora, todavía hacía sol allá, en casa. La cima del Nanos, bañada por un resplandor dorado, parecía iluminada con luz artificial. Creo que la tormenta va a descargar aquí y no llegará hasta arriba.

Damjan giró la llave en el contacto, puso en marcha los limpiaparabrisas, a la máxima velocidad y dio las luces.

Lentamente rodearon la enorme proa del *Elettra* que, a modo de monumento, marcaba la entrada al parque tecnológico: era un resto del naufragio del barco de Guglielmo Marconi, el investigador que introdujo la telegrafía sin cables entre Europa y América en 1901.

Los limpiaparabrisas del Škoda se movían como locos, una fuerte lluvia caía sobre el cristal. Cuando Damjan quiso girar para tomar el carril de acceso a la carretera de circunvalación estuvo a punto de chocarse. El SUV negro se había saltado el ceda el paso y ahora estaba parado ocupando medio cruce. Los pitidos furibundos y los insultos de Damjan, con el puño levantado y todo, no parecieron importar demasiado al conductor. Rabioso, Damjan dio un puñetazo al volante y maniobró para rodearlo a muy poca distancia.

El carril, para cuyo trazado había sido necesario perforar la roca del Carso, estaba flanqueado por paredes de roca gris casi perpendiculares. Antes de llegar al cruce en que desembocaba aquel tramo, Damjan vio por el retrovisor que el monstruo negro, desde detrás de él, le daba las luces. Se acercaba a toda velocidad a pesar de que no había espacio para adelantar. Damjan farfulló que aquel tipo aún era capaz de empotrarse en el maletero. En la cuesta que subía hacia la carretera de circunvalación, aceleró e intentó ganar una distancia suficiente. Cuando dejó de ver las luces del monstruo por el retrovisor, encendió la radio. Pasaron por el aparcamiento del restaurante-grill de Monte Calvo, donde habían quedado la otra vez con la consulesa; dentro de un rato, por fin iba a pagarles.

La carretera, tras una curva a la izquierda, conducía a la escarpada cuesta de subida a la meseta del Carso, a unos cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Cuando hacía

buen tiempo, la vista de la ciudad, el puerto y el golfo de Trieste que se abría desde allí era magnífica, aunque hoy Dajman apenas alcanzaba a ver el final del capó. Jožica estaba buscando un pañuelo limpio en el bolso cuando el coche sufrió un fuerte golpe. Ella se dio con la cabeza contra el salpicadero.

–Ten cuidado, hombre –regañó a su marido.

Damjan frenó asustado, la luz azulada que vio en el retrovisor le cegó. Giró el volante con intención de parar al borde de la carretera. Le iba a dar a ese capullo una lección que no olvidaría en mucho tiempo. Justo se disponía a dar las luces de emergencia cuando un segundo golpe hizo tambalearse el coche, que se deslizó haciendo eses por la carretera. Instintivamente, Damjan volvió a pisar el acelerador, tenía que ganar distancia. El tipo del coche de detrás debía de estar loco. Jožica estaba con la boca abierta y, desde el asiento del copiloto, intentaba ver qué era todo aquello a través de la ventanilla de atrás. A menudo se hablaba de los accidentes que ocurrían en aquel tramo tan escarpado, por ejemplo cuando algún camión olvidaba cambiar a una marcha corta al bajar y se le recalentaban los frenos. Lo que sucedía ahora, en cambio, era que llevaban detrás un vehículo egocéntrico contra cuyas embestidas no servía de nada frenar. La chapa del Škoda emitió un chasquido y la luna trasera se quebró de parte a parte. Se dieron un golpe contra el quitamiedos; Damjan daba volantazos intentando pasarse al carril de la dirección contraria, pero su perseguidor siguió empujándolos en línea recta sobre el asfalto mojado. Damjan dio otro volantazo para despegarse y aceleró de nuevo. La parte trasera del Škoda se rompió y el coche comenzó a girar sobre su propio eje. Y entonces, de repente, vieron que los faros del monstruo iban directos hacia ellos, de frente, como dos ojos a los lados de aquel capó adornado con ostentosos listones cromados. Jožica dio un chillido, Damjan rugió como un gorila. El parabrisas estalló en mil pedazos con un ruido sordo, la brillante luz de zenón de los faros les cegó. Aterrada, Jožica agarró la mano de su marido. El golpe de la parte trasera del coche contra el quitamiedos fue tan fuerte que el airbag de Damjan se abrió, robándole la visibilidad y la respiración.

El grito de Jožica fue agudo y prolongado. No cesó hasta que el coche chocó contra el suelo, tras treinta metros de caída. Un reguero de sangre empezó a salir de la puerta del conductor, se diluyó con la lluvia y siguió cayendo en gruesas gotas rojas hasta las profundidades del Carso. Damjan estaba muerto. Un cristal de su ventanilla le había seccionado la aorta y su cabeza asomaba fuera del vehículo. De la garganta de Jožica escapó un suspiro ahogado en sangre.

Los equipos de salvamento de Trieste suelen acudir enseguida al lugar de un accidente, a pesar de las largas distancias y del denso tráfico de la ciudad. Son conductores audaces con nervios de acero que saben abrirse paso como sea incluso en la más agobiada hora punta. Sin embargo, el acceso al punto en el que el Škoda había quedado suspendido sobre una roca era realmente difícil. Fue necesario traer sogas y arneses y llamar a compañeros expertos en escalada. El helicóptero que habían pedido y que había logrado despegar a pesar del mal tiempo recibió orden de regresar a la base antes de aproximarse para aterrizar. La presión de las hélices habría ocasionado que el coche cayera definitivamente al abismo. Antes de pensar siquiera en auxiliar a los ocupantes, fue necesario estabilizarlo y fijarlo. Del maletero abierto caían gruesos pegotes de restos de comida a la sima, y nadie sabía por qué aparecieron de pronto tantas gaviotas, capaces de atraparlos con el pico en el aire entre hirientes graznidos, celosas unas de otras. En las noticias hablaron de un largo atasco en la carretera de regreso, con retenciones hasta la entrada de la ciudad.

A pesar del terrible cansancio, Alba Guerra tenía prisa. Se tomó el café en un bar de la Via delle Torri, a pocos pasos de su casa. Había depositado las monedas sobre la barra antes de que le trajeran la taza, se bebió el café de dos tragos, sin azúcar, como siempre, y en escasos cinco minutos estaba otra vez en la calle. Arrancó la moto y, tras un breve trayecto, la dejó en la esquina de San Spiridione con Mazzini, junto a una señal de prohibido estacionar; eran las siete y media de la mañana. Allí no le pondrían ninguna multa, conocía bien al guardia que se encargaba de la zona esa semana, también participaba en las reuniones de su círculo político. Allí se reunían las pocas personas en el mundo en las que confiaba.

Poco después de situarse en su puesto en la Via Mazzini, vio a una mujer bajita y sudorosa que empujaba su bicicleta a través del portón del edificio. Media hora más tarde, la misma mujer abandonaba el edificio otra vez con una bolsa de basura en la mano, se dirigía a los contenedores de basura y después al quiosco de prensa.

La consulesa salía pocos minutos más tarde. Cruzaba el Corso Italia en rojo y se compraba unos cuantos periódicos en el Largo Riborgo. A Alba le llamó la atención que, junto a los diarios italianos, también se contaran entre ellos el *Glas Istre* de Pula, el *Večernji List* de Zagreb y un periódico alemán. Con el paquete bajo el brazo, la dama de cabello negro se dirigió al consulado, pasando junto al Teatro Romano y la *questura*.

Alba se compró el *Piccolo*, buscó una mesa en la terraza del bar Rex que quedara fuera del alcance de las cámaras de vigilancia de la comisaría y pidió un *espresso*. Desde allí veía perfectamente la entrada del edificio, y saber esperar el momento adecuado era una virtud fundamental para una periodista como ella. Leyendo el *Piccolo*, Alba Guerra se sorprendió mucho al toparse con una foto en la que se veía a un anciano furioso discutiendo con una mujer que apenas le llegaba al pecho en plena Piazza della Borsa. ¡La de la bicicleta! Una policía, por lo tanto. ¿Qué demonios tenía que ver la consulesa con una policía? ¿Sería algún juego secreto de las autoridades? ¿Sería aquella mujer tan bajita una agente corrupta? Alba Guerra se frotó las manos. Su historia se le antojaba cada vez mejor. Marcó el número del compañero que trabajaba en la *questura* y le pidió que hiciera averiguaciones sobre esa inspectora y que se enterase también si las autoridades planeaban algo relacionado con el centro de investigaciones del Carso o con las otras instalaciones científicas, las de la zona de Miramare. El hombre vaciló un instante, ya la llamaría más tarde, durante el descanso de la comida, y desde fuera de la oficina.

Alba Guerra tuvo que esperar tres horas hasta que la consulesa volvió a salir del edificio. Un rato antes habían llegado tres mujeres jóvenes parloteando como tres gallinas y se habían sentado justo en la mesa de al lado. Se quejaban de que tenían demasiado trabajo y cobraban demasiado poco, la típica conversación-terapia entre empleadas.

A pesar de la cantidad de café que se había tomado entretanto, Petra Piskera casi se le escapa. Alba se levantó de un salto, dejó un billete encima de la mesa y la siguió. La dama de cabello negrísimo cruzó la Piazza Unità en dirección al fastuoso Grand Hotel Duchi d'Aosta y desapareció en el interior del restaurante. A través de la ventana, Alba vio que saludaba a dos hombres con traje y corbata y, finalmente, se sentaba con ellos a una mesa. Por fin. Alba llevaba todo el tiempo esperando aquel momento. Tuvo que contenerse para no echar a correr mientras desandaba de nuevo el camino por el que habían venido ambas. No podía permitirse llamar la atención.

Forzar la cerradura del consulado no fue precisamente coser y cantar, pero al final lo consiguió. Alba se extrañó de lo asépticas que eran aquellas habitaciones. Unos pocos grabados baratos en las paredes, de esos que podían comprarse por unos pocos euros en cualquier gran almacén, cuatro mesas de despacho con sus correspondientes ordenadores, cajones con papeles y algunos armarios de pared, ningún teléfono por ninguna parte. Nada personal. Un no-lugar, espacios que uno olvidaba en un segundo,

nada más abandonarlos. Hizo algunas fotos y se puso a examinar los papeles. Con prisa y nerviosismo, revolvió los archivadores y las carpetas de los cajones. Nada ofrecía ningún indicio de contrabando nuclear, de robo de tecnología. Todo eran certificados de transporte, certificados de sostenibilidad medioambiental de procesos de elaboración de tierra para plantas y compost, permisos de envío de diversos países y papeles de expedición. Gruesos bloques de papeles válidos para las semanas siguientes. Lo habitual en una empresa de importación y exportación de las muchas que había en aquella ciudad pero que, excepcionalmente, estaba anexa a un consulado.

En lo que parecía el despacho de la dirección había una bolsa de plástico de la que asomaba la aleta de la cola de un bacalao seco de un metro de largo, además de verduras y una botella de vino; las típicas compras de supermercado.

Alba encendió los ordenadores, no iba a darse por vencida tan pronto. Encontraría algo en alguna parte. Abrió un archivo tras otro para examinar fugazmente su contenido. Todos eran informaciones más o menos iguales, documentos monótonos que no decían nada. Se le nublabla la vista, había perdido todo sentido del tiempo y ni siquiera oyó crujir el parquet bajo los pasos que se acercaban con sigilo.

Se le encogió el corazón cuando, de pronto, una mano la agarró por el hombro y la tiró de la silla. Delante de ella estaba la mujer a la que llevaba días pisando los talones, y no parecía tener ganas de broma. Un duro golpe con el revés de la mano hizo tambalearse a Alba; siguieron otros dos. Se estampó contra un grabado que había en la pared y que cayó al suelo con estrépito, el cristal roto en mil pedazos.

Antes de que pudiera darse cuenta, la mujer le retorció el brazo en la espalda y, con la otra mano, le levantó la barbilla.

—¿Quién es usted y qué está buscando aquí? —le gritó la consulesa.

El dolor en el hombro era insoportable, apenas podía respirar.

—Así no puedo hablar —gimió Alba—. Suélteme y le explicaré todo. No hay motivo para alterarse.

En lugar de una respuesta recibió una patada que volvió a estrellarla contra la pared. Consiguió agarrar el marco de un cuadro y lo arrancó de su escarpia. Cristal, filos duros y cortantes. La consulesa la esquivaba con habilidad, pero los golpes de Alba la hacían retroceder cada vez más. En el despacho principal halló un arma que por fin le permitió dominar la situación.

El primer golpe dio a Alba en plena cara. Oyó el chasquido de su tabique nasal y vio

cómo su propia sangre salpicaba la pared. Intentó protegerse con el cuadro, pero se le resbaló de las manos y se hizo añicos contra la pared. Los golpes caían sobre ella como un tornado, ni siquiera llegó a cubrirse la cara con las manos. Sangre por todas partes, horribles punzadas de dolor y olor a pescado viejo. Caminando hacia atrás, a tientas, se tambaleó a lo largo de la pared. En la puerta del piso logró escapar de los golpes, pero entonces la abandonaron las fuerzas. Alba se desplomó, cayó por las escaleras y rodó hasta quedar tendida media planta más abajo. A cuatro patas, se arrastró a lo largo de la barandilla y, a pesar de los espantosos dolores, siguió deslizándose sobre las rodillas. Bajar, tenía que bajar. Salir de aquella casa. De nuevo rodó un tramo de escaleras y de nuevo consiguió erguirse y bajar dando tumbos. Luego, Alba Guerra perdió el conocimiento.

A Laurenti se le cortó la respiración. Los ojos parecieron salirse de sus órbitas, le cambió el color de la cara a un blanco ceniciento y el documento que sostenía en la mano comenzó a temblar como una hoja. Marietta acababa de entregarle los resultados del análisis de huellas dactilares, aderezado con un comentario irónico.

—Qué asco de profesión. Todo vuelve, igual que la basura. Polvo sois y en polvo habréis de convertirlos. Lo siento pero te voy a amargar el día.

—Es increíble —dijo Laurenti mesándose el cabello con ambas manos—. Está claro que, en la vida, uno tropieza más de una vez con las mismas personas.

Marietta se sentó en el sillón destinado a las visitas.

—¿Cuánto hace de aquello? ¿Seis o siete años? —dijo.

—¡Cinco! Pues yo tengo la sensación de que fue ayer. ¿Qué hace Tatjana Drakič en Trieste? ¿Y cómo es que no la ha reconocido nadie? —Laurenti volvió a clavar la vista en el papel.

—Sus huellas están por todas partes —rió Marietta—. Es una clienta muy fiel.

—Pero fue expulsada del país. Para siempre. ¿Cómo demonios ha vuelto a la ciudad?

—Cumplió su condena, y ahora no se le puede imputar nada. La inmigración ilegal no se castiga con penas muy duras. Y hay muchas formas de cruzar la frontera —dijo Marietta—. Después de todo, no controlan uno por uno a los coches que entran y, en caso de emergencia, también están los pequeños puntos de paso o los caminos a campo a través. Y por mar es más fácil todavía.

—Yo no tendría el valor de dejarme ver por aquí de nuevo —Laurenti se rascó la

cabeza—. Y, desde luego, no me hace la más mínima ilusión volver a ver a esa señora. Aunque quizá tenga algo de bueno todo esto. A fin de cuentas, podría conducirnos sobre la pista de su hermano.

—¿Quién dice que siga figurando el mismo nombre en su pasaporte?

—Una cara así no se olvida —dijo Laurenti—. La reconocería a un kilómetro de distancia. Lo que me interesa mucho más es qué tiene que ver con esa consulesa. Cualquiera sabe lo que se cuece en esas oficinas. Si tiene que ver con Drakič, cuento con lo peor —Laurenti cogió el teléfono y marcó el número de la fiscalía—. Tengo que hablar urgentemente con ustedes. Unos viejos conocidos han regresado al país.

Marietta vio cómo se ensombrecía el rostro de Laurenti.

—Ah, ya lo saben. Gracias por informarme, pues.

Laurenti parecía cada vez más furioso y le costaba dominarse. Por debajo de la mesa, su pie no paraba de moverse nerviosamente.

—No, no se preocupe, señor fiscal —tranquilizó a su interlocutor con voz temblorosa—. Respetaremos todas las leyes y acuerdos internacionales y trataremos a la consulesa con sumo respeto. Por supuesto, señor fiscal. Por supuesto —y colgó.

Al parecer, el fiscal no tenía un minuto libre para que se vieran. Y al parecer tampoco tomaba aquel asunto tan en serio como Laurenti, a pesar de que, en su momento, había ocupado el número uno en la lista de «autoridades a las que matar de un tiro» del que fuera el jefe de Drakič. Pero desde que Petrovac estaba fuera de circulación, la vida del fiscal ya no corría peligro. Eso sí, Laurenti se sorprendió realmente de que se mostrara tan indiferente ante la noticia de que Tatjana Drakič estaba de nuevo en la ciudad.

—Normalmente, son el *questore* o el prefecto los que me leen la cartilla por algo. ¿Por qué demonios me sale ahora el fiscal con precauciones que ni siquiera entran en su jurisdicción habitual? ¡Y, para colmo, pretende que me crea que no tiene tiempo para verme hasta mañana! —cogió el teléfono de nuevo y marcó el prefijo de Croacia, luego el número de Živa. Nada más oír la señal, colgó. No quería hablar con su ex amante estando Marietta en la habitación—. Marietta, ve a buscarme el expediente de Tatjana Drakič. Y también el de su hermano. Ahora mismo. Será mejor que los tengamos a mano. Anda, encanto, hazme ese favor.

Marietta dio un suspiro y se puso de pie. Odiaba el aire apolillado y la luz artificial del archivo.

—Ya sabes que jamás haría esto por ningún otro.

Se quedó un instante en el umbral de la puerta y vio que Laurenti descolgaba el teléfono y pulsaba la tecla de llamada. Y le oyó saludar con voz temblorosa a la fiscal croata de Pula.

Marietta puso los ojos en blanco y cerró la puerta. Estaba claro que aquel pobre hombre tenía problemas con su amante. Y ella sin enterarse, a pesar de que conocía cada uno de los pasos de su jefe... y los controlaba. Lo que acababa de oír le bastaba. De inmediato, se puso en camino hacia el reino de las telarañas para rescatar los dos expedientes.

Laurenti describió escueta y objetivamente lo que había sucedido. La fiscal croata, en tono frío, le prometió informarse acerca de lo que había hecho y dónde había estado Tatjana Drakič después de salir de la cárcel. De Viktor Drakič, por otra parte, sabía que entretanto se había establecido como respetable hombre de negocios al cargo de varias empresas, entre ellas una cadena de gasolineras, y que se trataba con los círculos más altos. Laurenti se quedó perplejo.

—Ya podrías habérmelo dicho antes —gruñó.

—¿Para qué? Su propio país no puede emitir una orden de extradición y aquí no hay ningún cargo contra él —respondió Živa Ravno, seca—. ¿Acaso pretendes raptarle? —después le prometió llamarle en cuanto averiguase algo nuevo.

—Cuando llueve en verano, no hay quien aguante estar ahí abajo en el archivo —dijo Marietta en tanto que dejaba los dos expedientes sobre la mesa de su jefe y se secaba el sudor de la frente.

—Voy a hacer una visita de estado —anunció Laurenti, poniéndose de pie—. A ver qué sabe esa dama de cabello negro sobre Tatjana Drakič.

Después de ordenar los papeles que habían quedado y guardar parte de ellos en la caja fuerte, además de limpiar todo el suelo del consulado, Petra Piskera se retocó el maquillaje. Tenía prisa, ya habría comenzado la inauguración de la exposición de pintura y sabía que la demanda de cuadros iba a ser grande. No sólo porque eran una buena inversión, pues los precios de las obras de Serse aún no se habían puesto por las nubes a pesar de su creciente fama. Y otra cosa no, pero dinero para gastar le sobraba.

Naturalmente, no había podido ahorrarse el mal trago de informar a Viktor del desastre que había ocasionado el allanamiento de Alba. No podía haber sido peor. Justo enfrente de la *questura*. En principio, parecía el lugar más seguro de toda la ciudad. La desventaja

era que los guardianes del orden habían llegado muy deprisa, demasiado deprisa para ella. Y Petra desconocía el nombre de la mujer que había entrado en el piso, no sabía nada en absoluto de ella.

Cuando, al regreso de la comida con sus socios de la Emilia-Romagna, había sorprendido fisgoneando a la pelirroja, apenas le había dado tiempo a advertir ella misma a las autoridades. Le apestaban las manos a bacalao seco, la sangre de la fisgona le había salpicado la cara. Sin embargo, se había apresurado a eliminar las huellas más evidentes. Al salir al rellano de la escalera con una bolsa de basura en la mano, había oído una voz enérgica que daba instrucciones telefónicas a las autoridades. Espontáneamente, cambió de estrategia. Tras asearse un poco y maquillarse de nuevo, esperó el ascensor. Un piso más arriba y uno más abajo se oían voces, pero el ascensor estaba libre. Nadie la vio subir. Pretendía volver más tarde y fingir que no sabía nada. En el portal, un agente de uniforme la retuvo, aunque curiosamente descartó que pudiera tener nada que ver en el caso cuando ella le dijo que tan sólo bajaba a tirar la basura. Ni siquiera echó un vistazo a la bolsa de plástico en la que iban los restos del bacalao y su ropa manchada de sangre. En un rincón del descansillo se veía la sombra de un cuerpo encogido en el suelo, jadeando. Petra Piskera evitó mirar mucho y se apresuró a salir antes de que el policía cambiara de opinión. ¿Por qué no habría liquidado a la pelirroja? ¿Por qué no le habría retorcido el pescuezo arriba, en la escalera, en lugar de arriesgarse a que la encontrara la policía? Ahora era demasiado tarde, no podía terminar su tarea. Si aquella fisgona sobrevivía, la consulesa necesitaría que alguien fuese al hospital para impedir que llegase a declarar.

En la Vía Mazzini, Petra Piskera tiró la bolsa de basura en el contenedor de enfrente del palacete de la aseguradora y volvió a casa corriendo. Se duchó y empezó a urdir una estrategia antes de volver al consulado. Se sorprendió mucho cuando, al entrar en el edificio, el policía le pidió la documentación, y se enteró de que la investigación estaba, precisamente, en manos de Laurenti. ¿Qué otra opción le quedaba sino ir ella a verle enseguida y presionarle para que le devolvieran sus documentos? Aunque era difícil que encontrase nada que pudiera despertar sospechas sobre sus negocios, era una cuestión de principios. Pero ¿quién sería la pelirroja que se había colado a fisgar en el consulado? Laurenti había dicho que seguían sin descubrir su identidad, que las huellas dactilares no revelaban nada y que no habían localizado a ningún familiar. Si por la consulesa fuera, aquella mujer no despertaría del coma jamás.

Con lo que Petra Piskera no había contado en absoluto era, sin embargo, con que esa misma tarde apareciese por allí Laurenti. Justo estaba fregando el suelo cuando lo vio en el umbral de la puerta, apoyado en el marco. Evitó reaccionar ante la atónita mirada de Laurenti al sorprenderla con el cubo y el trapo en la mano. El comisario estaba demasiado relajado para su gusto y no hacía ademán de apartar la vista de ella. No sonó demasiado creíble cuando dijo que tan sólo deseaba asegurarse de que la consulesa no había sufrido ulteriores molestias, pues luego comenzó a bombardearla a preguntas. Quiso saber algo más de las dos empresas cuyas placas había visto, cuántas personas trabajaban allí y a qué tipo de negocios se dedicaban. Petra Piskera le respondió con monosílabos y siguió fregando el suelo. Aunque apenas se notó, se le cortó la voz cuando, al final, Laurenti le preguntó por Tatjana Drakič y no quedó nada satisfecho con la respuesta. De pronto, la amenazó con enviar a sus compañeros de la *Guardia di Finanza* para echar un vistazo a aquellas dos empresas mucho más a fondo si no se mostraba un poco más locuaz. Era hora de actuar.

Su hermano tardó mucho en responder al teléfono. Tatjana le resumió lo sucedido. Viktor guardó un silencio tan largo que ella tuvo que preguntarle si aún seguía allí.

—Me gustaría que abandonaras el país de inmediato —dijo Drakič finalmente.

—Pero no tienen nada contra mí. Y no me ha reconocido. Mis papeles están en regla, soy la representante oficial de un país soberano. No puede hacer nada. Si desaparezco ahora, tanto esfuerzo habrá sido en vano.

—Ándate con cuidado, Tatjana. Le conoces de sobra. No se da por vencido tan deprisa.

—Habría que pegarle un tiro como a un pitbull rabioso.

—Tienes que pensar en algo. Chantajéale. Amenázale. Monta algún número. Que le releven del caso. Incúlpale de algo. O secuestra a su mujer.

—No sobrevivirá a este caso, Viktor. Eso te lo juro.

—Zvonko y Milan están a tu disposición. Ten cuidado de no poner en peligro tu estatus. Tú eres la jefa.

Tras colgar el teléfono, a pesar de los contratiempos y de su malestar, la consulesa se puso en camino para acudir a la exposición de pintura. Por segunda vez en el día, pasaba por el Grand Hotel Duchi d'Aosta, donde ya se veía la muchedumbre congregada ante las salas de la galería de la Via Diaz. Se alegraba de volver a estar rodeada de gente que

no sabía nada de ella. ¿Cuánto tiempo llevaba sin tratar con nadie más que con sus socios comerciales, sin cambiar una sola palabra sobre nada personal? En su momento, imaginó que todo sería más fácil. Las operaciones, el período de recuperación, el cambio de identidad, el regreso a Trieste y el inicio de nuevos negocios se habían prolongado. Sus contactos nunca habían dejado de ser superficiales. Su hermano sí que llevaba una vida más fácil. Estaba en su isla, cambiaba de guapa amante rubia cuando le apetecía, y no se entretenía en discusiones sino que siempre solucionaba sus problemas con determinación y, cuando era necesario, por medio de la violencia. A cambio, ella le sacaba las castañas del fuego cuando él, como sucedía tantas veces, no podía hacerlo solo. Tatjana necesitaba encontrar una solución para vivir mejor, en cuanto tuviera cerrados los negocios. Viktor tendría que buscar a alguien que la sustituyera unas cuantas semanas. En cuanto tuvieran un momento para hablarlo, se lo explicaría. Al menos esa noche quería pasarlo bien, las inauguraciones siempre ofrecían numerosas oportunidades de charlar y distraerse un rato.

Al llegar a la galería, se sobresaltó y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Laurenti. Salía a la calle acompañado de un anciano con un perro negro. Desaparecieron en el interior del bar de enfrente. ¿Qué demonios tenía que ver un policía con nada cultural? Petra Piskera decidió volver en el curso de los días siguientes, tampoco iban a vender todos los cuadros la misma tarde de la inauguración.

Siempre a quien menos lo merece

No fue una operación inútil del todo. Controlaron a ciento cincuenta personas, les pidieron los papeles y detuvieron a diez que no pudieron presentar ningún permiso de residencia válido. Poco después de las siete de la mañana, la Piazza Garibaldi y las calles que desembocaban en ella fueron tomadas por catorce coches patrulla y cincuenta agentes de policía. Previamente, los jefes de las unidades móviles habían insistido a sus hombres en la importancia de evitar una escalada de violencia; debían mostrarse firmes sin dejar de ser educados, no reaccionar ante ninguna provocación y dar indicaciones claras en un lenguaje sencillo, pero manteniendo siempre una distancia suficiente hacia aquellas personas, puesto que en el procedimiento posterior, que habría de durar varias horas, tendrían que controlarlas una tras otra. Bajo ningún concepto debía producirse un altercado. Además de serbios, entre los detenidos había kosovares, bosnios y rumanos; eso sí, ninguna mujer. Los dueños de los comercios que rodeaban la Piazza Garibaldi observaban la escena ante los cierres bajados de sus locales. Ese día abrirían más tarde. De todas maneras, por allí no pasaría ningún cliente, y no contaban con vender nada hasta que no se hubiera calmado la zona. Tan sólo los chinos instalados en el *palazzo* que había donde la parada del autobús y en cuya planta baja estaba también la única pizzería china de toda la ciudad cumplían con sus obligaciones cotidianas sin inmutarse, tan trabajadores como siempre. Ya conocían aquellas intervenciones de la policía desde hacía años y sabían bien cómo enfrentarse a ellas sin problemas.

Era la primera gran operación en la comunidad serbia y se había planeado hasta el último detalle. Ninguno de los hombres de la plaza a los que la policía había aislado logró escapar. Todo transcurrió con notable calma, al margen de las protestas habituales en ese tipo de controles. Una única vez se armó cierto alboroto: cuando aparecieron el fotógrafo del *Piccolo* y un cámara de la RAI en busca de sus respectivas instantáneas geniales y recibieron los más salvajes insultos. Un grupúsculo de hombres furiosos incluso trató de

echárseles encima, aunque la policía lo disolvió enseguida. Los agentes controlaron la documentación, cotejaron los datos por radio con la central, donde un compañero los registraba, y devolvieron los papeles con gesto inexpresivo a ciento cuarenta personas. Pocos hombres podían presentar permisos de permanencia en el país a largo plazo, la mayoría no tenían más que un visado de turista en el pasaporte. Sellos alemanes, austríacos, eslovenos, italianos.

Sólo se descubrieron diez casos dudosos, los afectados fueron trasladados a la *questura* uno tras otro y allí se continuó con los trámites habituales. Al final, fueron únicamente cinco los expedientes que el fiscal entregó al juez de instrucción, quien a su vez puso en marcha el procedimiento rápido de expulsión del país. A pesar de todo, se había conseguido una cosa: por primera vez, las autoridades contaban con un registro de la comunidad serbia extraoficial y ahora todos los nombres controlados estaban recogidos en un archivo que, a partir de ahí, podría irse ampliando.

Laurenti se mantuvo en un segundo plano, siguiendo la operación con cierto aburrimiento al mismo tiempo que hojeaba el periódico. El titular de la primera página del *Piccolo* estaba dedicado al terrible accidente en la carretera nacional, cerca del parque tecnológico; en el interior, las fotografías del Škoda siniestrado ocupaban una página entera. Un coche destrozado y con el maletero abierto suspendido peligrosamente sobre el abismo; agentes del servicio de salvamento con arneses, descolgándose por la sima como escaladores; por último, el rescate con una grúa gigante. Cuando se terminase el túnel de la autopista de una vez, así rezaba la frase final, también se suavizaría ese terrible punto negro. Todo lo que podía extraerse del artículo era que se desconocían las causas del accidente y que se estaban buscando testigos del suceso. Y se citaba la identidad de los dos ocupantes del vehículo: un matrimonio del lado esloveno del Carso, empleados en el AREA SciencePark de Padriciano desde hacía muchos años que gozaban de una reputación impecable. El conductor había muerto, la mujer había sido trasladada al hospital de Cattinara en estado grave. Su vida pendía de un hilo, si bien los médicos aún no podían decir si saldría adelante o no. Laurenti no lo leyó con demasiado detenimiento, pues no quería perder de vista la perspectiva de la plaza. Al menos los dos gorilas del fresco aliento a ajo no asomaron por allí. O era casualidad o tenían buenos contactos con la *questura* y alguien los había avisado. Tampoco apareció el baboso que cobraba a los trabajadores el día anterior.

«Se nos tiene que ocurrir algo» –pensó Laurenti al volver a su oficina. Si llenaban la

Piazza Garibaldi de cámaras de vigilancia, la única consecuencia sería que todo aquel tinglado se trasladaría a otra parte. Algunos negocios dejarían de arreglarse en plena calle y eso sería todo. Tenían que pensar en otra cosa. No podía consentirse que nadie cobrase a otros por trabajar ilegalmente en Trieste. Hasta el momento, la ciudad se había visto libre de ello y era intolerable que un puñado de listillos de la comunidad serbia pusiera fin a ese privilegio. Cuando algo comienza a desgastarse por los bordes, el centro no tarda en verse afectado.

La guapa consulesa tenía un trapo de fregar en la mano cuando Laurenti entró en sus oficinas. Pero incluso en una actividad tan poco noble como aquella resultaba atractiva, y tampoco su voz había perdido un ápice de su tono autoritario.

—Es imposible encontrar a nadie de quien fiarse a estas horas de la tarde. No se quede ahí parado —dijo a Laurenti—. Podría echarme una mano.

—Y luego, aún es capaz de quejarse de que no he fregado bastante a fondo —respondió él, mirando la salpicadura de sangre de la pared—. ¿También va a pintar las paredes usted sola? —sacó un trozo de papel del bolsillo de la chaqueta y anotó un nombre con un número de teléfono—. Un viejo conocido. Un hombre simpático con quien en otra época teníamos mucho trato. Pero hace años que está limpio. Es pintor. Trabaja por su cuenta y sin factura. Llámeme y diga que va de mi parte. Trabaja incluso de noche, ya verá cómo mañana le tiene esto como si no hubiera pasado nada. Ni siquiera hace falta quedarse a vigilarlo.

La consulesa ni siquiera se dignó mirar el papel.

—¿Y usted para qué ha venido? ¿Cuándo nos devolverán nuestra documentación?

—La policía científica trabaja de prisa. Espero que mañana.

—Mi país ya ha enviado una nota de protesta a su ministro de Exteriores. Han ido demasiado lejos.

—En estos casos tan sangrientos, mi querida señora, nunca se va demasiado lejos. Después de todo, usted está bajo nuestra protección especial.

Laurenti guardó silencio, un silencio largo que quería decir muchas cosas, y luego preguntó sin tapujos:

—¿Conoce a Tatjana Drakič?

—¿Quién se supone que es? —replicó la consulesa, retorciendo el trapo.

A Laurenti no se le escapó que, durante una fracción de segundo, se quedó quieta

antes de negar con la cabeza.

—Una persona que ha dejado sus huellas por todas partes en este piso. ¿De verdad que no la conoce?

Esta vez la consulesa le miró fijamente a los ojos.

—No. Ninguna de las mujeres que trabajan aquí se llama de esa forma.

—Quizá tenga algo que ver con alguna de las otras dos empresas, CreaSell y CreaBuy. ¿A qué se dedican?

—Comercio internacional. Mi país es demasiado pobre y sólo puede permitirse este consulado si, en parte, financia sus propios gastos. No todo el mundo nada en la abundancia.

—¿Importación y exportación, pues? ¿Y con qué comercian? —preguntó Laurenti—. ¿Patatas tal vez? —justo el día antes se había conocido la noticia de que en el puerto había ganado importancia un nuevo sector. «Trieste, puerto patatero de Alemania», rezaba el titular.

—Casi lo adivina —Petra Piskera siguió limpiando sin conmoverse—. Tierra. Compost de origen biológico. Abono, tierra para plantas.

Laurenti arrugó la frente. ¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Tierra para plantas?

—Sí, ha oído bien. La demanda de productos biológicos crece, también en el este de Europa, pero faltan los productores. Hay un vacío en el mercado. Por extraño que le suene.

—No se lo diré a nadie —apuntó Laurenti—. ¿Y de verdad que no conoce a Tatjana Drakič? ¿Nunca la ha visto a pesar de que estuvo en este piso?

—Ya le he respondido a eso —la consulesa apoyó la fregona contra la pared y se secó la frente con el antebrazo—. Pero usted sí que parece conocer bien a esa mujer. ¿Es la de ayer? ¿Han descubierto por fin su identidad?

—No es ella. ¿Qué hacía aquí Tatjana Drakič?

—A lo mejor es alguien que vino a solicitar los servicios del consulado. Yo qué sé, aquí entra y sale mucha gente.

—¿Me enseñaría su registro de visitas, por favor?

—¿Registro de visitas? Mire, comisario, déjeme en paz. Tengo mucho que hacer. Está usted en una sede diplomática oficial. En zona extraterritorial. Usted mismo sabe bien lo que significa.

Laurenti arqueó las cejas y se rascó detrás de una oreja.

—Está bien, entonces le voy a enviar a los compañeros de la *Guardia di Finanza* para que requisen los libros de cuentas de esas dos empresas. Sus oficinas no gozarán de inmunidad diplomática alguna. Imagino que aún seguirá usted aquí un rato.

La consulesa se quitó los guantes de goma y se dirigió a su despacho con paso firme. Laurenti contaba con que iría a quejarse de él a las autoridades máximas, pero al momento regresó con una hoja de papel en la que figuraban todos los nombres de los visitantes del consulado, con su dirección, fecha de nacimiento y motivo de su presencia.

—Tenga, y márchese de una vez —poco a poco, la consulesa se incomodaba—. Tengo mucho que hacer.

Laurenti hizo ademán de tenderle la mano, pero ella ya se estaba poniendo otra vez los guantes de goma.

—Llame al pintor —dijo Laurenti—, no lo haga todo usted sola.

El público de la exposición recién inaugurada en la galería de arte rebosaba hasta la calle y cortaba el tráfico de la Via Diaz. Era un acontecimiento especial que se expusiera a Serse Roma en la galería LipanjePuntin. Serse, la versión italiana de Jerjes, no era un rey persa sino el célebre pintor de la ciudad, cuyas obras se exhibían en el mundo entero, y también era un viejo amigo de los Laurenti, aunque, como él mismo solía decir, mantenía una relación muy ambigua con la policía. En esta exposición presentaba, con la magistral técnica que le caracterizaba, un tema nuevo y sorprendente: el proceso de disolución de la sociedad europea tras la caída de las ideologías, a través de la instalación de un ciclo de obras de gran formato, en grafito. En dos metros por uno y medio, la imagen de Juan Pablo II, cansado de los acontecimientos terrenales, dando la espalda a una explosión atómica y también de espaldas al espectador. En tres por dos metros, la hoz y el martillo sobre el Kremlin en medio de una nevada nocturna, mientras el esqueleto del gato de Maurizio Cattelan contemplaba con desprecio el caballo moribundo de Picasso. Inspirado por Aragon y Max Ernst, el artista, a quien un jurado internacional había incluido entre los cien mejores pintores del mundo, había titulado su obra *Una semana de santidad*.

Marco, el galerista, había afirmado en una entrevista que llevar una galería de arte contemporáneo en Trieste venía a ser como abrir una carnicería especializada en productos del cerdo en un país islámico. Y en la ciudad se rumoreaba que el propio

alcalde, una vez que había habido problemas con una exposición de Warhol en las salas de la antigua Lonja del pescado, había insistido en resolver el tema personalmente con el artista... bastante difunto para entonces. A pesar de todo, esa noche no faltaba público. Incluso el viejo Galvano arrastraba a su perro negro entre la muchedumbre. Laurenti quiso saludarle, pero no tuvo ocasión ni de abrir la boca. El colérico anciano la emprendió a voces con él a tal volumen que, a pesar del ruido de la sala, pronto se formó un corrillo a su alrededor.

—¡Al menos deja a mi perro en paz, indeseable! —le gritó Galvano a Laurenti, que al menos había recibido el efusivo saludo del animal. El perro recibió tal tirón de la correa que por poco se estranguló.

—Pues si no es por mí, tampoco tendrías perro —rió Laurenti, aunque presintió que la catástrofe se avecinaba de forma inminente.

—Fue un craso error ofrecerte que me tutearas en aquel momento de debilidad, Laurenti. No sabes cuánto me gustaría dar marcha atrás. Ahora mismo. No mereces un ápice de amabilidad.

Dos años atrás, Laurenti había salvado la vida a Galvano cuando, por liberar a un rehén, había caído al agua desde el muelle. Junto con el perro. Había sido en el lugar del Puerto Viejo donde desembarcan el ganado y las boñigas flotan en el agua. Galvano había acabado ingresado en el policlínico de Cattinara y Laurenti, a escondidas, le había llevado una botella de Jack Daniels a la cama, detalle que había conmovido tanto al anciano gruñón que le había ofrecido al comisario este trato más íntimo... y debía de ser la primera y única persona en el mundo con semejante privilegio. El anciano, sin embargo, tuteaba a todos, incluso al presidente de la República de entonces, a quien le habían presentado una vez en una visita oficial a Trieste como símbolo de la amistad italo-americana.

—Te he visto en el periódico. Una foto muy simpática —dijo Laurenti—. No sabía que de vez en cuando salieras a pasear con mi compañera. Pero me alegro de que busques compañías tan inteligentes. Y eso que es mujer.

—¡Escúchame bien! —la voz del anciano retumbó por encima de todas las demás, y Laurenti se llevó un dedo a los labios en señal de advertencia—. Los jubilados no somos basureros. Y tampoco estamos para espiar a nadie cuando va a tirar la basura. El mero hecho de que no nos dejen trabajar a partir de cierta edad no implica, ni mucho menos,

que se nos deba humillar. Por más que los jóvenes creáis que lo hacéis todo mejor, eso no quita para que se nos deba un respeto.

—Hombre, Galvano, no agarres la sartén por donde quema... —también el tono de Laurenti se hizo algo más duro. No merecía aquel ataque y sabía que a veces era necesario pararle los pies al anciano—. Eres la persona más adecuada para ayudar a esa chica. Está totalmente desesperada.

La arteria que se dibujaba en la frente de Galvano, en aquella cabeza tan grande en comparación con su cuerpo, alto y delgado como un huso, parecía a punto de reventar. Hubiera sido mejor que Laurenti callara y se limitara a esperar a que el arrebató de ira se calmase por sí solo.

—Eres un misántropo, Laurenti. Un traidor a la patria. Un miserable más basto que el papel de lija. Yo resolví todos y cada uno de los casos con los que después tú hiciste carrera. Y ahora estás metido en la mierda porque no tienes el valor de saltarte las normas y dirigirte a mí cuando necesitas mi ayuda. ¿Acaso te vale para algo mi sucesor? ¿Cuántos van ya en ese puesto? No tienes agallas, Laurenti. Y, encima, me lo pagas mandándome a una policía canija desvergonzada para que me dé la lata.

Laurenti había oído suficiente. No estaba dispuesto a consentir que aquel hombre tan grosero le insultara así delante de todo el mundo. Así pues, se llevó a Galvano y al perro a la calle sin decir nada más. Cruzaron al bar de enfrente, donde Galvano, sin respirar, pidió dos whiskys, sentó a Laurenti en un taburete y comenzó a darle golpecitos con el dedo índice en el pecho.

—Escúchame bien. Te voy a decir una cosa. Esta mañana, claramente en contra de mi voluntad, he estado observando a esa enana cuando salía de casa a tirar la basura al contenedor. ¿Y sabes lo que he visto?

Laurenti se quedó perplejo. ¿Qué pasaría por la cabeza de aquel cínico? Primero le hacía una escena y ahora esto.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada de nada —el anciano apuró el vaso de un trago apenas lo dejó sobre la barra el camarero. Se limpió la boca con el reverso de la mano—. Otro —ordenó—. No he visto nada. Ella echó la bolsa al contenedor y ya. Basta.

—¿Cuánto tiempo esperaste?

Galvano hizo un gesto con la mano indicando a Laurenti que se callase y le escuchase en lugar de hacer preguntas estúpidas.

—Esa versión en miniatura de una guardiana del orden *made in Calabria* miente. No la seguía nadie, no la observaba nadie, no la saludó nadie ni le sonrió nadie, y nadie volvió a sacar su bolsa de basura del contenedor excepto yo. El supuesto fetichista no existe. ¿Te has enterado?

—¿Pescaste la basura del contenedor?

—Te puedo enumerar exactamente lo que había —Galvano sacó un papelito y lo desdobló—. No era mucho: dos vasitos de yogur, uno vacío, de fresa, el otro con trozos de kiwi, al parecer de los que bajan el colesterol, caducados. Dos botellas de cerveza, de una marca barata. Un paquete de biscotes vacío, dos tampones... embarazada no está, eso está claro. Una cáscara de plátano, un tomate putrefacto. Pedazos de papel. Pero no me he tomado la molestia de recomponerlos. Hojas de lechuga, una botella de plástico vacía: agua mineral sin gas. ¿Por qué no bebe agua del grifo? Un tubo de pasta de dientes. Eso era todo. Bastará para pillarla.

—No te entiendo.

—Esperemos el próximo anónimo. Si aparece alguno de estos objetos, ya lo tienes.

—Tonterías —dijo Laurenti—. Sería mucho más sensato que siguieras observándola. Aunque hoy no hubiera nadie, a lo mejor mañana sí. O pasado mañana. No lo dejes.

Galvano pareció calmarse. Acarició la cabeza del perro negro, que le miró y le lamió la mano en señal de agradecimiento.

—Sigues sin entenderme, Laurenti. Se lo está inventando para darse importancia. Nadie va detrás de sus posos de café o sus tampones. Nadie se interesa por ella. No tiene amigos y vive completamente aislada del mundo. Se siente sola e intenta llamar la atención. Te digo que simplemente se aburre en Trieste y nos está tomando el pelo.

—Que no, hombre, que no. Es demasiado seria —Laurenti no pudo evitar una sonrisa al pensar en ello. Una mujer tan ansiosa por medrar jamás se permitiría aquel tipo de bromas.

—Pues me estaréis tomando el pelo los dos —dijo Galvano de pronto, al ver que Laurenti se divertía—. ¿Qué? ¿Lo habéis urdido juntos para reiros de mí? Te lo advierto, Laurenti, has ido a dar con la persona menos indicada...

Galvano apuró el segundo whisky y se levantó.

—Pagas tú —dijo y salió. El comentario sobraba, Galvano llevaba décadas dejando la

cuenta a los demás.

Laurenti bostezó al entrar en su despacho y le dolía la espalda de tanto estar de pie en la Piazza Garibaldi, pero Marietta le retuvo antes de que llegara a su escritorio.

—Ni te sientes. El fiscal quiere hablar contigo. Te espera en su despacho —le espetó como saludo—. Ha dicho que es urgente.

—Seguro que la consulesa le ha presionado. ¿Hay novedades sobre la mujer herida? —preguntó.

—Los forenses se encuentran ante un enigma. La pelirroja está en coma y es prácticamente imposible que llegue a explicar nunca con qué objeto pudieron causarle semejantes heridas. Están analizando las epiteliales y partículas de las heridas, pero nadie se explica qué es. Son partículas orgánicas de origen desconocido. Al menos eso ha dicho Zerial, al fin y al cabo es el experto. Van a pedir consejo a los especialistas de Parma. Quizá sean más listos.

Laurenti gruñó descontento. Aquello llevaría bastante tiempo, pues los laboratorios de Parma estaban desbordados. Allí trabajaba la vanguardia de la policía científica, y disponían de todas las instalaciones técnicas con las que los forenses del resto de lugares ni siquiera osaban soñar. Galvano había dicho una vez que los forenses normales no solían encontrar más que aquello que ya iban buscando: les faltaba imaginación, talento y capacidad de sorpresa.

Laurenti decidió coger el coche a pesar de lo difícil que era encontrar aparcamiento cerca del Palacio de Justicia, pero quería estar seguro de llegar a ver al fiscal antes de la hora de comer. Al fin y al cabo, éste había dicho que era urgente.

Casi todas las reuniones en torno a los nuevos datos de la investigación, excepto las que afectaban a algún tipo de acción punitiva inane, de las cuales siempre se realizaban demasiado pocas a los ojos de los estadísticos, se llevaron con tanta discreción que no se filtró ni una sola palabra a los medios. Y no era fácil en aquella ciudad tan charlatana que se veía a sí misma como la puerta de Europa hacia los Balcanes, hacia Centroeuropa y hacia el Mediterráneo oriental y que tanto deseaba recuperar el trato que recibiera en sus pasados tiempos de grandeza. Con todo, la riqueza del pasado y el alto nivel de vida no siempre son las mejores fuerzas para avanzar.

Los eslovenos no dormían, potenciaban por todos los medios el puerto vecino de

Koper, a tan sólo diez kilómetros, y, desde que habían entrado en el mercado competitivo, recibían toda suerte de subvenciones de la Comunidad Europea. En su lado de la frontera, la autopista ya estaba casi terminada cuando del lado italiano aún se discutía la financiación de los últimos kilómetros del tramo de enlace. Era el miedo ante la grandeza del pasado: Trieste se cerraba tanto más cuanto más se abrían los países que la rodeaban y más crecían los mercados. Un anacronismo. Y una idiotez teniendo en cuenta su situación geopolítica. Ahora bien, el crecimiento era sinónimo de pérdida de poder para aquellos políticos de provincias, del signo que fueran, que hasta entonces habían considerado la ciudad como propiedad suya personal. En la vida real, en cambio, eso estaba más que superado: el crimen organizado apreciaba mucho el lugar como centro financiero y enclave estratégico, y entretanto habían vuelto a surgir empresarios dispuestos a hacer lo que fuera con tal de que sus réditos no se vieran mermados por culpa de ningún político de miras estrechas afanoso por conservar su posición. Sólo había una cosa que les importaba a todos por igual: que nada se filtrase hacia el exterior, o se echarían a perder sus planes.

Por lo pronto, el fiscal de cabello ralo y el rostro siempre igual de pálido le contó todo esto a Laurenti como si quisiera escandalizarle. Creía que todo el mundo vivía en una especie de letargo del que sólo él era capaz de despertarlos.

—Comisario —dijo, tamborileando nerviosamente con las uñas del índice y el corazón sobre la mesa de madera pulida, en la que ya se veían las huellas de la impaciencia de sus numerosos predecesores—, mientras los principales de nuestra provincia y el gobierno de Roma cuestionan las instalaciones científicas de Trieste, tenemos indicios de que hay otras personas que se sirven de este potencial más de lo debido. ¿Conoce usted el AREA SciencePark? ¿Ha estado allí alguna vez?

Laurenti resopló sonoramente por la nariz. ¿Cuántas veces se había propuesto participar en alguna de las visitas guiadas que se hacían por aquel centro de investigaciones tecnológicas o, cuando menos, echar un vistazo en su día de puertas abiertas?

El fiscal ni siquiera esperó su respuesta.

—De modo que no conoce esas instalaciones ni sobre plano. ¡Qué vergüenza! ¡Noventa mil metros cuadrados destinados a la investigación! Allí trabajan con alta tecnología, en tanto usted ni siquiera sabe utilizar todas las funciones de su teléfono móvil. De algunos aparatos, como el acelerador de partículas que tienen, no hay más que tres en todo el

mundo. Biología molecular, medicina nuclear, ingeniería genética, física nuclear, ingeniería aérea y espacial, energía solar, nuevas tecnologías y desarrollos revolucionarios. El futuro, a fin de cuentas. Una de las grandes esperanzas de esta ciudad.

¿Acaso aquel hombre pretendía dedicarse a la política? En los últimos años, se veía al fiscal cada vez más malhumorado, más brusco y antipático. Laurenti se hizo cargo de la injusta reprimenda sin rechistar, limitándose a poner cara de interés. Si se estaba llevando a cabo algo prohibido en aquellas instalaciones científicas, seguro que no entraba en su jurisdicción, para eso estaban los compañeros de las secciones especiales.

—¿Qué datos tienen? —preguntó finalmente al ver que el discurso del fiscal se limitaba a su desaforado tamborileo sobre la mesa. ¿No había dicho una vez, en público incluso, que se estaba planteando llevar una vida más fácil y dedicarse a ser juez de familia? Es decir, a los asesinatos aún no cometidos.

El fiscal se levantó de un salto y dio unos golpecitos sobre un montón de papeles no muy alto.

—En una escucha telefónica relacionada con otro asunto hallamos cierta pista en una de las empresas del AREA SciencePark. El director de un laboratorio mantenía contacto telefónico con el antiguo director de una empresa sospechosa de haber llevado tecnología nuclear a Libia. Al aumentar la presión de estas investigaciones, la empresa se declaró en quiebra. El jefe dimitió. Fue en 1995.

—¿Y han vuelto a dar con su rastro?

—Las casualidades habituales. También el mundo del crimen globalizado es un pañuelo. Todos vuelven a aparecer en cuanto cabe la posibilidad de hacer otro negocio. A lo mejor lo hacen con otro nombre o con residencia en otro sitio, pero todos vuelven a aparecer. Seguir con el negocio es mejor que acabar criando malvas. Innovar se impone más que nunca, y esos caballeros tienen una inventiva prodigiosa. Deberíamos tomar ejemplo de ellos. En cualquier caso, el futuro depende, en todos los terrenos, de la investigación. El lema es: SciencePark, por Trieste, por Europa, por nuestro hijos... y por nuestros enemigos.

Laurenti tuvo que pellizcarse el muslo para no perder los estribos. Se conocían desde hacía mucho tiempo, pero le resultaba siniestro que ahora el fiscal elogiase la capacidad de invención de los criminales.

—Yo no tengo tanta fe en el progreso como usted, fiscal. Todas las ramas producen

beneficios y desechos por igual. La investigación es ambas cosas. En resumen, ¿de qué se trata? ¿Intercambio tecnológico ilegal? ¿Uranio para Irán a la vista de que Irak ha dejado de comprarlo? ¿Siria, Corea del Norte o Sudán? ¿Y por qué yo? Esto entraría dentro de la jurisdicción de otros compañeros.

El fiscal estiró la mano para sosegar a Laurenti.

—Ya están en ello, Laurenti. Pero creo que tal vez pueda interesarle a usted personalmente. Además, como es habitual, nuestras investigaciones se desarrollan en distintos niveles —hizo una breve pausa, entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante—. Usted conoce al interlocutor del empresario que le decía tan bien como yo —dijo al fin en tono misterioso.

Laurenti bostezó e hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Déjeme en paz con Petrovac, ése no vuelve a levantar cabeza.

—Qué olvidadizo es usted, Laurenti —dijo el fiscal—, me decepciona.

—¿Olvidadizo? Todo lo contrario —Laurenti cruzó las piernas—. ¿Tiene algo que ver con el consulado?

El fiscal guardó silencio, como un paciente profesor haciendo un examen oral a un alumno al que no deseara suspender pero tampoco le diera una última oportunidad.

—Si fuera otra persona quien me instara a tratar a esa señora con cierta consideración me parecería de lo más normal. Pero, viniendo de usted precisamente... A ver, ¿qué es lo que pasa?

—Me temo que, a partir de ahora mismo, no va a dar ni un paso más usted solo, Laurenti —el fiscal dio unos golpecitos con el dedo en un expediente—. Ya sabe cómo es esto de la vigilancia telefónica. Se salta de conversación en conversación. De un número a otro y cuando...

—Sí, sí, ya lo sé —le interrumpió Laurenti—. Y cuando se captan ciertas palabras o expresiones, el ordenador las registra, elabora una transcripción automática y el servicio de escucha de la central valora su importancia. Se tira de un hilo y cualquiera sabe hasta dónde está enredada la madeja.

—Pues anoche —el fiscal abrió la tapa del expediente para asegurarse—, a las 19.03, se dijeron cosas que no le van a hacer ninguna gracia. Gracias a la excelente colaboración con nuestros compañeros de Pula, ahora escuchamos mucho más de lo que nadie llegaría a imaginar siquiera. La colaboración con la fiscal Ravno es muy intensa y revela unos progresos más que satisfactorios.

Aquello no podía ser cierto. ¿Pero qué demonios estaba pasando? ¿No le habría dado pasaporte Živa porque ahora le hacía la corte aquel tirillas de fiscal? Laurenti se agarró a la silla para no saltarle al cuello directamente, aunque su interlocutor pareció no darse cuenta de su excitación y prosiguió con su perorata.

—El rastro de la llamada de teléfono desde Chipre nos condujo a un destinatario en Croacia. Y este mismo recibió anoche una llamada de la consulesa —y le leyó a Laurenti las pocas líneas de la transcripción, de una claridad meridiana. Hablaban de él, de Laurenti. Pero también mencionaban a su esposa.

—¿Ya ha caído en quién anda detrás de usted?

Laurenti asintió con la cabeza.

—Trae mala suerte mentar al enemigo en tanto cuenta con ventaja.

—Es cosa suya cambiar las tornas, Laurenti. Suya y mía. Tenemos que hacerle salir de su escondite como a una morena para luego cortarle la cabeza.

Por fin, el fiscal le pasaba el expediente. Luego empezó a tamborilear sobre la mesa como antes, mientras Laurenti echaba un rápido vistazo a los pocos folios de que constaba.

—Contamos con el fiable apoyo de la fiscal Ravno. Una gran mujer.

Si Laurenti hervía de rabia era única y exclusivamente por el fiscal y por Živa; la amenaza de muerte de aquel hombre era una fruslería al lado de lo que Laurenti se estaba imaginando.

—Tiene a Drakič bastante furioso. ¿Cómo demonios lo ha conseguido? A partir de ahora, también usted va a disfrutar de la compañía constante de varios caballeros «de formato armario de tres cuerpos». Día y noche.

—Será si yo quiero —protestó Laurenti de mal humor, aunque el fiscal hizo un escueto gesto con la mano que dio por zanjado el asunto.

—Usted léase el expediente con calma. Por mi parte, ya he solicitado la escolta. Que disfrute sus últimos pasos sin que alguien le siga como una sombra.

¿Guardaespaldas? Bajo ningún concepto. No, aquel asunto no estaba zanjado, ni mucho menos. Laurenti tenía que estar de acuerdo, o no había nada que hacer. Demoraría el momento lo más que pudiera. ¿Cómo iba a ir por la ciudad flanqueado por dos gorilas? Era ridículo. ¿Y Laura, qué? Recordaba que, en tiempos, al fiscal le había pasado lo mismo. Su familia había continuado sin protección, mientras que a él no le habían dejado ni respirar sin escolta. ¡Živa! ¡Qué traidora! Así que era por eso por lo que

no había vuelto a llamarle... ¡Y pensar que su vida corría peligro! ¿Sería verdad que todavía no había descubierto nada nuevo sobre Drakič? ¿O quizá sólo se lo había contado a su nuevo admirador?

Laurenti no tenía ni idea de dónde se encontraba su acérrimo enemigo. Se le había escapado varias veces, llevaban seis años jugando al gato y al ratón. Tratándose de Drakič, esta vez podía ser al revés. La vida había cambiado en un instante. Al salir del Palacio de Justicia a la calle, Laurenti miró a su alrededor con recelo, escrutando a los transeúntes y los coches que pasaban. En cualquier tejado podía haber un francotirador escondido que pusiera fin a su vida con un certero disparo en la cabeza, como si él fuera Martin Luther King. Apenas sentiría nada, se consolaba; abrió la puerta del coche y se dejó caer en el asiento del conductor. En toda su vida, jamás había pensado en que él pudiera ser el perseguido. Al principio, la noticia le había dejado indiferente, pero cuanto más pensaba en ello, más abatido se sentía. ¿Qué iba a decirle a su mujer? ¿Era mejor contárselo o sólo serviría para inquietarla innecesariamente? Por teléfono era fácil decir muchas cosas que luego no iban tan en serio. También él había pronunciado muchas veces frases como «a ése me lo cargo» o «le voy a arrancar la cabeza», «retuércelo el pescuezo», «córtale los huevos», etc. Si todas esas cosas se tomaran al pie de la letra, de pronto no quedarían políticos en el mundo. No obstante, el fiscal había insistido en que esta vez era distinto. ¿Qué debía decirle a Laura? ¿Que a partir de ahora le acompañarían dos guardaespaldas a todas partes y a ella, en cambio, nadie? Al menos sus dos hijas se encontraban lo bastante lejos de la ciudad, pero ¿qué pasaba con Marco?

Laurenti marcó el teléfono de la fiscal croata. Tras cinco pitidos se oyó la señal de comunicando. Lo habían apagado. No quería hablar con él. ¿Cómo podía tener tan poco corazón, aun sabiendo que la vida de Laurenti estaba en juego? Furioso, lanzó el móvil al asiento del copiloto y encendió el motor. A los pocos minutos aparcaba delante del Malabar, bajo una señal de estacionamiento prohibido. Tenía hambre, se sentaría en una de las mesas de la Piazza San Giovanni a tomar un *tramezzino* con un vinito y así podría reflexionar sobre sus siguientes pasos. Aquella amenaza no podía quedar sin respuesta, no podía dejar que se minara así su autoridad como representante de las fuerzas del estado. Hizo una seña a Walter, el dueño del bar, y se dirigió hacia una de las mesas puestas para comer. Marcó el número de Laura. Ella iba a pasar el día en su oficina de la casa de subastas, preparando el catálogo de la primera sesión del otoño.

Laura respondió a la segunda señal y enseguida se puso a parlotear eufórica. Tenían un óleo de Gino Parin que representaba a una dama de la sociedad de los años veinte, a la manera de Tiziano, y Laurenti debía pasar por allí de inmediato para echarle un vistazo. Parin era su favorito entre los clásicos modernos de Trieste, un pintor que había sufrido un destino trágico. El cónsul suizo de entonces lo había enviado a la Gestapo después de que él acudiera a la embajada para informarse sobre cómo emigrar a Suiza para huir de los nazis. Murió muy penosamente durante el transporte a Auschwitz en un vagón de ganado. Durante mucho tiempo, la obra de Gino Parin cayó en el olvido, a pesar de que, en vida, sus cuadros se pagaban ya muy caros; pero era ahora cuando de verdad se comenzaba a redescubrir al maestro.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura al darse cuenta de que su marido parecía del todo indiferente—. ¿Tienes algún problema, Proteo?

Él suspiró profundamente y dijo por fin:

—Sí, un montón. Y no tengo ni la menor idea de lo serios que son en realidad. ¿Estarás en casa esta tarde? Es que no quiero hablar de ello por teléfono.

—Llegaré sobre las ocho —dijo Laura—. Antes he quedado.

Nada más colgar, Laurenti notó una mano en el hombro y se sobresaltó.

—¡Por Dios, estás más pálido que un muerto! ¿Qué ha pasado? —preguntó Walter.

—Más vale que no me preguntes —respondió Laurenti, y Walter, que lo conocía casi tan bien como Laura y Marietta juntas, supo que no debía insistir.

—Espera un momento —dijo y desapareció para regresar poco después con una botella de vino y un plato de jamón crudo del Carso—. Esto te devolverá las fuerzas y las ganas de vivir, Proteo. *Lajnarji bianco 2003*, de Silvano Ferluga, un *cuvée* de vitovska y glera. El vino de la ciudad. De Piščanci, allá arriba, donde el obelisco. Larga fermentación y reposo en barrica de encina de doscientos veinte litros. Está tan poco filtrado como la verdad y es tan natural como la muerte —bromeó—. Tómatelo como si fuera tu última copa —su amigo siempre llamaba a las cosas por su nombre, pero casi siempre encontraba el tono adecuado para animar a Laurenti—. Por lo metido en la mierda que te veo, igual te sentaba bien subir a las alturas, así recuperarías una visión clara de las cosas.

Laurenti probó el jamón y apuró la copa en dos tragos. Antes de hacer una seña a Walter, éste ya estaba a su lado con la botella, sirviéndole más.

—Creo que deberías llevarte el coche de allí —las hormigas andan merodeando por la zona, poniendo multas a destajo.

Dos mujeres con uniforme de la policía municipal, con casco blanco, rondaban junto a su Alfa Romeo como si fueran a robarlo. Una ya tenía el bloc en la mano y estudiaba la matrícula.

Laurenti hizo un gesto con la mano: que hicieran lo que les diera la gana.

—Ya se ocupará Marietta de recurrir la multa.

Si se levantaba ahora, sólo acabaría discutiendo. Ni siquiera se dignó mirar a las agentes y no levantó la vista de su plato hasta que no oyó varias voces femeninas que se peleaban. No daba crédito a lo que veía. Allí estaba Pina Cardareto, junto a su diminuta bicicleta, explicando a las dos agentes municipales entre voces y aparatosos gestos que aquel coche era intocable, que ya podían metérselo en la cabeza para el resto de sus días. En el sur jamás habría pasado nada semejante, allí la gente seguía sintiendo respeto por los compañeros de rango superior que podrían ofrecerle protección si, por ejemplo, un día les abofeteaba un conductor, harto de sus argumentos puntillosos. ¡Qué vergüenza! A regañadientes, las dos agentes de casco blanco se apartaron por fin del coche de Laurenti y siguieron su camino. Cada pocos metros se volvían a mirar a Pina, que seguía clavada en su sitio como si temiera que las otras fueran a volver. Finalmente, también ella cruzó al Malabar y apoyó la bicicleta en el pedestal de la impotente estatua de Verdi, de bronce oscuro, cuya cabeza —como no pasaba desapercibido a nadie— era uno de los lugares donde más les gustaba posarse a las gaviotas.

—¿Puedo? —preguntó a Laurenti y, antes de que él llegara a ofrecerle una silla, ya se había sentado.

Se asombró de ver allí a su compañera. De modo que, de vez en cuando, hasta ella se tomaba un respiro.

—No cuesta nada dar con usted —dijo mientras contaba con los dedos sus cuatro restaurantes favoritos—. Ristorante Scabar, Buffet da Giovanni, Osteria Il Pettiroso, Gran Malabar. No cambia de lugar casi nunca. Un asesino a sueldo lo tendría facilísimo.

Laurenti palideció. Walter trajo una copa para Pina, pero cuando fue a servirle vino, ella lo rechazó con la mano y prefirió una cerveza pequeña.

—Al fin pasa algo en Trieste —dijo casi con alegría—. Ya era hora de que hubiera un poco de movimiento en esta ciudad.

Laurenti la miró perplejo.

—El accidente de ayer no fue tal accidente. Esta mañana ha llamado un testigo de Gorizia que trabaja en la «Wärtsilä», en la fábrica de turbinas para barcos, y que ayer iba

de camino a su casa por la autopista. Dice que conducía por el carril contrario y que juraría que vio un todoterreno negro enorme echando al Škoda de la carretera y acorralándolo contra el quitamiedos. Sin duda alguna, a propósito. Pero ni vio la matrícula ni pudo distinguir qué tipo de vehículo era, por eso tampoco llamó antes. Sólo sabe decir a ciencia cierta que era negro. Tal y como describe lo sucedido, se trata de un homicidio. Y, si la mujer no sobrevive, un doble homicidio.

—¿Y qué ha averiguado sobre las víctimas entretanto? —preguntó Laurenti.

—Tenían una reputación intachable. Trabajaban en el centro de investigaciones desde hace diez años, eran gente de fiar. Damjan Babič incluso tenía una llave maestra. Vivían en Komen, al otro lado de la frontera. También llevaban una pequeña granja y producían algo de vino.

—¿Komen? Lo que hay en esa comunidad son dos clubes nocturnos con picadero anexo, como suele decirse.

—¿En ese pueblo de mala muerte? Pasé una vez con la bici. El Carso es muy bonito allá arriba, pero el lugar está en mitad de la nada y el pequeño puesto de frontera de San Pelagio cierra a las nueve de la noche en verano. ¿Quién querría ir allí?

—Gente que viene de muy lejos. Incluso desde el Véneto, porque esperan que allí podrán irse de putas sin toparse con ningún vecino, con su suegro o incluso con su propio hijo. Esos sitios tienen mucha demanda, no se crea. Debería usted contactar con los compañeros eslovenos y comprobar si los Babič tenían algo que ver con esos asuntos.

—Le veo muy enterado. ¿Es que ha estado allí alguna vez? —preguntó la inspectora.

—La formación complementaria, querida compañera, no implica que uno lo pruebe todo personalmente, ¿verdad?

Pina no parecía muy convencida con las explicaciones de Laurenti, pero antes de que tuviera ocasión de insistir, apareció Galvano y se sentó con ellos. Su perro negro se tumbó con un gáñido debajo de su silla, en la sombra.

—En Komen hay hasta una peluquería que, en la trastienda, ofrece habitaciones con compañía de chicas del este de Europa. Un corte de pelo por ciento veinte euros... los clientes dicen a sus ignorantes esposas que conducen hasta allí para ahorrar dinero en peluquería, y luego salen y se han gastado lo mismo que ellas en la ciudad... y, además, en la cuarta parte del tiempo. La vida es justa, ¿a que sí?

Pina tampoco estaba nada convencida de que Galvano dijera la verdad.

—Y en Veliki Dol —prosiguió el anciano— tienen hasta una *osmizza* con bailarinas de strip-tease. Es un pueblo de mala muerte con cinco casas y, en cambio, tienen uno de los antros más exitosos en muchos kilómetros a la redonda.

Sacó la botella del cubo enfriador, comprobó cuánto quedaba y pidió una copa.

Pina no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y qué tal es el lugar? —preguntó.

—Este vino está demasiado ácido —dijo Galvano—. ¿Por qué pones esa cara Laurenti? ¿No estarás montándote una película de las tuyas?

—Los lugares fronterizos son el territorio ideal para los crímenes sin resolver. Se liquida a alguien a un lado de la frontera y enseguida se puede escapar por el otro lado. Ideal.

Lo mismo podía decirse en relación con los robos de todo tipo. Hacía poco habían parado en la autopista a un remolque que transportaba al extranjero una excavadora robada en Rávena y que valía medio millón de euros. A diez kilómetros de la frontera se le impidió que continuara hasta Bosnia. Y nadie sabía decir con seguridad cuántos coches de lujo corrían esa misma suerte. Una vez cruzada la frontera, el ladrón podía estar contento. Desde hacía poco, también a Laurenti le preocupaba este tema de la frontera.

—El coche de los Babič está en un desguace que hay cerca de Santa Croce. Lo lleva un tal Ezio —dijo Pina—. Tenemos que requisarlo para analizar las partículas de pintura del otro coche que pueda tener. A lo mejor averiguamos el tipo y la marca. Tendríamos algo más.

—¿Ezio? —Laurenti aguzó el oído—. Es un viejo conocido. Yo mismo subiré a verle. Pásame los papeles.

—Laurenti, haz el favor de decirme de una vez por qué tienes esa cara. ¿Tienes problemas con tu amante? —Galvano no daba su brazo a torcer y, finalmente, fue Laurenti quien cedió. En pocas palabras, le informó de su conversación con el fiscal. Ahora incluso el anciano forense guardó silencio. La inspectora Pina miraba al suelo consternada. Era evidente que había subestimado a su jefe. Jamás había imaginado que, en Trieste, un investigador pudiera necesitar escolta.

—Fíjate que nunca pensé que fuera a vivir yo más que tú —dijo Galvano—. Para los que te rodean será un verdadero alivio y, si quieres, hasta estoy dispuesto a pronunciar un pequeño discurso al pie de tu tumba alabando tus méritos sin medida. Tus viudas estarán muy contentas.

—Esparcid mis cenizas en el mar y arrojar la lápida detrás —Laurenti puso una cara de

vinagre como si estuviera sufriendo un cólico de estómago.

Pina tuvo que esforzarse para no echarse a reír. Probablemente, su superior no se lo habría perdonado. Luego, enseguida apareció otra vez Walter junto a Laurenti para descorchar una segunda botella.

—Ya que se habla de funerales, al menos serviremos el vino de misa adecuado. Esta vez, un malvasía de Renčel, de Dutovlje, casi imposible de encontrar. Eso está muy cerca de Komen, al otro lado de la frontera. Proteo, tú lo conoces, para los demás clientes me parece un derroche. El viticultor tiene cinco cerdos y, en cambio, sólo tres barriles. Bebe mientras puedas...

Acababan de dar las dos de la tarde y, gracias a Dios, Galvano se había bebido la mayor parte de la primera botella. Laurenti hizo ademán de rechazar más vino, pero Walter dijo: «A consumo». Una copa más nunca podía sentar mal.

—Dígame, inspectora, ¿cómo ha ido hoy con la basura? —preguntó Galvano con la mirada de un ave rapaz.

Pina metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y, roja como un tomate, sacó una hoja doblada varias veces.

—Estaba esta mañana en mi buzón.

La lanzó sobre la mesa, y Galvano intentó —en vano— atraparla antes que Laurenti. A cambio, tiró su copa, que Pina, gracias a sus excelentes reflejos, fue capaz de coger al vuelo antes de que se hiciera añicos sobre la acera.

Era una hoja del cómic sobre la policía de Trieste en el que estaba trabajando. La había tirado antes de terminarla, rota en pedazos. Su admirador secreto había vuelto a pegarlos: era una policía pechugona, con un escote demasiado grande y la minifalda subida, masturbándose. Bajo la falda se veía el ligero, aunque las medias estaban bajadas hasta los tobillos. El parecido de sus rasgos con los de Marietta era inequívoco; en la comisura de los labios llevaba una colilla, con una larga columna de ceniza curvada hacia arriba como un falo. La gorra del uniforme estaba tan echada hacia atrás que era un mero elemento decorativo lascivo. Marietta sólo se ponía el uniforme una vez al año: para asistir al discurso oficial de Año Nuevo del director de la Policía. El fetichista de la basura había completado el bocadillo en blanco con sus propias palabras: «Me muero de ganas de sentir el cañón caliente de tu arma en mi funda».

—No está mal —dijo Laurenti, pasando el papel a Galvano de una vez—. Dibuja usted realmente bien. Pero debería tratar un poco mejor a Marietta, parece una pelandrusca.

–¡Pero está mal dicho! –exclamó Galvano–. Tendría que ser al revés: «mi cañón en tu funda», ¿no? Y tú, niña, ¿no estarás celosa de la mano derecha de Laurenti?

En ese momento sonó el móvil del comisario con el tono asignado a Marietta.

–¿Dónde estás? –preguntó ésta.

–Trabajando.

–¿En tu despacho del Malabar? –desde luego, Marietta parecía leer sus pensamientos–. Tu fiscal croata ha llamado y también ha mandado por fax unas cuantas hojas sobre los Drakič.

–¿Y qué?

–A decir verdad, no me ha parecido ver nada nuevo. Lo único interesante es una foto de tu amigo en la inauguración oficial de un tramo de la autopista entre Zagreb y Split, hombro con hombro con el ministro de transporte. No le habría reconocido.

–En media hora estoy ahí –Laurenti colgó y se dirigió a Galvano–. La pelirroja sigue en coma. Los forenses no saben por dónde seguir –hizo un gesto con la mano indicando al anciano que omitiese cualquier comentario–. Las heridas son tan peculiares que son incapaces de reconstruir los hechos o determinar cuál fue el arma del crimen. Me gustaría que le echaras un vistazo.

–¿En qué hospital está? –curiosamente, Galvano prescindió de su malicia habitual.

–En Cattinara –dijo Pina en voz alta–. Yo le llevo.

–¿En la cesta de la bici? –Galvano rechazó el ofrecimiento con la mano.

–Puede llevarse mi coche –dijo Laurenti y le dejó las llaves sobre la mesa.

–¿Y mi bicicleta? –preguntó Pina.

–Me la llevo yo –respondió Laurenti, se levantó y pagó. Al final, también se habían bebido la segunda botella, no hacía falta que les cobrasen «a consumo».

Bajó por la zona peatonal hasta Sant’Antonio, haciendo grandes esfuerzos por no darse todo el tiempo con las rodillas contra el manillar. Los agentes uniformados de la *questura* le siguieron con la mirada y con cara de guasa mientras subía hasta el tercer piso con la bicicleta cargada al hombro.

No sólo Marietta se quedó con la boca abierta al verle recorrer el pasillo en la bici.

–¿Qué haces tú en la bici de la pigmea? –le preguntó estupefacta.

–Fin del trayecto –dijo Laurenti y la apoyó en la pared.

El expediente que le había enviado la fiscal era fino pero jugoso. La última llamada

registrada era del día anterior. La consulesa hablaba de la mujer herida de gravedad que Laurenti había encontrado al pie de las escaleras del edificio de la Via Torbadena. Estaba muy bien informada. La víctima estaba sin conocimiento, estrictamente aislada y vigilada en la unidad de cuidados intensivos del policlínico de Cattinara. El pronóstico de los médicos era reservado, hablaban de fractura de la base del cráneo confirmada, de graves lesiones en las cervicales, de que probablemente perdería la visión y de que incluso cabía plantearse que nunca saliera del coma. Además, había mencionado que un comisario llamado Laurenti estaba a cargo de la investigación, tras lo cual su interlocutor había dicho una palabrota terrible.

El resto del informe sólo lo leyó superficialmente. Si hubiera podido, habría llamado directamente al número de Moldavia y se habría despachado a gusto con Drakič. Hojeó los papeles que había enviado Živa sin avisarle de antemano. Unos cuantos artículos de prensa en los que se elogiaba a Drakič como empresario comprometido con la sociedad que contribuía de un modo notable al auge económico de su país y creaba puestos de trabajo. Una foto en la que se le veía al lado de varios políticos, otra en la que posaba delante de una de las gasolineras de su cadena. Sin embargo, no había ninguna referencia a la sede de sus empresas ni ningún dato sobre su lugar de residencia. Al parecer, Živa no se había molestado mucho, seguro que había mandado componer el expediente a algún compañero sin revisarlo ella antes de enviarlo. En verdad daba la sensación de que ya no quería tener nada que ver con Laurenti directamente, tan sólo seguía las vías oficiales. ¡Pues así sería! Laurenti era la última persona que pretendía hacerle cambiar de opinión. Miró el reloj un instante y decidió completar aquel día lleno de malas noticias con una excursión al Carso para inspeccionar lo que había quedado del coche del matrimonio Babič.

El desguace aún quedaba dentro del término municipal de Trieste y, por lo tanto, entraba dentro de la jurisdicción de Laurenti. Las fronteras de las comunidades de Trieste, Duino Aurisina y Sgonico estaban tan difusas, ya desde la Edad Media, que uno nunca sabía el prefijo de qué localidad buscar en la guía telefónica. Y la frontera política que se trazó en 1947 complicaba el asunto más todavía. Sólo Santa Croce, un pueblo de pescadores de mil quinientos habitantes, situado a muchos metros sobre el mar en el borde del Carso, tenía tres códigos postales distintos y tres carteros que pertenecían respectivamente a tres servicios de correos distintos. Nadie se había propuesto nunca una

reforma, y nadie lo haría nunca. La situación jurídica, entre las leyes milenarias y las normativas más modernas, era demasiado confusa. Si uno investigaba en los archivos, seguro que aún daba con algún decreto que nadie había desempolvado nunca y por eso jamás se había visto afectado por los muchos cambios de leyes que se habían producido en la zona. En la ciudad y sus alrededores había tantos historiadores aficionados como habitantes, tan sólo los políticos se mantenían en la ignorancia.

—Estas cosas siempre pasan a quien menos las merece.

Después de dársela a Laurenti, Ezio se limpió la mano, teñida de oscuro por el aceite de motor viejo, en el mono de trabajo, que también era una pura mancha de grasa. Estrecharle la mano al mecánico resultaba igual de pringoso y blando que estrujar uno de los higos maduros en exceso que caían solos de las higueras ese mes. Laurenti se miró la mano asqueado, buscó un pañuelo con la izquierda y, al no encontrarlo, estiró la derecha lejos del cuerpo. De todas formas, el mecánico se la volvería a estrechar cuando hubiese terminado la conversación.

—Podría enumerar de corrido a diez tipos que sí merecían una cosa así. Pero siempre pillas a los pobres diablos.

Ezio puso los ojos en blanco. La calva se le había hecho bastante más grande en aquellos años, ya no podían disimularla las greñas grasientas que aún crecían alrededor. Y eso que aún no había cumplido los cuarenta.

Se conocían hacía más de veinte años, aunque nunca habían llegado a ser amigos. Laurenti le había procurado alojamiento con pensión completa en varias ocasiones, casi siempre durante algunos meses y una vez incluso por cuatro años... en alguno de los penales del país. Sin embargo, aunque representaban los dos lados de la ley, no se caían del todo mal. Varias décadas de tira y afloja el uno con el otro unían mucho.

—Ya sabes a quién me refiero, a esos súper listos de cuello blanco que se reparten todo entre ellos mientras los demás cada vez somos más pobres. Nos tienen en sus manos para hacer lo que les dé la gana, y no hay manera de cambiarlo. Y sus muñecas nunca acaban rodeadas por el frío acero. Vosotros, los policías, en cambio, nunca acosáis más que a los pobres. A los serbios, los kosovares, los rumanos. Como si no tuvieran ya bastantes problemas. ¡Un *bazooka* en el culo es lo único que haría entrar en razón a esos peces gordos de verdad!

En sus años de esplendor económico, Ezio introducía armas de contrabando en el país

para una banda italo-yugoslava que sembraba el terror entre los habitantes de las villas del Véneto, a lo largo del Brenta.

—¿Todavía andas metido en aquello? —Laurenti sabía que, entretanto, Ezio apenas hacía ya ningún negocio sucio. Aunque tampoco le extrañaba que siguiera disponiendo de un importante arsenal en algún lugar de los alrededores, escondido entre las erosionadas rocas de caliza gris del Carso. Con todo, el contrabando de armas como el que floreció antaño, cuando se saquearon masivamente los antiguos depósitos de munición yugoslavos, había adoptado un calibre muy distinto.

—Oye, oye, comisario, que yo estoy limpio, ¿eh? Eso lo sabes muy bien. Mi mujer me retorcería el pescuezo. Pero antes... —con andares patosos, se dirigió hacia una suerte de cobertizo que él llamaba oficina y en cuyas paredes tenía colgadas dos pequeñas fotografías del Duce y los carteles pornográficos obligados en todo taller. Ezio sacó una botella y dos vasos de plástico de una caja y sirvió el vino—. Mientras no esté la parienta... —dijo—, pero como nos vea lo tengo crudo.

Laurenti sabía que la mujer de Ezio era la única persona en el mundo entero a la que éste tenía miedo. En algún momento había decidido que estaba harta de ir a verle a la cárcel y le había dado un ultimátum. Al día siguiente se le había visto con un ojo morado en los bares del Carso. Ezio atraía los problemas como el gigantesco imán que pendía de la grúa oxidada al lado de la prensa hidráulica que convertía los coches en chatarra. Pero, a fin de cuentas, el hombre de las manos negras por el aceite viejo de motor era de buena pasta y nadie podía enfadarse con él del todo.

—Mira, polizonte, te voy a decir una cosa: el cacharro que buscas ya no está. En toda mi carrera, que gracias a Dios no conoces tan bien como yo, nunca me había pasado nada igual. El caso es que, al principio, yo tampoco me di cuenta. Hasta que no fui a desmontar las ruedas del coche que había al lado para meterlo en la prensa no vi el hueco. ¿Quién roba un siniestro total del desguace? Y no te creas que debió de ser fácil. Por las noches siempre tengo a los perros sueltos —y señaló los dos rottweiler babeantes, que se pusieron a mover el rabo al darse cuenta de que su amo hablaba de ellos—. No tengo ni idea de cómo esos criminales consiguieron amansar a estas dos bestias. El grande, una vez, de un mordisco se llevó una cacha entera de un tipo... no me preguntes cómo se limpia el trasero ahora el pobre.

—Ese coche tenía que requisarlo la policía. Aquí están los papeles. ¿Sabes la cantidad

de informes y explicaciones que me va a costar la broma? –Laurenti agitó los documentos delante de su cara—. Ya te has metido otra vez en un lío bien grande.

–Pero ¿quién roba un montón de chatarra? Si no se podía reutilizar ni el espejo del parasol.

–El montón de chatarra iba a inspeccionarlo mañana la policía científica.

Ezio arqueó las cejas.

–Eso significa que esperáis encontrar huellas de otros vehículos. ¿Es que no fue un accidente?

Laurenti se limitó a encogerse de hombros.

–Eres idiota, Ezio. Y pobre de ti como me entere de que tienes algo que ver con el asunto. Es imposible que estos dos bichos dejen pasar a nadie si no estás tú.

–Hombre, tampoco exageres... –Ezio no era capaz de sostener la mirada. Por supuesto, sabía muy bien que el más mínimo desliz del que pudieran acusarle implicaría una nueva condena, y cada vez eran más serias—. De verdad que yo no he tenido nada que ver.

–Pero tampoco has puesto ninguna denuncia por robo.

–¡Sí, claro, menuda risa! Iba a ir yo a la policía a contar que, durante la noche, me han robado un montón de chatarra. Me mandaban derecho al calabozo creyendo que les tomaba el pelo. Te podías ahorrar esas insinuaciones, comisario. Hazme el favor.

–En cualquier caso, ahora voy a tener que rellenar la tira de formularios, y como colofón me va a caer una buena reprimenda del fiscal.

–Son cosas que pasan. Aquí tengo montones de chatarra como para parar un tren. Que analicen otro a cambio y te ahorras el follón del papeleo –Ezio señaló el solar lleno de vehículos amontonados unos sobre otros. Era evidente que, en los últimos tiempos, su amor por el trabajo había dejado bastante que desear. El mono le quedaba bastante apretado en la parte de la barriga—. Pero a mí déjame al margen, ¿eh? –Ezio miraba a Laurenti con la cabeza ladeada, casi con el mismo gesto de sumisión con que los dos rottweiler lo miraban a él.

–Te aconsejo que se lo digas a tu mujer tú mismo. Imagínate cómo se iba a poner si se enteraba por los periódicos. Puedes estar seguro de que saldrá la noticia y también tu trayectoria, que no cabe en media página precisamente. Cosas que pasan.

Ezio dio un puñetazo sobre la mesa.

–¡Pues entonces que al menos pongan una foto decente! Siempre la misma mierda...

—¿Qué pasa con los coches una vez los conviertes en chatarra?

—Viene un semirremolque y yo le voy apilando un bloque encima de otro con la grúa hasta que le crujen los amortiguadores. Los coches que aún pueden moverse, van a parar antes a algún país del este. No me preguntes adónde. Yo sólo conozco a quienes me los compran a mí.

—Y, claro, no tendrás facturas de nada. Pásate por mi despacho mañana temprano. Necesito tu declaración y tu firma —Laurenti dejó su vaso sobre la mesa y, haciendo un gesto con la mano, indicó a Ezio que no le sirviera más.

—Por cierto, al Fiat Punto de mi mujer se le ha roto una luz de atrás. Y ha saltado la pintura del parachoques. Y tiene un bollo en la puerta del maletero. Estaba nuevo a estrenar. ¿Lo llevo al taller de la Fiat?

—Si te sobra el dinero. Si no, súbemelo —dijo Ezio—. Te lo arreglo en medio día. Gratis.

—El agua representa el anhelo.

Laura sonreía mientras contemplaba los cuadros que Serse iba mostrándole y apoyando en las paredes de su estudio. Eran cuadros de gran formato, en grafito, obras maestras que no había querido entregar para la exposición. Olas y nubes, un espectáculo de la naturaleza de un realismo casi fotográfico que cautivaba al observador hasta que, como por arte de magia, tenía la sensación de convertirse en parte del propio cuadro.

Serse vivía hacía casi veinte años en un magnífico palacete de finales del siglo XIX, situado en la parte alta de la ciudad, con unas vistas espectaculares del centro y del puerto. Al lado de la casa pasaban las vías del viejo tranvía-funicular que, desde hacía más de cien años, subía serpenteando hasta el Carso, pasaba junto al obelisco y terminaba en Opicina. Para Serse, la comunicación era ideal. Solía bajar al centro a pie y, para volver, recurría al medio de transporte público más popular de Trieste. Jamás tenía que preocuparse por el aparcamiento. Al contrario que Laura, que lo había pasado fatal subiendo por la empinada Via Virgilio e hizo el primer desconchón propio en la pintura del Fiat Punto en el escaso espacio para dar la vuelta que había al final de la callejuela, intentando aparcar lo más cerca de la pared que se podía.

Serse la había invitado. Tomando nota del entusiasmo de su marido por la obra del pintor el día de la inauguración, Laura había decidido darle una sorpresa. Si conseguía convencer al artista de que le vendiera uno de sus cuadros a precio de amigo y a espaldas de su galerista. Así pues, al notar la voz angustiada de Laurenti en la llamada del

mediodía, había llamado a Serse espontáneamente. Él pareció contento de oírla y dijo que, de todas formas, no tenía ganas de trabajar. Y ahora Laura estaba delante de la puerta del palacete, con una botella de KK, el espumoso de Edi Kante, de Prepotto, bien frío para la ocasión. Se sabía que el artista era amante de los buenos *spumanti*, y esa botella del cosechero más chiflado del mundo era algo muy especial.

—El agua representa el anhelo, el mar es un símbolo de la eternidad. Tus obras son maravillosas —dijo, señalando una ola gigantesca que se levantaba en la superficie de un mar en calma recién creado por la mano del pintor. El cuadro se titulaba *Ai sali d'argento*, sal de plata—. Claro que me temo que nunca podré permitirme uno.

Brindaron. Desde la habitación de al lado llegaban los acordes de «Naval Aviation in Art» de Frank Zappa, un tema muy poco romántico.

—¿Por qué no? —preguntó Serse—. Podemos hablarlo si quieres.

Comenzaba a anochecer cuando Laura, un tanto achispada, cerraba la cancela del jardín tras de sí. Se habían acercado el uno al otro hasta extremos peligrosos y se habían despedido con un abrazo harto cariñoso antes de que ella apartara al artista suavemente para darle un beso de todavía más despedida en la comisura de los labios. Y ella le había prometido volver a visitarle pronto.

Mientras buscaba la llave del coche en el bolso, Laura oyó arrancar un motor. Cuando quiso subir al coche, la cegaron los faros de xenón de un todoterreno negro que se paró a diez metros de ella. Se volvió de espaldas a la luz para ver mejor. No había llegado a tirar de la puerta cuando sintió una mano en el hombro y se estremeció. Serse no podía ser, habría venido de la dirección opuesta. Olió un aliento apestoso cuando, tras un doloroso tirón, la empujaron contra su coche, y se dio un sonoro golpe con la barbilla contra el frío metal. El tipo debía de ser una cabeza más alto que ella y pesar, como poco, un quintal. La agarraba del pelo con una de sus manazas, echándole tanto la cabeza hacia atrás que Laura apenas podía respirar. Su grito se convirtió en una especie de gárgara ahogada. Y, al mirar de reojo hacia la derecha, vio el cañón de una pistola.

El hombre hablaba con un acento muy peculiar.

—Todo esto se lo tienes que agradecer al comisario —dijo—. Estate bien quieta o te mato.

La mano le soltó el pelo, bajó por la clavícula, se coló por debajo de su axila y le estrujó el pecho izquierdo con tanta fuerza que Laura intentó gritar de dolor, pero al

punto notó el cañón de la pistola en la boca. En la mano izquierda llevaba el bolso, en la derecha, todavía tenía la llave. Como fogonazos, muchas ideas se agolparon en su cabeza. ¿Qué pretendía aquel tipo, de dónde había salido, quién lo había enviado? ¿Y qué podía hacer ella, puesto que era imposible gritar? ¿Cómo podía liberarse? ¿O era mejor dejarse hacer lo que fuera con tal de no poner su vida en peligro? ¿Dónde estaba Serse? ¡Serse! ¿Es que no oía nada? ¿A unos pocos pasos de su villa, desde cuyas ventanas abiertas se oía a Frank Zappa a todo volumen? ¿Y dónde estaban los vecinos frente a cuyos garajes se encontraban? ¿Dónde estaba Proteo? ¿Y la policía? ¿Dónde se metía su marido cuando ella lo necesitaba?

Sintió que la manaza del hombre se le metía por el escote y le tiraba del sujetador, sintió cómo su miembro erecto hacía presión contra su trasero mientras aquel aliento apestoso casi la asfixiaba. Laura intentó soltarse a pesar de la pistola, pero aquel cerdo la apretaba con todo su peso contra el coche. Comenzó a dar golpes hacia atrás con el bolso, pero al parecer eso no sirvió sino para aumentar la excitación de él. Estaban justo en medio del haz de luz de los faros del todoterreno, que bloqueaba la callejuela. Guiñando los ojos, Laura logró ver que había un segundo tipo, apoyado en el capó en actitud relajada, con los brazos cruzados, observando la escena con gesto divertido. Entonces se rasgó la tela de su vestido y la mano del tipo asqueroso llegó más abajo. Laura giró la cabeza hacia un lado, el cañón de la pistola se deslizó fuera de su boca. Dió un chillido, pero el golpe que recibió en la nuca fue tan fuerte que, de rebote, su frente chocó sonoramente contra la puerta del coche. A pesar de todo, consiguió darse media vuelta, y el tipo cayó como un fardo sobre el coche. Su brazo izquierdo rodeó el cuello de Laura.

–¿Qué, puta, te gusta más de frente? –gritó–. ¡Pues de frente!

El cañón de la pistola se deslizó lentamente por el costado de Laura, poco después, los dedos del hombre le tiraban de las bragas y se las bajaban, luego se desabrochaba él el pantalón. Laura dejó caer los brazos y contuvo la respiración. Cuando sintió el calor de su pene, le clavó la llave del coche. Muy deprisa y varias veces, con tanta fuerza que el hombre retrocedió dos pasos y dio un traspiés. Laura tuvo un segundo para abrir la puerta del coche, saltar dentro y echar el seguro antes de que el otro tipo fuese a por ella. Temblándole la mano, encendió el motor al mismo tiempo que el hombre intentaba romper el cristal de la ventanilla con el codo. El otro, que ya se había recompuesto, se tiró al suelo a recoger la pistola, que había ido a parar debajo del Fiat. Ella se puso a

tocar la bocina como loca y metió la marcha atrás. La chapa crujió mientras intentaba sacar el coche de aquella trampa. No había más que una posibilidad: detrás de ella, la calle desembocaba en un pequeño ensanchamiento para dar la vuelta; delante, el todoterreno le cerraba el camino. Laura seguía pitando cuando una bala hizo añicos el parabrisas y una segunda arañó el techo del coche. Maniobró como pudo al final de la calle y metió primera cuando uno de los dos tipos se le echó encima del capó, intentando meter la mano por el parabrisas. No tenía elección, sólo podía escapar por un sitio. Era el punto de mayor pendiente de todo el recorrido del tranvía de Opicina. Se acercaba el vagón que subía, impulsado por una pequeña locomotora, y acababa de bajar el de la dirección contraria, que no tardaría en llegar al centro. Laura aceleró y subió el Fiat Punto sobre las vías. El tipo que tenía enganchado al capó no se soltó, ni siquiera después de los primeros metros de rebotes sobre los travesaños, cuesta abajo. El hombre tiró de su cuerpo agarrándose a los limpiaparabrisas e intentó alcanzar el larguero del techo. Laura iba dando bandazos sobre el asiento, oía chirriar las vías debajo del coche, cualquier intento de dominar el volante era inútil. Aceleró más todavía y cambió de marcha. Su único recurso era pisar el acelerador. De pronto, vio las luces rojas del vagón de bajada. Al ver acercarse el Fiat a toda velocidad, los viajeros del funicular pegaron la nariz a la ventanilla con los ojos como platos. Una imagen digna de un anuncio publicitario de una fábrica de amortiguadores. Luego, Laura se estampó contra el vagón. El airbag se abrió, se hinchó y la dejó encajonada en el asiento. Ya no vio cómo el tipo enganchado en el capó casi hacía una pirueta para esquivar la carcasa pintada de blanco y azul del funicular y luego caía en la oscuridad junto a las vías.

Hasta la Via Commerciale no se detuvo de una vez el funicular. Al instante, el Fiat se vio rodeado de gente, de voces por todas partes. Por fin, Laura apartó el airbag hacia un lado y miró a su alrededor. Cuando estuvo segura de que ninguno de los dos tipos se encontraba entre la multitud, buscó el picaporte a tientas, abrió la puerta y bajó. Hasta entonces no se dio cuenta de que toda su ropa estaba hecha jirones y de que iba medio desnuda. Vio luces, como relámpagos en la oscuridad. Alguien le tendió una chaqueta. Sin ofrecer resistencia, dejó que la llevaran hasta un coche con una luz azul intermitente.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una agente de policía mientras le abría la puerta del coche patrulla—. ¿Está herida? ¿Necesita un médico? ¿Cómo se llama?

—Avisen al comisario Laurenti —dijo Laura con voz apagada—. Que se dé prisa. Y

tráigame el bolso del coche antes de que alguien se lo lleve. Díganle a Laurenti que le espera una buena como no se presente aquí en cinco minutos.

—¿Qué es lo que dijo el muy...?

Laurenti se tiraba de los pelos. Daba zancadas por la habitación como un león enjaulado. Seguía sin asimilar que su mujer hubiera escapado de una violación por muy poco.

Laura, entretanto, se había recuperado, incluso sin el tranquilizante que le había puesto en la mano el médico. Aparte del susto, tenía unas cuantas contusiones y una herida, una raspadura.

—Me echó su aliento apestoso a la cara que casi vomito allí mismo y dijo: «Todo esto se lo tienes que agradecer al comisario». ¿A qué comisario se iba a referir? ¿Cuántos comisarios hay aquí? ¿Y con cuál de ellos estoy casada? ¿Qué está pasando?

Cuando recibió la llamada, Laurenti estaba justo preparando la cena. Había parado un momento en la Osteria del Pettiroso de su amigo Emiliano y le había convencido para que le vendiera una estupenda corvina, un kilo de almejas y *canestrelli* de la laguna de Grado. Había puesto la mesa, había remojado las almejas para limpiarlas y tenía picado un montoncito de perejil, ajo y un poco de *peperoncino*. El sofrito estaría listo en un instante, en cuanto Laura llegara a casa; el pescado pensaba hacerlo simplemente al grill, con finas tiras de calabacín que también había cortado ya. Sólo que Laura no llegaba y no llegaba.

Y entonces sonó su móvil. Una voz, muy nerviosa, desde la central, le comunicaba que a su mujer le había pasado algo terrible.

Con la sirena sonando, volvió al centro de la ciudad como un rayo por la carretera de la costa; en el Lungomare, antes de llegar a Barcola, incluso adelantó al coche patrulla que había contactado con él por radio y que, a partir del cruce del Castello de Miramare, se ocuparía de que ningún otro vehículo le obstaculizase el paso. Laura le abrazó temblando cuando por fin salió de su coche como una exhalación. Una agente de uniforme había intentado anotar su nerviosa y confusa descripción de lo sucedido.

La inspectora Pina Cardareto había acudido a la Via Commerciale de inmediato, pedaleando a la carrera, y coordinaba la operación. Las luces azules iluminaban las fachadas de las casas hasta los pisos superiores. Cuatro policías habían subido corriendo a lo largo de las vías del funicular, otros coches patrulla habían cortado la Via Virgilio y la

Via Romana, las únicas calles que salían del lugar de los hechos. Otro equipo más examinaba los travesaños de las vías de arriba a abajo. Sin embargo, el hombre del que hablaba Laura había desaparecido sin dejar rastro. Sobre su declaración no cabía ninguna duda; algunos viajeros lo habían visto caer sobre las vías y habían descrito con exactitud en qué punto. Los policías iluminaron todo el tramo con linternas, pero todo lo que encontraron fue un zapato de caballero. De cuero negro, talla 45, desgastado y mal cuidado. Lo metieron en una bolsa de plástico transparente, anotaron la fecha y el lugar donde lo habían hallado y se lo enseñaron a la diminuta jefa de la operación. Pina Cardareto ordenó que lo enviaran de inmediato al laboratorio para que lo analizaran esa misma noche. Luego hicieron señas para que se acercara la grúa de los bomberos, que poco después izaba el Fiat Punto y lo depositaba en el remolque de otro camión grúa para retirarlo. También en este caso, fue Pina quien dio las órdenes, muy claras y con voz muy firme. Tres horas después quería ver sobre su mesa los análisis de las huellas dactilares y de cualquier otra posible prueba. Mientras Laurenti la acompañaba a su coche de la policía, Laura se detuvo un instante para mirar cómo el montón de chatarra se elevaba por los aires, dejando tras de sí un grueso rastro de aceite.

—No tenía ni dos mil kilómetros... —suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Laurenti.

—Un buen coche —dijo el comisario—. Hasta sirve para conducir sobre las vías del tranvía. Al menos cuesta abajo.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—Compraremos uno nuevo.

Laurenti le abrió la puerta de su coche y la ayudó a sentarse con delicadeza. Antes de subir él, oyó a Pina Cardareto hablando por teléfono con Marietta. En un tono suave, muy poco habitual en ella, pedía a la ayudante del comisario que acudiera enseguida a la jefatura y la esperase allí.

Mientras subían las escaleras de su nueva casa, en lo alto del acantilado, Laura miró a su alrededor con miedo e incluso Laurenti volvió la cabeza para vigilar por encima del hombro más de una vez. Por primera vez en años comprobó que las puertas de la calle estuvieran bien cerradas. Hasta entonces, nunca se había preocupado de hacerlo. Los robos en viviendas particulares eran muy poco frecuentes en Trieste, pues por la carretera de la costa circulaban constantemente los coches patrulla de la *Polizia di Stato*,

los *Carabinieri* e incluso la *Guardia di Finanza*; al margen de eso, a los propios ladrones les espantaba la idea de subir los largos tramos de escaleras empinadísimas que conducían hasta las casas y después tener que bajar cargados con el botín.

Pero esta vez todo era distinto.

Cuando Laura se metió en el baño, Laurenti buscó su Beretta en la cómoda. Al fin la encontró en un cajón, junto con las reservas de munición. Hacía años que no utilizaba el arma, excepto para los entrenamientos de rigor en la sala de tiro, que ni siquiera un alto cargo de la policía como él podía eludir. Para su sorpresa, a pesar de la falta de práctica, su puntería siempre era mejor de lo que creía. Depositó el arma cargada junto al teléfono.

—¿No hay algo que yo debería saber? —preguntó Laura nerviosa cuando, envuelta en un grueso albornoz después de darse una larga ducha, volvió al salón, donde Laurenti no había parado de hablar por teléfono. Se sirvió una copa de vino con mano temblorosa—. ¿En qué caso estás trabajando? ¿Por eso estabas tan preocupado?

Laurenti rodeó los hombros de su mujer con el brazo, pero Laura dio un respingo:

—¡Ay, no! Me duele todo. Ese cerdo hizo cualquier cosa menos acariciarme. A ver, ¿qué tienes que contarme?

Antes de que él pudiera responder oyeron el rugido de una lancha motora. El haz cónico de luz de un potente foco iluminó la casa. Laurenti se levantó de un salto, cogió el arma y corrió a la ventana. Abrió la puerta de la terraza de golpe y, al mismo tiempo, apretó la tecla de emergencia de su teléfono móvil. Se puso a cubierto y describió la situación en pocas palabras. Cuando el agente le pidió que tuviera un poco de paciencia, le bufó que no podía esperar y que al menos esperaba que le devolvieran la llamada. El haz de luz recorrió la fachada varias veces y, de pronto, Laurenti se encontró justo en pleno centro del foco. Se tiró al suelo, volvió a entrar al salón gateando y susurró a Laura que buscara la protección de algún muro. Contaba con que, en cualquier momento, les disparasen una lluvia de balas. Pero Laura se quedó sentada en el sofá, paralizada, mirándole fijamente con la boca abierta. Después, la luz recorrió la fachada y el jardín delantero de la casa una última vez, iluminó la escalera que bajaba hasta el mar y el pequeño embarcadero que había al pie y, por fin, la lancha dio media vuelta y lentamente salió de nuevo a mar abierto.

Cuando Laurenti se hubo levantado del suelo, le sonó el móvil con la llamada que esperaba. Era el hombre de la central, en cuya voz también se percibía el alivio.

–Comisario, son los nuestros. No tengan miedo. Espero que no les hayan asustado. Sólo querían asegurarse de que todo va bien.

–Póngame con su jefe –gruñó Laurenti sin darle las gracias. Poco después, Laura le oyó gritar que no toleraba semejantes bromas y que, sin su consentimiento, ya podían ir olvidando el tema de la escolta. Luego cerró la puerta de la terraza, dejó el arma y se sentó junto a Laura.

–No tengas miedo –le dijo–. Eran los compañeros. Nos van a vigilar un poco.

Fue a la cocina pero antes de que llegara a encender el gas, Laura exclamó:

–¿Y por qué les has dicho que se largaran, pues? ¿Qué demonios está pasando aquí, Laurenti? –siempre que estaba furiosa, le llamaba por el apellido.

Proteo se frotó las manos, como si aquel gesto le ayudara a desmenuzar los hechos de los que le incomodaba hablar.

–Un viejo asunto, Laura. Luego te lo cuento. ¿Es que no tienes hambre? Voy a hacer algo de cena.

–Soy incapaz de tragar un solo bocado, Laurenti. Quiero saber de una vez qué pasa. Venga, habla por esa boca –y la copa de Laura se estrelló contra la pared, a medio metro escaso del comisario.

–Bueno, bueno –trató de tranquilizarla él–. No contaba con que fuesen tan rápidos. Me lo había advertido el fiscal tan sólo unas horas antes –dijo e intentó describirle la situación a su mujer con la mayor delicadeza que pudo al tiempo que recogía los cristales. Finalmente, fue a sentarse al sillón de enfrente de Laura. No quería intranquilizarla en vano, pero ahora tampoco podía quitarle hierro a lo sucedido y a lo que pudiera suceder–. Me alegro de que al menos nuestras hijas estén bien lejos de la línea de tiro. Tal vez sería mejor que te fueras de vacaciones hasta que termine todo esto. Y Marco también. Esta noche irá alguien a recogerle al restaurante para acompañarle a casa. Entretanto han comprendido que la amenaza nos afecta a toda la familia. Pero creo que basta con que aguante yo solo lo de los guardaespaldas. Vosotros no deberíais exponeros a nada en este caso. Marchaos lejos, muy lejos.

Laura le miró perpleja.

–Mira, Proteo –dijo–, ni se te ocurra pensar que voy a dejarte solo en una situación así. Ya puedes ir olvidándolo.

Laurenti fue a la cocina y se puso a preparar las almejas. Poco antes de que estuviera listo el plato, llamaron dos veces al timbre de la cancela del jardín.

—Échales un vistazo a las almejas, por favor —dijo a Laura, cogió la Beretta de la mesita del teléfono y salió por la puerta de la terraza. Sin hacer ruido, de puntillas, rodeó la casa sin salir de la oscuridad. Entonces llamaron dos veces más. Cuando por fin llegó al lugar desde donde vislumbraba la cancela del jardín a través de los matorrales, vio una figura que subía las escaleras corriendo. Echó a correr detrás de ella, pero antes de llegar a la calle oyó un coche que se alejaba haciendo chirriar las llantas. Miró a su alrededor. Allí arriba no había ningún coche patrulla de ningún compañero. Les habían vigilado desde el mar, tal y como habían comprobado por los focos, pero la parte que daba a las montañas seguía desprotegida. Se sujetó la Beretta en la cinturilla del pantalón y volvió a la casa. En el umbral de la puerta habían dejado una gaviota muerta, con una cuerda al cuello de la que colgaba una nota. La arrancó con la punta de los dedos. Hasta que no llegó al pasillo no pudo leerla.

«Olvídate de Tatjana Drakič. ¡Piensa en la salud de tu familia!»

Una hoja impresa por ordenador en la que, sin duda, no habría ninguna huella dactilar. El significado de la gaviota estrangulada era más que evidente.

Eran las once de la noche cuando Laurenti descolgaba el teléfono para llamar a su oficina. Marietta respondió de inmediato y le pasó con Pina enseguida. Aún no había ninguna novedad, pero esa noche se realizarían numerosos cortes en las carreteras y se controlaría a cientos de personas al azar. Los análisis de la policía científica tampoco habían llegado todavía.

—Por cierto, ¿qué hacías tú en casa de Serse? —preguntó Laurenti. Estaban justo cenando la corvina al grill. Laura, a su vez, se preguntaba cómo era posible que el artista no se hubiera enterado de nada y trataba de convencer a su marido con una excusa cuando oyeron que alguien hurgaba en la cerradura con mucho cuidado. Laurenti echó mano de la pistola y esperó junto a la puerta del salón, que poco después se entreabrió tímidamente. Laurenti la abrió del todo de una patada, agarró al intruso, le apuntó a la frente con el arma... y lo soltó casi en el mismo momento.

—¡Pero papá! ¿Estás loco o qué? —exclamó Marco, pálido. Todavía llevaba el gorro de cocinero y los auriculares del iPod en las orejas—. ¿Qué está pasando aquí?

—Perdóname, por favor —dijo Proteo—. Estoy un poco desquiciado. Anda, pasa.

—Mañana me independizo —farfulló Marco—. Creo que se te ha ido la olla del todo. Primero vienen dos gorilas de uniforme a recogerme al restaurante como si fuera un

criminal, aparcen justo en la entrada principal del Scabar, entran a saco que ni Terminator, vamos, preguntan a mi jefa dónde estoy, se meten en la cocina corriendo y me ordenan que les acompañe de inmediato. Me sacan del local como a un asesino, me sientan en el coche y salen de allí quemando llanta, con la luz azul puesta. Ocho compañeros, mi jefa, cuatro camareros y quién sabe cuánta gente más se quedan allí, mirándome alucinados. Sólo les ha faltado ponerme las esposas –Marco se sirvió vino en la copa de su padre y la apuró de un trago–. Y no me dicen ni palabra del motivo de tanto follón. Y luego mi propio padre me apunta a la cabeza con una pistola. ¡Mamá, di algo! ¿Por qué tiene que ser mi padre un hombre como éste, es que no tenías otro para elegir?

–Siéntate –dijo Laura en un tono mucho más duro del habitual–. Y quítate esos auriculares de las orejas de una vez.

Marco la obedeció sin rechistar. Cogió el plato de Laurenti y probó el pescado. Al segundo bocado dejó caer el tenedor haciendo ruido sobre el plato de porcelana.

–Y guisar tampoco sabe.

Agradable compañía

Era un día en el que Laurenti se fijaba en el número de la pantalla del móvil antes de descolgar o cortar la comunicación. La primera llamada de la mañana fue, de nuevo, de la periodista de Roma, y, aunque era una vieja amiga, Laurenti no se sintió con ganas de hablar con ella. Sus preguntas siempre eran demasiado taimadas, siempre lograba averiguar lo que quería.

—Puede ir conduciendo en su coche y nosotros le seguimos o venir en el nuestro, donde podremos protegerle mejor, comisario.

Cuando Proteo Laurenti bajó la escalera que daba a la calle, por la mañana temprano, ya le esperaban dos agentes en un BMW con lunas tintadas. Dos hombres altos, de treinta y tantos años, que no se quitaron las gafas de sol a pesar del grueso manto de nubes que cubría el cielo. Llevaban la camisa por fuera de los vaqueros, con aire informal, y así ocultaban la pistola sujeta en el cinturón.

—Yo soy el inspector Sardoč, y éste es Bezzi.

Ambos le dieron la mano.

—¿Y quién protege a mi familia?

Bezzi hizo un gesto con la cabeza para señalar un segundo coche, aparcado detrás del Alfa Romeo de Laurenti.

—Le agradeceríamos que se atuviera a nuestras indicaciones, comisario —dijo—. Así podremos garantizar mejor su seguridad.

—Voy en el coche con vosotros —dijo Laurenti, sentándose en el asiento del copiloto a pesar de que Bezzi le había abierto la puerta de atrás—. Siempre he querido tener chófer. Lo vamos a pasar muy bien juntos, señores. Espero que esto no se prolongue mucho.

De modo que el fiscal se había salido con la suya. Laura, Marco y Proteo habían pasado largo rato hablando del asunto la noche anterior. A Marco se le hacía muy difícil aceptar las limitaciones que les imponían. Con todo, consiguió imponerse para que le

dejaran seguir yendo a trabajar. Había echado el ojo a una nueva conquista y no estaba dispuesto a renunciar bajo ningún concepto; era una joven romana que hacía prácticas en la cocina del Scabar para conseguir un expediente aún más brillante del que ya tenía. A Marco se le había escapado cuál era el especial objeto de su motivación: al principio había argumentado que tenían mucho trabajo durante la temporada alta, pero luego, de pronto, había dicho que tenía que ocuparse personalmente de la nueva. Al final llegaron a un acuerdo satisfactorio para todos. Laura, que podía distribuir sus horas de trabajo como quisiera porque era su propia jefa, dejaría que la escolta la llevase hasta el centro junto con Marco, y por las tardes la recogería Laurenti para volver a casa. Proteo opinaba que aquello no duraría mucho, puesto que también había estallado de un modo muy repentino. Sin sospecharlo siquiera, había ido a dar un golpe en un avispero y debía de estar muy cerca de la solución de un caso que, no obstante, seguía sin ver claro en absoluto.

Cosechó miradas de reconocimiento cuando sus dos acompañantes pararon delante de la *questura* y le acompañaron hasta la puerta. Una amenaza semejante y un atentado como el que había superado su mujer aumentaban de forma automática el respeto de los compañeros. Marietta tenía cara de madre deshecha de preocupación; Pina, cara de dueña de perrito que lo trae de vuelta del veterinario tras morderle un perrazo negro muy malo. Laurenti le entregó la nota que había encontrado la noche anterior junto con la gaviota muerta y le pidió que la mandara analizar por la policía científica. Pina se la pasó a Marietta, que la recogió sin protestar. Al parecer, las relaciones de poder se habían invertido la noche anterior.

—Ya están los análisis de las huellas dactilares del coche de su mujer —dijo Pina, presentándole el folio que acababa de imprimir. Laurenti se quedó asombrado. Eran de uno de los dos matones que le habían atacado a él en la Via Carducci. Un tipo oriundo de Trieste pero residente en Gorizia al que los de su gremio llamaban Coco y que tampoco era ningún desconocido en la pequeña ciudad vecina. Viejos delitos relacionados con la frontera, todavía muy vigilada en aquellos tiempos. Era amigo de Ezio, el del desguace, con quien se dedicaba al contrabando de cualquier mercancía que no pudiera importarse de manera legal.

—Al menos hemos avanzado un poco —dijo Laurenti—. ¿Le han cogido ya?

—La pasada noche no volvió a casa. He hablado con Sgubin y dice que, en la dirección que figura en su ficha, sólo vive su hermana. Según ella, Coco lleva mucho tiempo de

viaje. Sgubin ha mandado vigilarla y también ha iniciado los trámites para que le pinchen el teléfono. Por otra parte, los dos tipos se acercaron demasiado al muro al huir en su todoterreno. Todavía están analizando los restos de pintura, pero podemos estar seguros de que se trata de un vehículo fabricado en Alemania. Que me parta un rayo si no es el mismo coche que empujó a los Babič a la sima.

—Qué inconscientes. Después de hacer algo así, yo me habría deshecho del vehículo de inmediato en lugar de cometer una segunda fechoría con él.

—Los medios de comunicación aún no conocen toda la verdad. Siguen hablando de accidente. Y eso que fueron ellos mismos quienes mencionaron la ventaja que supone una frontera tras la cual es posible esconderse. Todos los puestos fronterizos han sido debidamente informados, también los compañeros eslovenos, y han asegurado que cooperarían sin necesidad de burocracia.

—¿Y la pelirroja del consulado? ¿Ha recuperado la consciencia?

—No. Y lo curioso es que, por el momento, nadie ha denunciado su desaparición en ninguna parte. Hoy han publicado su fotografía en la prensa y está saliendo en varios programas de la televisión regional. Esperamos que así al menos se podrá averiguar su identidad.

Pina dejó el periódico encima de la mesa. El titular y la fotografía de la primera página estaban dedicados a Laura. El artículo hablaba de la impactante demostración de calidad de la industria automovilística italiana, gracias a la cual ni siquiera un vertiginoso recorrido cuesta abajo por las vías del funicular y con el acelerador pisado a fondo constituía riesgo para la vida de un conductor, incluso aunque terminara en choque contra un vagón del tranvía de Opicina, dejando, por lo pronto, este servicio inutilizado. Por otro lado, los motivos de la huida en dicho coche eran preocupantes. La esposa de un alto funcionario de la policía había logrado escapar a una violación por muy poco. Para terminar, el artículo cuestionando si la vida en Trieste seguía siendo igual de tranquila y apacible que siempre. Al menos, la redacción había tenido cuidado de no citar el nombre de Laura o el del comisario y de no dar ningún dato más que hubiera permitido extraer sus conclusiones a los lectores avisados. En el informe de la policía, Laurenti vio por fin la foto de la pelirroja; Pina dijo que ella misma la había retocado antes en el ordenador, puesto que con las graves heridas era imposible que la reconociera nadie.

Laurenti vio el número de su mujer en la pantalla del móvil y pidió a la inspectora que

tuviera la paciencia de esperarle un momento.

—¿Ya has llegado a la oficina? —preguntó Laurenti.

—Estoy esperando a Marco, que, para variar, se ha dormido. Oye, ¿tú has utilizado mi cámara? Le falta la tarjeta de memoria.

Laurenti se rascó la cabeza y puso los ojos en blanco. Tras hacerse el remolón un rato, confesó que había olvidado comprar una nueva.

—¿Y las fotos que había? —preguntó Laura—. ¿Las de toda la semana con nuestras hijas? Quería hacer copias hoy. ¿Se han perdido todas?

—Lo siento mucho, Laura.

—Las vemos una vez al año, se muere una de ilusión por los recuerdos que va a guardar de esos días y luego resulta que su querido esposo ha borrado las fotos...

Su hija predilecta, Patrizia, había pasado unos días por Trieste para recuperarse de la restauración de los frescos eróticos de las casas de vida alegre de Pompeya. Su hermana Livia había acudido desde Múnich y después había seguido el viaje para pasar las vacaciones en la isla de Hvar, en Dalmacia, con dos amigas. Ahora, esas fotos se habían perdido, no se podía hacer nada. Laurenti prefirió guardar para sus adentros cómo había desaparecido en realidad la tarjeta de memoria de la cámara.

—La consulesa está haciendo una presión tremenda —siguió informando Pina—. Esta misma mañana le devolverán sus documentos. Los he examinado superficialmente pero no he descubierto nada relevante. En cualquier caso, por lo que he visto, apenas guardan relación con el consulado. Casi todo es de las dos empresas que expiden facturas y certificados una para la otra. Una cosa bastante rara. Y, por cierto, no tenía ni idea de que pudieran hacerse semejantes negocios con la tierra de las plantas. También hay una empresa en el SciencePark que trabaja con eso. Los nombres de las tres empresas empiezan por Crea.

—Tenemos que examinar con lupa esos negocios. Tal vez la pelirroja buscaba y encontró algo que pudiera ayudarnos. Ah, por cierto —Proteo Laurenti se puso a revolver frenéticamente entre los papeles de su escritorio— esto se me había pasado por completo.

Por fin encontró la cámara digital, pequeña y plana, que había sacado del bolsillo de la víctima. Con el trajín de la tarde anterior, la había olvidado bajo el montón de papeles que casi sepultaba su escritorio. Laurenti toqueteaba los botones en vano, esos juguetes siempre funcionaban distinto unos de otros. Al final, acabó dándosela a Pina.

–Quizá sea usted más diestra. Es de la pelirroja.

La inspectora meneó la cabeza casi imperceptiblemente, encendió la cámara a la primera y comenzó a pasar las fotografías.

–¿Dónde es esto? –preguntó a Laurenti e hizo ademán de enseñarle la toma, aunque luego volvió a examinarla y aumentó una parte–. ¡Pero si es el tal Babič! –exclamó–. ¿Dónde se tomó esta fotografía?

Laurenti le arrancó el aparato de las manos. La imagen se había tomado de noche, a través de una ventana. Sin flash. En una habitación en cuyas paredes se veían gráficos técnicos, había un hombre con una cámara de fotos en la mano. Era evidente que estaba haciendo fotos de los planos.

–¿Dónde es? –preguntó Pina con excitación.

–Creo que pronto lo sabremos –dijo Laurenti y se levantó de un salto–. Venga conmigo, salimos de excursión. Con chófer.

Entró corriendo en el despacho contiguo y entregó la cámara a Marietta.

–Que aumenten estas fotos de inmediato. ¿Cuánto tardarán?

–Unos minutos, jefe –dijo su ayudante con una sonrisa divertida. ¿Acaso Laurenti aún no sabía que tan sólo había que conectar la cámara a un ordenador para imprimir las imágenes? El progreso técnico no era lo suyo.

–Y díles a mis gorilas que los necesito.

Llamaron tímidamente a la puerta del despacho de Marietta.

–Avanti –respondió ella con voz cantarina y pulsó la tecla para imprimir la primera imagen, que ya se veía en la pantalla de su ordenador. Un dibujo técnico con terminología que no les decía nada a ninguno de los tres. Marietta aumentó la segunda imagen. Llamaron de nuevo. Pina fue a la puerta y abrió.

–¿Está Laurenti?

La timidez no solía ser un rasgo del carácter de Ezio, pero aquellas dependencias le inspiraban tanto miedo como al demonio el agua bendita. Respiró aliviado al descubrir a Proteo al lado de Marietta.

–¿Cuándo me vas a traer el coche de tu mujer?

–Enséñame las manos –le dijo Laurenti.

Aunque el mecánico se las había frotado a conciencia con el cepillo, seguía teniendo unas uñas negras que sólo la amputación hubiera podido remediar... o varios años de reclusión. Hasta se había puesto una camisa limpia; eso sí, el pelo sólo debía de lavárselo

los sábados por la noche. Laurenti hizo una seña a la diminuta inspectora y, antes de que Ezio se diera cuenta, estaba esposado.

—¿Pero qué es esto? —protestó—. ¡Si no te iba a hacer nada!

—¡Qué elegante te has puesto! Desde luego, tu ilustre visita es motivo de celebración. Un verdadero placer —Laurenti le condujo hasta su despacho y le señaló una silla—. Siéntate, Ezio.

Laurenti se quedó de pie junto a él y lo miró de arriba a abajo.

—A ver, ¿qué tienes que contarme?

—He venido tal y como me mandaste. Déjate de tonterías, comisario —Ezio sacudió las manos, tensando la cadena de las esposas.

—A estas alturas deberías haber aprendido que sólo se abren con su llave. Venga, suelta lo que sea por esa boca.

—Es que no sé lo que quieres.

—¿Dónde está Coco?

—¿Coco?

—Tu amigo, el de Gorizia.

—Hace años que no lo veo. Desde aquella vez que nos encarcelaron por unos cuantos *bazookas* y unos cuantos *kalashnikovs* de nada. Aquella gente sin sentido del humor, un desastre.

—Tú le diste el montón de chatarra de los Babič.

Ezio abrió unos ojos como platos.

—¿Yo?

—¿Acaso ves a alguien más aquí?

—Yo no hice eso. Lo robaron, tal y como te dije.

—¿Con dos rottweiler como dos fieras en el patio, uno de los cuales le mordió una vez medio culo a un tipo? No me tomes por tonto, Ezio. Quiero saber dónde está.

—Ni idea.

Laurenti se inclinó hacia él y le clavó una mirada asesina.

—Pues te voy a contar una cosa yo a ti. Ayer por la tarde, tu amigo Coco intentó violar a mi mujer. La amenazó con una pistola.

Ezio escuchaba con la boca abierta, más pálido que la cal; en su frente aparecieron numerosas perlas de sudor.

—Va por ahí con un todoterreno negro, al parecer de una marca alemana. Tú conoces

bien esos cacharros, son lo más parecido a un sucedáneo de la Viagra. Laura consiguió salvarse por los pelos. Su Fiat ha quedado hecho chatarra.

—¿Era ella la del periódico? —preguntó Ezio tras carraspear dos veces—. Pues ahí sí que vas a tener que llevar el coche a la casa oficial.

Laurenti estaba a punto de abofetear a aquel tipo cuando entraron Pina y Marietta con las fotografías impresas. Laurenti dio la espalda a Ezio y se puso a hojearlas.

—¿Sabes dónde es esto? —preguntó Marietta.

—Al menos me lo imagino, pero tenemos que comprobarlo —dijo Laurenti, y entonces lo interrumpió Ezio, que no había podido resistir la curiosidad y se asomaba por encima de su hombro.

—Es la mar de sencillo —soltó el mecánico sin delicadeza alguna—. Se ve en el borde de la foto. Es el casco del *Elettra*. AREA SciencePark. Lo ve cualquiera.

Laurenti dejó caer la mano con los papeles y se volvió. Ezio se sentó como si lo hubiera movido un resorte.

—Si no tuvieras tan poco cerebro en esa cabeza, Ezio, serías pero que muy peligroso. Ahora te vas a quedar aquí un rato, con nosotros, pensando dónde puedo encontrar a Coco. Marietta te ofrecerá un cuartito muy coqueto de dos por dos metros con una bonita reja para que nadie te moleste, y, cuando yo vuelva, seguimos hablando. ¿Quieres que llame a tu mujer para que no se preocupe?

—Ni se te ocurra, polizonte.

Ezio comenzó a ablandarse, y, si Laurenti hubiera insistido, en pocos minutos habría cantado. Pero era mejor que antes sufriera un rato. Por lo que pudiera pasar después.

—¿Ha recibido más correo esta mañana? —preguntó Laurenti después de indicar a sus dos escoltas adónde quería ir.

Pina iba a su lado en el asiento trasero del BMW.

—Un pañuelo de papel —respondió.

—¿Y con qué comentario?

Pina respiró hondo:

—«Para que te limpies, ratita.»

—¿Nada más?

Pina miraba fijamente al frente y le costó mucho decir:

—Estaba usado.

Laurenti arqueó las cejas.

—¿Qué me dice?

—Ya está en el laboratorio. Si es lo que me figuro, al menos ya tengo una primera pista. El ADN lo dirá. Por cierto, es lo primero que no procede de mi basura.

—Algo es algo —dijo Laurenti—. ¿Ha visto a Galvano por allí esta mañana temprano?

—¿Galvano? ¿Por qué lo dice?

—Creo que iba a ocuparse un poco de usted.

—No estaba —respondió Pina decepcionada—. Pero el portero hizo fotos del cerdo que me está haciendo esto. Le compré una cámara de usar y tirar y esta mañana me la ha devuelto. Me ha costado dos billetes de cincuenta euros, a pesar de que ese hombre me resulta cualquier cosa menos simpático. Esta tarde me entregan las fotos reveladas.

Laurenti ordenó a sus guardaespaldas que dieran una vuelta completa por el recinto del parque tecnológico y luego se detuvieran delante de la Administración central, donde estudiaría el plano general. Los laboratorios y despachos del ISOL, el Instituto de Ingeniería Solar, estaban en el pabellón L-3. Había descubierto el logotipo de la empresa en uno de los planos de las fotografías.

—Iremos a pie —dijo Laurenti.

Atravesó una parte cubierta de cuidado césped y miró a su alrededor varias veces hasta que dio con el casco del *Elettra*. En aquella dirección, fue hasta un pabellón y arrimó la nariz al cristal de una ventana de la planta baja. Luego hizo una seña a Pina, que se puso de puntillas y se asomó también. Los dos guardaespaldas se llevaron un buen susto cuando, de repente, alguien abrió la ventana; al instante, echaron mano a la pistola.

—¿Pero qué hacen ustedes? —gritó un hombre con barba desde el interior.

Laurenti sonrió:

—La empresa ISOL, ¿verdad?

—¿Y qué? ¿Qué buscan?

Pina sacó la placa del bolsillo del trasero y se la plantó al investigador delante de las narices.

—¿Podemos hablar un momento?

—La entrada es por el otro lado. Den la vuelta al edificio.

—El país se unió a la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas el 26 de

enero de 1993. Garantiza a los países miembros la inviolabilidad de todas sus dependencias consulares y la inmunidad de los funcionarios de sus consulados. ¿Sabe lo que quiere decir eso en cristiano, Laurenti? –el prefecto, al teléfono, estaba furioso. De modo que ya le habían dado un toque desde el Ministerio, tal y como lo había anunciado la consulesa Petra Piskera el día anterior. Laurenti sabía muy bien que aquella mujer y aquel piso gozaban de inmunidad diplomática, y todavía no tenían ninguna sospecha concreta de ningún delito grave, lo cual hubiera permitido solicitar una orden judicial que suprimiera esa inmunidad. Tampoco tenía ningún sentido recordarle al prefecto que el artículo 31.3 establecía que el país de acogida tenía la obligación de proteger las dependencias consulares con el fin de impedir que nada perturbara la paz o mancillara la dignidad de tal institución. Los reproches eran injustificados, pues él había actuado teniendo en cuenta esto último, así figuraba en el texto de la Convención de Viena, al que Laurenti había acudido de inmediato. Sabía perfectamente lo que le estaba permitido hacer y lo que no, pero como, por lo visto, el prefecto tenía intención de desahogar su ira con él a gusto, le dejó gritar y aprovechó para revisar el correo del día al mismo tiempo. Seguro que tampoco el *questore* tardaría mucho en llamarle a su despacho para recordarle que debía tratar a la consulesa con el debido respeto.

Sin embargo, esta vez se había equivocado. Tras asegurarle al gran jefe de la policía de Roma que la policía científica devolvería al consulado su documentación en el curso de la media hora siguiente, se abrió la puerta. Era el *questore* en persona. Jamás se había dado el caso de que aquel hombre se dignase recorrer el largo camino desde la cuarta planta hasta la tercera. Al estrechar con delicadeza la mano de Laurenti y posarle la otra en el hombro, puso cara de verano echado a perder por la lluvia.

–Lo siento mucho, comisario.

–Gracias, *questore* –Laurenti también puso una cara que hiciera juego con la de su jefe–. Aunque, gracias a Dios, no ha muerto nadie.

–Para su esposa debe de haber sido horrible. Una experiencia traumática. Espero que ahora estén cuidando bien de ella.

¿Se entrenaría aquel tipo para ser así a propósito? A pesar de que, hacía poco, lo habían invitado a cenar en la costa, junto con su mujer, parecía creer que Laura era una muñequita frágil que, a partir de aquel día, no podría vivir sin apoyo psicológico y una caja de Prozac diaria, no una firme mujer de negocios y madre de tres hijos, con unos nervios de acero gracias a los cuales también lograba manejar a Proteo.

—Vamos tirando, jefe —dijo Laurenti, intentando que su voz sonara angustiada—. Ha sido un duro golpe. Pero, por favor, tome asiento —le señaló un sillón junto a la mesa para las visitas y pidió a Marietta que trajera un *espresso* al jefe.

—Esto parece un caso muy espinoso, Laurenti.

—Ni yo mismo termino de comprenderlo del todo. Algo ha asustado mucho a alguien, y ese alguien piensa que lo tengo en mi punto de mira y por eso me amenaza. Habría sido más sensato no reaccionar y tal vez el asunto se habría calmado por sí solo.

Laurenti resumió el caso Drakič en pocas frases, pues el *questore* apenas llevaba un año en el cargo en Trieste, desde que su predecesor había dado el salto al Ministerio del Interior.

—¿No está usted demasiado involucrado en el asunto, Laurenti? Habla de ese tal Drakič como si fuera Fantômas. ¿No preferiría que se encargase alguien que lo viera todo con más distancia?

—Mi sección es lo bastante grande —respondió Laurenti—. Y le quedaría muy agradecido si también pudiera convencer de ello al fiscal. Si surge algún problema, seré el primero en decirlo. Lo importante ahora es concentrarse en concretar lo que tenemos en lugar de aguarlo más.

—A mí tuvieron que ponerme escolta una vez, durante tres meses. Cuando estuve en Catania y sin querer me acerqué demasiado a uno de los capos. ¿Es la primera vez para usted?

Laurenti asintió con la cabeza.

—Dicho aquí, entre amigos —y el jefe sonrió apurado—, no es demasiado agradable. Piénselo bien, tal vez prefiera tomarse ahora los días que le quedan de vacaciones y dejar el caso en manos de algún compañero.

—Entiendo su propuesta como una broma, *questore*. Nunca he sido de los que se achantan ante la presión. Eso es justo lo que quieren. ¡La ley cediendo ante el crimen! ¡Hasta ahí podríamos llegar! —Laurenti hizo un gesto brusco con la mano que, sin lugar a dudas, significaba: «Ni hablar». Ahora había entendido qué había detrás de aquella conversación: el jefe pretendía ahorrarse los gastos de la escolta. Ni hablar.

—En cualquier caso, Laurenti, no tenga reparo en decir si quiere ser relevado.

¿Tatjana Drakič? En la nota de la gaviota muerta le decían que se olvidase de ella. Entonces, eso significaba que todavía estaba en la ciudad. Si lograba acercarse a ella, tal vez tendría la oportunidad de atrapar también a su hermano, por mucho que se hubiera

convertido en un hombre respetable al otro lado de las fronteras. También Viktor Drakič tenía sus puntos débiles. Laurenti los conocía bien.

—Aquí hay todavía más cosas —dijo Marietta, que entró en el despacho visiblemente excitada y dejó otro montón de papeles sobre el escritorio de Laurenti—. Han tardado un poco, pero aquí están.

Laurenti los hojeó con desgana. La conversación en el centro de investigaciones sólo les había proporcionado algunas claves poco importantes. Sobre el matrimonio Babič no habían oído más que buenas palabras, y los colaboradores del ISOL no salían de su asombro cuando les mostró las fotos en las que se veía a Babič haciendo de espía. Laurenti, por su parte, no entendió casi nada de sus explicaciones científicas, sólo que estaban desarrollando una nueva patente para la explotación de energías alternativas. No le veían ningún sentido al hecho de que alguien les espíara, pues todos sus trabajos estaban registrados hacía tiempo. Prometieron revisar toda su documentación por si faltara algo.

De pronto, Laurenti se levantó de golpe. Una de las fotos que había imprimido Marietta mostraba a la consulesa con dos caballeros, a la mesa de un restaurante; otra, que había salido muy oscura, hablando con dos personas que se parecían a los Babič de una manera asombrosa. Necesitaba urgentemente copias mejores y más aumentadas.

—Dile a Pina que vaya ella misma al laboratorio y se encargue. Tú, en cambio, te vas a ocupar de estos dos caballeros que comieron con la Piskera. Deprisa.

Aunque el jefe le había insistido a Pina en que evitara el contacto con Petra Piskera, ahora el asunto había tomado un nuevo cariz. Pero antes tenía que seguir sonsacando información a Ezio. Llevaba tres horas en una celda, y Laurenti había dado órdenes expresas de que no le hicieran el menor caso aunque no parase de gritar. Ni un sorbo de agua, ni cigarrillos, ni nada. Se trataba de que lo pasase mal.

—Lo he visto en las noticias, Tatjana —Viktor Drakič estaba sentado ante un esbozo de contrato de unas cien páginas cuando su hermana le llamó para informarle—. Una actuación imponente, pero ¿cómo no contrataste a Milan y Zvonko en lugar de acudir a esos dos inútiles de la ciudad?

—Creo que se llevó un susto bastante grande, Viktor.

—¿Y qué pretendías con ello?

—No es más que el principio. Laurenti no sobrevivirá al caso. Después de todo lo que

nos ha hecho, vas a verle sufrir. Estuviste a punto de perder la vida por las quemaduras de aquella vez. ¿Cuántas operaciones tuviste que soportar después? Y los tres años y medio que estuve yo encerrada también me los pagará. En cuanto lo hayamos quitado de en medio, tendremos vía libre. Por Trieste pasan los grandes negocios entre occidente y el este de Europa. Y están en nuestras manos. Yo aquí soy intocable. Laurenti puede ser más terco que una mula, pero yo lo soy más. Una vez nos libremos de él, pasarán meses hasta que cualquier suceso se aclare con toda esta larga historia. En ese tiempo, haremos el negocio de nuestra vida. Laurenti es el único que puede ponerlo en peligro. No te preocupes, en unos días estará todo solucionado.

—Sí que eres rápida, Tatjana —dijo Viktor Drakič—. Más rápida de lo que imaginan siquiera. Pero prométeme que, a partir de ahora, se encargarán Zvonko y Milan y no esos idiotas locales.

Petra Piskera, naturalmente, no había llamado al pintor que le había recomendado Laurenti sino que, por la mañana, encargó el trabajo a otra empresa que, de entrada, le presentó un presupuesto muy inflado y, tras pagarles ella un adelanto, aún tuvo la desfachatez de asegurar que no podrían ponerse a pintar hasta tres semanas más tarde. Hasta que la Piskera no les ofreció el doble de la desorbitada cantidad que pedían, los pintores no estuvieron dispuestos a empezar de inmediato. Sentada entre sábanas de plástico que protegían las mesas de la pintura, trataba de recuperar el tiempo perdido en el trabajo. Sus tres empleados no daban abasto solos. Tenían las fechas ya fijadas y los hombres de Reggio Emilia ya habían contratado los servicios de las excavadoras para los depósitos ilegales de basura tóxica, así como los correspondientes transportes de gran capacidad. Lo único que faltaba era que los camiones dispusieran de la documentación necesaria para circular con la carga. El primer viaje marcaría también la fecha del ingreso del dinero en la cuenta de Winterthur.

Pero una vez más interrumpieron a la consulesa. El jefe de los laboratorios de CreaTec Enterprises del parque tecnológico de Padriciano la llamó muy nervioso para contar que se habían presentado allí cuatro agentes de la *Polizia di Stato* para preguntarle por la actividad de la empresa. Él había salido del paso muy cortés pero con determinación, utilizando mucho vocabulario científico con la clara intención de que no le entendiesen y, finalmente, les había mostrado los estatutos del AREA SciencePark y los objetivos de la investigación y proyectos comerciales que habían presentado a la Administración central. No se habían ido muy contentos, pero tampoco creía que fueran a aparecer por allí de

nuevo. Por cierto, el comisario y esa pigmea de inspectora también andaban rondando por allí con dos guardaespaldas.

Qué se le iba a hacer. Así, Petra Piskera confirmaba que le habían puesto vigilancia a Laurenti. Pero también sus hombres eran rápidos. La escolta no le preocupaba. Había formas suficientes de liquidar al comisario, y si todo fallaba, recurrirían al nuevo fusil de Viktor. Funcionaba tan bien que los americanos ya habían presentado un contrato que sólo faltaba revisar y firmar. Era el mayor golpe de Viktor hasta el momento y, además, completamente legal. Su creación, su obra, su negocio. Estaban a punto de establecerse como empresarios respetables. Y, en todo aquello, Laurenti no era más que un insecto diminuto que había que aplastar.

Ezio se revolvía nervioso en su silla. Estaba rendido y suplicó al comisario que hiciera la vista gorda, describiendo su situación como la de una pobre víctima.

—No tienes ni idea de lo difícil que es la vida en el Carso. ¡Décadas de opresión! Bajo el fascismo prohibieron hasta nuestra lengua materna. Y, después de la guerra, la cosa continuó. En nuestros terrenos construyeron colonias para los refugiados de Istria y Dalmacia, pero a nosotros jamás nos pagaron nada a cambio. Tenemos derecho a defendernos.

—Cierra el pico, Ezio, en tu oficina tienes un retrato del Duce colgado en la pared.

—Pero eso es distinto...

—¿Un esloveno que honra la memoria de Mussolini? Estás chiflado, Ezio.

—Es que los italianos no queréis comprendernos.

—Ya está bien, hombre. Aún no has cumplido ni cuarenta años. Todo ese rollo del fascismo estaba más que olvidado para cuando tu desdichada madre te trajo al mundo. Y en tu historial de delitos no hay ni un solo acto político. Todo es robo, contrabando, conducción bajo los efectos del alcohol o sin carné... lo que te ha dado la real gana. No estás hecho para la legalidad, es así de sencillo. Me pregunto si te queda por conocer alguna cárcel. Así, al menos, ahora ganarías algo.

Ezio entendió por fin que no podía seguir tomando por tonto a Laurenti.

—No era más que un coche hecho chatarra... Todavía no lo había requisado la policía cuando desapareció. En el peor de los casos, sería robo de algo sin valor. Si me encarcelas por eso, te pondrás en ridículo.

Sonó el teléfono. Laurenti se asombró al reconocer el número y envió a Ezio al

despacho contiguo.

—Según me cuentan, tienes tus propios problemas, Proteo —dijo Živa en un tono neutro y sin saludarle antes—. Quería decirte algo antes de que te enteres por tu fiscal. Hemos escuchado una conversación telefónica en la que mencionaban tu nombre. Han dado vía libre para que te disparen. Yo en tu lugar me tomaría unas vacaciones y me iría de viaje bien lejos.

¿De dónde salía ahora esa preocupación por su vida? Laurenti ya no podía ni oír la palabra «vacaciones».

—Buenos días, Živa. Con lo que has tardado en llamar me podían haber matado hasta dos veces. Supongo que hablas de Tatjana Drakič.

—Al parecer está en Trieste.

—¿Y con quién hablaba?

—Con su hermano.

—¿Pudisteis localizar dónde está?

—En algún punto en alta mar. Pero, aunque estuviera aquí, no podría detenerle, él no dijo nada comprometedor. En el caso de Tatjana no sería problema. En cambio, no sabemos dónde está. Por cierto, llama desde un número de teléfono de otro país.

A Laurenti se le encendió una bombilla. Era el país que representaba la consulesa. De modo que sí tenían que ver una con la otra, la Piskera le había contado una mentira más grande que un piano de cola. Pues eso se iba a acabar, ahora no habría nadie que le frenara. Y le urgía hablar con el fiscal sobre las posibilidades que tenían para vigilar a la consulesa sin romper la Convención de Viena.

—Por lo demás... ¿cómo te va? —preguntó Laurenti finalmente.

—Tengo demasiado trabajo, Proteo.

—¿Cuándo vas a venir a Trieste?

—Voy a tardar en ir —respondió Živa—. He de colgar. Tengo varias citas. Cuídate.

Pensativo, Laurenti colgó y se dirigió a la puerta para mandar pasar a Ezio. Sin embargo, Marietta estaba sola en el despacho.

—¿Se ha ido a mear o qué? —gruñó Laurenti.

—Dijo que le habías enviado a casa. ¿No era cierto? —se asustó Marietta—. No puede haber llegado muy lejos.

—Llama abajo de inmediato. ¡Que no salga del edificio!

Los compañeros dieron con Ezio cuando ya había salido a la Via Torbadena y se

frotaba las manos con satisfacción. Satisfacción que no le duró mucho rato, pues dos agentes uniformados lo condujeron de vuelta, esposado.

—Acabo de hablar con tu mujer —mintió Laurenti, disfrutando al ver cómo Ezio palidecía del susto—. Le he dicho que me quieres más que a ella y que no eres capaz de rechazar mi hospitalidad. Ella informará a tu abogado. Y, ahora, volvamos a lo nuestro. Dos preguntas muy claras, dos respuestas igual de claras: ¿dónde está el coche de los Babič?, ¿dónde está Coco?

—Siempre creí que éramos amigos... —lloriqueó Ezio.

—Suéltalo de una vez.

—No tenía ni idea de por qué quería Coco el coche a toda costa —por fin, el mecánico estaba decidido a hablar. Se revolvía en la silla y no sabía cómo ponerse—. Poco antes de cerrar esa tarde, apareció con un remolque, de los de plataforma baja, y cargó el coche sin darme muchas explicaciones. Yo no le pregunté por qué era tan importante para él.

—¿Y dónde está Coco ahora? —en el rostro de Laurenti no se alteró ni un músculo—. Sigue hablando.

—Te juro que no lo sé, comisario. Pero, si me sueltas, te doy su teléfono. Así podrás preguntárselo tú mismo.

—Apúntamelo —Laurenti le acercó lápiz y papel.

—Tampoco hace falta que le cuentes quién te ha dado el número... —dijo Ezio y lo anotó.

—Y ahora, lárgate —exclamó Laurenti—. ¡Fuera de aquí!

A los dos minutos llamó el agente que vigilaba la entrada para preguntar, por seguridad, si esta vez era cierto que Ezio tenía permiso para irse.

Dos horas más tarde detenían a Coco en el bar Alí Babá de la Piazza Garibaldi, a pesar de que siempre llevaba el móvil apagado e incluso le quitaba la tarjeta cuando no lo necesitaba. El hombre, que tenía unas espaldas que no envidiarían los hunos de Atila, no sabía que, mientras no se quitara la batería, se podía localizar la posición igualmente por el registro del número. Sin moverse del taburete de la barra, observó el coche patrulla que se detenía en la puerta del bar.

—¿Qué se le habrá perdido a la poli otra vez por aquí? Vienen demasiado últimamente —comentó al camarero.

Coco cayó del guindo cuando notó cómo las esposas se cerraban alrededor de sus

muñecas. Protestó en voz muy alta, pero los dos agentes ni se molestaron en contestarle. Muy correctos, pagaron la consumición de Coco de su propio bolsillo, lo condujeron al coche con aire aburrido, lo sentaron en el asiento de atrás y, al llegar a la jefatura, lo dejaron a cargo de la inspectora Pina, que ya había obtenido una lista de las últimas llamadas que había hecho. Sus compañeros estaban analizando los números y, mientras le tomaba los datos personales a Coco, le pasaron una nota en la que figuraban el teléfono y la dirección de un desguace en la localidad de Sežana, en la frontera eslovena.

Laurenti tenía razón, el tipo pretendía hacer desaparecer el coche de los Babič al otro lado de la frontera. No fue muy difícil que Coco confesara habérselo llevado. Todo lo demás lo negó rotundamente. Afirmó que unos parientes de los Babič se lo habían pedido para no tener que pagar en Italia el impuesto de desguace de un coche matriculado en Eslovenia. Le habían pagado cincuenta euros por el transporte. Además, él no sabía ni cómo se llamaban ni dónde vivían los dueños del coche.

—Si hay una cosa segura es que los peces pequeños siempre son los más tontos —dijo la diminuta Pina mientras llevaba al gigantón de Coco al calabozo—. Sólo tardaremos unas horas en comprobarlo. Y mira lo que llevaba el niño encima... —con gesto triunfal, sostenía la llave de un coche—. Nuestros compañeros de la policía científica son muy buenos. Un SUV, pintura alemana, marca alemana. Me apuesto lo que quiera a que es negro.

—No es mío —protestó Coco indignado.

—Eso sí que me lo creo. Los tipos como tú no se compran coches como ése, los roban. ¿Dónde está?

Laurenti temblaba de rabia y hacía esfuerzos para que no se le notase. Era uno de los tipos que habían intentado violar a su mujer. Uno de los dos que le habían acosado a él en la Via Carducci. Uno de los dos que pretendían anestesiarle con su apestoso aliento. Uno de los dos que trabajaban para el mafioso de la Piazza Garibaldi.

—Esa llave me la encontré —balbuceó Coco—. Sólo la he usado para fardar un poco con el coche. Le aseguro que no sé nada más...

Coco se llevó un susto de muerte al reconocer al comisario. Tan sólo dos días antes le había quitado la tarjeta de la cámara con la que hacía fotos a los trabajadores ilegales de Piazza Garibaldi. Hasta hacía un minuto estaba convencido de que sería un periodista. Ahora, sin embargo, se encontraba frente a aquel hombre a quien la inspectora en miniatura llamaba con mucho respeto «comisario». Y luego se acordó de la foto de las

dos mujeres que había visto en la pantalla de la cámara digital. El día anterior no había caído en que una de ellas era la mujer del policía.

—Me apuesto lo que quiera a que ese coche está en algún taller —dijo Laurenti. Se llevó a Pina aparte y le susurró algo al oído. La mirada de ella se iluminó, asintió con la cabeza y salió.

—Bueno, pues ya estamos los dos solos... —comenzó Laurenti.

Antes de que Coco se diera cuenta, el comisario le había dado un fuerte rodillazo en el bajo vientre.

—Los más afectuosos saludos de mi mujer.

Coco cayó al suelo gimiendo como un gorrino. El segundo golpe le dio en la sien.

—Ése va de mi parte. Gratis. ¡Venga, levántate! —Laurenti caminó alrededor de él y esperó a que el gigante se recompusiera. Luego le señaló una silla.

—Esto es el principio del final. ¿Quién te envió?

Coco sólo acertó a balbucear algo de un abogado.

—¿Quién es el hombre que cobra a los serbios de la Piazza Garibaldi?

Coco seguía sentado con la mirada vacía y callaba.

—¿Sabes adónde ha ido mi compañera ahora mismo? —preguntó Laurenti.

Coco no reaccionó.

—A ver a tu amigo Ezio. ¿Y a que no te imaginas lo que va a hacer allí?

Coco gimió.

—Comprobar que en su taller no hay ningún coche al que corresponda esta llave. A lo mejor le están repasando la pintura. Entonces sacarán las huellas dactilares y ya sabes qué viene después. Está en tu mano mejorar tu situación, si no me haces esperar tanto.

Galvano impidió que Laurenti le diera otra buena lección a Coco. El anciano forense irrumpió en el despacho, con su perro negro de la correa, justo en el momento en que Laurenti levantaba el puño delante del gigantón, que se encogía en su silla.

—Pero, hombre, Laurenti... —dijo el anciano—, nunca te había visto así. Si vas a darle una paliza, al menos no dejes huellas o te buscarás problemas innecesarios. ¿Quién es éste?

—Un admirador de mi mujer. Se ha dado un golpe... él solo.

—Ah, bueno. Qué pena —Galvano se acercó y se inclinó hacia Coco—. Te huele el aliento peor que el culo de una vaca —le espetó, y, antes de que él pudiera reaccionar, Galvano le atizó con todas sus fuerzas con la correa del perro—. No me extraña que no

tengas éxito con las mujeres. Así no hay manera... –dijo Galvano–. Desde luego, este pobre infeliz no para de hacerse daño él solito. Hay que protegerle de él mismo. ¿Cuándo tendrás un rato para mí, Laurenti?

–No te vayas. De momento, he terminado con él. Pero sólo de momento.

Coco se estremeció al ver que Galvano volvía a coger la correa y tomaba impulso. Esta vez no le atizó.

¡Bingo! Pina encontró el coche negro enseguida, pero antes de marcharse del desguace aún tuvo unas palabras no precisamente cariñosas con la media naranja –y mejor parte de la naranja, sin duda– de Ezio. Faltó muy poco para que las dos mujeres se liaran a puñetazos después de que Ezio se viera esposado por tercera vez en el día. La mujer del mecánico empezó a despotricar, diciendo a la inspectora que era una puta barata y que se fuera al diablo si no quería acabar en la prensa de la chatarra.

La pintura de la parte delantera del todoterreno estaba casi seca y el coche tenía puesta la llave de repuesto. Pina había llamado a la grúa, pero hasta que llegó, tuvo que aguantar allí con Ezio y su mujer. Las emociones hervían como en una olla a presión. Primero, la mujer de Ezio llamó a su marido «idiota incorregible», amenazando con abandonarle de inmediato como le detuvieran otra vez. Ya vería ella entonces, le respondió Ezio a voces, cómo eran los demás hombres. Ninguno la trataría tan bien como él, ninguno aguantaría a semejante cabra loca ni cinco minutos; además, el resto eran todos unos maricas impotentes. Claro que eso ya debía de saberlo ella, que bien hermosos cuernos le había puesto durante su última estancia en la cárcel.

A continuación, la mujer la emprendió a golpes con el hombre de sus sueños, pero antes de que éste pudiera defenderse, se metió en medio Pina y atrajo la furia del basilisco sobre sí. El compañero de uniforme que la había acompañado acudió como refuerzo y, por lo que pudiera pasar, desabrochó la funda de cuero blanco en la que llevaba la pistola.

–Deja eso –gritó Pina–. Con estos dos ya me las apaño yo sola –y, de un solo golpe, acompañado de un breve grito, hizo añicos una gruesa plancha de mármol que tenían apoyada en una pared.

La mujer de Ezio se quedó muda y desapareció al instante en el interior de la casa, mientras que el agente uniformado metía al marido en el interior del coche.

De regreso en la oficina, Pina informó de que los compañeros de la policía científica ya se habían puesto a trabajar y Ezio estaba entre rejas. Advirtió la presencia de Galvano

en el despacho de su jefe de reajo y saludó al anciano con muy poco interés. Tampoco le prestó demasiada atención cuando Galvano se puso a hablar de su visita a la unidad de cuidados intensivos donde estaba ingresada la pelirroja.

—Los compañeros tienen razón —reconoció Galvano para sorpresa de Laurenti—. Yo tampoco he visto nada semejante en toda mi vida. Es como si alguien hubiera dado una paliza a esa mujer con un alfiletero vuelto del revés: con agujas afiladas sujetas a algo duro pero no rígido y cuyas puntas no asomaran demasiado. Imaginad el aspecto que tendríais si os pasara por encima una máquina de coser gigante. Las laceraciones de la piel no son la causa de su estado, sólo le causaron una elevada pérdida de sangre. Los golpes le produjeron varias fracturas de cráneo y traumatismo múltiple. Esa mujer tiene muy mal pronóstico. No se puede decir si volverá en sí alguna vez.

—¿Y con qué crees... —preguntó Laurenti— que la golpearon?

Galvano se encogió de hombros.

—Si no sonara tan idiota, diría que con un bacalao seco —hizo un gesto displicente con la mano y se dirigió a la inspectora—. No me mires con esa cara. Ya sé que ahora piensas que estoy tarado definitivamente. Pero no lo olvides, quien pone límites a su pensamiento no avanza nunca —se levantó y dio unas palmadas en el hombro a Laurenti—. No obstante, sería divertido, y saldrían unos titulares insuperables. «Trieste, la ciudad del asesino del bacalao.» No habría primera página que se nos resistiera... —Galvano emitió su característica risa gallinácea y salió del despacho muy divertido.

—Y entonces —dijo Laurenti, seco— todos recordarían por qué la reforma de la psiquiatría tuvo lugar, en tiempos, en esta misma ciudad. ¿A quién iban a encerrar si la ciudad entera está llena de chiflados? Y usted, ¿por qué pone esa cara, inspectora?

Pina intentó no contestar pero, al final, sacó un sobre de una tienda de revelado de fotos. Le mostró a Laurenti cuatro copias.

—Acabo de recoger las fotografías que hizo el portero.

—Supongo que serán un montaje, ¿no? —Laurenti no daba crédito a lo que veía.

Pina meneó la cabeza con aire triste.

Laurenti cogió el teléfono y llamó al vigilante de la entrada. Ordenó que hicieran subir de nuevo a Galvano, aunque ofreciese resistencia.

Últimas palabras

Aquella fue la larga noche de los interrogatorios. Sin éxito, intentaron que Ezio y Coco se delatasen mutuamente, pero hasta que no analizaron las llamadas del móvil de Coco no lograron avanzar un paso más. Pina había actuado metódicamente y, primero, había filtrado las llamadas realizadas a tarjetas SIM o desde tarjetas SIM extranjeras, siempre a la misma hora. Indicaban contactos fijos con un mismo fin. Proteo Laurenti, en cambio, no tenía ganas de esperar a que se realizase una localización precisa de los autores de todas aquellas llamadas. Él tenía otro objetivo y salió de la *questura* a toda prisa, a pie. Ya estaba bastante más allá del Teatro Romano cuando oyó voces tras de sí. Una fugaz mirada por encima del hombro le bastó para recordarle que ahora tenía dos acompañantes perpetuos cuya misión era proteger su vida. Sardoč iba corriendo detrás de él, mientras que Bezzi paraba el coche a su lado con un estridente frenazo y salía del vehículo de un salto como si fuera a detener a Laurenti.

—¿Cómo no nos avisa, comisario? —le increpó Bezzi—. ¿Cómo vamos a protegerle si se nos escapa?

—Perdonad, chicos, no vamos muy lejos —dijo Laurenti, sentándose en el asiento del copiloto—. ¡Parad! —ordenó poco antes de llegar a la esquina de la Via Genova con la Via Spiridione—. Desde aquí podemos controlar dos de las tres salidas de la iglesia serbio-ortodoxa. Sardoč, tú vente conmigo —dijo al escolta que iba en el asiento de atrás.

La calle estaba muy concurrida, llena de gente que volvía a casa cargada de bolsas de la compra; los fieles ya se habían congregado para la misa en San Spiridione. Era un suntuoso edificio de mediados del siglo XIX, con una cúpula de color azul, cuya fachada principal daba a la Via Valdirivo, mientras que, por el lado del canal, quedaba integrada con la Casa del Patriarca, un edificio de cuatro plantas construido justo al lado de forma tan asimétrica que los fieles que utilizaban esta salida no veían la fachada de San Antonio, la competencia romano-católica, a pesar de lo cerca que estaba.

Laurenti subió los escalones de la entrada principal y miró a través de la puerta cristalera, aunque con el reflejo apenas vio nada. Entró y se refugió en un rincón poco iluminado. La enorme nave central estaba llena de gente. Bajo el gran candelabro que regaló a la iglesia el zar Pablo I, hijo de Catalina la Grande, con motivo de una visita a la ciudad en 1772, los fieles permanecían de pie, escuchando las palabras del sacerdote. Cuando los ojos de Laurenti por fin lograron acomodarse a la oscuridad y se formó una idea de conjunto de la escena, agarró a Sardoč de una manga.

—¿Ves al tipo trajeado que se mueve entre unos y otros? Allí atrás —era evidente que aquel hombre iba mucho mejor vestido que la mayoría de fieles.

—¿El que está hablando con esos dos otros hombres jóvenes? —le susurró al oído Sardoč.

Laurenti dijo que sí con la cabeza:

—Ellos le dan algo.

—Dinero.

—No le quites el ojo de encima. No quiero que me vea. Intenta averiguar qué hace. Y síguele si sale a la calle. Si es por el lado del canal, avísanos. Yo esperaré fuera. Pero ten cuidado, es posible que cerca de él ronde otro tipo, más o menos de tu edad y tu estatura, muy robusto. Y quítate las gafas de sol, que pareces un gángster, hombre.

Laurenti se apresuró a salir y se sentó en el coche.

—¿Los serbios? —preguntó Bezzi.

Laurenti asintió con la cabeza.

—Ya es hora de que alguien haga algo con ellos.

—¿Por qué? —preguntó Laurenti.

—Esos extranjeros deberían quedarse en su casa en lugar de venir aquí a hacer barrabasadas. Con sólo pensar en los puestos de trabajo que nos quitan... y en los robos —evidentemente, Bezzi era un muchacho de sólidos valores.

—¿De dónde eres?

—De Padania —dijo Bezzi—. Sin duda hay formas para librarse de ellos.

—Por ejemplo, construir un muro alrededor de nuestro país. Y puestos, que nos ayuden los chinos que ya tenemos aquí instalados. ¿Es posible que te creas todo lo que te cuentan?

Bezzi se limitó a encogerse de hombros.

—¿Quién te crees que se mata a trabajar en todos esos puebluchos del Véneto? —

Laurenti no se lo ponía fácil.

–Principalmente negros.

–¿Y?

–Nos roban nuestros puestos de trabajo.

–No digas tonterías. En el nordeste, la cuota de desempleo no llega ni al tres por ciento con crisis y todo, policía de tres al cuarto –dijo Laurenti–. Si no tienes en cuenta el delito de inmigración ilegal en sí, los extranjeros no comenten más delitos que los locales.

–Pues ahí yo no opino lo mismo.

–Piensa un poco antes de abrir la boca. Además, no sabes a quién estoy buscando.

–Después de la redada en la Piazza Garibaldi, me lo imagino.

–¿Estuviste allí?

Bezzi lo negó.

–Ya te daré yo alguna clase de repaso de estadística criminal, hijo. Los policías debemos interpretar los datos con objetividad, ¿me entiendes? Los prejuicios no nos llevan muy lejos. A ti te pagan para que me vigiles, no para decir tonterías que quién sabe dónde habrás oído. Tú verás.

–A la orden –dijo el guardaespaldas y guardó silencio.

–De nada –repondió Laurenti–. Mira, parece que al fin ha terminado la misa. Quiero ver si nuestro hombre está entre la gente. Vamos a detenerle, pero es posible que no vaya solo.

–Nosotros somos tres –replicó Bezzi sonriendo–. ¿De quién se trata?

–De uno que saca partido de la desgracia ajena.

–Entonces, es hora de pillarle –dijo Bezzi.

–Tú sí que eres un hombre con corazón... –musitó Laurenti, meneando la cabeza.

Se abrieron los portones de la iglesia y los fieles comenzaron a salir en tropel, pero el hombre al que esperaba Laurenti no estaba entre ellos. La calle se había quedado vacía de nuevo cuando por fin recibieron la llamada de Sardoč. Laurenti pidió a Bezzi que fuera hasta el puente por el canal. El resto del camino lo recorrerían a pie.

Casi iban en procesión. Sardoč seguía al hombre que cobraba dinero a los otros a cierta distancia, y detrás de Sardoč iba el segundo tipo que Laurenti había tenido el placer de conocer el día de los brioches de la Vía Carducci. Cruzaron la Piazza Sant'Antonio y se dirigieron a la pizzería de enfrente, un local que no se contaba precisamente entre los

favoritos de Laurenti. La gente del sur tiene muy claro cómo debe saber una pizza. Los mejores locales no suelen estar en los mejores sitios. Eso también es válido para Trieste.

El hombre trajeado hizo una seña a alguien que estaba sentado en una de las mesas de la calle y entró en la pizzería; el otro hombre se quedó esperando en la puerta. Una gaviota bajó en picado y le dio un picotazo en el cuello a una paloma que se disponía a alzar el vuelo y, en cambio, cayó aleteando al suelo, donde otras tres gaviotas se le echaron encima entre chillidos, intentando robarse la presa unas a otras.

Laurenti hizo una seña a Sardoč a la que éste respondió asintiendo con la cabeza. Bezzi ya estaba de camino. El matón de la puerta debía de estar preparado para batirse en duelo con Sardoč, porque le dejó acercarse sin moverse de donde estaba, con las manos cruzadas a la espalda. Probablemente llevaba el arma sujeta en la cinturilla del pantalón. No se dio cuenta de que Bezzi se le acercaba por detrás. Antes de que pudiera reaccionar, Bezzi le había esposado.

Laurenti estaba a pocos metros del local y se disponía a pasar entre las mesas que había en la Piazza. No dio crédito a lo que veía. A cinco metros de él estaba sentada la consulesa, mirándole con recelo. Tenía un trozo de pizza pinchado en el tenedor, suspendido en el aire a mitad de camino entre el plato y su boca. Y a la misma mesa de la bella dama se sentaba la inspectora pigmea, que debía de haber salido de la *questura* justo después que Laurenti. Hablaba sin parar, reía y le contaba algo a Petra Piskera, que, sin embargo, no parecía mostrar ningún interés. Sus ojos seguían al comisario.

¿Sería a la consulesa a quien había hecho la seña el hombre del traje? Al pasar, Laurenti la saludó muy cortés y desapareció en el interior del local, donde enseguida entró también Sardoč.

El hombre al que buscaba le vio primero. Estaba en la barra, hablando con el camarero. Retrocedió unos pasos y se metió la mano debajo de la chaqueta.

Laurenti hizo caso omiso y pidió una cerveza pequeña. Le daba la espalda, mientras que el hombre no le quitaba la vista de encima. Por un espejo, evidente regalo publicitario de una marca de cerveza, Laurenti lo vio dirigirse hacia las dependencias traseras, hacia los lavabos. En cuanto dejó de verle, salió tras él.

Le pilló justo en la puerta trasera. Laurenti le arrojó el cambiador para bebés que había en el pasillo, junto al lavabo, y le dio en un hombro. Al hombre se le cayó la pistola de la mano y Laurenti la apartó de una patada antes de que el otro pudiera agacharse. El resto del trabajo lo dejó en manos de Sardoč.

El camarero tenía unos ojos como platos cuando abandonaron el local, primero Laurenti y, detrás de él, Sardoč empujando a un tipo que iba soltando improperios en un idioma extranjero. Bezzi había acercado el coche a la entrada del local, metiéndose por las calles peatonales, ya había instalado al matón en el asiento de atrás, esposado y, al ver que iba a tener compañía, colorado como un tomate. Sardoč metió en el coche al otro tipo y se sentó entre los dos con el arma en alto. Laurenti volvió a saludar amablemente a la consulesa con la mano, deseó buen provecho a todos los que estaban en la pizzería y subió al coche.

Todo sucedió tan deprisa que sólo muy pocos clientes se dieron cuenta del incidente. Laurenti estaba contento, la casualidad había querido que justo la persona indicada se le quedara mirando fijamente. Era como si Pina tuviera un sexto sentido.

—¿Y cómo es que acabó usted codo con codo con la consulesa? —preguntó Laurenti a Pina cuando ésta volvió a la *questura*, una hora más tarde. Había anochecido hacía bastante, algún relámpago centelleaba un instante sobre el mar y a lo lejos se oían truenos. Se había levantado una fuerte brisa del sur y el siroco empujaba una masa de lluvia que se acercaba a la ciudad de forma inminente.

—Salí a estirar las piernas un poco para ver si se me aclaraban también las ideas. A veces viene muy bien tomar un poco de distancia. Al salir de la *questura*, casualmente venía de frente la consulesa, mi vecina. Ella no me había visto. La seguí unos cien metros, parecía que volvía a casa. Pero antes de que torciera por la Vía Mazzini, la llamé y le pregunté si le apetecía que nos tomásemos una pizza. No fue difícil convencerla. Estaba muy estresada y no había comido nada en todo el día. En ese momento, les vi pasar a ustedes y parar frente a San Spiridione. Pensé que también nos habían visto y que por eso se quedaban sentados en el coche. Desde luego, su actuación, media hora más tarde, fue todo un éxito, la consulesa se dejó casi media pizza. Cuando le pregunté qué le pasaba de repente, tan sólo murmuró no se qué de problemas de estómago. Entonces, cogió el bolso, se levantó de golpe y se marchó como si la hubiera picado una tarántula. Me da la impresión de que la casualidad jugó a nuestro favor.

—Casualidad es una palabra sin sentido; nada sucede sin una causa real. Al menos eso dice Voltaire. Encárguese usted del matón, yo me hago cargo del tipo trajeado. Suele ser más fácil entenderse entre gente de la misma edad.

Pina todavía no había terminado con sus explicaciones.

—Hay algo más —dijo—. Si interpreto bien las palabras de esa mujer, comisario, usted encabeza su lista de personas a liquidar. Corre peligro, jefe.

Laurenti miró a Pina desconcertado.

—¿Peligro? Tengo dos escoltas cuya única misión es impedir que me caiga un ladrillo en la cabeza. ¿Acaso pretende usted retirarme de la circulación?

—No es eso —respondió Pina—. Pero sería mejor que se apartara un poco de la primera línea. Puede dirigir las investigaciones desde la oficina. Los demás tampoco somos unos principiantes.

—Gracias por el consejo. Me lo pensaré. Volveremos a hablar cuando sepamos algo más. Nuestros clientes nos esperan y no me apetece pasarme la noche en la oficina.

Entonces, Pina sacó el tema de Galvano. La inspectora había amenazado con denunciarle por acoso, pero el anciano negaba rotundamente ser él el autor de los anónimos. Se había puesto como una fiera, exigiendo que registraran su casa para comprobarlo. Ni siquiera tenía ordenador, sólo una vieja máquina de escribir desvencijada con la que pretendía seguir escribiendo sus memorias hasta que dejaran de venderse las cintas de tinta. Sin embargo, Pina le había mostrado las fotos, agitándolas en el aire muy enfadada, y en ellas se veía al anciano forense sacando su bolsa de basura del contenedor. «A lo mejor es el propio portero» —había replicado Galvano a gritos—, «quien sufre alguna desviación sexual y anda detrás de la pigmea». Un degenerado, con la de mujeres de verdad que había en el mundo, a las que sería mil veces más loable acosar que a aquella especie de Popeye en miniatura con menos *sex-appeal* que una sierra eléctrica. Así quedó zanjado el asunto por el momento. Pero no para Pina. Las fotos no daban lugar a equívocos y Galvano habría de pagar por ello.

—El viejo es capaz de muchas cosas insospechadas —dijo Laurenti—, pero le aseguro que eso no es su estilo. Y no tiene ni idea de nuevas tecnologías. Deje en paz a ese pobre hombre.

—Podría usar el ordenador de algún cibercafé.

—Galvano no sabe ni lo que es eso.

Laurenti mandó que llevaran a su despacho al hombre trajeado que habían visto cobrando dinero en la iglesia. Se llamaba Giorgio Zenta, era unos años mayor que él, nacido aún en el Territorio Libero di Trieste, aunque no tenía residencia oficial en Italia sino sólo un pasaporte italiano en el que, por otra parte, tampoco figuraba ninguna

dirección en el extranjero. Tenía el teléfono móvil contratado con un operador de Montenegro que jamás les proporcionaría un listado de las llamadas de los últimos meses. Podían ahorrarse el esfuerzo, el país estaba enteramente en manos del crimen organizado, como lo había estado siempre. Primero ofreció refugio a muchos de los criminales más buscados en Italia, entretanto era el rublo lo que circulaba en aquel estado enano que había sido el primero en todo el este de Europa en adoptar el marco alemán y donde ahora se trabajaba con ahínco en la producción de billetes de euro falsos. El gobierno insistía en su deseo de ser admitido en la Unión Europea lo antes posible y soñaba con el hermanamiento con los demás estados en aras de la paz y la cooperación, pero el país se había convertido en el destino del flujo del capital de inversores rusos más que dudosos. Según decían los expertos, era un lugar para el blanqueo de dinero, nido del crimen organizado europeo.

A petición de Laurenti, el policía que trajo a Zenta se quedó de pie a un metro detrás de él.

—¿De qué me acusan? —preguntó el cobrador del traje y se recostó en su silla con desenfado.

—¿Es Zenta un apellido italiano? —preguntó Laurenti. El hombre no tenía antecedentes penales.

—Tengo la ciudadanía italiana, así que lo será —Zenta no dio muestra alguna de inseguridad. En sus respuestas latía la arrogancia de los que no pueden ser acusados de nada.

—Usted cobra dinero a los serbios.

—A veces les presto unos euros a esos pobres diablos. En algún momento me lo devuelven. Sin intereses, por cierto. Que conste desde el principio.

—¿Dónde vive usted?

—No tengo residencia fija.

—¿Y dónde duerme?

—Yo no duermo nunca.

—De modo que se pasa la noche en pie —Laurenti anotó que debían comprobar los registros de ingreso de los hoteles, aunque le parecía hartamente improbable que aquel hombre se inscribiera con su verdadero nombre. Más fácil era que hubiese encontrado alojamiento en otra parte.

—Si quiere decirlo así.

—Y tiene dos acompañantes fijos que intervienen si alguno no quiere pagarle.

—El mundo es malo, la amabilidad no siempre se premia con la honradez. Usted mismo lo sabe.

—En fin... —suspiró Laurenti—. La generosidad siempre es una virtud rara, caballero.

—Ahí lo ha dicho.

—Llamémoslo de otra manera. Usted cobra a esos hombres por dejarles trabajar.

—Tiene una imaginación desbordada, comisario. Yo doy, yo no tomo nada. ¿Qué se le podría sacar a esa gente? —sonrió socarronamente.

—El ganado menor también produce estiércol, señor Zenta. Imagino que sabe usted contar: diez euros al día, seis días a la semana, multiplicado por cien personas. O por doscientas —dijo Laurenti—. Cincuenta y dos semanas al año. De eso, supongo que la cuarta parte para usted y el resto para su jefe. No me diga que no lleva un negocio floreciente.

—¡Venga ya, déjeme en paz! —bufó Zenta—. No tienen nada contra mí.

Laurenti sacó una bolsa de plástico del cajón de su escritorio y la sostuvo en alto.

—Heckler & Koch MK 23. Una automática del cuarenta y cinco con doce disparos de absoluta precisión, incluso supera las del catálogo reglamentario del gobierno estadounidense. Un arma inusual en nuestro país —dijo, devolviéndola al cajón—. Ahora me dirá que sólo la lleva encima porque la gente ha dejado de ser amable con los buenos. ¿A que sí?

Zenta guardó silencio.

—Entonces, ¿por qué sacó el arma al verme a mí?

—No sabía quién era. Me dio un susto de muerte.

—¡Vaya por Dios! Lo siento mucho. Perdóneme. ¿Y dónde dijo que tenía el permiso de armas?

—En casa.

—¿En Montenegro, *tovarich*?

Zenta asintió con la cabeza.

—¿Habla serbio?

—Ni palabra.

—Entonces, ¿dónde está el permiso de armas?

—Ya se lo he dicho.

—¿Qué cree que voy a hacer con usted? Amenaza a un policía con una pipa profesional

y no tiene residencia fija ni permiso de armas. Mañana analizarán esa pistola en la policía científica, luego, las pruebas se compararán con todas las bases de datos del país, en un largo proceso, y se pasarán a la Interpol. Tardarán siglos. Una burocracia terrible. ¿Qué hará usted en todo ese tiempo, señor Zenta? Ay, no, no –Laurenti hizo un gesto conciliador con la mano–, se lo diré ahora mismo. Usted mismo sabe que los italianos somos famosos por nuestra hospitalidad. ¡Comida, bebida y alojamiento gratis! Es una pena que luego no pueda ir a sacarle ningún abogado. Si tuviera una residencia fija, sería relativamente sencillo, pero así...

–Haga lo que tenga que hacer –dijo Zenta con la garganta seca.

–Y, entretanto, los otros se irán de la lengua. Ya se sabe que siempre hay problemas con el personal. Lo conozco. Si es que no puede fiarse uno de nadie. ¿A que no?

El comisario hizo una seña al policía para que se llevase a Zenta. Antes de que llegaran a la puerta, dijo:

–Por cierto, muchos recuerdos de Petra Piskera, la consulesa. Está muy enfadada con usted porque sus hombres han resultado ser unos traidores. Tenemos grabada una llamada en la que menciona su nombre expresamente. Mal asunto... Coco ya ha cantado esta tarde y el otro... ¿cómo se llamaba? Stojan Obod, también se ha ablandado. Al menos ellos son hombres con los que todavía se puede negociar, después de todo, no tienen mucho que perder y siempre hay algo que ganar. Estando de acuerdo en precio, todo el mundo suelta lo que haga falta.

Laurenti hizo otra seña al policía y luego se cerró la puerta tras Zenta, en cuyo rostro se reflejaban las dudas acerca de la historia de Laurenti. Pero era evidente que no terminaba de fiarse de sus dos gorilas. Y estaba muy bien que fuera así.

Pina Cardareto tenía a Stojan Obod acorralado con la mesa, de la que ella había alejado su silla hasta tocar la pared. Por sus dos incisivos muy anchos y salientes, los típicos «dientes de conejo» con la forma de un hacha, desde su infancia lo conocían por el apodo de «Tesla». Era el único extranjero en el terceto de matones: había nacido en Belgrado hacía treinta y dos años y le olía tanto el aliento que casi constituía motivo de encarcelamiento por contaminación del medio ambiente. ¿Cómo se podía vivir con aquella peste, cómo lo soportarían sus amigos, por no hablar de una pareja? Además de presionar con métodos poco ortodoxos a los trabajadores que no querían pagar, también hacía las veces de intérprete de Coco. Según aseguró, Zenta hablaba serbio con fluidez.

Aunque, al principio, Tesla se negó incluso a dar sus datos personales, la pequeña inspectora consiguió su objetivo mucho antes de lo que él hubiera sido capaz de imaginar siquiera. Le describió lo larga que sería la espera en las celdas abarrotadas del Coroneo hasta que le llamaran a declarar en algún momento. Y le describió también la suerte que corrían todos los que se las daban de tipos duros y, por un «descuido» de los guardias, acababan encerrados en la misma celda que los marineros homosexuales más faltos de escrúpulos del mundo, quienes los recibían con verdadero «cariño». A partir de ahí, todo transcurrió bastante deprisa. Por supuesto, Tesla no tenía permiso de residencia válido, lo cual ya podía implicar de por sí varios meses de cárcel antes de la expulsión directa del país. La tenencia ilícita de armas era un delito todavía más grave. La inspectora, previo acuerdo con el fiscal, le propuso un trato. Si les contaba lo que querían saber, podría ser expulsado del país por el procedimiento rápido; si, además, lo hacía sin dar problemas, la policía incluso podría plantearse conseguirle un permiso de residencia y un tubo de pasta de dientes.

Rebosando energía, Pina irrumpió en el despacho de Laurenti a contárselo. Tesla había inculcado al hombre que cobraba a los extranjeros de asuntos bastante graves, aunque le tenía miedo. Por fin, un testigo que confirmaba lo que Laurenti había observado en la Piazza Garibaldi... suponiendo que mantuviera su declaración en los días siguientes y después ante el tribunal. Con esos detalles podrían hacerle la vida imposible a Zenta. Por el ataque a Laura les había pagado a Coco y a Tesla cien euros por cabeza, diciéndoles que aprovecharan bien la ocasión porque jamás volvería a salirles tan barato estar con una puta de lujo de las buenas. Pina se sonrojó ligeramente y, al momento, se disculpó por la expresión. Tesla ya no sabía quién era el jefe por encima de Zenta. Tampoco le decía nada el nombre de la consulesa. Pina Cardareto estaba convencida de que decía la verdad.

Por otra parte, los hechos sobre la extorsión a los trabajadores ilegales de Balcantown resultaban espeluznantes por sí solos. El mecanismo llevaba en marcha bastante tiempo. Zenta había creado todo un sistema a base de «zanahoria y látigo». Según la declaración de Tesla, lo único que le pagaban venía a ser una especie de prima, pues Zenta también se quedaba con el dinero de los empleadores morosos si intentaban estafar a los ilegales. En el fondo, todo funcionaba igual que los seguros normales: se paga mucho y el beneficio que se consigue siempre es escaso. Un balance negativo entre esperanza y desesperanza.

Cuando la inspectora explicó a Tesla que su pistola iba a ser sometida a un test de balística, el matón comenzó a sudar. Tartamudeando, juró y perjuró que no era suya sino que se la había dado Zenta dos días antes. Pina se figuraba por qué lo decía.

–Me apuesto lo que quiera a que esa arma también se utilizó en los tiroteos de los pequeños empresarios –dijo Pina–. Y por eso le van a caer ocho años.

Después de todo, Laurenti regresó de la oficina antes de medianoche. Nada más detener al hombre del traje, había pedido a sus escoltas que fuesen a recoger a Laura para acompañarla a casa. A cambio, él recogería a su hijo del restaurante en el segundo viaje.

Esta vez Marco no protestó. Todo lo contrario, parecía orgulloso de tener un padre tan importante que necesitaba la compañía constante de dos guardaespaldas. Llevó a Laurenti hasta la cocina, donde sus compañeros saludaron al comisario con mucho más respeto del habitual. Marco le presentó a la nueva cocinera en prácticas y, finalmente, le condujo ante su jefa, a quien Laurenti pidió disculpas por la irrupción de los agentes en el restaurante la noche anterior.

–Esto parecía *Corrupción en Miami* –rió ella–. Los clientes lo pasaron bien.

Le ofreció al comisario una copa de vino y comentó que suponía que ya venía cenado. Laurenti dijo que sí con la boca tan pequeña que no le creyó. En efecto, desde el mediodía no había tenido ni un minuto para al menos matar el gusanillo con un *tramezzino*.

–¿Por qué no le preparas una pasta a tu padre? –preguntó a Marco.

El muchacho se limitó a poner los ojos en blanco. Acababa de quitarse el gorro y el delantal de cocinero.

–Con un pedazo de pan me conformo –intervino Laurenti–. No se complique, por Dios.

Inútil comentario. La chef más famosa de Trieste ya se había puesto manos a la obra y colocó sobre la mesa un plato de migas de bacalao como entrante. Un plato que le encantaba a Laurenti, a pesar de que esos últimos días le habían quitado las ganas de comer bacalao. Y luego, como por arte de magia, apareció ante sus ojos una pasta que no podía ser más deliciosa.

–Delicioso –se relamió–. ¿Qué es?

–Profumo d'estate –explicó Ami Scabar–. Es muy sencillo: pesto hecho con cinco

tipos distintos de tomillo y un poco de estragón, *riccotta* ahumado y aceite de oliva, calamares y gambas, ahumados en frío, sólo un momento, sobre madera de cerezo, daditos de patata marinados en zumo de limón con una pizca de azúcar de vainilla, cocidos al dente; los *maltagliati*, las gruesas cintas de pasta, también cocidos aparte y, para terminar, todo pasado por la sartén hasta darle el punto.

—Muy sencillo —dijo Marco con gesto un tanto atormentado y en un tono que hizo reír a su jefa.

—La sencillez es un arte que hay que aprender —añadió al tiempo que descorchaba una botella de glera de Sancin.

—¿Qué vas a hacer este año con la vendimia, papá? —preguntó Marco—. ¿Te vas a llevar a los guardaespaldas?

—Psss —hizo Laurenti, llevándose el dedo a los labios con gesto pícaro—. Les voy a dar esquinazo. En un día así, no me hace ninguna gracia tenerlos pegados a la zapatilla todo el rato.

—¿Y qué día irás?

—Pasado mañana, Marco. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Y qué pasa si alguna noche no quiero volver directo a casa? ¿Se vendrán de marcha conmigo tus dos gorilas?

Laurenti guiñó los ojos con cara de desconfianza.

—Tienen obligación de protegerte, no de servirte de chófer. Ni se te ocurra hacer ninguna tontería. Te vendrá muy bien llegar a casa más temprano y acostarte a una hora decente, sobrio y sin haberte fumado dos porros.

Marco respiró profundamente. En presencia de su jefa no quería contradecir a su padre, a pesar de que ya había concebido el plan de que les llevaran a las discotecas de Ljubljana, a él y a la nueva cocinera romana; viaje gratis en el BMW y encima sin temor a los controles de alcoholemia a la vuelta.

—Déjate de tonterías, Marco —dijo su padre—. Esto no se prolongará mucho. Ten paciencia unos días. Prométemelo.

De nuevo, una fuerte tormenta había descargado sobre la ciudad, y había llovido tanto en una hora que la canalización estaba desbordada; por las calles, el agua llegaba a los tobillos. En el transcurso de la noche, el viento había cambiado por completo, convirtiéndose en temporal. El siroco levantaba unas olas de varios metros de altura que

rompían por encima del malecón y llegaban hasta la ciudad. La inspectora Pina Cardareto luchaba por no perder el equilibrio sobre su bicicleta, aunque al menos se libraba de mojarse los pies en los charcos. Cuando por fin llegó a su casa después de los largos interrogatorios, pasadas las dos de la madrugada, y se dispuso a apoyar la bicicleta en el lugar de siempre, en un rincón del portal, vio que en el imponente edificio de la Via Mazzini no funcionaban ni la luz de la escalera ni el ascensor. Para su sorpresa, entre la puerta y los buzones habían tendido una cinta de plástico blanca y roja con un cartel: «Prohibido dejar bicicletas». Un mensaje impreso con ordenador que sólo podía estar dirigido a ella, pues ningún otro inquilino utilizaba aquel medio de transporte. Eran todos conductores, demasiado cobardes para moverse entre el tráfico por sus propias fuerzas. Pina rompió la cinta y se la guardó junto con el cartel. A la mañana siguiente le diría unas palabras al portero. Luego, apoyó su bicicleta donde siempre, dio una patada rabiosa a la puerta del ascensor y empezó a subir por la escalera de pésimo humor. Estaba cansada y el corazón le dio un vuelco cuando llegó al cuarto piso y quiso introducir la llave en la cerradura. La puerta cedió. Pina dio un paso atrás, sacó su arma del cinturón, quitó el seguro y se preparó para disparar. Con suma precaución, apretó el interruptor de la luz que había junto a la puerta, pero su apartamento continuó a oscuras. No era raro que se fuera la luz durante las tormentas, en la jefatura de policía se solían encender los generadores automáticamente. Pero esto era un asunto serio. ¿Quién había entrado en su casa? ¿Debía pedir refuerzos? En lo que tardaban en llegar los compañeros, podía estar muerta.

Por principio, ella siempre echaba dos vueltas de llave al salir. Examinando el marco de la puerta, no percibió ningún indicio de que la hubieran forzado. Ella no había dado una copia de la llave a nadie y tampoco conocía al inquilino anterior. ¿Profesionales? La cerradura era de un modelo muy común. Cualquier ladrón con las cuatro herramientas básicas habría sido capaz de abrirla, a un cerrajero no le habría llevado ni cinco minutos y, encima, habría cobrado una hora entera de mano de obra. ¿El portero? Cuando se había mudado, el casero había asegurado a Pina que nadie más que ella tenía llave del apartamento. No servía de nada romperse la cabeza en conjeturas. Tenía que entrar. Encendió su pequeña linterna y la lanzó al pasillo. Luego, la empujó hasta el cuarto más alejado. Pina esperó y aguzó el oído. Rodó pegada a la pared hasta donde estaba el cajetín de la luz, en un ángulo muerto entre dos puertas, y lo abrió. Habían desconectado

todas las clavijas. Con la mano izquierda, volvió a subirlas todas a la posición normal y, al volver la luz, también comenzó a oírse de nuevo el zumbido de su vieja nevera.

—¿Pina, eres tú? —preguntó una voz desde la escalera.

Su vecina, aterrada, tenía la vista clavada en el cañón de la Beretta. ¿Qué había pasado? Pina no respondió, bajó el arma lentamente y pasó a la primera habitación. El suelo estaba cubierto de papeles, habían tirado todos los libros de las estanterías y volcado los muebles. El dormitorio no ofrecía una imagen mucho mejor. El colchón estaba rajado con un cuchillo, la ropa dispersa por todo el cuarto. La cocina, por el contrario, estaba llena de cristales y pedazos de loza, no había quedado entera ni una taza. Sin embargo, aparte de Pina y Petra Piskera, que por fin se había atrevido a avanzar un poco por el pasillo, allí no había nadie. Pina volvió a poner el seguro a la pistola y se la guardó.

—¿Has visto a alguien? —preguntó—. ¿O has oído algo?

La consulesa de cabello negrísimo negó con la cabeza.

—Yo llegué a casa a medianoche. Estaba todo normal.

—¿Aún funcionaba el ascensor?

—Sí.

—¿Y de verdad que no has oído nada? —Pina señaló el montón de añicos de la cocina con gesto incrédulo.

—Me fui a la cama de inmediato. Mañana tengo que salir temprano.

—¿Es que nunca te quitas el maquillaje? —preguntó Pina arrugando la frente. Los labios de la consulesa seguían pintados de un profundo rojo cereza, y también la sombra de ojos parecía recién puesta.

—Estaba demasiado cansada y me quedé dormida en el sofá —Petra Piskera sonrió con la boca torcida—. No sabía que llevaras pistola.

—Para casos de emergencia. No se lo digas a nadie. ¿En tu casa funcionaba la luz?

—Unas cuantas veces ha hecho ademán de irse, como siempre que hay tormenta. Pero no ha pasado nada. ¿Por qué?

—¡Por qué, por qué! La luz de la escalera no funciona y el ascensor tampoco, alguien ha convertido mi casa en una escombrera... ¡y me preguntas por qué! —Pina recorría las habitaciones como una furia. El suelo estaba sembrado con los dibujos de su nuevo cómic. Muchas de las hojas estaban tazadas o rasgadas, el trabajo de meses, echado a perder a propósito. A Pina, como suele decirse, se le fue el alma a los pies. Que

intentaran robar en su casa, que irrumpieran en su esfera privada, que le rajaran las almohadas y el colchón, la vajilla... todo aquello no le importaba tanto. Pero aquel ataque a su trabajo creativo de los últimos meses, al único placer que se concedía, le daba ganas de echarse a llorar. La consulesa la observaba desde el pasillo mientras ella recogía las hojas desconsolada y, finalmente, las dejaba caer sobre la mesa sin ánimo para nada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le habían dejado un paquete con una nota de color rosa chicle. Con la punta de los dedos, la agarró de una punta y la desdobló.

«Poli de mierda. No te me escaparás. Te pillaré cuando quiera. Y tú harás lo que yo te diga. Que te lo pases bien en el preámbulo.»

Pina sopesó cuidadosamente el paquete y tanteó la cinta adhesiva con la que estaba envuelto. Parecía que no había alambres. Sacó un cortaplumas de su plumier de dibujo y lo abrió con mucha precaución. A cámara lenta, abrió la caja. Papel de periódico arrugado. Muy despacio, fue sacando bolas de papel de periódico. Justo como lo había aprendido en uno de los cursillos de la policía. Paso a paso. Sin correr ningún riesgo y sin borrar posibles huellas. Por fin, descubrió el contenido del paquete. Un vibrador al que le habían puesto un preservativo, evidentemente usado. Se lo enseñó a la consulesa.

—Ya veo que es mejor que te deje sola —dijo Petra Piskera con cierta ironía—. ¿Tienes un admirador secreto? ¿Alguien que te hace regalitos?

—Tiene toda la pinta.

—Me has dejado admirada con tu forma de proceder. ¡Qué destreza! Creí que trabajabas en la administración pública, no en la policía.

Pina intentó salir del atolladero:

—¿Son cosas distintas?

—¿Conoces al policía que ha aparecido antes en la pizzería?

—¿Qué policía? —preguntó Pina.

—Se llama Laurenti.

—Sólo de nombre. Es un tío importante. Yo soy auxiliar de la sección de pasaportes. ¿Por qué?

—Por preguntar... Un pariente lejano mío tuvo cierta relación con él hace muchos años. Nada especial. Pecadillos de juventud. Y también entraron a robar en mi oficina hace poco. Ese Laurenti está a cargo de las investigaciones. No me resulta demasiado simpático y tengo mis dudas, no sé si fiarme de él.

—Ah. Si quieres, intento enterarme de algo de manera informal. Las secretarías

solemos comer juntas y ahí comentamos de todo.

—Déjalo. No es tan importante. Si necesitas algo, dímelo.

—Veo difícil que puedas ofrecerme un apartamento nuevo.

La consulesa se dirigió a la puerta.

—Que te lo pases bien con tu nuevo juguete.

Con desgana, Pina recogió todos sus dibujos y se puso a clasificarlos. Más de la mitad estaban estropeados sin remedio, le llevaría semanas volver a hacerlos. Guardó la carpeta de dibujo en el armario y llamó a los compañeros del servicio de patrullas, que llegaron a los pocos minutos. No es que la inspectora esperase recibir gran ayuda de ellos. Necesitaba la denuncia para la aseguradora. La caja con el vibrador prefirió mantenerla en secreto. Sería una estupidez dar pie a los compañeros a que se burlaran de ella, no podría dar ni un paso por la *questura* sin cosechar miradas maliciosas. ¿Y qué iban a hacer los compañeros si ella misma ya no sabía por dónde seguir? ¿Quién quería amargarle la vida? A la mañana siguiente, volvería a pedirle consejo a Laurenti y le insistiría para que se tomara el asunto más en serio. Ya no estaba segura de que fuera Galvano quien estaba detrás de los anónimos. Costaba imaginar que el anciano fuera capaz de forzar cerraduras y romper vajillas ajenas. Claro que tampoco podía excluir la posibilidad del todo, las fotografías eran una prueba irrefutable contra él. Hacia las cuatro de la madrugada, Pina Cardareto cayó presa de un pesado sueño sobre su colchón rajado.

Aumenta el oleaje

El pesado cansancio debido al cual Laurenti se limitó a escuchar con aire soñoliento el informe de los acontecimientos de la noche anterior por boca de Marietta no era fruto de la excesiva carga de trabajo de las últimas semanas, sino de que sus invitados de la víspera sencillamente no querían irse a sus casas. Justo cuando parecía que se marchaban la primera vez, estalló la tormenta, con ráfagas huracanadas en la costa, y luego se convirtió en una cortina de lluvia que no amainó hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Así no había forma de echar a la calle ni a un perro.

Cuando Proteo llegó a casa con Marco, les llamó la atención la iluminación festiva a pesar de lo tarde que era. Oyeron risas y voces muy animadas. Se quedaron asombrados al encontrar a Laura en compañía de dos hombres: Serse, el pintor, y Galvano. Sobre la mesa se veían montones de botellas vacías y ceniceros a rebosar.

—Ya veo, ya... —dijo Laurenti a modo de saludo—. Nosotros trabajando hasta bien entrada la noche y aquí, los demás, de juerga. Espero que al menos nos hayáis dejado algo.

Galvano y Serse se habían encontrado por casualidad tomando el aperitivo en el Malabar y habían decidido hacerle una visita sorpresa a Laura. Serse, consternado por no haberse enterado del ataque en la misma puerta de su casa, le había regalado uno de sus cuadros. Apoyada en una pared, los Laurenti tenían ahora una ola gigantesca a punto de romper, una imagen mágica que cautivaba al espectador. Laurenti dejó escapar un suave silbido de admiración. ¡Menudo regalo!

Galvano, chasqueando la lengua de cuando en cuando e introduciendo numerosas exageraciones con doble sentido, se explayaba con la historia de Pina y sus anónimos obscenos. La presencia de Proteo no supuso motivo alguno para interrumpirse. Cada vez exageraba con mayor descaro. Serse se divertía enormemente con los detalles picantes que añadía Galvano para adornar el relato; Laura, por el contrario, escuchaba con una

sonrisa forzada. Después del intento de violación no le hacía ninguna gracia aquel tipo de cosas.

—Y eso que la chica tiene el *sex-appeal* de un erizo de mar —bromeaba Galvano a todo volumen—. Ahí comprendo mucho más a tus dos violadores, Laura. Esos dos miserables no conseguirían una mujer guapa, inteligente y valiente como tú ni pagando un dineral a un servicio de profesionales. Lo que es toda una sorpresa es que Laurenti los haya cogido tan deprisa. Normalmente es más lento que un caracol. Por cierto, yo ya te he vengado, Laura. A uno de ellos le di una buena somanta de palos. Con la correa del perro, como se merecía.

Proteo dio las gracias a los dioses cuando, por fin, salieron por la puerta aquellos dos juerguistas que bebían como dos esponjas.

—Hay una noticia de los compañeros de Treviso que sin duda te interesará. Han dado un golpe espectacular —prosiguió Marietta—. Los camiones de una empresa de importación de fruta de Belluno se utilizaban para transportar armamento serbio. Entre el material incautado había un gran número de AK 47-MGs, además de cajas y cajas de munición con la que también resulta muy fácil romper el blindaje de los vehículos que transportan dinero o el cristal blindado de las joyerías. Hay cuatro detenidos, dos italianos y dos serbios. Todos ellos, sin antecedentes y con residencia en Treviso.

—Di que te pasen los nombres —dijo Laurenti—, y comprueba si están en nuestra lista de la Piazza Garibaldi.

Marietta sonrió.

—Y una cosilla más que preferirás escuchar de primera mano. Tiene que ver con la pigmea.

Laurenti se puso alerta:

—¿Qué ha pasado?

Marietta le leyó el informe de los compañeros del servicio de patrullas como si se regodeara en cada palabra.

Laurenti descolgó el teléfono y llamó a Pina a su despacho. Le costó insistir hasta que Marietta se decidió a levantarse con cara de disgusto y dejarlos solos. Con las ganas que tenía de oír lo que la pigmea le contaba al jefe... Tuvo que esperar una hora entera hasta que salió. Pero, luego, antes de que Marietta, que se moría de curiosidad, pudiera hacer

ni una sola pregunta, Laurenti la envió al consulado a buscar a Petra Piskera y acompañarla a la *questura*.

A pesar del allanamiento, Pina estaba de buen humor. Con su inquebrantable presencia de ánimo habitual, la noche anterior había pedido a los compañeros de la policía científica que aprovecharan para tomar las huellas de la puerta de su vecina. Si esa tal Tatjana Drakič había dejado huellas en el consulado, las que tan preocupado tenían a Laurenti, ¿no cabía pensar que también podría haberlas allí? Por mucho que Galvano afirmase que la mayoría de compañeros tan sólo encontraban lo que iban buscando, de Pina Cardareto no podía decirse lo mismo, ni mucho menos. Esa misma mañana temprano recibió la llamada del laboratorio en la cocina, mientras terminaba de llenar varias bolsas de basura con los añicos de su vajilla. Había acertado de pleno, había dado un golpe que, sin duda, le haría ganar unos cuantos puntos en su expediente, gracias a lo cual también podría conseguir antes el ascenso y el traslado. Por otro lado, aún dudaba si informar ya a Laurenti de su descubrimiento para acelerar su carrera cuanto antes o si seguir trabajando en el asunto ella sola un poco más.

—¿Cómo es que está tan contenta, después de lo que le ha pasado? —le preguntó Laurenti con cierta desconfianza.

—Imagínese lo que habría sido si llego a estar en casa. Hay que saber apreciar la suerte dentro de la mala suerte.

—Vamos, Pina, cuéntemelo de una vez. ¿Que pasó?

La inspectora colocó una caja sobre la mesa y la empujó suavemente hacia su jefe.

—Mírelo usted mismo.

Laurenti levantó la tapa... y se quedó atónito. El preservativo que llevaba el vibrador estaba usado.

—Mándelo al laboratorio. Está usado —dijo Laurenti boquiabierto, mirando fijamente a la inspectora.

—No, no, esto es un simulacro, el auténtico ya está en el laboratorio —Pina Cardareto, con aire divertido, hizo un gesto de negar con la mano—. Sólo quería que usted lo viera tal y como me lo encontré. ¿Comprende de una vez que necesito ayuda? Ese psicópata ha ido un paso más lejos entrando en mi casa. Ya no le basta con el buzón. Y quién sabe si soy la única a la que acosa —cuando Laurenti hizo ademán de intervenir, Pina le cortó—. No, no dejó huellas dactilares. Si el ADN no se corresponde con nadie de nuestra base

de datos, no sé a quién buscar. Necesito su apoyo y, sobre todo, algunos recursos técnicos.

—¿Prentende instalar cámaras y micrófonos en su piso?

—En esa casa hay tantos apartamentos y oficinas que es posible arriesgarse sin que nadie se dé cuenta. Quizá haya alguna compañera entre los especialistas que sepa cómo hacerlo sin llamar la atención.

—Ya no podría ni ducharse sin ser vigilada. Pina, ponga una denuncia normal a los compañeros y tráigame el expediente. Yo hablaré con el fiscal. Por cierto, ¿esto implica que ha tachado a Galvano de su lista de sospechosos?

—No. Yo nunca tacho a nadie antes de atrapar al verdadero culpable. En las fotos se le reconoce perfectamente.

—Galvano tiene una coartada. Anoche estuvo en mi casa y ahora debe de seguir durmiendo la mona.

—Lo dudo mucho. Esta mañana ya lo he visto en la Via Mazzini, no muy lejos de mi casa. Se había escondido detrás de una columna de un portal, pero su perro estaba en medio de la acera.

Y, a continuación, Pina le contó el enfrentamiento que acababa de tener con el portero: el ascensor volvía a funcionar cuando Pina salía de casa para tirar la basura e ir a trabajar. Se llevó una gran sorpresa al llegar al portal. Su bicicleta había desaparecido y de nuevo habían colocado la cinta de plástico blanca y roja con el cartel. Ya estaba bien. Furiosa, había llamado a la portería para preguntar al portero por la bicicleta. En el interior del cuchitril volvían a oírse los jadeos de su particular programa de televisión matutino. Igual que la vez anterior, intentó cerrarle la puerta en las narices a Pina, que la bloqueó con la pierna.

—¿Dónde está mi bici? —preguntó ésta.

—¿Qué bici? Yo no tengo ninguna.

—Estaba ahí, contra la pared —respondió ella, señalando el rincón donde estaba la cinta de plástico blanca y roja del rincón.

—Ahí no había ninguna bici. ¿Es que no ha visto el cartel?

—¿Quién lo ha puesto?

—Yo. Por orden de la comunidad de vecinos y de otros inquilinos. Les molestaba su bici. Además, el manillar estaba ensuciando la pared. Se supone que es un portal representativo.

A Pina le costó dominarse. La voz le temblaba de rabia.

—De cinco bombillas, hay tres rotas, los rincones están llenos de porquería, el ascensor se ha pasado la noche estropeado y desde este cuchitril que tiene usted por vivienda se oyen películas porno. ¿Eso le parece representativo? Anoche quité la cinta y dejé mi bicicleta en esa pared. Como siempre. Todo apunta a que me la ha robado usted.

Asombrado, el hombre dio un paso atrás y respiró hondo.

—Escúchame bien, enana... —el portero intentó hacer valer la autoridad que le confería la bata gris de su uniforme, pero no llegó muy lejos. En el reflejo del cristal de la portería, que estaba medio cubierto por una cortina zarrapastrosa, Pina vio su bicicleta. De un empujón, apartó al portero hacia un lado. En efecto, tenía puesta una película porno en la televisión. Sobre la mesa había una botella de vino peleón, el periódico del día y un bocadillo de jamón mordido. Detrás del sofá, hundido, desgastado y lleno de manchas, estaba la bicicleta. Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Pina se la había cargado al hombro y salía por la puerta, dándole un buen golpe con el manillar al pasar.

—¡Esto le va a costar muy caro! ¡Insultos y maltrato físico! ¡Detente, condenada! —y la siguió hasta la calle, colorado como un tomate, echando sapos y culebras por la boca. Cuando la vio montar en la bici, aún la amenazó con llamar a la policía. Tras doblar la esquina, Pina se volvió a comprobar si aún iba tras ella. Como si estuviera clavado en el suelo, el portero seguía en la puerta de la casa, maldiciendo como una verdulera.

—Está abusando de mi paciencia, comisario —resopló Petra Piskera—. El Ministerio de Exteriores de mi país ya ha enviado una nota al suyo en relación con esto. Sea breve, pues.

Laurenti no se dejó intimidar por la dama de cabello negrísimo y le indicó que tomara asiento.

—Por favor. No tardaré mucho. Pero debería ver esto con calma —sacó dos de las fotos de la pelirroja herida de un sobre y las puso encima de la mesa—. El matrimonio con el que se la ve aquí conversando fue víctima de un ataque hace unos días. El hombre ha muerto y no se sabe si la mujer saldrá adelante. Se apellidaban Babič: Damjan y Jožica Babič. Trabajaban allá arriba, en el Carso, en el AREA SciencePark. Un vehículo los sacó de la carretera y los estrelló contra el quitamiedos. Ya lo hemos confiscado, y los dos hombres que iban en él están detenidos. Más allá de eso, al día siguiente, los mismos caballeros llevaron a cabo un brutal intento de violación del que la víctima logró escapar

por los pelos. El trabajo era encargo de un tal Giorgio Zenta. Por algunos datos que tenemos, él la conoce muy bien, señora consulesa –Laurenti tenía que intentarlo, si bien Zenta seguía negándolo rotundamente.

–¿Y qué pretende decirme con eso? –respondió la consulesa sin conmovirse.

–¿No le interesa saber quién hizo esas fotos?

–Supongo que me lo va a contar a continuación.

Laurenti dejó otra foto sobre la mesa.

–La misma persona también tomó esta instantánea.

Petra Piskera abrió los ojos y clavó la vista en la ampliación en la que aparecía comiendo con los socios de Reggio Emilia.

–Es asombroso que no se diera cuenta de que la estuvieron siguiendo durante días. Las fotografías son obra de la pelirroja que se coló en su consulado y a la que casi matan de una paliza. Con un bacalao seco.

–¿Con un bacalao seco? –se echó a reír la consulesa–. ¡Qué fantasía tiene usted, comisario! O es que ha perdido la cabeza. Si le cuenta eso a un juez, seguro que dictamina su jubilación anticipada por enajenación mental.

–No es mala idea, igual hasta lo tengo en cuenta en su momento. Lo que pasa es que ahora lo digo completamente en serio. Seguimos sin conocer la identidad de esa mujer. Pensé que usted podría ayudarnos a explicar el incidente y a que podamos proteger la sede de su consulado como lo manda la Convención de Viena. No se preocupe, no estoy desobedeciendo sus directrices en ningún momento. Conozco la ley. Por supuesto, me encantaría saber para qué se reunió usted con el matrimonio de Komen y de qué hablaron en aquella ocasión. Claro que, según la ley, no está obligada a responderme, ni tampoco a la pregunta de por qué los tipos babosos como Zenta tienen en tanta estima a las mujeres como usted –en el rostro de Laurenti se dibujó una sonrisa taimada.

Petra Piskera se puso de pie.

–No puedo ayudarle con lo que me pregunta. Y no estoy dispuesta a volver a hablar con usted –sin despedirse, se marchó.

Laurenti llamó a Marietta y a Pina a su despacho y les resumió lo que acababa de suceder.

–Necesito con urgencia conocer la identidad de los dos hombres con los que se ve a la consulesa en el restaurante. Tal vez bastaría con ir allí y pedir la factura de la comida. Es posible que uno de los caballeros pagara con Visa. Intentaré convencer al fiscal de que

retire la inmunidad de nuestra amiga de cabello negro. Los indicios que tenemos deberían bastar. Además, tenemos las huellas de Tatjana Drakič. Ojalá supiera dónde está.

Pina se revolvía nerviosa en su silla. Ahora sí que tenía que contarle toda la verdad. Los resultados de los análisis de huellas le habían llegado hacía escasos cinco minutos... comenzó a hablar tartamudeando y lo soltó todo.

Laurenti quedó impresionado y permaneció un rato sin habla, como ausente.

—Buen trabajo, Pina —dijo por fin, muy pálido, una vez se recuperó del susto—. Qué buen instinto. Admirable.

Jamás hubiera caído en ello. Estaba demasiado acostumbrado a la antigua imagen de Tatjana Drakič, la que se había grabado en su memoria hacía años. Y tampoco hubiera creído capaz de mostrar tanta sangre fría a aquella mujer que, obviamente, se sentía muy segura y muy superior a él. Ni su aspecto, ni su forma de hablar y de comportarse tenían nada que ver con la Tatjana Drakič que él recordaba. Tampoco a Marietta se le había ocurrido. Quizá se hubieran dado cuenta antes si todavía siguiera con ellos Sgubin. Ahora, sin embargo, la soga del verdugo se tensaba. Claro que Laurenti todavía no podía decir con exactitud alrededor del cuello de quién.

—Aunque consiga convencer al fiscal, pasará por lo menos un día hasta que dispongamos de una sentencia judicial. Sólo podemos esperar que a esa mujer no se le ocurra huir. Pina, dé orden de que la vigilen.

—No son bichos malvados, únicamente protegen su nido y sus crías, que acaban de romper el cascarón. Aun cuando te pican, no son heridas serias. Un pellizco, un pequeño corte, poco más. A mí me gustan estos amiguitos que viven de la desgracia ajena.

Galvano y Laurenti se habían encontrado por casualidad en plena calle. En el hombro izquierdo de la chaqueta del anciano se veía una mancha blanca que él intentaba quitarse con el pañuelo al tiempo que pronunciaba un encendido discurso dedicado a las gaviotas, que, evidentemente, le parecían más merecedoras de compasión que los seres humanos.

—En el fondo, las gaviotas sólo intentan que nos apartemos de su camino. Estos animales ya no temen a los humanos con los que comparten la ciudad y que, al fin y al cabo, les proporcionan el alimento. Ellas son cada vez más, y cada vez nos tienen más acorralados. Las más agresivas son las que anidan en el centro, en torno a la Piazza Sant'Antonio. Esperan impacientes a que cierren las pescaderías, o les quitan la comida a los gatos callejeros, la que les ponen las viejecitas del barrio. Seguir viviendo del mar ya

les cuesta demasiado esfuerzo. En la ciudad, por todas partes encuentran sabrosas basuras, producto de la sociedad de la sobreabundancia. Incluso en tiempos de crisis. Con el tiempo, las gaviotas han adoptado un comportamiento de animales domésticos, hasta tocan en la ventana con el pico para pedir comida. En alguna parte lo habrán aprendido, digo yo. Las más listas se instalan en las antenas parabólicas, allí pueden defender sus nidos en todas direcciones.

—Mis respetos, Galvano —rió Laurenti—. ¿Ahora te has metido a veterinario?

—¿Adónde vas?

—Tengo que ver al fiscal. ¿Me acompañas un trecho?

—Hasta el Malabar. Ni un paso más —dijo Galvano, arrastrando al perro—. Esta mañana he estado observando a tu compañera, se peleaba con el portero.

—Ya lo sé —no eres nada original jugando al escondite. Te vio. Disimulabas detrás de una columna como un exhibicionista de tres al cuarto, pero tu perro seguía plantado en mitad de la calle.

—Es que quería que me viera. Ese tipo me da mala espina. Habría que decirle a la pigmea que tenga cuidado con él.

—La noche pasada entraron en su casa. Está bastante descorazonada. ¿Por qué querías que te viera?

—Para que deje de sospechar de mí de una vez.

Sonó el móvil de Laurenti. Marietta le anunció que habían identificado a uno de los dos hombres que comieron con la consulesa. Le dijo su nombre y lugar de residencia y también la empresa para la que trabajaba: retirada y eliminación de residuos especiales. Laurenti pidió a Marietta que averiguara más datos de los caballeros de Reggio Emilia. Tenían que descubrir de una vez a qué negocios se dedicaba Tatjana Drakič alias Petra Piskera.

Galvano aguzó el oído al mencionarse el nombre de la consulesa; Laurenti le resumió las últimas novedades de la investigación.

—¿Y por qué no la metes en la cárcel?

—Por el momento, sólo puede ser acusada de inmigración ilegal y, si acaso, de usar una identidad falsa.

—¿Y su verdadero nombre será Tatjana Drakič o Petra Piskera? —preguntó Galvano, encendiendo un cigarrillo a pesar de que jamás fumaba en la calle.

—No lo sé —respondió Laurenti completamente desconcertado—. Siempre pensé...

—Pensar, Laurenti, no es algo que se dé bien a cualquiera —le espetó Galvano y se paró en la esquina de la Vía San Niccolò, junto a la estatua de bronce de Umberto Saba, de tamaño natural. Para asombro de Laurenti, le metió el cigarrillo encendido en la boca al poeta y siguió andando—. Desde que le han robado la pipa por segunda vez al pobre, siempre que paso por aquí le pongo un pitillo. Era un fumador empedernido.

Laurenti prefirió ahorrarse cualquier comentario.

—A pesar de todo, es representante de un país europeo — retomó el tema Galvano—. Nadie te puede prohibir cambiar de nombre, mientras se haga de acuerdo con las leyes del país correspondiente. Con eso, ni siquiera tendría una identidad falsa. Tatjana Drakič tiene prohibida la entrada en Italia, pero ¿también sería válido para Petra Piskera? Sería un bonito caso práctico para poner en un examen de jurisprudencia y suspender a los estudiantes.

—Las huellas dactilares son las mismas para las dos, Galvano. El nombre no es lo mismo que la identidad.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Aumentar la presión hasta que estalle el asunto.

Cada cosa a su tiempo

Pequeños rizos de espuma coronaban las olas del mar azul acero. En el rostro de Viktor Drakič se dibujó una sonrisa enigmática cuando ordenó a Zvonko, su mejor hombre, que cogiera el maletín que estaba sobre la mesa de reuniones. Era un estuche negro de material sintético, con bordes de aluminio, de ochenta centímetros de largo. Zvonko respondió con una mirada de sorpresa, el maletín no pesaba tanto como había imaginado. Muy diligente, siguió a Viktor Drakič hasta la playa.

–Vamos, Zvonko, date prisa –llamó Drakič–. Quiero enseñarte una cosa –a grandes zancadas, se dirigió a la plataforma de su helipuerto privado y no se detuvo hasta colocarse justo en el centro del símbolo de aterrizaje. Luego, estiró un brazo y señaló el mar–. Ahí lejos hay dos boyas. Justo a una milla marina de distancia. Sin prismáticos, apenas se adivinan. Las dos llevan pintada una diana. Si das en el blanco, emiten una señal. Una débil sirena.

–¿Dar en el blanco? ¿Con qué? –Zvonko no entendía de qué le hablaba su jefe. No era, ni muchos menos, la primera vez que se jactaba de algo que luego sólo existía en su cerebro. Era imposible disparar y acertar a ningún objetivo con el oleaje que había en alta mar.

–Tengo la mejor arma del mundo –dijo Drakič con sonrisa siniestra. Se agachó y abrió el maletín–. Te enseñaré cómo funciona.

A simple vista, lo que contenía el maletín parecía más el conjunto de piezas de algún instrumento de medida que de un arma. Cuando Drakič, con diestros movimientos, las montó, y fijó el aparato en el trípode, se despejaron todas las posibles dudas respecto a su finalidad.

–Telémetro láser, teledirección, visor especial de larga distancia, con modo en infrarrojos, cartuchos especiales hechos *ex profeso* con proyectiles que no se desvían con

el viento, cargador de dieciocho disparos. Hay que ser un verdadero inútil para no dar en el blanco.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Zvonko con tanta admiración como respeto. Nunca había visto un arma semejante, aunque por sus manos había pasado casi todo lo que servía para matar, y no pocas veces lo había utilizado.

—¿Alucinas, eh? —Drakič montó el cargador—. Nadie más que yo tiene un cacharro como éste. Nadie en todo el mundo. Tres años ha llevado desarrollarlo, Dios sabe cuántas fases previas han hecho falta. Y cada año ha costado millones. Ahora está listo. *Swiss made* —casi con ternura, acarició el cañón; después se tumbó en la plataforma, leyó el telémetro y depositó el arma en el suelo—. Este fusil de precisión cambiará las guerras. Es ligero de transportar, fácil de montar, se carga en un instante, es manejable, preciso y, con silenciador, se oye menos que un corcho de champán —acercó un ojo al visor telescópico y apretó el gatillo. Desde el mar oyeron una sirena que se extinguió a los diez segundos. Drakič, satisfecho, se puso de pie, se sacudió el polvo de los pantalones y le dio a Zvonko una palmada en el hombro—. Ahora te toca a ti. Por cada disparo que falles me pagas quinientos euros.

Viktor Drakič saludó con la mano a la Venus rubia, que se había quedado al pie del faro mirándolos. Hacía tiempo que Drakič le había prohibido meter la nariz en los asuntos de negocios.

—Tú estás aquí para divertirme —le había dicho una vez—, no para hacerme la vida más difícil de lo que ya es.

Ella lo acompañaba en sus viajes, se quedaba a su lado sin decir nunca nada y hasta que él no le hacía una seña, indicando que estaba relajado, no abría la boca. En Porer, la isla de Drakič, en cambio, la joven sabía que le esperaban semanas de aburrimiento. No tenía más que diez uñas de los pies para pintarse, y tampoco depilarse hasta el último pelo superfluo daba para llenar los días. Por eso estaba contenta de que por fin pasara algo. Hoy estaba orgullosa de su hombre y se lo demostraba con una sonrisa.

Zvonko no falló ni un solo disparo. Estaba entusiasmado con el arma y se deshizo en epítetos para adular a su jefe.

—Impresionante. Hasta ahora, este resultado sólo era posible con armas muy pesadas y ruidosas que casi no se podían transportar. Cuando recuerdo la última guerra... con esto hubiéramos tenido una ventaja enorme.

–Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Nadie es capaz de localizar el origen del disparo. El tirador está seguro y puede cambiar la posición sin ser visto. Ningún arma es tan certera a tanta distancia. Milla y media. Casi tres kilómetros. Con esto te puedes olvidar de cualquier medida de seguridad. La persona que tengas en el punto de mira está muerta... hasta el jefe de estado más protegido.

–¿Y cuántas obras maestras como ésta existen?

Drakič se tomó su tiempo antes de responder.

–Tres. De momento. Sólo tres en todo el mundo –parecía que disfrutara sus palabras como un sorbo de un vino muy especial–. Pero sólo una fuera del laboratorio donde se ha desarrollado bajo el más estricto secreto. Y ésa es la que tienes en la mano ahora mismo.

Zvonko estaba alerta como un perro guardián esperando cualquier orden de su amo con cara de concentración.

–Coge el arma y cuídala como si fuera el himen de tu hija. Te vas a Trieste. Llévate la lancha, así no tendrás problemas en las fronteras.

–¿Y luego?

–Que vaya Milan contigo. Necesitas un segundo hombre que te cubra para que puedas concentrarte. No puede fallar nada.

Zvonko asintió con la cabeza.

–Esto no es ningún juego de niños. Tu víctima está muy bien vigilada. Planifica muy bien la retirada y no vuelvas ni con malas noticias ni sin el arma. ¿Entendido?

–Confía en mí.

–Piénsalo todo hasta el último detalle. Nada de ligerezas. Nada de chapuzas. Sólo quiero oír una cosa: solucionado, se acabó, punto final.

–¿Cuándo?

–Mañana es un día ideal para ello. Ha llegado el momento.

Si había un día en el año que Laurenti no deseaba perderse bajo ningún concepto, además del día de su boda y los cumpleaños de Laura, de sus hijas Patrizia y Livia, de su hijo Marco y de su madre, ése era el día de la vendimia en las escarpadas laderas de la montaña entre Santa Croce y el mar. Al contrario que en esas otras ocasiones, incluso habría estado dispuesto a sacrificar su último día de vacaciones para acudir, aunque era

muy improbable que se diese el caso, pues con el paso de los años cada vez tenía más días de vacaciones acumulados porque no había podido disfrutarlos.

—Si no me pegan un tiro antes, lo que haré es jubilarme anticipadamente —había dicho una vez en broma. Hasta hacía cuatro años, todavía se ilusionaba planeando todo lo que podría hacer con tanto tiempo libre a partir de los cincuenta y tantos, cuando dejara el trabajo de una vez; sin embargo, el último gobierno había aumentado la edad de jubilación, también para los funcionarios. No sirvió de nada quejarse y lamentarse. A Laurenti le faltaban unos años para acogerse a la antigua legislación y le quedaban no pocos para dedicarse a la vida contemplativa.

Al menos por el momento, todo el mundo había tenido el detalle de dejarle en paz el día de la vendimia. Como por un milagro, jamás le habían llamado con ninguna emergencia en ese día, los criminales dejaban sus crímenes para otra ocasión, o los perseguían los compañeros de la *Guardia di Finanza* o los *Carabinieri*, e incluso se había visto libre de citas en los juzgados. Ni siquiera había coincidido nunca con ninguna de las muchas e infructuosas reuniones del jefe, que a menudo se prolongaban durante horas.

Los griegos ya cultivaban el *piktaton*, y los romanos, según Plinio el Viejo, el *vinum nobile pucinum*, del cual cierta dosis diaria (sin duda, no pequeña) al parecer amansaba la furia de Livia, la tercera esposa del emperador Augusto, además de alargarle la vida hasta bien entrados los ochenta años. Claro que de ese elixir no se conservaba hoy en día ni rastro, por más que de vez en cuando apareciera algún listo y afirmara ser el único dueño en el mundo de aquellas antiquísimas viñas.

Hasta hacía cuarenta años, apenas había un metro de terreno en la costa sin cultivar, por difícil que resultara su acceso. Los cuidados viñedos y los olivos conferían a la estrecha franja de tierra entre el mar y el Carso la apariencia de un pequeño paraíso. La vida allí parecía transcurrir en paz y abundancia. Sin embargo, debido a la emigración que siguió a la Segunda Guerra Mundial y a las posteriores divisiones de la tierra entre los herederos de los emigrados y los caídos —a veces eran más los herederos que los metros cuadrados a heredar—, las terrazas abandonadas fueron cubriéndose cada vez más de hiedra, glicinias y moras silvestres. Los ciervos habían convertido los terrenos en barbecho en su hábitat natural, pues por allí no pasaba nunca ningún cazador dispuesto a llenar su cuerpo de agujeros. Sin que nadie los molestase, vivían, pues, entre la espesura,

comiéndose los vástagos de las vides en los meses secos, para indignación de los viticultores. Algunos de los muros de rocas del Carso, construidos con gran esfuerzo, a mano, cientos de años atrás, se desmoronaban solos. Tan sólo unos cuantos viticultores de Santa Croce seguían cultivando sus terrenos. Prensaban unos diez o doce hectólitros para su propio consumo que apenas les duraban el año. Los habitantes del pequeño puerto de pescadores que había en el borde del acantilado rebosaban alegría de vivir y entusiasmo por la bebida, y, a diferencia de lo que afirmaban las esposas del lugar, no sólo los maridos eran aficionados al vino.

Cuando, en septiembre, maduraban las uvas y la predicción meteorológica se antojaba fiable, enseguida se fijaba un día y corría la voz entre los amigos. La vendimia era una fiesta. El trabajo se convertía en placer cuando todos se ayudaban. Por la mañana, a las nueve, se reunía todo el mundo en el puente que llevaba de la Vía del Pucino hasta el otro lado de las vías del tren, el que en tiempos fuera el ferrocarril del sur; cada cual con todos los pertrechos necesarios: cubos de plástico y de madera y cinchas para sujetarlos. Y vino del año anterior de las bodegas de Claudio y Vojko, pues es bien sabido que el trabajo da sed.

Laurenti había recibido el aviso dos días antes y le había preocupado mucho no poder asistir por primera vez desde que vivía en Trieste. Pero Pina Cardareto tenía razón, los demás miembros de su equipo no eran unos principiantes, y, porque él faltara un día, no habrían de verse perjudicadas las investigaciones.

No fue fácil quitarse de encima a los guardaespaldas. Ninguno de sus amigos estaba al corriente de que, en efecto, había tenido que correr toda una aventura para librarse de los dos agentes experimentados que le acompañaban allá donde fuera. Sardoč y Bezzi eran buenos profesionales y se las sabían todas. No se le despegaban un instante y no pocas veces le indicaban que esperase a cubierto en algún sitio hasta haber sondeado ellos los alrededores. Sabían muy bien que su presencia resultaba molesta. No era raro que sus protegidos intentaran sacudírselos de encima al menos unas horas, como si de esa forma pudieran cambiar la realidad. En eso se parecían todas las personas cuya vida corría peligro. Pero de Bezzi y Sardoč no era nada fácil librarse. Aunque fuera a la edad de cincuenta y dos años, Laurenti debía aprender lo que era vivir con escolta. No sólo durante las horas de trabajo. También se quedaban pegados a él durante su tiempo libre, como la noche pasada en que había salido a cenar con su mujer al restaurante de su

amigo Emiliano, la Osteria Il Pettiroso, en Santa Croce. Laurenti les había pedido que le llevaran allí directamente desde la *questura* y había esperado a Laura bebiendo un vaso de Vitovska tras otro en la barra con sus amigos. Asimismo, al llegar Laura, dos policías de paisano habían permanecido a la puerta del local, dentro del coche, con cara larga y el estómago vacío, mientras que otros dos habían entrado con los Laurenti para apostarse en la mesa vecina a mirar cómo el matrimonio daba buena cuenta de un *carpaccio* de atún con flores de hinojo silvestre y, de plato fuerte, un *scorfano*, como llamaban en dialecto al cabracho. Laura, señalando la cara de mal genio del pez, había comentado que era igualito que Laurenti cuando algo le contrariaba. Sólo que el pez venía directo del horno y él de la oficina.

Durante el camino de vuelta, Laurenti había dicho a sus escoltas que al día siguiente no los necesitaría.

—Concedéos un día libre, como yo —les dijo—. Descansad. Me quedaré en casa y no pondré un pie más allá de la puerta.

Los guardaespaldas asintieron sin decir nada. Conocían sus órdenes mejor que el comisario.

Poco antes de las nueve, Laurenti salió de la casa a hurtadillas y se apresuró a marcharse en la Vespa de su hijo. Temerariamente, fue avanzando entre el intenso tráfico de la carretera de la costa, intentando sacar ventaja a los escoltas. Después de un kilómetro giró por la estrecha y pintoresca carretera comarcal que conducía directamente al pueblo. Estaba de un humor excelente. Los guardaespaldas habían salido corriendo tras él, jurando en arameo, y lograron acortar la distancia a pesar de todas las maniobras del comisario. Ya contaban con que Laurenti intentara escapárseles; la noche anterior, Sardo? había oído la conversación de los hombres de la barra, y también cómo se citaban a primera hora de la mañana.

En la Via del Pucino pudieron seguirle como de costumbre, a cierta distancia, y por fin se tranquilizaron cuando vieron que sus amigos lo recibían con alegres palmadas en el hombro, antes de desaparecer el grupo entero entre las viñas. Allí no podía pasarle nada mientras ellos tuvieran controlados los accesos. Tomaron posición en el puente peatonal que se extendía por encima de las vías del tren. Les llegaban las risas desde la espesura de las vides y, desde luego, ni se les ocurría imaginar que, allá abajo, los hombres estaban trabajando duramente y sudando. Una vez, Bezzi cogió el coche para dar una

vuelta por las carreterillas que subían hasta el pueblo y a lo largo de la pendiente. También en otras zonas vendimiaban, de manera que, una y otra vez, tenía que hacer complicadas maniobras para pasar entre los tractores y coches aparcados cuya parte trasera invadía la estrecha calzada. Había hasta un Audi negro con matrícula de Múnich. Ya había visto ese coche la noche anterior. A menudo, la gente viajaba desde muy lejos para ayudar con el trabajo, no sólo desde la ciudad, aunque nunca había oído antes que ahora también acudieran numerosos turistas. A simple vista, nada en aquel coche llamó su atención. Encima del salpicadero había unas gafas de sol, en el asiento del copiloto un periódico alemán. El policía continuó su ronda tranquilo después de anunciar a la central que el vehículo no parecía sospechoso.

Laurenti y sus amigos comenzaron a vendimiar sin necesidad de instrucciones previas. Todos conocían el terreno y cómo estaban ubicadas las vides, cada cual se hacía con una podadera o con unas tijeras, además de un cubo para ir echando las uvas, buscaba un sitio entre los amigos y se ponía manos a la obra bajo el verde tejado de hojas. En realidad, sólo llegaban a sudar con el trabajo los robustos vendimiadores que cargaban los cubos rebosantes, sujetos con cinchas al pecho y a la espalda, por la estrechísima escalera que llevaba a la Via del Pucino, donde los vaciaban en las cubas que, a su vez, se iban distribuyendo en pilas cada vez más altas en carros de tres ruedas.

Hacia las diez y media, el sol se decidió a asomar por fin entre la gruesa capa de nubes, como si quisiera saludar a las mujeres que bajaban con sus cestas llenas de ricas viandas: hora de tomarse un buen almuerzo, con su jamón, su salami, su queso y un potente *gulasch*, preparado a fuego lento a lo largo del día anterior. Y, naturalmente, vino a placer. Alguien hizo un chiste del que se rieron todos menos Laurenti: a nadie podía pasarle nada malo porque para eso tenían al comisario entre ellos, es decir, la vendimia estaba bien protegida por la policía.

Cuando uno de los amigos llamó a los demás para hacerse la foto de grupo de todos los años, todos se apelotonaron en el borde del muro que separaba su viñedo de la terraza que se extendía más abajo y levantaron sus vasos.

La misma tarde en que Drakič le había mostrado su prodigiosa arma nueva, Zvonko había salido de Porer rumbo al norte. Tras dos horas de viaje en lancha a lo largo de la costa de Istria, viró en dirección a su habitual lugar de amarre en Porto San Rocco, en

Muggia. Anunció su llegada por radio a las autoridades del puerto y no tuvo que someterse a ningún control más. Los Drakič tenían un piso en aquella desangelada localidad-residencia de verano que les servía de alojamiento cuando les hacía falta. Allí nadie llamaba la atención, sobre todo porque los pisos vecinos seguían sin alquilarse y los demás sólo se ocupaban de manera muy esporádica. Aquella urbanización había nacido de un proyecto pensado para dentistas y notarios del norte, que compraron sus inmuebles viéndolos en un prospecto cuyas fotografías no mostraban la orilla de enfrente: el puerto industrial de Trieste y la mayor terminal de petróleo del Mediterráneo.

Drakič le había dado indicaciones muy precisas. Antes de que llegara la noche, Zvonko debía hacer un reconocimiento de la zona y trazar su estrategia. Sacó el Audi negro del garaje subterráneo y fue hasta el centro de la ciudad para recoger a Milan, su segundo hombre. Un cuarto de hora más tarde estaban en la costa, aparcando junto a una *trattoria* en el mirador. La casa de su víctima estaba más abajo. Zvonko y Milan se colocaron junto a la barandilla e intentaron apuntar desde allí, pero la casa quedaba resguardada entre un bosquecillo de viejas acacias y la montaña. Aunque la vista hubiera estado libre, no hubieran podido utilizar el fusil de alta precisión de Drakič. El tráfico en la carretera de la costa era demasiado denso y, además, en la otra punta del Belvedere había un BMW con dos tipos que no dejaban de mirarlos con desconfianza. Zvonko los conocía de antes, de la época en que él mismo había sido uno de los doscientos guardaespaldas de Tudjman. Tenían que ser los escoltas sobre los que le había advertido Drakič.

Decidió examinar los alrededores milímetro a milímetro, allí cumplirían con su misión a la mañana siguiente. Recorrieron varias veces las angostas carreteras que conducían a Santa Croce. Varias veces subieron y bajaron las escaleras de acceso a los viñedos, aunque, más de una vez, los caminos se terminaban en medio de la espesura y no se podía continuar. Hasta el anochecer no encontraron la posición idónea para la mañana siguiente: un viñado de la parte más alta del Carso donde ya se había recogido toda la uva y desde donde se abría la vista sobre todo el paraje hasta el mar. También se veía el lugar donde, según le había dicho a Zvonko su jefe, al día siguiente llegaría el comisario.

—Hace tiempo que nos conocemos —había respondido Drakič a la mirada escéptica de su asesino a sueldo—. Mucho tiempo. Y conozco todos y cada uno de sus pasos de las últimas semanas.

Zvonko y Milan estuvieron de acuerdo en que habían dado con la posición perfecta:

amplio margen de tiro y protección suficiente para el tirador. Regresaron a su vehículo y subieron hasta Santa Croce. Cuando pasaron por el restaurante del lugar, decidieron cenar allí. Zvonko se quedó sin respiración al entrar. En la barra de la Osteria Il Pettiroso estaba el hombre que Drakič le había encomendado liquidar, con una copa en la mano, charlando con sus amigos. Fornidos hombres del pueblo, con unas manos como palas de excavadora, pidiendo un litro de vino blanco tras otro porque sus esposas se bebían el que tenían en casa. Qué fácil hubiera sido pegarle un tiro en la cabeza allí mismo con su Magnum. Desde la misma puerta. Pero, al instante, ya se estaban volviendo a mirarlos los escoltas, y el camarero les saludaba amablemente. Zvonko se apresuró a pedir una mesa y siguieron al camarero hasta el comedor, pasando por delante del grupo de amigos de la barra. Justo cuando les tomaban la comanda, se abrió la puerta. No llegó a ver que eran Laurenti y su mujer los que entraban y escogían una mesa al otro lado del comedor, detrás de la gigantesca estufa de azulejos que dominaba el centro del salón como si fuera un trono. Los dos hombres bajo cuya chaqueta se adivinaba un arma, en cambio, se sentaron en una mesa desde donde veían el local entero. Automáticamente, Zvonko y Milan bajaron la voz.

Laurenti estaba en el extremo exterior del muro, de unos cuatro metros de altura. El fotógrafo les pidió que se apretaran más para caber todos en la imagen. Los amigos rieron y levantaron las copas mientras apretaba el botón varias veces. Uno de ellos, con una narizota muy colorada, le dio a Laurenti una cariñosa palmada en el hombro en el mismo instante en el que, de repente, resonó un disparo a lo lejos. Asustados, todos levantaron la vista hacia la montaña. Todos menos Laurenti. Se tambaleó con los ojos muy abiertos de espanto. Un delgado hilo de sangre le corría por la sien hasta la mejilla. De su boca salió un grito ahogado, volvió a tambalearse y cayó hacia delante. Los dos hombres que estaban a su lado intentaron cogerle pero no lo consiguieron. Unos metros más abajo se oyó el crujido de las vides y Laurenti desapareció bajo el espeso manto de hojas.

Gritos, nervios y revuelo. Enseguida llegaron donde había caído, levantaron y llevaron hasta el camino a su amigo, inconsciente, y lo acostaron sobre la hierba. Cuando le dieron la vuelta para colocarlo boca arriba, descubrieron en su camisa una mancha de sangre que cada vez se hacía más grande y también la sangre de su cara. La respiración era muy superficial. Presa del pánico, uno de los hombres gritaba por el móvil intentando

explicar a la ambulancia cómo llegar hasta aquel lugar tan recóndito. Otro gritaba que hacía falta un helicóptero; un tercero, que tenían que construir una camilla con lo que tuvieran a mano para llevar al herido hasta la carretera. Un cuarto, que era mejor no tocarle, no fuera a ser que empeorasen su situación; otro recordó que había que informar a su mujer. Y mucho antes de lo que se habían atrevido a esperar, oyeron cómo se acercaba el aullido de las sirenas. Parecía que vinieran sirenas de todas las direcciones. A juzgar por el estrépito, un ejército entero.

Epílogo

«Esta mañana, hacia las once, se ha producido un atentado mortal contra un alto funcionario de la policía» –anunció el titular del telediario ese mediodía. La gran sorpresa del día dejó en segundo plano la noticia de que el presidente de los Estados Unidos, George Bush, y el primer ministro británico, Tony Blair, no tenían intención de cambiar las directrices establecidas de su política en Irak a pesar de la escalada de violencia. Tampoco el huracán que amenazaba con asolar Nueva Orleans llegó más que al índice tres. La noticia del atentado contra Laurenti se extendió a la velocidad del viento y, en los días siguientes, llenaría todos los medios nacionales, como siempre que se producía algún ataque a jueces, fiscales o miembros de las fuerzas del orden. En el entierro solían entregar a los familiares, junto con la *tricolore* ceremoniosamente doblada, alguna alta condecoración. Publicaron una foto de archivo de Laurenti, de hacía más de diez años, en la que todavía no se apreciaban las pinceladas plateadas de su cabello.

«El comisario Proteo Laurenti, de cincuenta y dos años de edad, falleció a causa de sus heridas durante el traslado al policlínico de Cattinara. Por el momento, se desconocen los detalles del suceso, excepto que el jefe de la policía criminal de Trieste fue alcanzado por un disparo en la zona montañosa de la costa, al pie del pueblo de Santa Croce, mientras participaba en la vendimia. Se presume que el arma homicida fue un fusil de precisión. Las autoridades mantienen el máximo secreto. Así pues, ni siquiera hay datos sobre el caso que estaba investigando el comisario en la actualidad, se desconoce si los autores del atentado han de buscarse en dicho contexto o si, por el contrario, se trata de un acto de venganza del pasado. Lo único que no da lugar a dudas es que nuestros investigadores cada vez están más expuestos y que la barrera de inhibición de los criminales desciende de forma preocupante. En la mayoría de los casos, ya no se trata de actos criminales que puedan atribuirse a un grupo de autores claramente definido. La interacción entre facciones del crimen organizado más allá de las fronteras funciona,

desde hace tiempo, mejor que la colaboración en el terreno político o cultural. Esto es especialmente patente en ciudades fronterizas como Trieste.»

En tanto la locutora transmitía la noticia con voz libre de toda afectación, las imágenes mostraban la jefatura de policía, el puerto, una vista aérea de la ciudad y, por último, la franja de costa al pie del Carso donde se suponía que estaba la residencia de los Laurenti. Luego mostraron las declaraciones de los testigos, los amigos de la vendimia del comisario, muy abatidos, todos reunidos en torno a una mesa y apenas capaces de decir nada sobre lo sucedido.

—Se cayó de repente. Como un árbol talado. Primero pensamos que había perdido el equilibrio. Nadie pudo sostenerle. Llamamos corriendo a emergencias. Estamos muy afectados.

La cámara se detuvo en las caras consternadas, pasó largo rato sin que nadie quisiera retomar la palabra hasta que, por fin, uno rompió el silencio.

—Que Dios se apiade del cerdo que lo ha hecho como me cruce yo con él...

Y luego comenzó a tararear una melodía fúnebre. En esloveno, todos dedicaron la canción a su amigo, y la indiscreta cámara grabó las lágrimas que corrían por las mejillas de aquellos hombres tan fornidos.

Corte.

Una limusina oficial dejaba al fiscal de cabello ralo y tez cenicienta a las puertas del Palacio de Justicia, un imponente edificio neoclásico en cuyo interior se encontraba su despacho. Los reporteros se agolpaban para pedirle una declaración, pero el fiscal se limitó a señalar que ya se había convocado una conferencia de prensa a primera hora de la tarde. Sin más comentarios, siguió caminando a paso rápido y desapareció en el interior del palacio. Eso dio paso al resto de noticias del día.

Marco no acudió al trabajo en el restaurante ni Laura a la casa de subastas. La casa de la costa había sido sellada herméticamente por las fuerzas del orden. Incluso por la parte del mar: una lancha motora de la *Polizia Marittima* había tomado posición y no se movería de allí. Por teléfono, muy pocas personas tenían acceso al hogar de los Laurenti, sólo aquéllas a las que se había dado el número especial que se había habilitado de inmediato.

En la jefatura de la policía, una reunión se solapaba con la siguiente. El jefe estaba furioso, pues la inspectora bajita, que había sido la primera en aparecer en su despacho y presentarle su estrategia de un modo tan convincente que él no había podido sino

aprobarla al instante y dejar las investigaciones en sus manos, llevaba horas ilocalizable y ni siquiera se dignaba llamarle para informar. Hasta primera hora de la tarde no dio señales de vida; todo lo que dijo fue que había ido tras una pista inminente que, por desgracia, luego había resultado ser falsa, y asumió sin pestañear la fuerte reprimenda que le echó el *questore* delante de todos los compañeros.

—No tolero los arranques de individualismo y espero un informe escrito que lo justifique. Pero puede ser más tarde, cuando hayamos avanzado con esto. Ahora, todos deben concentrarse en la investigación. Quiero que se me informe de cualquier detalle que descubran, por insignificante que les parezca. ¿Está claro?

Pina Cardareto había desaparecido del lugar de la desgracia sin decir nada, en cuanto el helicóptero en el que se llevaron a Laurenti despegó de la carretera al pie del viñedo. Los agentes de uniforme estaban peinando la zona y enseguida se dio cuenta de que ninguno de los amigos de Laurenti podría contribuir a esclarecer el atentado. Estaban a su lado en el momento del disparo y al principio creyeron que se había caído porque le habían dado una palmada demasiado fuerte en la espalda. A ninguno se le había pasado por la cabeza que el francotirador también hubiera podido dar a cualquiera de ellos. Sardoč y Bezzi, los expertos profesionales encargados de proteger la vida del comisario, tampoco pudieron dar más datos que la vaga dirección de la que había venido el disparo. Bezzi había salido a toda velocidad a recorrer las estrechas carreteras de montaña en el BMW. Más arriba seguían vendimiando como si nada, pues la gente no se había enterado de lo sucedido a unos pocos cientos de metros de distancia en línea recta; hasta que el despliegue policial y el ruido de los helicópteros los asustaron. Lo único que había cambiado era que ya no estaba el Audi con matrícula de Múnich. Bezzi transmitió la orden de búsqueda por radio y luego regresó junto a Sardoč, que trataba de coordinar las fuerzas de apoyo que iban llegando. No iban a cubrirse de gloria por haber dejado a Laurenti desprotegido, aunque, en el fondo, la bala de ese francotirador habría podido alcanzarle igualmente por más que hubieran permanecido pegados a él. Sabían que les reprocharían haber descuidado sus obligaciones y que tendrían que asumir un montón de humillaciones y amenazas, además de escribir largos informes explicándolo todo.

Pina Cardareto tenía en mente otra cosa. Estaba convencida de que había una relación directa con las detenciones de los últimos días, y sabía que sólo la rapidez de actuación podía impedir que triunfaran los artífices del atentado. Volvió al centro de la ciudad

pisando a fondo el acelerador del coche patrulla y con la sirena puesta y subió las escaleras de la *questura* de tres en tres después de aparcar en segunda fila.

—Llama al jefe y dile que quiero hablar con él de inmediato —pidió a Marietta, que permanecía sentada en su escritorio con ojos llorosos. En el cenicero se veían dos cigarrillos encendidos al mismo tiempo—. Lo mejor es que te vengas conmigo —dijo la inspectora en tono compasivo y le puso la mano en el hombro con delicadeza.

Las dos mujeres recorrieron el pasillo. Pina delante, con sus zapatillas de deporte, Marietta detrás, repiqueteando con sus taconazos. El *questore* las esperaba en la antesala de su despacho.

—Sólo hay una estrategia posible —comenzó Pina antes de sentarse en el sillón que le indicó el jefe. Marietta se quedó de pie a su lado. En pocas palabras, Pina expuso su teoría e insistió de un modo irrefutable en la necesidad de mantener la confidencialidad más absoluta, a excepción de algunos datos muy escogidos que el *questore* sí debía hacer públicos.

—Tenemos que conseguir que el contrario se mueva y cometa un error —dijo Pina—. Y sólo si se creen a salvo tendremos oportunidad de pillarlos.

La secretaria del *questore* entró y anunció al fiscal.

—Muy oportuno —respondió el jefe y se volvió hacia Pina—. Inspectora, va a tener que repetirlo todo desde el principio.

—Laurenti ha ido un paso demasiado lejos —el hombre de cabello ralo sacudió bruscamente la cabeza—. No se puede hacer nada, el juez ha rechazado nuestra solicitud de vigilancia total. Teme que haya problemas entre los dos países y opina que las sospechas no bastan para investigar a la consulesa. La Convención de Viena establece la anulación de la inmunidad en el caso de delitos graves, pero el material con que contamos comporta básicamente delitos leves, espionaje industrial e incitación a la violencia física. A lo sumo, serviría para declarar a Petra Piskera persona non grata y expulsarla de inmediato.

—¡No, por Dios! Eso es lo último —se le escapó a la inspectora—. Entonces, no la pillaremos nunca.

Con un tajante gesto con la mano, el fiscal la hizo callar.

—El juez asegura que comprende la postura de Laurenti, después de todo, atacaron a

su mujer. Pero eso también le privó de la distancia que habría debido mantener en la investigación. No se puede hacer nada.

Marietta estaba horrorizada.

–Es inconcebible. El atentado habla por sí solo.

–Cuando tomó la decisión, Laurenti todavía estaba vivo –dijo el fiscal con voz ronca–. Pero no creo que el ataque cambie nada relativo a las pruebas en su contra. Piensen ustedes en algo. Yo pediré consejo a mi compañera de Pula. La señora Ravno ya está de camino y llegará dentro de una hora.

Marietta se puso alerta.

Así que iba a venir Živa Ravno a llorar a Laurenti.

Pina, sin embargo, vislumbró una oportunidad única. A pesar de todo, consiguió convencer también al fiscal de la importancia de mantener la confidencialidad. El *questore*, y sólo él, debía proporcionar a los medios una información tan medida y tan escogida que tal vez así logaran ganar cierta ventaja. Y, desde luego, no necesitaba oír dos veces la sugerencia del fiscal de que «pensaran algo ellos». La maquinaria de la investigación echaba humo.

Uno se encuentra más de una vez en la vida

Viktor Drakič temblaba de rabia. Rara vez se le veía sin la máscara de una indiferencia de hielo. Esta vez, en cambio, se encontraba con el problema que tienen muchos jefes: sus subordinados no cumplen las órdenes.

En plena negociación con los socios que habían llegado en helicóptero desde el aeropuerto de Rijeka, había recibido una llamada de su mano derecha. Un asunto serio. Tras un tenso y difícil tira y afloja, Viktor Drakič estaba a punto de hacerse con la exclusividad de la provisión de material de relleno para los tramos de autopista que aún quedaban por construir entre Ljubljana y Zagreb y entre Zagreb y Split. Hasta el momento, sólo tenía garantizadas las operaciones para conseguir un tercio del volumen. ¡Y ahora aquello!

—¿Acaso la orden estaba poco clara? —no tenía otra opción. Viktor Drakič tenía que intervenir radicalmente. Con gesto consternado, sus dos hombres se mantenían de pie delante de él, rezando por no ensuciarse los pantalones allí mismo y esperando que se mostrase compasivo con su penosa situación.

—¿Es que no sois capaces de hacer las cosas bien ni una sola vez? ¿Qué es lo que no entendisteis? Dije que lo quitarais de en medio. Para siempre —el tono de Drakič cortaba como un escalpelo.

—Está muerto. Zvonko le dio. Cayó como un fardo —Milan, un bárbaro de más de dos metros con el pelo negro, cortado a cepillo, y unos paquetes de músculos del calibre de Sylvester Stallone, simuló el disparo con la mano en forma de pistola. Le sacaba al menos una cabeza a su jefe, pero antes de que pudiera darse cuenta, el puño de Drakič le acertó en plena cara.

—Por las informaciones que yo tengo, aún respiraba cuando se lo llevaron. No me gustan las incertidumbres —Drakič se había dirigido de nuevo a su escritorio y, antes de que el hombre se recuperara del puñetazo, se sentó en su mullido sillón de cuero.

Empezó a jugar con el anillo que llevaba en la mano izquierda, un sello con el águila bicéfala, y luego miró larga y fijamente a Zvonko. El silencio de plomo que invadía la habitación sólo se rompía de vez en cuando por la pesada respiración de Milan.

—Tú sí que me has decepcionado. Llevo cinco años dándote de comer. ¿Y te atreves a cometer semejante error? Con un arma así deberías haberle reventado el cráneo.

Drakič miró con los ojos guiñados a sus dos colaboradores, que no alcanzaron a decir una palabra más. Dos matones con demasiado poco cerebro, con las manos enganchadas en la hebilla del cinturón. Se sentían incómodos, allí de pie. Zvonko miraba al suelo intimidado y se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta, en la que se había formado una mancha oscura. No sabía lo que le esperaba. Su jefe era impredecible, jamás se podía leer en su rostro o intuir por su tono de voz lo que iba a hacer a continuación. Zvonko había visto de todo, hasta le había visto matar a un hombre de un tiro en la cabeza, con su propia mano y sin alterar el semblante, ni siquiera al salpicarle en plena cara la masa encefálica de la víctima.

Hacía poco que habían amarrado la lancha motora y, de mala gana, habían subido hasta el faro para presentarse ante la mano derecha de Drakič. Cuando una secretaria es buena, su humor permite adivinar también el de su jefe: Branka no les dijo ni una sola palabra sino que los dejó esperando en la entrada sin quitarles la vista de encima. Hasta que no pasó media eternidad no se levantó y pasó a la sala de reuniones a informar a Drakič. Le susurró algo al oído y volvió a salir. Milan y Zvonko tuvieron que esperar otros veinte minutos en silencio hasta que el jefe, muy seco, por fin les mandó pasar.

—Nadie me traiciona sin pagar por ello —dijo Drakič adelantando la barbilla—. ¿Dónde está el arma?

El más joven de los dos matones carraspeó apurado.

—No había otra opción. No nos quedó más remedio que dejarla allí. Fueron demasiado rápidos. Al instante, aquello se puso a rebosar de policías y helicópteros. Los coches patrulla cortaron todos los accesos. Tuvimos que retirarnos sin llamar demasiado la atención. A ver qué íbamos a decir si nos paraban en un control con el arma en el coche...

—Estoy seguro al cien por cien de haberle dado. En mitad de la frente —dijo Zvonko con voz ahogada.

Drakič se levantó de un salto, se abalanzó sobre él, desenfundó su arma apresuradamente y la amartilló, apuntándole a la sien. Pero no apretó el gatillo.

—¿En mitad de la frente? ¿Así? —la mano que tenía libre apretaba el cuello de Zvonko y le ahogaba.

El matón tosía y temblaba. Muerto de miedo, miró de reojo a su jefe, a quien sacaba la cabeza y, en otras circunstancias, fácilmente habría podido aplastarlo entre sus manazas como a un mosquito.

—Sí —consiguió que saliera de su garganta—. Le di.

Drakič bajó el arma, pero cuando se oyó que Zvonko respiraba aliviado le dio un fuerte culatazo en plena cara. Le brotaba sangre de la nariz cuando cayó de rodillas. Un segundo golpe lo dejó tendido en el suelo.

—Arriba —bufó Drakič, propinándole una patada en el vientre—. Levántate ahora mismo o no podrás volver a hacerlo.

Jadeando, el hombre se arrastró hasta la mesa a cuatro patas y se levantó agarrándose al tablero. Su compañero estaba tan atemorizado que no se atrevió a ayudarle. Drakič volvió a sentarse en su sillón.

—¿Dónde está el arma?

—Es imposible que nadie la encuentre. Pensábamos volver a recogerla cuando se calme todo, pero entonces recibimos orden de venir de inmediato a informarle.

—¿Dónde está el arma? —Drakič, impaciente, tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Está en un viñedo. A unos seiscientos metros en línea recta de donde estaba el comisario.

—¿En plena vendimia vais a elegir un sitio así, idiotas? Lo que es un milagro es que no la hayan encontrado todavía —era evidente que Drakič no quería recordar sus propias órdenes ni de pasada. Por el contrario, cuando las cosas salían bien, todo había sido idea suya siempre; nadie osaba llevarle la contraria.

—Ahí ya habían recogido las uvas. No hay peligro —afirmó Milan.

—Más os vale. Disponéis de la mejor arma del mundo, con telémetro láser y todo, y falláis. No me extraña que nos costara tanto acabar con los serbios. He invertido más de cinco millones en el desarrollo de esa arma, esta mañana sólo había tres ejemplares en todo el mundo de la última versión. ¡Y vosotros os la dejáis en un viñedo sin más! ¡Que Dios se apiade de vosotros si no está aquí de vuelta a medianoche! ¡Vamos! Ya estáis volviendo a por ella.

Salieron por la puerta casi corriendo. Cinco minutos más tarde arrancaba la lancha.

Apenas habrían llegado a alta mar rumbo a Trieste cuando Viktor Drakič descolgaba el teléfono. Su hermana no tardó en responder.

–¿Cómo va la cosa? –preguntó él–. ¿Sabes algo más?

–No pueden hacer nada por él. Está en las últimas.

Tatjana se había detenido frente a la Galleria Tergesteo, el pasaje cubierto que unía la Piazza della Opera con la de la Borsa. Había dejado el coche en el aparcamiento del consulado, en la Via San Carlo, e iba de camino a la oficina cuando sonó su teléfono móvil. Se paró delante del escaparate de la librería y miró a su alrededor con cautela por si podía oírla alguien. Pero el parloteo de las señoras que se tomaban su habitual digestivo en el Caffè Tergesteo resonaba tanto por los corredores que a la propia Tatjana le costaba entender a su hermano. Sujetaba el móvil con ambas manos muy cerca de la oreja y de la boca.

–Eso no me basta. ¿Cómo de fiable es esa información? –Viktor Drakič miró hacia el mar abierto, la tormenta que se estaba levantando estrellaba las olas blancas contra el pequeño muelle de la isla.

–Al cien por cien. Una de nuestras chicas trabaja en el hospital.

–Zvonko y el otro imbécil tienen que volver a buscar el arma. Si alguien la encuentra antes que ellos, tendré problemas con los americanos.

–¿Dónde está? –quiso saber Tatjana.

–La descripción de Zvonko fue demasiado confusa. Tú ocúpate de Laurenti, es más importante. Yo tengo que volver con mis invitados, hemos conseguido el encargo de la autopista.

El policlínico de Cattinara estaba abarrotado de guardias de seguridad. En la séptima planta de una de las dos torres del hospital, la izquierda, donde estaba la sección de neurocirugía, vigilaban dos puertas. El policía apostado frente a la habitación de Alba Guerra se aburría. Seguía sin conocerse su identidad, nadie iba a visitarla. Muy distinto era el caso de Jožica Babič. Sus hijos se atenían a las órdenes de los médicos y se iban turnando, aunque todavía no se podía hablar con ella. Su estado había mejorado pero aún no estaba fuera de peligro.

En la planta quince, la parte trasera del pasillo de la sección de cirugía, una agente de paisano y su compañero, de uniforme, mantenían una tercera puerta cerrada a cal y

canto. No dejaban pasar a nadie sin realizar un control exhaustivo. Sólo tenían acceso algunas personas escogidas y el personal del hospital, médicos o enfermeras. Y, aunque los guardias de seguridad entretanto conocían más o menos las caras de todos, respetaban las normas a rajatabla y cacheaban a todo el mundo con mucha precaución. A una enfermera a la que el hospital entero conocía pero no encontraba su tarjeta de identificación se le prohibió pasar, a pesar de sus protestas, y tuvo que pedirle a una compañera que la sustituyese.

Galvano se puso como un basilisco por todas aquellas medidas de seguridad, y dentro del propio hospital circulaban toda suerte de rumores. Nadie sabía qué o quién era lo que tanto había que vigilar y proteger. El anciano forense se había desplazado hasta Cattinara nada más enterarse del atentado. Sin embargo, ni el personal de recepción ni el servicio de emergencias tenían a ningún Laurenti registrado en la base de datos y, muy cortésmente, iban enviando a Galvano de sección en sección.

Refunfuñando, el anciano recorrió piso por piso en busca de su amigo. Nadie supo ayudarle. Laurenti muerto... sencillamente no daba crédito a la noticia que había oído en la radio. Por fin dio con uno de los agentes que vigilaban el pasillo de cirugía de la última planta y tuvo la esperanza de haber llegado al lugar correcto. Ni siquiera respondieron a sus preguntas. ¡No logró sacarles ni una palabra! No se sabía nada de ningún Laurenti. Galvano llegó tan lejos que incluso trató de colarse vestido con una bata blanca que había robado del cuarto del personal. Pero también esta vez fue como darse contra una roca. Indignado y cansado emprendió el camino de vuelta. A lo mejor conseguía enterarse de algo más en la *questura*.

En el despacho de Laurenti encontró a Marietta y a la inspectora, que intentaban sacar adelante el trabajo sin su jefe.

—Pina, ¿para que necesita guardaespaldas un muerto? — preguntó Galvano nervioso, casi gritando, al irrumpir en la habitación sin avisar, tal y como tenía por costumbre.

—¿A quién se refiere, doctor? —Pina lo miró con gesto desconfiado.

—¿A quién va a ser? ¿Qué le ha pasado? ¿Está vivo?

—Es una medida de precaución, doctor. Los médicos siguen investigando la causa de su muerte —respondió Pina con la mayor objetividad que fue capaz de mostrar.

—¿Ah, sí? ¿En una habitación de planta? ¿Ni siquiera un quirófano? ¿Y por qué no lo hacen en el instituto forense, donde están los especialistas? No me cuadra. Ya estás hablando por esa boca.

Pina no se conmovió.

—Son especialistas. No hay nada que hacer, Galvano. Confidencialidad máxima. Hasta que haya resultados más precisos.

—¡Pero yo también soy parte de todo esto, y, además, Laurenti es mi mejor amigo! ¿Por qué no se me informa? —le temblaba la voz. Marietta nunca lo había visto así. Siempre había pensado que Galvano era un viejo gruñón, un cínico inteligente y despiadado que ponía todo su empeño en amargar la vida a sus amigos.

—Sé tanto como usted, doctor. Lo siento. Ahora tenemos que seguir trabajando. Disculpenos, por favor —el tono de Pina reveló tanta determinación que Galvano emprendió la retirada deprimido.

Cuando se hubo cerrado la puerta detrás de él, Pina pidió a su compañera que se ocupara de coordinar a los demás. Seguían buscando el proyectil en los viñedos. Donde pensaban que podía haber penetrado en el suelo, utilizaban detectores de metales e incluso removían la tierra, varias patrullas peinaban las demás parcelas de la zona, los controles en las fronteras se reforzaron y el forense no tardaría en presentar un primer informe balístico a partir del análisis de la herida. Aún no se había terminado de interrogar a todas las personas que se encontraban en el lugar del atentado o en un radio bastante amplio de los alrededores. Pronto se supo que el Audi negro no pertenecía a ninguno de los participantes en la vendimia. La consulta a la Dirección de Tráfico de Múnich había dado como resultado que el permiso de circulación del vehículo con matrícula M-CH 507 correspondía a una empresa de alta tecnología dedicada al reciclaje de papel con filiales en Viena y Zúrich: en resumen, un coche de empresa. Los alemanes iban a investigar el vehículo.

Finalmente, Pina desapareció sin decir nada a Marietta. Había decidido tomar el único camino viable en su opinión, aunque ello supusiera un gran frenazo en su fulgurante carrera. Seguro que pronto conseguía compensarlo. Tenía tantos puntos extra en su expediente que merecía la pena el riesgo. Y, si lograba el éxito, al final todos estarían contentos: el comisario, el *questore*, el prefecto y los medios.

En la Via Torbadena, apretó largo rato todos los botones del telefonillo del consulado y, en cuanto abrieron la puerta, echó a correr escaleras arriba. Sin saludar, dejó atrás a la secretaria que se quedó mirándola con la boca abierta. Petra Piskera también se quedó atónita al ver plantarse a la inspectora en mitad de su despacho.

—Ven conmigo —le dijo Pina sin resuello—. Tengo que enseñarte una cosa que seguro

que te interesa.

—¿Y vienes por tu cuenta o como policía?

—Como amiga tuya. Date prisa.

—Entonces estoy más tranquila —la sonrisa de la consulesa era tan falsa como el color de su pelo—. ¿Y qué se supone que es tan importante como para dejar lo que estoy haciendo, así, sin más? —Petra Piskera se recostó en su sillón. No tenía intención alguna de marcharse a ninguna parte con Pina. En el pasillo se oía la charla de las tres mujeres que trabajaban allí y que se disponían a salir a comer. Luego se cerró la puerta. Pina y la consulesa estaban solas.

—¿Cerraste la puerta de tu casa esta mañana?

—¿Por qué? —ahora, al fin, la consulesa reaccionaba—. ¿Ha pasado algo?

—Anoche en mi casa y, esta mañana, en la tuya. Alguien nos está espionando.

Petra Piskera se levantó como movida por un resorte.

—Claro que cerré la puerta. ¿Estás segura?

Pina arqueó las cejas por toda respuesta y esperó a que la consulesa se dispusiera a salir de una vez.

—¿Tenías cosas de valor en casa? —le preguntó.

—Joyas y ropa. Por lo demás, nada importante.

—¿Documentos, papeles de las empresas o cosas así?

—Están todos aquí. ¿Qué es lo que se llevaron de tu casa?

—Nada. Es rarísimo pero no falta nada. Como si el cerdo que lo hizo buscara algo que no encontró. Por eso pregunto. A lo mejor confundió los dos pisos.

—Me cuesta imaginarlo. En mi casa no hay nada que robar. No tengo objetos heredados de valor insustituible ni documentos ni dinero. Nada que merezca la pena.

Las dos mujeres doblaron la esquina de la Via Mazzini y tuvieron que dejar pasar dos autobuses hasta que pudieron cruzar la calle. En cuanto entraron en el portal, el portero corrió la cortina de la garita. Pina agarró a Petra del brazo y le hizo una seña. Luego sacó del buzón un papel muy bien doblado y frunció el ceño.

Era la foto de unas bragas como las que llevaba Pina. Dos triangulitos de tela blanca con topes rojos del tamaño de una moneda de euro. Probablemente, el ladrón se las había llevado del cesto de la ropa sucia.

«Por fin nos vamos acercando» —se leía al lado—. «Pronto te haré una visita.»

Las dos mujeres se apresuraron a meterse en el ascensor y subieron.

–Tu admirador es muy testarudo –dijo finalmente la consulesa.

–¿Te has dado cuenta de que, cuando saqué esta guarrería del buzón, se movió la cortina de la garita del portero?

–Es verdad, se ve que le gustas –dijo la consulesa y avanzó por el pasillo con paso rápido. La puerta de su casa estaba cerrada y no había ningún signo de que hubieran intentado entrar a robar–. Pero si está todo normal... ¿Qué pasa aquí?

–El análisis de las huellas dactilares fue muy revelador.

Pina sacó su arma del cinturón en el momento en que la consulesa se volvía hacia ella. La apuntó a la cara. Con la otra mano, abrió la puerta de su apartamento.

–Vamos a entrar las dos –dijo, haciendo un movimiento con la cabeza que no dejaba lugar a dudas. La consulesa todavía no tenía claras las intenciones de la inspectora, no se movía y observaba a su diminuta vecina intentando estimar hasta dónde era capaz de llegar. La seña con la pistola, sin embargo, fue tan clara que cedió. Pina le ordenó que se sentara en una silla y cruzara las manos a la espalda.

–Vas a ser mi invitada durante un tiempo, Tatjana –dijo Pina, sentándose enfrente–. Ése es tu verdadero nombre, ¿a que sí? Tatjana Drakič. Por cierto, te lo digo por tu propia seguridad, nada más: no hagas tonterías. Te saldrían mucho más caras que el pequeño trato que te voy a proponer.

La dama de cabello negrísimo se mordió los labios y esperó. Pina vació el contenido de su bolso encima de la mesa.

–¿Por qué llevaréis las mujeres la casa entera encima? – dijo, y por fin encontró el móvil de Tatjana–. Vas a hacer lo que yo te diga. Justo lo que yo te diga, ¿está claro?

Apretó los botones del menú hasta seleccionar la Agenda y el número que buscaba, apretó el botón de llamada y le puso el aparato en la oreja a la consulesa.

–Di que te han secuestrado. Pero como pronuncies mi nombre, disparo –para reforzar sus palabras, le apretó la pistola contra la sien–. Un millón de euros para mañana a las dieciocho horas. Y di que voy muy en serio. Como encuentre un solo billete falso, te has jugado la vida sin más opción de trato. Dinero a cambio de tu vida y de mi silencio. En realidad, vas a salir muy barata. Más tarde daré más instrucciones.

–¿Con quién se supone que tengo que hablar?

–Con tu hermano, so bruja.

Zvonko mantuvo el rumbo a Trieste casi constante a lo largo de toda la costa. La

tormenta que se avecinaba agitaba también el mar y no permitía avanzar muy deprisa. Había preferido tomar la lancha más pequeña, una Sea Ray 315, que tenía muy poco calado y, con sus nueve metros y pico de eslora, resultaba mucho más manejable y llegaba a los treinta y cinco nudos... mientras el mar estuviera como un plato, claro. El cacharro ideal para salir huyendo, como solía decir él, aunque no para viajes largos. Tardaron casi el doble que la primera vez. Milan no sólo luchaba contra el mareo sino también contra las burlas de Zvonko, que había nacido en Split y siempre se mofaba de la gente del interior. Al llegar a Umag, cambió de rumbo y viró hacia el oeste antes de entrar en aguas eslovenas. Bordeó la línea entre la lengua de tierra de Piran y la península de Grado con rumbo fijo hacia el centro de la costa montañosa al pie del Carso. Zvonko se orientaba por la torre blanca de la iglesia de Santa Croce, cuya cúpula en forma de cebolla asomaba por encima de los pinos que rodeaban el pueblo, y observó con satisfacción los brillantes relámpagos que rompían la negrura de la pared de nubes que se había formado sobre el Carso. También el mar, al norte, se había teñido de oscuro y cada vez se levantaban crestas de olas más grandes. Cuanto peor fuera el tiempo, más fácil lo tendrían ellos.

—Cambia la bandera —dijo Zvonko, y Milan, a regañadientes y con la cara verde, se dispuso a obedecer y colocar la *tricolore* en la popa.

—Es más seguro, aunque me cuesta creer que con este tiempo vayan a salir los polis a controlar nada voluntariamente.

—¿Y eso qué es? —preguntó Milan, señalando a la izquierda.

—Mierda —dijo Zvonko. Ahora, también él había visto el bote de la policía atracado a pocos metros de los acantilados, detrás de las mejilloneras—. Iremos al pequeño puerto que hay más allá.

—¿Y luego? —quiso saber Milan, poniéndose un impermeable, pues sabía bien que desde allí sólo se podía seguir a pie porque la costa era demasiado accidentada.

Bajo una lluvia torrencial, pasaron la boya que, a media milla de la costa, señalizaba la entrada en el puerto, y Zvonko estranguló los motores. Se tranquilizó al ver que el bote de la policía no se movía de donde estaba. Lentamente, condujo la Sea Ray hasta la parte de atrás del muelle y amarró al lado de un velero. Allí no había más que unos cuantos barracones y una sencilla casa de piedra que recordaba los tiempos de las grandes pescas de atún que, hasta entrados los años cincuenta, habían constituido una

sólida forma de ganarse la vida hasta que las grandes flotas pesqueras comenzaron a agotar los bancos en el sur antes de que los peces llegaran siquiera hasta esa zona.

La cara de Milan se iluminó cuando por fin se notó pisando tierra firme en el muelle. Subieron la escalera hasta la carretera de la costa, que cruzaron a la altura de Tenda Rossa, y se echaron campo a través.

Zvonko no daba crédito a sus ojos cuando, de repente, vieron venir de frente un vehículo de la policía, a pesar de que por aquellos caminos apenas cabía un coche tras múltiples maniobras. Para esconderse era demasiado tarde. Zvonko no vio otra solución que apartarse para dejarle paso y saludar con la mano a los agentes como si el asunto no fuera con él. Como iban calados, tal vez los tomaran por excursionistas a quienes había sorprendido la tormenta. Los policías les devolvieron el saludo. Milan respiró aliviado con tan poco disimulo que Zvonko le dio un codazo en las costillas. Diez minutos más tarde, a unos cientos de metros por debajo del pueblo, volvió a pasar el coche. De nuevo, Zvonko saludó con la mano. El coche desapareció tras la siguiente curva, entre los altos muros de rocas que bordeaban el camino. Zvonko abandonó el camino y se adelantó. Tomó un sendero antiguo cuyos escalones, desgastados por tantos años de pisadas, llevaban hasta la colina de San Primo. Milan le seguía jadeando. Por fin se vieron delante del portón de entrada al viñedo en el que habían escondido el arma. Zvonko descorrió la barra del cerrojo y pasó. A cuatro patas, se abrió camino entre las vides y respiró con alivio al ver que el fusil seguía intacto, en su trípode, tal y como lo habían dejado.

—Es que el jefe no se fía de nadie, se cree que todos son idiotas menos él —dijo Milan mientras desmontaban el arma y devolvían las piezas al maletín, que primero tuvieron que vaciar de agua—. Imagínate lo que habría hecho con nosotros si no llega a estar aquí el chisme.

—No digas tonterías. Yo sé muy bien lo que me hago —dijo Zvonko, seco. Con un sonoro clic, cerró el maletín y se puso de pie.

—Manos arriba. No se muevan de donde están —la voz que oyeron detrás de ellos era clara y firme.

Zvonko y Milan se miraron de reojo un instante y se echaron al suelo, cada uno hacia un lado. Mientras caían, sacaron sus pistolas, dispararon y trataron de ponerse a cubierto. Cinco disparos; dos de ellos, cruzados, fueron a dar en el muro del lado de la montaña. Zvonko estaba detrás de unos barriles de acero inoxidable que los vicultores

utilizaban para recoger el agua de lluvia. Milan arrastró el maletín hacia sí, estaba a tres metros de la terraza que se extendía más abajo. Por señas, acordó con su compañero que le cubriese mientras saltaba. Ninguno de los dos veía a los policías, sólo conocían la dirección de la que habían venido los disparos al abrir ellos el fuego. Sin embargo, a diferencia de los agentes uniformados, contaban con la experiencia de haber luchado en una guerra. Durante tres años, habían luchado contra los serbios a las órdenes de Tudjman, y de tales situaciones nunca habían salido victoriosos sus enemigos. Zvonko cargó de nuevo la semiautomática y retrajo la corredera. Lanzó una piedra en dirección a la pequeña cabaña con tejado de uralita tras la cual imaginaba que se escondían los policías y, cuando oyó el impacto, efectuó siete disparos al tiempo que cambiaba de posición y Milan desaparecía con el maletín entre las vides de la terraza inferior. Curiosamente, estos disparos no hallaron réplica. Reinaba un silencio inquietante. O había dado a los policías o se habían retirado por miedo. Zvonko disparó una salva más en la misma dirección y se dispuso a saltar para seguir a Milan. Al echarse a rodar a la terraza de abajo, una fuerte punzada de dolor, como si le quemaran, recorrió su cuerpo. Zvonko dejó caer la pistola y se llevó la mano al hombro. Cuando se la miró, estaba cubierta de sangre, la bala le había dado en el hombro. Un palmo más abajo hubiera sido mucho peor. Recogió la pistola y se abrió camino entre las vides en la dirección contraria a la que había visto tomar a Milan. Ya se encontrarían más tarde, como habían hecho otras veces. Así, también sus perseguidores estarían obligados a dividirse si querían detenerlos a los dos. Zvonko debía distraerlos para que su compañero pudiera poner a salvo el maletín. A pesar del terrible dolor, siguió avanzando y agitando las vides para llamar la atención a propósito. Y, de repente, se encontró frente a una valla. De no estar herido, hubiera podido saltarla como un gato, pero así tuvo que ir tanteándola hasta encontrar un punto en el que pudo doblar el alambre hacia un lado para colarse por debajo. Oyó pasos detrás de él y se tumbó en el suelo mojado. Por fin vio a los dos policías: estaban agachados y buscaban un camino en su dirección. Por él, que se acercaran. Con la mano del lado sano, Zvonko cambió el cargador. Esta vez retrajo la corredera con el menor ruido posible. Ésta sí era su oportunidad, por fin. Disparó cuatro veces. El hombre que iba delante se desplomó y no volvió a moverse; en cambio, el segundo había desaparecido de repente, aunque Zvonko tenía la certeza de haberle dado también. Levantó el alambre de la valla hasta donde le permitió el brazo sano y se coló por debajo. Al otro lado, el terreno no estaba cultivado. Se echó al suelo entre los

matorrales y, cuando se sintió seguro, contuvo la respiración y aguzó el oído. Nadie le seguía, lo único que oía eran los débiles gemidos del policía abatido. En vano, intentó comunicarse con Milan por el móvil cuando captó el aullido de las sirenas de varios coches patrulla. Zvonko decidió volver a la lancha solo. Donde estaba, las cosas iban a ponerse muy feas en los siguientes minutos. Ya se las ingeniaría Milan para encontrar el camino de vuelta.

Cuando Pina Cardareto regresó a la oficina, Marietta le transmitió que el *questore* estaba hecho una furia y quería hablar con ella de inmediato. Pina irrumpió en mitad de una reunión. Había dos sitios vacíos, el suyo y el de Laurenti. Musitó una disculpa y se sentó. Se había ausentado sin decir adónde iba durante dos horas en las que había sucedido de todo. El *questore* le echó una bronca de tal magnitud delante de todo el mundo que le resultó muy difícil mantener la calma. Le exigió un informe escrito e incluso la amenazó con relevarla del caso y –así fue como lo formuló– «encargárselo a alguien que demostrara ser profesional y de confianza, aunque tuviera un expediente menos brillante que el de la inspectora», cuya celosa actividad, por otra parte, iba a examinar muy de cerca de ahí en adelante.

–¿Adónde demonios se ha ido a dormir la siesta y por qué no estaba localizable en el móvil?

La inspectora carraspeó y recorrió con la mirada a los compañeros presentes.

–Tenía mis motivos para ausentarme. Pero, por favor, terminen con el informe. Odio las interrupciones.

Faltó poco para que el *questore* echase azufre por la boca. Pero Pina se serenó a tiempo y se le adelantó:

–Creo que la consulesa está a punto de dimitir.

–¿Y en qué se apoya?

–Instinto, señor. Todavía no tengo pruebas, pero creo que está realizando los preparativos pertinentes. Quería comprobarlo.

–¿Y ha visto confirmado lo que le dictaba su fabuloso instinto?

–Lamentablemente no, jefe. Todavía no.

El *questore* hizo un gesto con la mano para pasar la palabra al director del servicio de patrullas, cuyo informe se había visto interrumpido por la llegada de Pina. Uno de sus hombres acababa de ser operado en Cattinara mientras que el otro había salvado la vida

por los pelos. Se disponían a detener a dos hombres que, de inmediato, abrieron fuego contra ellos en uno de los viñedos al pie de San Primo. Los perseguidos habían logrado escapar sin dejar rastro a pesar de que uno de ellos iba herido. Ya se había dado aviso a los servicios de urgencias de los hospitales de la zona. En todas las carreteras que salían de la costa se habían instalado controles de seguridad y se registrarían todos y cada uno de los vehículos que circularan por ellas, a consecuencia de lo cual se habían formado kilómetros de embotellamiento en la *strada costiera* y en la *questura* no dejaban de recibir furibundas llamadas de protesta. No se había visto una cosa igual en Trieste desde hacía décadas.

Cuando Pina Cardareto volvió a su despacho una hora más tarde, encontró a Galvano sentado junto a Marietta, hojeando un expediente.

—Se supone que todos son especialistas, se consultan unos a otros todo el tiempo por asuntos relacionados con el medio ambiente y se mandan una factura detrás de otra... — los ojos de Galvano echaban chispas—. ¿Un país pequeño y empobrecido invierte en la retirada de desechos y en la solución de los daños que crearon otros? En plena bancarrota nacional, crean un modelo para eliminar los materiales tóxicos que, encima, favorece al medio ambiente... ¡qué digno de admiración! Esa consulesa merece la orden del mérito. Mira: metales pesados, ácidos, asbesto, lodos químicos, pilas gastadas y neumáticos. Sería la primera vez en la historia de la humanidad que un gobierno piensa en el bien de la población. Entonces, ¿qué función puede asumir este país? O, para ser más exactos: unos cuantos representantes de dicho país.

—El que la exportación de desechos tóxicos esté prohibida y penada a nivel internacional desde mediados de los noventa no quiere decir que haya dejado de realizarse —dijo Marietta—. Cualquiera que tenga unos cuantos euros de sobra puede conseguir certificados y permisos de transporte. Todo tiene su precio.

—Y seguro que la consulesa aporta su granito de arena... ¿Tienes idea de lo caro que resulta deshacerse de las sustancias tóxicas? Con eso se puede ganar mucho dinero y el riesgo se puede calcular bastante bien, las penas son llevaderas. Trasladan el material del norte al sur, por el camino se falsifican los papeles del transporte, y listo. O de Austria a Chequia y de Alemania a Polonia. Por no hablar del resto del mundo. Los gastos secundarios los paga el contribuyente.

—¿Ha llegado la respuesta de Reggio Emilia? —les interrumpió Pina, cuya presencia no habían advertido.

Marietta arrancó el expediente de las manos de Galvano y se lo entregó a su nueva superior.

—Natale Coltibuono es un hombre muy respetado en Reggio. Una eminencia que permanece en segundo plano, según dicen los compañeros. Doctor en química y dueño de numerosas empresas de muy distintos tipos. Desde industrias textiles hasta empresas de transporte. A lo mejor convenía que los compañeros de allí investigaran su relación con la consulesa, nos ayudaría a avanzar. Deberías saber que con la eliminación de desechos tóxicos se puede ganar mucho dinero...

—¿Y a ese perro no hay que sacarlo a hacer sus cositas? —Pina lanzó una mirada inmisericorde al anciano forense. En su presencia, no podía formular las preguntas realmente importantes.

—Me alegro de que ahora goces de una compañía tan simpática, Pina —replicó él en un tono que despertó la desconfianza de la inspectora.

—Mire, ahora no tengo tiempo de charlar con usted, doctor —y condujo al anciano hasta la puerta.

—Y con la consulesa tienes buena amistad, ¿a que sí?

—El azar ha querido que seamos vecinas.

—Espero que te ayude a encontrar a tu admirador, ya sabes: el acosador de la basura. El mensaje de hoy no ha sido muy edificante que se diga. Pero acepta el consejo de un médico y ponte una ropa interior más abrigada, querida, esos triangulitos tan pequeños se prestan al enfriamiento y las infecciones de orina. Por no hablar del estampado. Topos rojos...

Pina le agarró del codo cuando intentó salir después de pronunciar la última frase.

—¡Conque sí que era usted! ¿No le da vergüenza, Galvano?

—Me has entendido mal, inspectora —el anciano levantó la voz—. En lugar de estarme agradecida, inculpas a la persona que intenta ayudarte. ¡Compórtate y suéltame el brazo!

Jamás le había visto así. Como siguiera gritando, no tardaría en salir al pasillo la *questura* en pleno.

—Venga conmigo —le gritó Pina, a su vez, abriendo de un tirón la puerta del despacho de Laurenti. El único lugar donde podían hablar sin que nadie los molestase—. A ver, ¿qué tiene que contarme?

—He visto cómo ibas a recoger a la consulesa y entrabais las dos en vuestro edificio de

la Via Mazzini. Yo ya estaba allí antes que tú y, por cierto, descubrí algo que podría interesarte. Luego volviste a salir tú sola. ¿Dónde has dejado a la consulesa?

La inspectora se quedó perpleja. ¿Cómo había conseguido Galvano seguirla sin que ella se diera cuenta, con lo mal que solía dársele esconderse?

—¡Hable de una vez!

—Primero me pides disculpas y luego me cuentas hasta el último detalle de eso que no debo saber pero que me imagino de todas formas. Hasta entonces no pienso decir ni mu. Ahí nos entendemos. ¿Dónde está la consulesa? No me ha abierto cuando he llamado a su puerta.

¿Pero cómo se atrevía aquel tipo a inmiscuirse donde nadie le había llamado? Pina se mordía el labio inferior, miraba fijamente por la ventana y observaba a una bandada de gaviotas que se disputaba una presa entre graznidos y chillidos, devanándose los sesos y pensando cómo tratar con el anciano. Finalmente, le ofreció una silla y, al principio entre titubeos, empezó a darle las informaciones más necesarias. Como un orfebre, pesaba con sumo cuidado cada gramo que ponía en la balanza con la esperanza de saciar la curiosidad del anciano forense antes de llegar al meollo del asunto. Sin embargo, cuando, a las pocas frases, él se levantó indignado y diciendo que no le tomase por tonto, Pina no tuvo más remedio que cambiar de estrategia. Todo tenía su precio, también la información, y a veces era inevitable asumir riesgos. Sobre todo cuando, según calculó Pina, el otro podía ser de ayuda. Y tal vez Galvano fuera mucho más indicado de lo que hubiera creído.

Milan había logrado abrirse camino campo a través con el maletín. Al pie de la Narodni Dom Albert Sirk, la Casa de Cultura de Santa Croce, había dado con un camino vecinal que conducía a la parte más antigua del pueblo. Un pueblo de casitas blancas muy arregladas y apretadas unas contra otras como un rebaño de ovejas que buscan guarecerse de una tormenta. Por sus estrechas callejuelas no cabía un coche, y allí Milan se sintió más seguro, aunque para pasar por delante de la iglesia tenía que salir un momento a la calle principal. Esperó un poco y aguzó el oído, pero el ruido de la lluvia no permitía distinguir el de ningún posible vehículo. Echó a correr y consiguió esconderse detrás de un coche aparcado justo en el momento en que la luz azul de uno de policía se reflejaba en la fachada de una casa. La patrulla pasó de largo lentamente. En cuanto estuvieron fuera del alcance de su vista, echó a correr de nuevo y desapareció entre las

viejas casas de la parte oeste del pueblo. Se palpó los bolsillos, no llevaba encima el teléfono móvil. Lo habría perdido durante la huida. Con un poco de suerte no lo encontraría nadie, pues casi todo el camino que había atravesado eran parcelas sin cultivar. Estaba completamente empapado y tenía las manos llenas de raspaduras cuando abrió la puerta de la taberna y casa de huéspedes Bibc. Antes de que lo viera ninguno de los muy contados clientes que había allí a esa hora de la tarde, se metió en el aseo, que estaba justo a la entrada, a la derecha. Se lavó las manos y la cara durante largo rato. Cuando más o menos recuperó la apariencia humana, salió y se dirigió a la barra con el maletín en la mano. El tabernero, Sandro, le saludó amablemente y le ofreció un vaso de vino que Milan agradeció mucho. Tras el comentario de que «no estaba el tiempo para salir de paseo», Milan respondió con una historia sobre una avería en el coche y un supuesto taller donde le habían recomendado dirigirse allí para alquilar una habitación y pasar la noche. Estaba de suerte, quedaba una libre. Sin más formalidades, Sandro le condujo a un apartamento pequeño pero muy acogedor y le preguntó si deseaba cenar más tarde, porque ya tenía casi todas las mesas del local reservadas. Milan aceptó muy agradecido y empujó el maletín debajo de la cama en cuanto Sandro hubo cerrado la puerta tras de sí. Después de una larga ducha, se dejó caer sobre la cama y se puso a pensar cómo proceder. Era muy poco probable que Zvonko siguiera esperándole con la lancha. Tenía que llamar por teléfono urgentemente, pero era evidente que la gente que se iba de vacaciones a un recóndito hotel rural no necesitaba teléfono en la habitación. Se vistió y volvió a la taberna, donde preguntó a Sandro si podía llamar desde el suyo.

Galvano estaba con la boca abierta. Jamás hubiera imaginado que aquella mujer de metro cincuenta, individualista y ambiciosa a más no poder, fuera capaz de jugarse su carrera hasta tal extremo. Pina había hecho de tripas corazón y, antes de nada, había hecho jurar al anciano que no diría ni una palabra de lo que iba a confesarle a continuación, le pareciera bien o mal. Él vaciló antes de acceder y, cuando Pina terminó con su relato, guardó silencio durante un rato largo, mirándola con los ojos como platos e intentando imaginar las consecuencias si, al final, las cosas no salían como la inspectora tenía planeado.

—¿Tardaste mucho en idear el plan? —preguntó por fin.

—¿Qué más da eso? La lógica funciona, doctor. Si no logramos acercarnos al mal, lo mejor es atraerlo. Estoy segura de que saldrá bien. Conozco al dedillo el estado del caso

y sé perfectamente cómo reacciona esa gente. A Tatjana Drakič alias consulesa Petra Piskera la tengo calada. Es una mezcla de inteligencia, nervios de acero y soberbia infinita, complementada con unos contactos excelentes. Como ve, el fiscal no ha conseguido que le retiren la inmunidad a pesar de las pruebas en su contra. Siempre hay jueces con miedo a las consecuencias de sus propias sentencias. De modo que he tenido que actuar antes de que fuera tarde y se nos escapara. Esta vez para siempre, claro. Si me ayuda, doctor, los atrapamos. Piense en el matrimonio Babič, piense en la esposa de Laurenti, piense en su propio amigo. Aún hay que añadir un agente de policía al que también han herido esta tarde. ¿Va a quedarse quieto viendo cómo la lista se hace cada vez más larga?

—No deberías olvidar que nosotros tenemos excelentes contactos con los compañeros de Croacia. Živa Ravno, la fiscal de Pula, es una aliada de suma confianza. La muerte de Laurenti será un duro golpe para ella. Hará lo que sea necesario para que los autores de este crimen paguen por él como merecen.

—Por la vía legal tenemos las manos atadas, mientras que ellos siguen actuando a sus anchas. Incluso aunque acabaran ante los tribunales, siempre saldrían bien parados con alguna condena de poca importancia que no les preocuparía cumplir. No quiero que esa gente siga tocándonos las narices y burlándose de nosotros dentro de diez años.

—Arriesgas mucho —dijo el anciano—. Te puede costar el puesto.

—Si me echan, me iré a los servicios secretos, allí no son tan picajosos. Ahora que, como salga bien, seguro que me trasladan a un sitio mejor... y de eso sí que me muero de ganas. Así también usted se librará de mí, con buzón y todo.

—Yo también tengo cosas que perder.

Galvano se volvió. Naturalmente, Pina tenía razón y él admiraba su coraje. Pero, si se estrellaban, sería un broche final muy poco honroso para su larga carrera.

—¿Qué puede perder usted, Galvano? ¿Cree que le retirarán la pensión? —Pina Cardareto se puso de pie, abrió la ventana y encendió la luz. La lluvia había cesado y ahora les llegaba el fragor del tráfico de la calle entre la *questura* y el Teatro Romano. Era la hora punta de Trieste y pronto cerrarían los comercios. La inspectora miró el reloj. Era hora de actuar.

—Galvano, ¿sí o no?

—Sí —dijo al fin el anciano forense con la garganta seca; luego, de repente, se irguió en

la silla, carraspeó y repitió la respuesta con voz clara y firme—. Entonces, ¿cómo lo hacemos?

Pina sacó del bolsillo de su chaqueta el móvil de la consulesa y se disponía a explicarle a Galvano los siguientes pasos cuando Marietta irrumpió en el despacho como un huracán.

—Pina —dijo, presa de la excitación—. Han pillado a uno de los asesinos.

Galvano se puso de pie de un salto, pero Pina le retuvo haciendo un gesto con la mano.

—¿Vivo o muerto?

—Ya han empezado a interrogarle.

—Que me esperen —dijo Pina—. Nosotros acabamos enseguida. Gracias, Marietta.

—Quiero que llame a Viktor Drakič desde el teléfono de su hermana y le diga lo siguiente —Pina explicó al anciano forense el contenido del mensaje y el tono que debía adoptar. Luego apretó la tecla del móvil y se lo pasó a Galvano. No le perdió de vista un segundo y, al terminar, respiró aliviada. Galvano era un actor de gran talento, y la reacción de Viktor Drakič se prestaba a albergar la esperanza de que hubiera picado. Pina se levantó y abrió la puerta que comunicaba con el despacho de Marietta.

—A ver, ¿qué ha pasado?

—Los compañeros te esperan para continuar.

Milan había conseguido hablar por teléfono con Zvonko poco antes de que éste amarrase en Porer. La voz de Zvonko sonaba apagada pero aliviada. Pidió a su compañero que le describiera exactamente el lugar donde se encontraba para que en algún momento pudieran ir a recogerle con el maletín. De la herida, que cada vez le dolía y le abatía más, no le dijo ni una palabra. A cada minuto, cada vez que la lancha se mecía sobre las olas, le latía más fuerte el hombro, que se había vendado como había podido para cortar la hemorragia. Al menos podría calmar la ira de Drakič enseguida, en cuanto le dijera que habían recuperado el arma prodigiosa. Acordaron volver a hablar a última hora de la tarde.

También Milan estaba aliviado. Cierto es que seguía metido en la guarida del león, pero en la hospedería Bibc se sentía a salvo. En el salón de estilo rústico, con sus viejos muros de piedra de un metro de grosor, se relajó. Se encontraba ante el plato de codillo de cerdo y patatas a la sartén que le había recomendado Sandro. El recién llegado

huésped, hambriento como un lobo, ya había dado buena cuenta de su excelente jamón y salami casero de primer plato, y también se había bebido ya una frasca entera de vino tinto cuando un grupo de seis hombres de complexión fuerte se sentó en la mesa vecina. Milan estaba tan feliz con la comida que no oyó que su conversación versaba en torno al gran tema del día y ni siquiera se dio cuenta de que, de repente, todos guardaron silencio. Dos de los hombres salieron. Sandro le trajo otra frasca de tinto: de parte de los que acababan de salir; Santa Croce era un pueblo famoso por su hospitalidad donde siempre eran bienvenidos los extranjeros. Milan quiso levantarse tras ellos para darles las gracias, pero ninguno se volvió. Luego, también el tabernero salió, mientras que los cuatro que quedaban en la mesa vecina se pusieron a brindar con él. Apuró su vaso de un trago y se sirvió más vino. Los otros cuatro volvieron a alzar las manos para brindar y empezaron a cantar una canción muy alegre en voz tan alta que atraieron la atención de todo el local. Todos se echaron a reír cuando uno de ellos, uno que tenía una narizota muy colorada, lanzó un salvaje «¡Aaaaki!» y todos los vasos tintinearón. Después, todo lo que sintió Milan fue que le rompían algo en la cabeza con un crujido y cayó de la silla como un tronco talado.

Fue una puesta en escena perfecta. Cuando volvió en sí estaba atado y cubierto de sangre, en una estancia oscura y húmeda que olía a mosto fermentado, y no tenía fuerzas para levantarse. Le dolía la cabeza al más mínimo movimiento y ni siquiera podía abrir la boca, que se le había quedado muy seca. Notaba una masa extraña en los labios y tardó un rato en identificar que era cinta adhesiva. En vano, intentó desatarse. Oyó cómo alguien, en el cuarto contiguo, decía que lo mejor era arrojarlo vivo a una manada de cerdos hambrientos para que le hiciesen pedazos y no dejaran de él más que los huesos.

Milan intentaba calcular cuánto llevaba allí, en la oscuridad, y, en ese momento, por fin encendieron la luz. Cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad, vio a cuatro agentes uniformados delante de él. Uno sostenía una bolsa de plástico transparente con su pistola; otro, el maletín.

—Estoy seguro de que es uno de los dos ocupantes del Audi negro que cortaba el paso en la carretera del pueblo. Me encantaría saber dónde está el otro cerdo —era uno de los hombres que habían brindado con él desde la mesa vecina.

—Buen trabajo —dijo el policía que sostenía la bolsa de plástico e hizo una seña a su compañero. Levantaron a Milan, que intentó escapárseles en vano, lo esposaron y le

quitaron las gruesas sogas con que le habían atado antes las muñecas y los tobillos. Milan gimió cuando le arrancaron la cinta adhesiva de la boca.

–Sacadlo de aquí –dijo el policía y se volvió hacia los amigos de Laurenti–. La próxima vez, la policía invita a una ronda.

–Eso no se ha visto nunca –musitó uno de ellos.

El durmiente despierta

Olor a rosas y piel suave. Pechos carnosos bronceados por el sol que se acercaban lentamente hasta un punto insoportable y se retiraban al instante, en cuanto había abierto la boca para chuparlos. Piel de terciopelo bajo el abrigo blanco desabrochado. Sus labios esbozaban una dulce sonrisa, y la preocupación de su mirada había dado paso a una esperanza llena de curiosidad. La suave pelusilla de sus mejillas y el surco que comenzaba a descender a un centímetro a la izquierda del esternón. Le encantaba, precisamente porque no marcaba el centro de los pechos. ¿Era posible que incluso oliera aquella suavidad tan maravillosa? ¿Por qué no podía perdurar para siempre aquella fragancia?

Y, sin embargo, algo le impulsaba a abrir en sus párpados pegados una rendija mínima. Luz brillante, casi blanca. Volvió a cerrar los ojos y, poco después, lo intentó por segunda vez. Sin embargo, la sombra que se dibujaba sobre la superficie deslumbrante que debía de ser una ventana por la que entraba la luz del sol, o tal vez un foco que apuntara hacia él, no se parecía en absoluto a su mujer. Si no era Laura, ¿quién era? ¿Habría sido un sueño nada más? Aquella persona llevaba una chaqueta negra con el cuello cerrado y no un ligero abrigo blanco, y tenía el cabello oscuro. Por un momento fue capaz de resistirse al anhelo de mirarla bien y cerró los ojos de nuevo. Sólo el olor a rosas era realidad, y también la cama blandita en la que estaba tumbado. ¿Cuánto llevaría allí?

—Se despierta.

Una voz masculina y grave que le resultaba familiar.

—Estoy seguro de que sólo se está haciendo el remolón. A ese perezoso le gusta demasiado la cama, y cualquiera sabe qué estaría soñando...

De nuevo sintió cierta humedad en la mano izquierda, que descansaba en el borde de la cama.

—Proteo.

También ese susurro tan dulce le era conocido. Lo oía muy cerca de su cara.

—¿Proteo?

Qué pregunta tan absurda. Claro que se llamaba Proteo. Proteo Laurenti, para más señas, comisario de la policía criminal de Trieste y, desde hacía dos años, *vicequestore*.

—Está volviendo en sí.

Esta vez la voz hablaba en otra dirección.

—Tiene más suerte que sentido común. Claro que, con tan poco cerebro, no es difícil.

Era otra vez la voz masculina, que al final se transformó en una risa gallinácea.

Guiñó los ojos con fuerza. No quería regresar a ese presente. Excepto por los dolores, se encontraba en la gloria. Presentía que iba a tener que responder a cientos de preguntas en cuanto los demás considerasen que estaba en condiciones de hablar.

—Proteo, ¿estás ahí?

La primera pregunta tonta, aunque ahora la voz sonaba alegre, aliviada y dulce.

—Sí, tiene usted razón, está a punto de abrir los ojos.

Se notaba que estaba muy contenta.

Ahora la reconocía Proteo Laurenti, era Živa Ravno, la fiscal de Pula, su amante durante cuatro años.

—Me apuesto algo a que no. Porque, si se despierta, le va a tocar trabajar. Y lo sabe perfectamente. Ése se va a quedar en brazos de Morfeo un buen rato más, o se hace el dormido, que también puede ser.

Otra vez aquel hombre.

—Lo conozco hace casi treinta años. No está hecho para trabajar. Ya se lo puede usted intentar camelar como quiera. Le digo que es un vago redomado.

Laurenti ya no pudo más. Primero abrió el ojo izquierdo, lo volvió a cerrar, luego abrió el derecho, cerró éste también, luego los dos e intentó erguirse de golpe. El viejo Galvano le había provocado lo suficiente y se merecía que le parasen los pies. No obstante, Proteo Laurenti volvió a desplomarse sobre las almohadas con un quejido. ¿Por qué no podría dejarle en paz aquel viejo forense ni siquiera en una situación así? ¿Le habría pedido Živa que la acompañase para no tener que verse a solas con su antiguo amante?

Antes de que se le ocurrieran nuevas preguntas, notó de repente un gran peso en el pecho, como si alguien le tocara, y luego sintió una especie de paño maloliente que le pasaban por la cara una y otra vez. Entre dolores, abrió los ojos y se encontró una enorme lengua rosa fuerte que asomaba en el centro de una cabeza de perro peludo.

Desde luego, no había imaginado así el regreso del Paraíso al mundo de los mortales. Živa, Galvano y un perro, una Trinidad ciertamente peculiar.

–Tuviste una suerte increíble –Živa le sonreía con amor–. Me alegro mucho de que estés entre nosotros otra vez.

–Voy a llamar a su mujer –dijo Galvano, pulsando la tecla de llamada del móvil–. Hay que avisarla de que el buen mozo ha vuelto al mundo de los vivos. Mira que es difícil caerse así por una heridilla de bala de nada, hasta el punto de que las lesiones por la caída son peores que las del disparo... sólo lo consiguen los que ya tienen una tasa de alcohol en sangre más que respetable a las once de la mañana.

–Antes quiero saber lo que pasó –susurró Laurenti.

Pero el anciano forense ya le había dado la espalda y hacía como que no le había oído.

–Hay complicaciones muy serias –oyeron a Galvano al teléfono. Živa y Proteo intercambiaron miradas de sorpresa.

–Sí, has oído bien –prosiguió Galvano tras una breve pausa–. Un problema serio. Deberías venir.

Y tras otro silencio:

–Tienes todos los motivos para preocuparte, querida: Laurenti ha vuelto en sí. Está bien. Sobrevivirá. Pobre mujer –luego colgó, se dio la vuelta y puso cara de funeral.

Pina Cardareto le había confesado la noche anterior que Laurenti, en contra de la versión oficial que se había dado, seguía con vida y que sus lesiones no ponían en peligro su vida. Una herida superficial en la cabeza por una bala que le había pasado rozando, como para hacerle una nueva raya en el pelo, un fuerte traumatismo en las costillas como consecuencia de la caída, una importante conmoción cerebral y bastantes heridas en el pecho. Le habían dado un medicamento para que durmiera toda la noche. Pina no se lo había contado a Galvano hasta después de que éste llamara a Drakič porque no estaba segura de que el anciano no fuera a echarse atrás en el último minuto. Galvano se había limitado a pronunciar un «ah», pero se veía que la alegría vencía a la indignación; luego, Pina le hizo jurar por segunda vez que no le diría nada a nadie. A pesar de todo, él ya había roto el juramento dos veces: se lo había dicho a la mujer y a la amante de Laurenti.

–¿Con quién hablabas? –dijo Proteo.

–Una conocida –dijo Galvano, hosco.

–¿Quién?

–Tu mujer. No sabes la pena que me da.

Živa se echó a reír, y, si no hubiera tenido tantos dolores, Laurenti le habría arrojado a la cabeza el primer objeto que hubiera encontrado a mano. Pero sólo llegó a girar la cabeza y mirar a la mesilla que había al lado.

–¿Quién ha enviado esas flores? –preguntó.

Živa sonrió.

–Tu mujer –dijo Galvano casi gritando–. Aquí se ha pasado la pobre el día y la noche sosteniéndote la manita. Esta mañana se ha ido a casa a asearse un poco. No creo que aguante mucho allí. En media hora la tienes de vuelta.

Laurenti se palpó con cuidado la vía con suero que le habían puesto en el brazo izquierdo.

–¿Me hace falta esto?

–Pues mira debajo de la colcha –bromeó Galvano–. Aún llevas puesta la sonda. ¿A qué es agradable?

–¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

–Ni siquiera ha llegado a un día –susurró Živa y se sentó en el borde de la cama. Sonriendo con dulzura, le retiró el cabello de la frente a Laurenti con la suavidad de una pluma–. ¿Te duele mucho?

–Muuucho –Laurenti hizo una mueca.

–Encima, es un quejica –Galvano lo miró desde arriba, por encima del hombro de Živa. El único que parecía alegrarse de verdad de que Laurenti volviera a estar entre los vivos era el perro.

–¿Estoy muy mal? –preguntó Laurenti–. Sé que es una pregunta muy tonta, pero ¿haríais alguno el favor de decirme lo que pasa? Tampoco me acuerdo de nada.

–Pues empina menos el codo –bufó Galvano–. El caso es que eres demasiado tonto hasta para que te vuelen los sesos.

–Y al menos él no ha perdido su vieja cordialidad –suspiró Laurenti, poniendo los ojos en blanco.

–Pronto podrás levantarte –dijo Živa. Se inclinó hacia él y le dio un beso en la frente. Laurenti cerró los ojos y se recreó en el olor de su pelo. Pero el idilio duró muy poco. Otra vez la voz de Galvano, que era sencillamente incapaz de mantener la boca cerrada.

–Como siempre, has tenido más suerte que cabeza, Laurenti. La bala no hizo más que

rozarte. Un centímetro más a la derecha y ya no habrías sentido el batacazo al caerte del muro.

—¿Un disparo? ¿Un muro? ¡Pero qué dice!

—Estabas en la vendimia de Santa Croce cuando te dispararon.

Laurenti se tocó el vendaje de la cabeza.

—Han detenido a uno de los matones, pero no hay forma de que revele ni siquiera sus datos personales. Aunque, a juzgar por las etiquetas de la ropa que lleva, es de mi jurisdicción.

—¿Drakič? —preguntó Laurenti en voz baja, y Živa arqueó las cejas.

—¿Por qué no te estás calladito de una vez? —se inmiscuyó Galvano.

—¿Desde cuándo dejan que los perros traigan a sus veterinarios de visita al hospital? —replicó Laurenti—. ¿Dónde estoy? ¿No es Cattinara? Manda a ese viejo al pasillo. Quiero estar a solas contigo.

—Intenta recordar, Proteo —dijo Živa—. Tengo que volver a Pula. Pero estoy en contacto con Pina, tu inspectora, y con mi compañero de la fiscalía de Trieste. Además, está a punto de llegar tu mujer. Por cierto, hay una patrulla de vigilancia en la puerta.

—Llévate a Galvano —gimió Laurenti—. O no me recuperaré nunca.

Cuando se hubo calmado la tormenta, en torno al amanecer, Viktor Drakič mandó que le llevaran a Ljubljana en el helicóptero para, desde allí, seguir en coche hasta Klagenfurt, donde en la sucursal de su banco de la Alpe-Adria-Platz ya le tenían preparado un maletín con la suma requerida. Drakič era la única persona capaz de distinguir ese maletín del que llevaba consigo y que contenía la misma cantidad. Ordenó a su chófer que se lo guardara. Los billetes de quinientos euros tan sólo valían una parte de lo que representaban y procedían de un taller de falsificación de Turquía. Ni siquiera el director del banco habría sabido distinguirlos de los auténticos. Si Drakič conseguía pagar el rescate de su hermana con ellos, la operación habría sido bastante rentable.

Estrechó la mano del director del banco, sin apretar, le pidió que transmitiera los más cordiales saludos al director del Instituto de la Moneda de su parte y, poco después, estaba de nuevo sentado en el asiento trasero de la limusina que habría de llevarle sin dilación al otro lado de la frontera austro-italiana y hasta Trieste. Su secretaria le había reservado una habitación en el simpático hotel Valeria de la localidad de Opicina, en las afueras de Trieste, a un paso de Eslovenia. Por lo que pudiera pasar.

Viktor Drakič iba bien equipado. Llevaba cinco móviles de cinco países del este distintos para cambiar las tarjetas a su antojo y así dificultar a sus perseguidores la localización durante el escaso tiempo que pensaba permanecer en la ciudad. Distinguía los aparatos por el color, pues a cada país le correspondía uno diferente, y la colección que formaban todos sobre la mesa parecía el muestrario de una tienda de telefonía.

A pesar de todo, había dos cosas que le preocupaban. Milan no había llamado la noche anterior y seguían sin dar con él. De Zvonko tampoco habían vuelto a saber nada, sólo cabía esperar que al menos hubiera puesto el maletín a buen recaudo. A lo mejor estaba intentando regresar a Porer por sus propios medios. El hombre en sí le daba completamente igual, había cientos como él. ¿Y qué pasaba con Tatjana? A Viktor Drakič jamás se le había pasado por la cabeza que nadie pudiera secuestrar a su hermana. La hermana de un gran jefe que, en un tiempo récord, logra ganarse el respeto de todos sus colegas. Todos se conocían, en Italia y Eslovenia, en Croacia, en Serbia, en Albania y Alemania, Turquía y Austria, y, hasta entonces, el radio de acción de los capos de cada correspondiente región había estado claramente delimitado. Era la única manera de asegurar una colaboración eficiente por encima de las fronteras de la que todos sacaran provecho. Sin embargo, en la voz de la mujer que le había llamado primero y que le había insistido en que no intentara hacer ninguna tontería había detectado sin lugar a dudas cierto deje del sur de Italia. Y el hombre de la segunda llamada, el que le indicó el lugar y la hora de la entrega, tenía un ligero acento americano. ¿Podía ser que la *pizza-connection* del otro lado del Atlántico se hubiera enterado de sus negocios con el Pentágono y ahora tratara de jugársela?

Viktor Drakič repasó todas las posibilidades una vez más y, finalmente, decidió recurrir a su ejército privado. Seis hombres le bastaban para echar por tierra el plan de sus contrarios. Al mediodía recibiría otra llamada y las últimas instrucciones. A continuación, se reuniría con sus hombres y acordarían los pasos a seguir.

Cuando la inspectora Pina Cardareto llegó por fin a casa, casi de noche, dejó la bicicleta apoyada contra la pared del portal a pesar de la cinta blanca y roja, subió, entró y depositó las dos cajas de pizza sobre la mesa de la cocina, encontró a la consulesa con la ropa interior mojada.

—Lo siento —dijo la policía a Tatjana Drakič y le desató los pies para que pudiera levantarse—. No tengo experiencia en todos los detalles a tener en cuenta en un secuestro.

La consulesa estaba alterada, temblaba y farfullaba cosas incomprensibles, aunque sin duda poco amables, a través de la cinta adhesiva con que Pina le había tapado la boca.

—Si te quedas callada, te la quito —dijo Pina y, como su víctima asintió con la cabeza, tiró con todas sus ganas y se la arrancó.

A Tatjana se le escapó un pequeño grito y se le saltaron las lágrimas. Intentaba soltarse las ligaduras de las manos.

—Suéltame, se me ha cortado la circulación.

Pina meneó la cabeza.

—¿Y luego qué?

Tatjana la miró sin decir nada.

—Vente conmigo —dijo Pina y condujo a Tatjana hasta el baño—. Hueles a pis.

La empujó a la bañera, le quitó la esposa de la mano izquierda y, antes de que Tatjana se diera cuenta, la engancho en el grifo.

—Lo siento. Es mejor que sólo te quede libre la izquierda. Desnúdate y lávate. Luego te daré algo de cenar. Te traeré una muda. Y no hagas ruido, ¿está claro?

Pina salió, cortó la pizza en trozos y los metió en el horno. Luego fue a su dormitorio y sacó una toalla y una de sus bragas del armario. Dos triangulitos blancos con grandes topes rojos.

—No tengo más que esta talla —dijo como si quisiera disculparse, entrando en el cuarto de baño—. Me temo que te van a tirar un poco del culo.

No le dio tiempo a más. El chorro de la ducha le dio en toda la cara, el agua estaba ardiendo. Pina se tambaleó hacia atrás, se dio contra el lavabo y se escurrió porque el suelo estaba mojado. Se dio un fuerte golpe en la frente contra la bañera y sintió otro golpe en la nuca y una mano que hurgaba en sus bolsillos buscando la llave de las esposas. Instintivamente, Pina echó a rodar para apartarse y dio dos patadas estratégicas en la dirección de la agresora. Se levantó agarrándose a la tapa del retrete. De nuevo, el chorro de agua hirviendo. Agarró la alfombrilla del baño para taparse, se levantó de un salto y respondió con tres patadas de luchadora profesional. Una dio a la consulesa en la barbilla y la hizo caer al suelo. Su piel desnuda chirrió al resbalar sobre la superficie de la bañera. Pina cerró el agua caliente y abrió la fría. Tatjana Drakič recuperó el conocimiento enseguida. Su mirada aterrada reconocía la derrota.

—Levántate —le gritó Pina—. ¡Sécate y vístete! —le corría la sangre por la frente y le

estaba saliendo un gran chichón. Le quemaba la cara de un modo espantoso; se miró en el espejo pero se había roto—. Y, ahora, las manos a la espalda.

El humo que salía del horno llegaba hasta el pasillo.

—¡Mierda! —Pina le dio un empujón a su rehén, que tropezó al entrar en la cocina—. Por culpa de tu estúpido ataque nos hemos quedado sin cena.

Abrió la ventana de la cocina y la puerta del horno. Tosiendo, agitó la mano para apartar el humo de su cara mientras intentaba sacar los trozos de pizza carbonizada.

Después de varias horas de interrogatorios, Pina tenía un verdadero agujero en el estómago. El último había sido Milan, pero el gigantón no había soltado prenda a pesar de sus amenazas. Guardaba silencio y se limitaba a bostezar, por más que Pina le describiera los múltiples horrores que le sucederían si no hablaba. Era evidente que se trataba de un profesional, versado en interrogatorios mucho más duros, del tipo que no permitía la ley. Les costaría exprimirlo durante días. Además, al contrario que ella, había comido, aunque el rancho de la cárcel no fuera precisamente el de un restaurante de tres tenedores.

La pizza había quedado convertida en carbón al rojo vivo, y tan pasada la medianoche era prácticamente imposible conseguir nada que llevarse a la boca en toda la ciudad. Pina sacó dos botellas de cerveza de la nevera y le llevó una a la consulesa, que seguía todos y cada uno de sus movimientos con mirada recelosa, con la mano derecha encadenada a una pata de una mesa, como un puma herido. Pina rebuscó en los armarios de la cocina y, finalmente, sacó medio paquete de espaguetis que llevaban bastante tiempo allí olvidados, *peperoncini* secos y unos cuantos dientes de ajo añejos de la nevera.

—No puedo ofrecerte otra cosa, aunque, en realidad, aún es demasiado —Pina no se dignó ni mirar a Tatjana y puso a hervir la pasta. Picó el ajo y el *peperoncino*, echó aceite de oliva en una sartén y rehogó los ingredientes, sin dejar de remover a fuego lento—. Van sin perejil, aunque te puedes dar con un canto en los dientes. A tu salud — Pina dio un buen trago a la botella de cerveza.

El ladrón de la noche anterior había destrozado toda la vajilla. Pina tuvo que sacar dos cazuelas pequeñas en sustitución y las llenó.

—Que aproveche —dijo y se lanzó sobre los espaguetis con la voracidad de un animal salvaje medio muerto de hambre.

—Viktor te volará la cabeza —dijo Tatjana de pronto, al tiempo que hurgaba con el

tenedor en el plato con desgana.

Pina sonrió.

—Qué bueno es tener un hermano mayor que cuide de una. Yo sólo tengo uno más pequeño.

La consulesa rió con una risa venenosa:

—¡Claro, una familia de enanitos! Me lo figuraba.

El rotundo gesto que hizo Pina con la mano y la mirada que le lanzó, y que al instante dirigió espantada hacia el pasillo, la hicieron callar de inmediato.

Entonces, también Tatjana Drakič oyó que alguien hurgaba en la cerradura de la puerta.

—¡Es Viktor! —siseó esperanzada.

Pina cortó un pedazo de cinta adhesiva del rollo y se apresuró a tapar la boca a la consulesa, que, muy nerviosa, no apartaba la vista de la puerta. De puntillas, con el mayor sigilo que pudo, Pina fue hasta el dormitorio, cogió la Beretta y le quitó el seguro. De tres zancadas se plantó en la puerta y la abrió de par en par, dispuesta a meterle en la cabeza el cargador entero a quien fuera.

El hombre dio un salto hacia atrás al ver que le apuntaban con una pistola a la cara. Un grueso manojito de llaves cayó al suelo con estrépito.

—¿Usted? —exclamó Pina, atónita, y bajó un poco el arma.

—Sólo venía a ver que no pasaba nada... el humo... —tartamudeó—. Es que huele mucho a quemado.

Pina cogió el manojito de llaves.

—Es usted un fisgón repugnante y pienso encargarme de que le quiten esa costumbre.

—Vigila tu lengua, enana —gruñó el hombre y dio un paso adelante—. Y baja esa pistola o te retuerzo el pescuezo.

El cañón de la Beretta se le clavó en la sien. Tropezó por la zancadilla que le había puesto la inspectora y fue a aterrizar de rodillas con un grito. Pina estaba detrás de él y le levantaba la cabeza tirándole del pelo. Del bolsillo de su chaqueta asomaba un pedazo de papel muy doblado que Pina sacó y desplegó. No podía creer lo que veía.

«La vajilla rota trae suerte, tesoro. Esta noche me tendrás» —era una fotografía de su cocina tal y como la había encontrado la noche anterior tras el supuesto robo.

—Conque eres tú, cerdo —dijo Pina muy seca—. Esto va a ser una fiesta. Quítate los pantalones, capullo. ¡Vamos!

Hasta que no sintió el frío del cañón de la pistola en la nuca, el portero no comenzó a obedecer las órdenes de Pina, a cámara lenta.

—Y ahora el resto de la ropa —le gritó Pina.

Poco a poco, fue quitándose prendas y dejándolas caer al suelo. Muerto de vergüenza, intentaba taparse con las manos.

—Y ahora, lárgate —bramó Pina, dándole una patada. Salió al descansillo de la escalera y tiró el manojó de llaves por la ventana; después la ropa del portero—. Hala, baja a buscarlas. En cinco minutos tienes aquí a la policía. A lo mejor te da tiempo... si no, irás al calabozo en pelotas.

Cuando comprobó que el chapoteo de sus pies desnudos sobre las baldosas de piedra de la escalera se perdía en los pisos más bajos, Pina volvió a la cocina. La consulesa se había comido las dos raciones de pasta y también se había bebido la cerveza de Pina. Miró a la inspectora con gesto malvado.

—La próxima vez que me tapes la boca, acuérdate de sujetarme también las dos manos, idiota.

Pina le dobló los brazos a la espalda y la esposó. Sin decirle nada más, llevó a Tatjana Drakič al dormitorio, la empujó al colchón y le ató también los pies.

—Que duermas bien —le dijo desde la puerta y apagó la luz.

Ella se hizo un ovillo en el sillón del cuarto de estar y al momento se quedó dormida como un tronco.

Marco extendió una elegante servilleta de tela sobre el pecho de su padre y se la sujetó a la espalda del camión del hospital con una pinza de la ropa que llevaba una mariquita de madera de adorno. Luego, colocó un plato de porcelana encima de una bandeja, cubiertos refinados al lado, sacó varios recipientes con tapadera de una cesta y comenzó a servirle la comida que le había traído del restaurante.

—«Trilogía de bacalao»: en migas a la triestina, marinado en miel del Carso y almendras tostadas y, por último, y ojo que éste pica, con una salsa de rábano picante, *wasabi* y genjibre fresco. Verás como con esto te repones antes de lo que crees.

Laurenti sonrió. Tener detalles y preocuparse por alguien eran dos facetas hasta ahora desconocidas en su hijo. Pero ¿tenía que ser bacalao? Unas cuantas plantas más abajo seguía ingresada, en coma, la desconocida a quien habían dado una paliza con un bacalao seco. Entretanto, la sospecha de Galvano se había confirmado. Su sucesor en el puesto

de forense al principio había protestado pero al fin se había decidido a hacerle caso. Cuando tuvieron los resultados, trató de justificarse en vano, argumentando que jamás se había visto nada igual en la historia criminal del mundo entero. Cuando Galvano se lo contó a Laurenti, no le cabía el orgullo en el pecho.

—Gracias, Marco —dijo Laurenti con voz quejumbrosa, irguiéndose en la cama con ayuda de la agarradera triangular que colgaba en la cabecera—. Desde luego, mira que se pueden hacer cosas con un bacalao... Pero ¿de verdad crees que se debe acompañar con agua?

—Con agua o con té, Laurenti —dijo Laura—. No llevas ni cuatro horas consciente. Marco es igual que tú. Se empeñaba en traerte vino.

—¿Y?

Marco metió la mano en la cesta en busca del sacacorchos. Se lo enseñó a su padre a espaldas de su madre, guiñándole un ojo.

—Este té está frío, Laura —dijo Laurenti—. ¿Te importaría traer agua bien caliente?

En cuanto Laura cerró la puerta tras de sí, Marco sacó una botella de ribolla gialla de Radikon que había sisado en el restaurante y la descorchó a toda prisa. Vació el resto de la tetera en el lavabo y la enjuagó un poco. Luego echó el vino y la colocó en la bandeja delante de Laurenti.

—Se ha calentado un poco.

Laurenti bebió dos tragos maravillosos y devolvió la taza a su sitio al oír que Laura volvía con una tetera humeante. La cambió por la otra.

—¿Ya te ha traído alguien los periódicos de hoy? —le preguntó a su marido.

—No. Mira, este té está demasiado caliente. Mejor el de antes.

—Ocupas todas las primeras páginas, comisario —Laura depositó un taco de periódicos encima de la cama.

—Mira. El *Piccolo*. «Trieste llora a Proteo Laurenti. El comisario, tan célebre por sus méritos, ha fallecido esta mañana víctima de un atentado. Las banderas de la *questura* ondean a media asta.»

Laurenti se atragantó de risa.

—Nunca hubiera soñado con leer mis propias necrológicas. ¿Quién ha tramado todo esto?

—La inspectora, el fiscal y el *questore*, que yo sepa. Por cierto, Pina viene de camino.

No veas lo bien que lo ha hecho todo. Quizá podríamos dejarlo así. Adoptas una nueva identidad y vivimos en paz.

—Ay, Laura... —fue todo lo que dijo Laurenti, dando un sorbo de su taza de té.

Esa mañana, Pina Cardareto sólo había llevado a Tatjana Drakič al baño y luego de vuelta al dormitorio. No le había permitido beber más de dos vasos de agua y no pensaba darle nada de comer en todo el día. Era mejor que, cuando Viktor Drakič fuese a recoger a su hermana esa noche, la encontrara débil y no estuviera en condiciones de perturbar el juego que habían organizado: el gato y el ratón. Pina estaba segura de que Drakič habría movilizado a medio ejército. Su plan era arriesgado pero no imposible. Galvano le llamaría al mediodía, a las doce en punto, para darle nuevas y precisas indicaciones que le permitirían prepararse. Pero, luego, Pina lo modificaría todo media hora antes del intercambio y le darían una dirección distinta. Así conseguirían, cuando menos, irritarle.

La portería estaba cerrada y no se oía ni el vuelo de una mosca en su interior cuando la inspectora cogió su bicicleta, que seguía apoyada en la pared sin que nadie la hubiese tocado. Habían retirado la cinta de plástico y repuesto las bombillas fundidas de las lámparas de los pasillos. Ahora estaban bien iluminados hasta los rincones del portal, recién fregado. Hasta se notaba que habían quitado el polvo al estuco de las paredes y los techos, aunque hubiera sido una mano poco experta. A Pina le hizo gracia. La noche anterior, había preferido no llamar a los compañeros para que detuvieran al portero. Con Tatjana Drakič en la casa no podía correr ningún riesgo, ya tendría ocasión de darle una lección a aquel indeseable cuando hubiera pasado todo.

Le sonó el móvil cuando aún estaba de camino a la oficina y se detuvo al borde de la calzada para responder. Era Galvano para comunicarle, tan seco como siempre, que Laurenti había recuperado el conocimiento y estaba mucho mejor de lo que cabía esperar. Pina le pidió que le dijera que ella iría a visitarle a primera hora de la tarde, en cuanto terminara los informes y hubiera interrogado a Milan por segunda vez, ahora en presencia del fiscal, aunque no contaba con que dijera nada. Conocía a los tipos como él. El silencio era oro, hablar suponía la muerte.

Entró en la habitación del enfermo justo en el momento en que se despedían de él su mujer y su hijo. Laura le preguntó cuánto duraría aún aquella farsa, pues tenía el buzón a rebosar de notas de pésame y le resultaba muy difícil mantener el silencio que le habían

pedido que guardara a toda costa. No mucho, dijo Pina, pero eso era como no decir nada.

—¿De dónde ha salido ese fusil? —preguntó Laurenti cuando Pina hubo terminado de contarle las últimas novedades de la investigación, entre ellas el informe de los expertos en balística. El arma no podía atribuirse a ninguno de los fabricantes conocidos hasta el momento en todo el mundo, y nadie había visto ni usado jamás una semejante. Cabía esperar que pronto corriera la voz al respecto y que tampoco tardara en llamar la gente del servicio secreto.

—Al fin y al cabo, tengo el honor de haber sido el primero al que disparan con ella —dijo Laurenti—. También es una manera de entrar en los libros de texto.

—¿Y usted? ¿Ya sabe si se cayó justo antes de que le dispararan o si fue al revés?

Laurenti se encogió de hombros y soltó un quejido porque, al intentar incorporarse, hizo un movimiento que le dolió.

—Ni idea.

—Al menos eso es lo que piensan los especialistas. Dicen que, si no, no seguiría con vida.

—¿Y eso es todo lo que tiene que contarme, Pina? —la mirada de Laurenti no le gustó nada a la inspectora.

—Todo sigue su curso normal. El tipo al que sus amigos atraparon en Santa Croce no hay forma de que suelte prenda. Hay que armarse de paciencia.

—¿Y la consulesa?

—¿De quién me habla?

—¿Sigue en la ciudad?

—Supongo.

Laurenti esbozó una levísima sonrisa y clavó la vista en los ojos de la inspectora hasta que ésta empezó a incomodarse.

—Es hora de que vuelva a la oficina —ofreció Pina como excusa barata, mirando el reloj y poniéndose de pie—. Que se mejore, jefe. Volveré mañana.

—Está mintiendo —el tono de Laurenti cortaba como un cuchillo y la sorprendió antes de llegar a abrir la puerta.

Pina intentó salir del paso.

—Yo no miento.

—Y, además, está loca. Siéntese. Tengo que decirle unas cuantas cosas. ¿Sabe lo que le

espera si su plan fracasa?

Pina arqueó las cejas.

—Si tiene suerte, saldrá del asunto con vida. Pero la expulsarán de la policía, y también tiene que hacerse a la idea de pasar una larga temporada en la cárcel. Ocho años no se los quita nadie. En estos casos, los polis suelen salir peor parados que los demás.

Pina no podía creer lo que estaba oyendo. A pesar de todos sus juramentos, Galvano la había traicionado.

—Su carrera se va a ir al traste. Aunque liberara a la consulesa ahora, los hombres de Drakič irían a por usted de todas formas. Y así ha impedido que se descubra el asunto mucho más serio que hay detrás. Eso pesaría todavía más. A los Drakič ya no les pillamos ni por casualidad. Estoy muy decepcionado con usted.

—¿Me ha traicionado Galvano? —estalló la inspectora, que se sentía incomprendida. Había contado con la aprobación de Laurenti, no esperaba en absoluto que le echara un sermón por su coraje. Para su gusto, a los compañeros de Trieste les faltaba decisión y valor.

—¿Galvano? ¿Acaso está enterado de esto alguien más? —bufó Laurenti. Con un sonoro quejido, se levantó de la cama de un salto y se dirigió patosamente hasta la ventana, que al parecer no habían limpiado en meses. ¿Es que a nadie le molestaba que aquellas magníficas vistas de la ciudad quedaran ocultas tras una gruesa capa de polvo, o es que con tantos recortes en la sanidad pública ya no quedaba presupuesto ni para los limpiaventanas? ¿Cómo iba a curarse así nadie?

—Nadie más —dijo Pina. Temblaba de rabia—. El viejo sabe que la única manera de que mi plan funcione es que lo mantenga en secreto.

—Ahora me lo va a contar todo hasta los más nimios pormenores. Quiero oír hasta la última de sus descabelladas ideas. ¿Entendido? Si se deja algo, prepárese para lo peor.

—He estudiado los expedientes y conozco cada detalle de todo. Sé cómo piensa y cómo funciona esa gente. Y usted lleva mucho tiempo detrás de los Drakič sin conseguir nada. O los atrapamos ahora... o nunca.

—Ni siquiera sabe si vendrá Viktor Drakič en persona. Un rescate también puede entregarlo otra persona.

—Sé que vendrá.

—Pero no sabe qué aspecto tiene.

Pina se quedó muda. Laurenti tenía razón. La fotografía que tenían de él con el

ministro de transportes no servía para mucho, las de sus expedientes eran de hacía siete años como mínimo y, además, una de las últimas anotaciones señalaba que su cara había cambiado por completo. Como la de su hermana pero por distinto motivo.

—¿Cuándo se operó?

—Eso sí que no lo sé —dijo Laurenti, sentándose en el borde de la cama con mucho cuidado—. La última vez que lo vi fue en febrero de 2003. Ahí ya le habían operado. Iban a trasplantarle un riñón en la clínica del Carso, pero nos adelantamos. Soy el único que conoce su aspecto actual —e hizo un gesto muy brusco con la mano para expresar su rabia, que le obligó a sentarse otra vez entre ayes y suspiros. Se le saltaban las lágrimas del dolor en el pecho—. Dame un pañuelo —ordenó a la inspectora—. Y ayúdame a levantarme.

No hacía ni doce horas que había despertado de su profundo sueño y ya tenía montones de problemas otra vez. Ojalá Galvano hubiera mantenido la boca cerrada y dejado hacer a la inspectora lo que ella pretendía sin decirle nada. Pero o bien le había entrado miedo de su propio coraje en el último momento, o bien se había dado cuenta a posteriori de lo peligroso que era el asunto en el que acababa de meterse. En un arrebato de soberbia y, sin duda, sobreestimando sus fuerzas hasta la desmesura, la inspectora se había puesto en una situación de la que ya no había vuelta atrás. Y él, Proteo Laurenti, no podía ayudarla ni con su mejor voluntad.

—Bueno, a ver, hable por esa boca —dijo al fin, atreviéndose a dar unos pasos a lo largo de la pared—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

18.9.18'09''

Puntualmente, los dos vagones se pusieron en movimiento con una ligera sacudida. A esas horas, la línea que bajaba al valle llevaba muy pocos viajeros, mientras que, en la dirección contraria, la gente que trabajaba en el centro y vivía en lo alto de la colina se apretujaba en el tranvía-funicular que subía serpenteando tranquilamente al Carso.

Viktor Drakič echaba humo de rabia. Para su fastidio, acababa de recibir nuevas indicaciones y de transmitírselas a sus hombres. A la hora del mediodía, el hombre del leve acento americano le había ordenado que acudiese a las 18.35 a la parada de la Estación del Norte de Trieste, un lugar casi abandonado en la actualidad, y subiese al tren que venía de Ljubljana en dirección a Venecia. Durante el trayecto hasta Monfalcone, la siguiente estación, llevarían a cabo el intercambio. Ante estas indicaciones, Drakič había sonreído con gesto de suficiencia, pues conocía muy bien toda la región del Carso. Imaginaba que, tras la entrega, los secuestradores intentarían saltar o al menos tirar en alguna parte el maletín con el dinero en tanto el tren avanzara despacio sobre aquellas vías tan antiguas. A sus hombres no les hubiera costado ningún trabajo responder. Sin embargo, justo hacía unos minutos habían vuelto a llamarle con un cambio en el programa. Esta vez era la voz de mujer con cierto deje del sur, ordenándole montar en el funicular y no en el tren. Y ahora se quedaba muy corto el tiempo para organizar su ejército privado en las distintas paradas a lo largo del trazado de las vías. La mujer le había tendido una trampa, Drakič no tenía más remedio que improvisar. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió inseguro. Una ventaja estratégica para sus enemigos, a quienes, sin duda, había subestimado.

Lo acompañaban dos tipos muy musculosos. Uno, con un maletín en la mano, se apoyaba en la ventanilla trasera del primer vagón. El otro iba en el segundo. Otros dos hombres intentaban seguirles en coche en paralelo a los vagones lo mejor que podían. Las vías cruzaban la Via Commerciale en varios puntos, aunque el pintoresco trenecillo

también recorría empinados tramos boscosos y llenos de matorrales por los que apenas pasaba un coche. Dos hombres más, en otro coche, harían el trayecto inverso desde el centro hasta Opicina. Con tan escaso margen no podían tomarse mejores medidas. Su enemiga le había trastocado los planes por completo y, además, había insistido con duras palabras en que no fuera acompañado. Le indicarían en qué parada tenía que bajar durante el propio viaje. Por otro lado, Drakič no tenía intención alguna de ponerle las cosas tan fáciles como ella se las figuraba.

Viktor Drakič también llevaba un maletín en la mano derecha, idéntico al de su gorila, con el dinero falso. A pesar de que había muchos sitios libres, iba de pie en medio del pasillo y, en los vaivenes de los cambios de agujas, se agarraba con la mano izquierda al respaldo de un asiento. Al lado de donde él estaba iba sentada una mujer mayor pobremente vestida, con cabello cano muy espeso y mal cuidado que casi le tapaba la cara y unas gafas oscuras enormes que tampoco resultaban demasiado favorecedoras. A pesar del sol, que caldeaba el interior del vagón, llevaba una ajada gabardina demasiado larga, con las mangas dobladas. El bastón de paseo le pegaba tan poco como las zapatillas de deporte, que debían de quedarle grandes. A Drakič le había llamado la atención desde la cabecera porque el viejo perro negro que le lamía la mano no le quitaba ojo de encima a él. Cojeaba casi tanto como su ama. Cada vez que el vagón traqueteaba con fuerza, ella dejaba escapar un débil suspiro. ¿Por qué no habría elegido cualquier otro entre tantos asientos libres? A Drakič le fastidiaba aquella cercanía. Ciertamente es que, por la crisis económica de Europa, cada vez había más personas en la calle sin recursos, pero que, para colmo, tuvieran que viajar en el mismo vagón que él aumentaba aún más la rabia acumulada en su interior. A los cinco minutos, Viktor Drakič cambió de sitio y avanzó unos cuantos metros hacia delante. Muy tenso, se asomó por la ventanilla y vio la parada del obelisco, a la que el trenecillo se acercaba renqueando. Una pareja mayor, de la mano, esperaba para subir. A juzgar por su atuendo, eran turistas.

Finalmente, Pina había visto que no tenía otra opción. Proteo Laurenti se doblaba de dolor en el pecho cada vez que hacía algún movimiento inconsciente, pero al menos la cabeza la tenía de nuevo completamente lúcida. Las anestésicas actuales tienen un efecto tan específico que los pacientes testarudos recuperan la capacidad intelectual antes aún de lo que el cuerpo desearía. No son capaces de dominar su irritabilidad y obstinación, claro que en este mundo cada vez más histérico podría decirse lo mismo de casi todas las

personas que rodeaban a Laurenti. Pina, al menos, había tenido el suficiente sentido común como para contarle todos los detalles de su plan. Y, cuando Laurenti le explicó en pocas palabras que no tenía más remedio que seguir sus indicaciones, cedió, aunque fuera a su pesar. Se había metido en un lío, y ya estaba en una fase en la que no cabía dar marcha atrás. No podía pedir ayuda ni a los compañeros ni al fiscal, pues al instante le impondrían la prisión preventiva. Un verdadero escándalo. Así pues, desmoralizada, prometió cumplir las órdenes de Laurenti a regañadientes. El tiempo apremiaba, y sólo podía contar con tres personas más: Antonio Sgubin, su antecesor, un tipo muy majo pero cuyo temperamento no le inspiraba ninguna confianza. Con Galvano tendría que pasar el mal trago de disculparse una vez más por haber sospechado de él, aunque cierto era también que él se había mostrado mucho más injusto con ella que al revés. Además, ¿podía fiarse de alguien tan bocazas? Por último, Marietta. La inspectora no tuvo más remedio que obedecer a Laurenti. Mientras iba de camino a la oficina, convocó a los tres a una reunión urgente y secretísima. Sgubin terminaría antes su servicio en Gorizia y llegaría a la jefatura de Trieste en su moto un rato después. Sus antiguos compañeros salieron al pasillo a saludarle con cordiales palmadas en el hombro y no paraban de hacerle preguntas. Una y otra vez tuvo que explicar que sólo venía de visita para enterarse del estado de la investigación del asesinato de Laurenti.

—¡Qué bien que hayas venido! —Marietta le echó los brazos al cuello y le dio un beso de bienvenida en la boca.

—¿Cómo estás tan contenta? —preguntó Sgubin, limpiándose el beso con la manga—. Después de todo lo que ha pasado.

Marietta le condujo al despacho de Laurenti, donde Pina ya estaba hablando con Galvano.

El tranvía de Opicina reinició la marcha con una sacudida después de que subieran los dos turistas, con camisas de cuadros blancos y rojos y pantalones de pana, y se sentaran en el banco de detrás del conductor. La anciana del perro también se levantó y fue hacia la parte delantera. Iba dando suspiros y agarrándose a los respaldos de los asientos. Se sentó dos filas detrás de Drakič. El sol estaba ya muy bajo en el horizonte, su resplandor amarillo intenso anunciaba mal tiempo para el día siguiente.

Las vías recorrían ahora un tramo de varios kilómetros en paralelo a la carretera. Un teléfono móvil comenzó a sonar con la música de «La Cabalgata de las Valquirias» de

Wagner como si aquello fuera una escena de *Apocalypse Now*. Los dos turistas se volvieron irritados, pero el caballero bronceado ni siquiera los miró, se puso el maletín entre las piernas y respondió con un monosílabo.

—Mire hacia la izquierda —le dijo la voz femenina con deje sureño—. El Volvo blanco. En la parte de atrás va sentada su hermana. ¿Ha traído el dinero?

Viktor Drakič la vio enseguida. Levantó el maletín hasta la altura de la ventanilla.

—Sí.

La mujer del teléfono, que iba sentada en el asiento del copiloto, era de corta estatura, llevaba gafas de sol y tenía el cabello rubio platino. Al conductor no llegaba a verlo bien, como tampoco a la otra mujer que iba en el asiento de atrás y llevaba un arma en la mano.

—En breve recibirá más indicaciones. No haga ninguna llamada. Le estamos viendo. Si quiere volver a ver a Tatjana con vida, no haga ninguna tontería.

Drakič ya no oyó más que la señal de la línea telefónica, la conversación había terminado. Vio a su hermana mirándole fijamente a él, con la cara gris y el pelo revuelto bajo un sombrero de caballero pasado de moda. Levantó las manos. Iba esposada y con la boca tapada con cinta adhesiva. A Drakič se le aceleró el pulso de rabia, hubiera deseado disparar el cargador entero a las dos personas de los asientos delanteros... pero se obligó a serenarse. Sabía que su nerviosismo era una ventaja para los otros. Luego vio que, con dos coches de distancia, un Subaru azul metalizado con ostentosas aletas y neumáticos de ancho especial seguía al Volvo destartalado, que tendría sus buenos veinte años como poco. También sus dos hombres le miraron, pero no podía hacerles ninguna seña sin poner en peligro a su hermana. Se volvió hacia el gorila de la parte de atrás del vagón. Un levísimo movimiento con la barbilla le mandó acercarse a su jefe de inmediato. Sin mover un músculo de la cara, Drakič murmuró algo, tras lo cual el gorila fue a sentarse enfrente de la anciana del perro negro para mirar primero al Volvo blanco y después a sus compañeros de armas. Al hombre que iba más atrás en una moto de *cross* no le prestó atención alguna.

Los pasos de Pina resonaron en el largo pasillo de la planta quince del hospital de Cattinara. Galvano con su perro, Marietta y Sgubin la seguían muy de cerca. Como un equipo de médicos de camino a la sala de transplantes, se dirigieron a paso ligero a la habitación de Laurenti, se identificaron convenientemente ante los agentes que vigilaban

la puerta, a pesar de que se conocían todos, y entraron. Marietta y Sgubin se abalanzaron sobre su jefe para abrazarle, pero éste hizo un gesto con la mano para detenerlos.

—No tenemos tiempo para sentimentalismos —dijo—. El tiempo corre. Sgubin, quítate el uniforme y vístete de paisano —luego se dirigió a Galvano—. ¿Me has traído la ropa interior que te pedí? —Laurenti se levantó suspirando.

—Y también analgésicos y una faja —dijo el anciano forense meneando la cabeza—. Y unos gramitos de cocaína de la farmacia del hospital por si te hacen falta. Si aprietas los dientes, a lo mejor lo consigues.

Laurenti cogió la muda que Galvano sacó del bolsillo de la gabardina y miró a su alrededor con gesto de desamparo. No había ningún biombo detrás del que meterse para cambiar su camión de hospital por aquel calzoncillo de abuelo con la goma dada de sí.

—Qué le vamos a hacer —dijo finalmente—. Pina puede sacarlo en uno de sus cómics, y Marietta seguro que los ha visto mucho más pequeños.

A duras penas, el comisario se puso el uniforme de Sgubin, que ya llevaba rato junto a los demás, vestido con unos vaqueros y una camisa, observando los lentos movimientos de Laurenti con cara escéptica. Ninguno parecía del todo convencido de que Laurenti fuera a aguantar. Para terminar, Marietta le abrochó la chaqueta del uniforme y le sujetó el cinturón con el arma.

—¿Lo llevas a diario?

Laurenti ni se acordaba de cuántos años habían pasado desde la última vez que se había puesto uno de aquellos uniformes de gruesa lona azul; para colmo, con las insignias correspondientes a un rango intermedio nada más. Su uniforme estaba en casa en un armario, cuidadosamente colgado en una funda de plástico a prueba de polillas donde Laura también guardaba los vestidos que ya no se ponía pero tampoco quería dar a nadie.

Sgubin asintió con la cabeza.

—¿Y alguna vez utilizas la servilleta cuando vas a la cantina? —Laurenti rascó una mancha que tenía todo el aspecto de ser salsa de tomate.

—Si ya está en condiciones de tocar las narices —intervino Galvano, dando una fuerte palmada en el hombro a Sgubin—, aguantará. ¿A qué esperamos?

—En marcha —dijo Laurenti y probó a dar unos cuantos pasos por la habitación lo más erguido que pudo—. Puedo, puedo. Distraiga a los guardas, Pina.

La inspectora salió por delante y llamó aparte a los dos agentes que vigilaban el pasillo.

Con muy rotundas palabras, les insistió en que no dejaran entrar en la habitación a nadie más.

—Por fin se ha dormido —les explicó—, y no debe molestarle nadie.

Galvano y Sgubin se colocaron uno a cada lado de Laurenti y pasaron por delante de los vigilantes, que no se dieron cuenta de que salía una persona más de las que habían entrado.

—¿Y qué hacemos si viene tu mujer a verte? —preguntó Galvano cuando ya bajaban en el ascensor, parando en los catorce pisos inferiores.

—Llámalas y dile que me han dado un somnífero. Que descansen ellas también.

Cuando todo hubiera terminado, pediría que lo llevaran directamente a casa y sorprendería a Laura con un ramo de flores. Al hospital no pensaba volver bajo ningún concepto.

Tatjana Drakič no sabía cuántas horas había pasado sin moverse, en la penumbra. Durante la noche sólo le habían llegado los chillidos de las gaviotas y tres veces la sirena de algún coche patrulla. En algún momento, hacia el amanecer, se había quedado dormida en contra de su voluntad a fuerza de oír la respiración regular de Pina Cardareto. Se había hecho un ovillo en un sillón igual que un gato y había caído en el sueño más profundo, como si no hubiera pasado nada. ¿Quién demonios era en realidad aquella mujer que al principio le había resultado tan simpática que, en otras circunstancias, incluso habría podido llegar a ser amiga suya? Tenía una voluntad de hierro, una inquebrantable seguridad en sí misma e incluso un sentido del humor muy especial, parecía movida por una insaciable sed de independencia y se entregaba por completo a su trabajo... como la propia Tatjana. Sin embargo, había demostrado ser una policía corrupta con delirios de grandeza que ahora intentaba sacar provecho de la coyuntura. Ya vería lo deprisa que cambiaban las tornas en cuanto Viktor tomara las riendas del asunto. Ante su hermano, aquella víbora no lo tendría nada fácil.

No oyó a Pina entrar en el baño ni trajarinar después en la cocina ni pasar por encima de ella para sacar ropa limpia del armario. Se despertó con un dolor terrible y abrió los ojos muy asustada. La cara de la inspectora estaba muy cerca de la suya, sostenía la cinta adhesiva en la mano con gesto malicioso y le dio un grosero empujón para que, en lugar de levantarse, volviera a caer sobre el colchón. A través de las contraventanas cerradas se filtraba la primera luz de la mañana.

–Cierra el pico –gruñó Pina–. O no te doy ni de beber.

Acercó un vaso a los labios de Tatjana, que lo apuró a grandes sorbos. Un poco de agua le rebosó por la comisura de los labios y le cayó por la barbilla hasta el cuello. Pina le rellenó el vaso y dijo:

–Debería ser suficiente. Bebe.

–Hija de perra –jadeó Tatjana en respuesta cuando Pina le retiró el vaso, aún medio lleno–. No llegarás a vieja. Ya me encargaré yo...

Sin ninguna delicadeza, Pina volvió a taparle la boca antes de terminar la frase; le soltó los pies, la levantó y la empujó por el pasillo hasta el baño.

–Hala, mea lo que tengas que mear –le bajó las bragas hasta las rodillas y le dio un golpe que la sentó en la taza del váter–. Yo me espero.

Tatjana se lo tomaba con calma. Hasta que Pina no la amenazó con llevarla de vuelta a la habitación, no obedeció. Poco después, estaba de nuevo tumbada en el colchón y oía la llave en la cerradura. Dos vueltas. Estaba otra vez sola. La luz que entraba a través de las lamas de la contraventana dibujaba unas franjas cada vez más marcadas en la pared y el suelo. Debía de ser un día soleado. Tras largas horas de espera en la incertidumbre, Tatjana cayó en un duermevela. En sueños, vio la cara de Laurenti, la de su hermano Viktor, bronceada y con unos dientes blancos de anuncio, la celda de la cárcel de mujeres.

Tatjana Drakič se preguntó qué hora sería cuando despertó de su sopor. La luz que entraba era más suave, pero seguía siendo de día. ¿Cuántas horas habrían pasado? Había oído aumentar el ruido del tráfico y luego cesar, ahora comenzaba a intensificarse progresivamente. Tenía hambre y la boca seca. Los brazos y las piernas apenas los sentía.

De nuevo, vio a la inspectora delante de ella y se repitió el mismo proceso de la mañana: el dolor al arrancarle la cinta adhesiva de la boca, el vaso de agua, la visita al baño. Y luego, el sombrero ridículo que le puso, las gafas de sol y la bufanda con las que la disfrazó, y la gabardina gigantesca que le echó por encima de los hombros y le abrochó a pesar de que todavía llevaba las manos atadas. Pina la condujo a empujones hasta la puerta de la calle, que esta vez no cerró con llave, y luego al ascensor. Muy deprisa, atravesaron el portal, salieron a la calle y la inspectora sentó a la consulesa en el asiento de atrás de un Volvo cubierto de excrementos de gaviota que, en su día, debió de ser blanco y al volante del cual iba un hombre alto de edad avanzada.

–Mi gabardina te está un poco grande –fue todo lo que le dijo éste–. Pero, de todas formas, te la vas a quitar pronto.

Metió la marcha y arrancó sin prestar ninguna atención al tráfico. Luego, Tatjana vio que Pina se sentaba en el asiento del copiloto, se ponía una peluca rubia de pelo largo y se miraba en el espejo del parasol para colocársela bien.

–Bomba sexual –le espetó el viejo que iba al volante, sonriendo de oreja a oreja.

Por fin, Tatjana descubrió el reloj en el panel de instrumentos. Era media tarde. Más de veinticuatro horas llevaba secuestrada por la inspectora bajita. Pero estaba a punto de llegar el momento de saldar las cuentas.

El tranvía de Opicina se detuvo en cuatro paradas más y cruzó dos veces la Via Commerciale antes de que la calle y el trazado de las vías se separasen para emprender la bajada por la empinada cuesta que desembocaba en pleno centro de la ciudad. Hasta allí, los dos coches continuaron en paralelo, esforzándose por mantener la misma velocidad que los viejos vagones. Pero, antes de llegar, todavía se apartaban un rato de la calle principal por un camino muy estrecho que serpenteaba a lo largo de la montaña junto a las vías. Allí no había apenas tráfico, y Galvano vio por el retrovisor el Subaru de los hombres de Drakič; detrás, a mayor distancia, iba la moto de *cross* de Sgubin, de cuyo tubo de escape salía una llamarada azul cada vez que aceleraba.

–No estamos solos –dijo.

–Ya contábamos con ello –respondió Marietta, que iba al lado de la Drakič y no le quitaba la vista de encima.

Pina no dijo nada. Al comentar los detalles de la estrategia con Laurenti, habían partido de la base de que Viktor Drakič intentaría de todo. Estaba claro que no se enfrentaban a unos meros aficionados.

Mientras no se escindieron la calzada y el trazado de las vías, los enemigos no dejaron de mirarse con gesto de hielo ni un instante. La rubia del asiento del copiloto jugueteaba tan tranquila con una pistola bastante pesada que Drakič, a pesar de la distancia, identificó como una Beretta Steel-I de nueve milímetros. Un arma profesional con cargador de quince disparos, apta incluso para manos pequeñas. Conocía de memoria el catálogo completo de Beretta; después de todo, pocos meses antes había hecho un negocio para transportar ilegalmente a Irak miles de pistolas de nueva fabricación. Eso sí,

el escándalo en torno a los fabricantes de armas, que hasta entonces habían gozado de una reputación excelente, había caído en el olvido antes de lo que había imaginado.

La manera en que la rubia manejaba el arma revelaba que era una profesional. También el gorila de la parte de atrás del vagón miraba fijamente a los del Volvo. Una vez le susurró algo a su jefe. Al parecer, también la vieja del perro iba pendiente. Los dos turistas eran los únicos que admiraban la apocalíptica puesta de sol en brillantes tonos amarillos y las espléndidas vistas de la ciudad. A la altura de Piščanci, donde cultivaba el vino de la ciudad Silvano Ferluga, el amigo de Laurenti, sonó por segunda vez «La Cabalgata de las Valquirias» y perturbó la tranquilidad de los viajeros hasta que el hombre que iba de pie tan cerca de ellos respondió.

—No ha cumplido las órdenes y no ha venido solo —le dijo la rubia al tiempo que su hermana le miraba desde el asiento de atrás.

—No podían pretender que lo hiciera —Drakič hablaba en voz baja y clavaba la vista en su interlocutora a través del cristal de la ventanilla.

—Es un insensato. Ha venido con dos hombres. Hágale una seña al del vagón de atrás para que se pase delante en la siguiente parada.

Antes de que Drakič tuviera tiempo de responder, colgó y aún tuvo la osadía de saludarle efusivamente con la mano, como si fuera un buen amigo. Drakič hizo una seña a su segundo hombre, tras lo cual éste se dirigió a la puerta y, en efecto, cambió de vagón en la siguiente parada. Miró a su alrededor varias veces. En el momento en que se reiniciaba la marcha, sonaron de nuevo las Valquirias. Los dos turistas lo comentaron indignados y lanzaron una mirada venenosa a Drakič.

Viktor Drakič asintió con la cabeza poco convencido.

—Traeré consigo el maletín, dará la vuelta por detrás del Volvo y subirá al coche.

Drakič guardó silencio.

—¿Lo ha entendido?

Asintió.

—Desabróchese la chaqueta y muéstreme el forro.

El Volvo se detuvo justo a la altura del vagón. De mala gana, Viktor cumplió las indicaciones. Cuando se abrió la parte izquierda de la chaqueta un instante se vio que llevaba una pistolera en el hombro.

—Dele su arma a uno de sus hombres.

Drakič vaciló.

—Ahora mismo. Estamos a punto de llegar.

—¿Y qué garantías me da usted?

—Dele el arma y nada de llamadas. No llame a nadie. Tampoco a sus gorilas. Su hermana se subirá al vagón con sus hombres mientras usted se acerca a nosotros. Examinaremos el dinero y, si está todo bien, podrá volver al vagón dos paradas más allá, en la Via Romagna, y por fin podrá ocuparse de su hermana. Pobrecilla, se muere de ganas, lleva todo el día sin comer. Si quiere, hasta le recomiendo un restaurante muy agradable para que cenén a mi costa y todo. Y fin del asunto. Para un hombre como usted, esto será pan comido.

La rubia colgó pero no dejó de apuntar a Tatjana. Vio que Drakič hablaba con sus hombres. A juzgar por sus gestos tajantes y enérgicos, estaba fuera de sí. Los tres miraban de reojo el Subaru azul que iba siguiendo al Volvo. El trenecillo dio una fuerte sacudida al cruzar de nuevo la Via Commerciale y frenar en la parada. La vieja del perro dejó escapar tal suspiro que todos se volvieron a mirarla. Pero ella levantó una mano para indicar que no pasaba nada y acarició al perro con la otra. Se le cayó el bastón y fue a rodar a los pies de Drakič. Éste hizo una seña a sus hombres para que se lo cogieran, pues ellos de por sí no se movieron.

Galvano se había librado por los pelos de que le controlaran los papeles del coche y le pusieran una multa mientras esperaba a Pina a la entrada de su casa. La Via Mazzini era peatonal excepto para el transporte público y los vehículos de reparto, y a los policías municipales —los que llevaban casco blanco y a quienes, excepto sus propios superiores y los miembros de la Concejalía, no apreciaba nadie— sólo les faltó cruzar la calle. Por fin se abrió la pesada puerta del portal. Pina metió a su rehén en el coche a trompicones y se puso la peluca, que luego se retocó en el espejo del parasol.

—Bomba sexual —le espetó Galvano sonriendo y lanzando una mirada al asiento de atrás—. Si te expulsan, seguro que así ganas más que en los servicios públicos.

—Me lo voy a pensar —dijo Pina.

Galvano señaló a Tatjana Drakič.

—¡Vaya pinta que me trae la pobre! Sin maquillaje y muerta de hambre no aparenta ni la mitad que antes. ¿Cuánto lleva sin comer? —tuvo que parar en un semáforo.

—Ayer se comió mis espaguetis y encima se bebió mi cerveza.

Cuando Pina vio a los agentes de casco blanco, que sólo esperaban a que terminaran de pasar los coches de la calle perpendicular para mandar parar al Volvo, se apresuró a

bajar la ventanilla y colocar la luz azul en el techo de la tartana de Galvano. La había cogido de uno de los coches patrulla que esperaba no llamaran con ninguna misión en las próximas horas.

–Venga, acelere –dijo a Galvano.

–Está rojo –respondió él.

–Tire, hombre, que somos la policía. Si no, nos van a parar esos imbéciles.

Faltó poco para que se le calara el coche pero luego dio tal acelerón que, al tomar la curva, estuvo a punto de estamparse contra una furgoneta de reparto.

Los dos *Vigili Urbani* lo vieron alejarse con la boca abierta.

–Ahí lo tienes. Ni la policía se libra de la crisis –dijo uno–. Un coche patrulla que se va solo al desguace.

–Yo diría que es el camuflaje perfecto –comentó el otro apretando los dientes. Ya se había hecho la ilusión de poder poner una multa más ese día.

–Estoy deseando que les cague una gaviota en el casco alguna vez –dijo Galvano y dobló la esquina en la Piazza Goldoni para meterse en dirección contraria y por el carril-bus.

–Hombre, tampoco se pase con lo de la luz azul... –dijo Pina y miró el reloj–. Vamos bien de tiempo.

Tenían que subir a Opicina, donde Sgubin, Marietta y el jefe los esperaban en el hotel Valeria. Lo llevaban unos amigos suyos y era el punto de encuentro ideal para lo que habían tramado. Los dueños no hicieron ninguna pregunta cuando entraron Galvano, Pina con la peluca rubia y una mujer con el pelo muy negro, bastante trastornada, con un sombrero y una gabardina demasiado grande; se limitaron a decirles el piso y el número de la habitación. Claro que, en cuanto perdieron de vista a los tres personajes, no pudieron evitar toda suerte de comentarios. El carnaval de Opicina era un acontecimiento muy popular que se celebraba con alegría todos los años; al parecer, esta vez comenzaba ya en septiembre. A los pocos minutos bajó el caballero atlético y bronceado que había llegado poco antes del mediodía y pidió la factura. No sonrió cuando le preguntaron si es que no se encontraba a gusto y por eso se marchaba tan pronto e incluso rechazó la copa de vino que le ofrecieron al pagar. Salió sin despedirse y se metió en el coche. El chófer le cerró la puerta.

Faltaba una hora para la función. Tatjana Drakič permanecía sentada en un rincón, atada y como paralizada, intentando extraer conclusiones de la conversación de los otros.

Le habían quitado la gabardina para llevársela, pero no las gafas ni el sombrero. Pina, a su vez, se había quitado la peluca rubia y salió varias veces de la habitación, mientras que el viejo no perdía de vista a la Drakič. Tatjana oyó voces en el pasillo, pero no llegó a entender lo que decían. El tiempo se le hacía eterno. La espera es terrible cuando no se sabe qué vendrá después. En algún momento, el grupo se puso en movimiento, por fin. El viejo gruñón se puso unos guantes de cuero, como si fuera a sentarse al volante de un Jaguar, una gorra estilo Sherlock Holmes que, sin duda, le quedaba una talla pequeña y más bien parecía un casco de guardia urbano, y unas enormes gafas de sol de los años cincuenta, de la prestigiosa marca italiana Persol. Pina, a su vez, se puso otra vez la peluca rubia y, con muy poca maña, se pintó los labios con el carmín rojo cereza de Tatjana delante del espejo. Era evidente que aqueña pequeña bestia no había aprendido a maquillarse bien nunca. Y las gafas de sol que remataban el *look* no eran precisamente el último grito. Tatjana se sentía como en el baile de máscaras de un manicomio.

Cuando por fin abandonaron la habitación, vio que, al final del pasillo, dos mujeres y un motorista bajaban lentamente la escalera. El mono de cuero del motorista tenía cosidos muchos parches de marcas de cigarrillos y de carburantes, una de las mujeres iba vestida como una mendiga, la otra como una puta barata con una minifalda demasiado corta. Eso sí, la gabardina de la mendiga de cabello gris le resultaba familiar. Y cojeaba, igual que el perro negro que iba con ella. Pina le ordenó a Tatjana que esperase un poco. Era obvio que no quería cruzarse con aquella gente.

—Mamá, papá no está —a Marco se le quebró la voz.

—¿Qué has dicho? —preguntó Laura sin poder creerlo.

—Que no está. La habitación está vacía. Y la cama está fría.

—¿Qué quiere decir que la cama está fría? Galvano ha llamado hace dos horas para decir que le habían dado un somnífero. Se lo habrán llevado para hacerle alguna prueba —Laura miró el reloj. Eran poco más de las cinco—. ¿Y tú qué haces ahí tan pronto?

—Venía a traerle la cena. Es que más tarde no puedo. Hoy es el cumpleaños de la jefa y espera montones de invitados. Por eso he subido más temprano —Marco estaba de pie ante la cama vacía y temblaba de excitación.

—¿Has preguntado a la enfermera de la sección?

—Todavía no.

—¿Y qué dicen los guardas de seguridad?

—Quería preguntarte antes a ti. Pensé que a lo mejor sabías algo.

—Seguro que vuelve enseguida —le tranquilizó Laura—. Pregunta a los vigilantes.

En el policlínico de Cattinara se formó un lío tremendo. En la entrada, la gente se preguntaba por qué estaría aquello a rebosar de coches patrulla, cuyas luces azules se reflejaban en los cristales de las dos torres del hospital, tras los cuales se asomaban los pacientes muertos de curiosidad. Incluso aparecieron unos cuantos reporteros y cámaras, aunque no consiguieron nada a pesar de sus buenos contactos con las fuerzas del orden.

El *questore* estaba fuera de sí. Pasó de largo junto a los reporteros como si no fuesen más que aire. Tenía que hacer cosas más urgentes que darles tibios comentarios de los que nadie podía sacar ninguna conclusión. Que especulasen lo que les viniera en gana. También él estaba atrapado. La inspectora bajita y la ayudante de Laurenti habían desaparecido sin dar más señales de vida y ni siquiera le cogían el teléfono. El fiscal estaba tan desconcertado como él, y en su cara se reflejaban la consternación y la rabia a partes iguales. ¿Por qué demonios habrían accedido al plan de Pina Cardareto?

A regañadientes, el *questore* había llamado al jefe del servicio de patrullas, pidiéndole que mantuviera la máxima confidencialidad.

—Si no saben nada, tampoco podrán encontrar nada. Por mucho que lo busquen —el jefe se dio cuenta de que había formulado frases más inteligentes a lo largo de su carrera. Le resultaba muy penoso reconocer que había cometido un error. ¿Por qué demonios habría confiado en esa inspectora en miniatura en lugar de controlarla mejor?—. Hemos de contar con lo peor, con un secuestro. A pesar del secretismo. Sólo lo sabían los vigilantes de seguridad. Nadie más. Tenemos que encontrarle antes de que sea tarde.

—¿Un secuestro? ¿Para qué?

El *questore* hizo un gesto inequívoco.

—Para terminar lo que salió mal en el viñedo.

—Pero si Laurenti está muerto... oficialmente. Incluso yo me lo había creído... hasta que me ha asegurado usted lo contrario.

—¿Y bien? ¿Podemos excluir por completo la posibilidad de que haya algún infiltrado entre nuestras filas? No. Pero ¿cómo le encontraremos? Al personal del hospital no le ha llamado la atención nada, los dos agentes que vigilaban la habitación me han contado que vinieron a visitarle esa inspectora pigmea con delirios de grandeza y el viejo chocho de Galvano. Acompañados por su ayudante y un agente uniformado cuyo nombre, sin

embargo, no recuerdan, y que no es de la *questura* de Trieste. La inspectora les insistió mucho en que Laurenti dormía y nadie debía molestarle. Esperemos que ella haya ido tras la pista de los secuestradores. Ni siquiera responde al teléfono.

—Nos han informado de que, en las carreteras, hay kilómetros de retenciones a partir de los puestos de frontera.

—Naturalmente, los compañeros de la frontera fueron los primeros en ser informados — en efecto, era la primera orden que había mandado transmitir a su secretaria—. Emitiré una orden de búsqueda.

—¿Y cómo va a hacerlo? Laurenti está muerto. Oficialmente.

—Diré que alguien se está haciendo pasar por él y que se le parece como una gota de agua a otra.

—¿Y qué pasa si se ha ido por su propio pie para tomarse un vino en alguna parte? A pesar de sus heridas... —conjeturó el jefe del servicio de patrullas.

—Capaz sería.

—Perfectamente. A lo mejor está celebrando su resurrección en compañía de Galvano y de su gente. Ya sabe que no se toma muy en serio el reglamento. Creo muy posible que vuelva a aparecer dentro de una hora y aún se mofe de toda esta movilización.

—Ordenaré la máxima discreción. Que lo vigilen, que sigan todos sus movimientos... Si dan con él, claro —dijo el *questore*.

—¿Y si lo han secuestrado de verdad?

—Entonces, ya estará muerto.

El jefe del servicio de patrullas dio en el blanco:

—¿Y qué sentido tendría correr el riesgo que implica un secuestro en lugar de liquidarlo en el hospital sin más?

—¿A qué espera? Transmita la orden de búsqueda. Quiero que me mantengan informado de cualquier detalle, por nimio que les parezca.

El jefe volvió a quedarse a solas.

—Esto aún va a traer cola —dijo para sí—. Si Laurenti se ha escapado por iniciativa propia, Dios se apiade de él. Y esa policía enana ya se puede ir preparando para que la trasladen al culo del mundo —y se quedó mirando fijamente el teléfono—. Claro que, como le pase algo a Laurenti, el que lo lleva crudo soy yo.

El Volvo blanco impidió el paso a los coches que iban detrás cuando se detuvo en la

parada del tranvía y esperó a que también los vagones frenasen. Al conductor no parecieron preocuparle en absoluto los furiosos pitidos que siguieron. Viktor Drakič bajó y se dirigió lentamente hacia el Volvo blanco. Cuando estaba a la altura del maletero, la rubia se bajó y abrió la puerta de atrás. Ahora, hasta los dos turistas austriacos vieron la pistola que llevaba en la mano y cómo sacaba de un tirón a la mujer del asiento trasero, que llevaba la boca tapada con cinta adhesiva y las manos atadas. Al ver que Tatjana se acercaba al tranvía, se bajaron corriendo y huyeron al bosquecillo cercano para esconderse. Uno de los hombres de Drakič apuntó al conductor, que, presa del pánico, hizo ademán de cerrar las puertas y emprender la marcha a toda velocidad. Así, también mantendría la mano bien alejada del interruptor de la radio para hablar con la central. En una fracción de segundo, los dos gorilas de Drakič se convirtieron en aliados de Pina sin saberlo. Tatjana subió por la escalerilla y se dejó caer en un asiento cerca de ellos. Sólo la anciana del perro parecía ajena a todo el proceso. Iba en la fila de detrás, encogida, descansando la frente sobre el brazo que, a su vez, apoyaba en el respaldo de delante.

El Subaru azul siguió al Volvo muy de cerca una vez subió Drakič, se sentó detrás del conductor como le ordenó Pina, y Galvano arrancó. La mujer de la minifalda le sonaba de algo, pero no tenía la menor idea de qué podría ser.

—Marietta, examina el dinero.

Pina hizo una seña con la pistola y Drakič, sin decir palabra, tendió el maletín a la de la minifalda, que se lo puso encima de los muslos desnudos y no lo abrió hasta después de entregarle su pistola a la rubia. Ahora apuntaban a Drakič con dos armas. Entonces, también arrancó el tranvía y, al inicio de la pronunciada cuesta, se enganchó al cable que estaba unido al vagón de la dirección contraria. El motorista giró para colocarse sobre los raíles y comenzó a bajar dando botes. Iba muy pegado al vagón.

Marietta hojeó un fajo de billetes de quinientos euros.

—Cárgate a este cerdo —dijo, devolvió el dinero al maletín y cerró la tapa—. Es todo falso. Se cree que somos idiotas —le plantó el maletín en las rodillas a Drakič, recuperó su pistola y le apuntó.

—Llama a tu gente —dijo la rubia muy tranquila. Era difícil que ella perdiese los nervios.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Drakič sonrió con cara de malvado—. Mi hermana está a salvo. A ella ya no puede pasarle nada.

—La vida es corta —dijo Pina, lacónica—. Acelere, Galvano. Ponga las luces de Navidad y tire. Todo va como estaba planeado —no quitaba ojo a Drakič.

Gracias a la luz azul, Galvano pudo avanzar deprisa, pero no conseguía quitarse de encima al Subaru. El viejo Volvo bajó la calle que desembocaba en el centro a toda velocidad y le faltó poco para el siniestro total al girar en la Via Ovidio. Recorrió la estrecha calleja llena de curvas dando bandazos; la pierna de Drakič rozó varias veces el muslo desnudo de Marietta y el coche se hizo varias abolladuras al chocar sonoramente contra los muros de las casas de uno y otro lado.

—Me iba a comprar un coche nuevo de todas formas —dijo Galvano, y frenó en seco.

Salieron a la Via Romagna y vieron el paso a nivel. Galvano dio un volantazo y paró encima de las vías. El Subaru se quedó a cincuenta metros de distancia y las dos mujeres se bajaron, abrieron las puertas y siguieron apuntando a Drakič.

¿Qué es lo que iba como estaba planeado? Así lo había formulado la rubia; ahora le ordenaba bajar del coche. Le apretó el cañón de la pistola por debajo del omóplato izquierdo. La calidad de los billetes era excelente y, sin embargo, habían detectado la falsificación a primera vista. Aquella gente era profesional a pesar de su aspecto esperpéntico, y, desde luego, el viejo de la gorra inglesa era un diablo al volante para la edad que tenía. Drakič se rompía la cabeza pensando cómo darle la vuelta a la situación. Sus hombres, los que hacían el recorrido desde el centro hasta Opicina, debían de estar a punto de aparecer en la Via Romagna desde la dirección contraria. Entonces, serían sus enemigos quienes quedarían atrapados. Ojo por ojo.

El conductor del tranvía, temblando en su sillón, frenó. A velocidad de peatón, se acercó al Volvo dejando un vagón de distancia. Detrás de él iban los dos gorilas, apuntándole con el arma; detrás de éstos, Tatjana con las manos atadas. Le habían quitado la cinta adhesiva de la boca. El conductor, cumpliendo órdenes, apretó un botón y se abrieron las puertas con su característico resoplido.

Sgubin esperaba detrás del vagón. El grupo aún estaba demasiado disperso como para actuar todos juntos. Era mejor permanecer escondido un poco más.

—Diles a esos dos que se marchen —dijo Pina, apuntando a Drakič a la sien.

Él la obedeció e hizo una seña a los del Subaru, quienes, tras vacilar un instante, emprendieron la marcha lentamente. A juzgar por el ruido del motor, en cuanto se creyeron fuera del alcance de la vista de la rubia, volvieron a parar.

—Vete con tu hermana y no hagas tonterías.

Pina, sin dejar de apuntarle, le dio un empujón y Drakič, con el maletín en la mano izquierda, fue caminando muy despacio. ¿Qué demonios pretendía aquella mujer? Sus

hombres iban en el vagón, con lo cual aquella muñeca no tenía demasiadas posibilidades ella sola. Con mucha precaución, Drakič recorrió el estrecho camino junto a las vías, al llegar a la puerta, se agarró con la derecha en la barra y se dio impulso para subir. Estaba medio metro por encima de Pina. Pegó una patada y le dio en la barbilla con el tacón. Pina cayó de espaldas, rodó hacia un lado e intentó levantarse. Recibió otra patada y volvió a caer. Luego, Drakič le quitó la pistola a uno de sus hombres y la amartilló.

Tres coches patrulla con las sirenas aullando subieron por la Via Romagna a toda velocidad. Otros dos se acercaban por la Via Ovidio, donde el Subaru les cortaba el paso. Los policías actuaron justo igual que en los manuales. Con las armas en alto, se acercaron por ambos lados al coche azul, cuyo motor comenzó a rugir y dio un salto hacia adelante en cuanto los agentes llegaron a la altura de la puerta. La bala dio al conductor en la mano izquierda. El coche se estampó contra la puerta de un garaje, que cedió por el impacto, y fue a chocar contra una pared. El resto fue un juego de niños.

El aviso había venido del tranvía que viajaba cuesta arriba en dirección a Opicina. Un Volvo blanco destartado estaba atravesado en la vía, bloqueando las agujas con los cables en los que iban enganchados los trenes de las dos direcciones. El conductor que quería subir lo había visto desde lejos y había llamado a la central. Los viajeros refunfuñaban, quejándose de lo mucho que se averiaba el tranvía de Opicina y de lo poco eficientes que eran en la empresa municipal de transportes a la hora de mantener el servicio en condiciones. El compañero del otro tren, en cambio, no respondía a las llamadas. Cuando el conductor de abajo llamó por segunda vez e informó, muy asustado, que se había oído un disparo, la central avisó a la policía.

Tanto el director del servicio de patrullas como el *questore* estaban al corriente. El jefe incluso había acudido a la central de radio para escuchar el aviso en persona. Todavía no imaginaba lo que le esperaba.

Laurenti fue más rápido. El agujero que se veía en su gabardina era pequeño y tenía un fino borde oscuro. Por debajo de la tela, había mantenido el dedo en el gatillo durante todo el viaje. No le había resultado difícil permanecer encogido en el asiento, inclinado sobre el respaldo de delante. Era la postura en la que sentía menos dolores. Una vez, uno de los gorilas de Drakič le había gritado que fuese a sentarse más atrás, agarrándole groseramente de un hombro. Pero, al ver el sobresalto que le había causado, se había

retirado enseguida. Estaba claro que era una vieja inofensiva. Sólo el perro negro se había puesto a gruñir, intentando morderle. Luego, toda la acción se había concentrado en torno al jefe, a quien aquella rubia mantenía en jaque y que, finalmente, había comenzado a acercarse al tranvía y, de pronto, había derribado a la pistolera sobre la arena con una patada estratégica, propinándole a continuación una segunda, dispuesto a volarle la cabeza con la pistola de uno de ellos.

Viktor Drakič cayó al suelo como un fardo. Cuando sus hombres y su hermana fueron a auxiliarle, se encontraron de frente con los ojos inyectados en sangre de un perrazo negro que gruñía, enseñaba los dientes y temblaba de rabia, al que ninguna correa lograría detener cuando saltase sobre ellos si alguno osaba moverse. Y también vieron que les apuntaba una semiautomática: la sostenía la mendiga de cabello gris. Se había puesto de pie, estaba a pocos metros de ellos y bloqueaba el estrecho pasillo. Y luego apareció un hombre con casco y un traje de motorista lleno de parches de colores que también manejaba su arma como un profesional. La rubia se había puesto de pie y miraba con desprecio al jefe Drakič, que a su vez la miraba a ella como al mismísimo demonio. Balbuceó algo incomprensible. Viktor Drakič yacía con los ojos abiertos a los pies de la mendiga de pelo gris que se había hecho con el control del vagón, su respiración era muy superficial. Bajo uno de sus omóplatos se extendía cada vez más una mancha oscura de sangre que fluía por el suelo siguiendo la inclinación del vagón y no tardaría en llegar a la parte delantera si nadie taponaba la herida.

—Las armas al suelo —dijo la vieja.

Tatjana Drakič no dio crédito a sus oídos cuando percibió aquella voz de hombre y palideció. ¡Imposible! Se habría confundido. Pero de nuevo habló la vieja, y esta vez comprobó que era cierto.

—Uno detrás de otro. Nada de tonterías o acabaréis igual que éste.

Sólo Tatjana Drakič dio un paso hacia delante, pero luego la abandonó el valor de acercarse a su hermano con una pistola apuntándole.

—¡Sgubin, encárgate tú! —Laurenti miró un momento a la rubia—. Pongamos fin a esta farsa.

Se quitó lentamente las gafas de sol y la peluca. La inspectora hizo lo mismo. Tenía la barbilla sucia e hinchada.

—Tatjana Drakič alias ex consulesa Petra Piskera —dijo Laurenti—, ha apostado

demasiado alto. Ya el rey Midas se perdió por su codicia. También para usted ha terminado todo.

Tatjana se echó al suelo con las manos atadas y se arrastró hasta su hermano. Su cabello negro cubría los ojos de Viktor Drakič cuando expiró.

Proteo Laurenti dio una escueta orden al perro y volvió a ponerle la correa; luego llamó al conductor, que permanecía petrificado sin moverse de su sillón y se levantó a cámara lenta. Laurenti se apoyó en su brazo y pasó por encima de Tatjana, que sollozaba cada vez más fuerte. Ni siquiera se dignó mirarla sino que bajó del vagón con el pobre funcionario de transportes, mudo y pálido, y fue hasta el Volvo de Galvano. Se quitó la gabardina y se la devolvió a su dueño.

—Gracias —le dijo—. Vas a tener que zurcirla un poco. Y también te va a hacer falta un coche nuevo. Si no hubiéramos encarcelado a Ezio, el del desguace, seguro que aún le hacía un apaño a éste. Lo siento, este perro necesita moverse un poco, luego te lo devuelvo.

Marietta quiso ayudarle a caminar, pues a Laurenti le costaba mantener el equilibrio, pero siguió andando, pasó por delante de todos, cruzó la Via Romagna y, al otro lado de las vías, comenzó a bajar las escaleras que conducían en paralelo al centro de la ciudad. El perro negro le lamía la mano contentísimo. Parecían una pareja de borrachos que intentaran mantenerse en pie a duras penas. Y el perro cojeaba igual que su amo. Galvano les siguió con la mirada, meneando la cabeza. Hacía mucho que no encontraba una ocasión que mereciera callarse sus comentarios. Se levantó un viento que comenzó a empujar una masa de nubes negras desde el mar hacia la ciudad.

Después de la lluvia

La voz de Frank Zappa en el interior de la casa de Serse se oía hasta la calle a través de las ventanas abiertas. Laurenti tuvo que llamar al timbre varias veces hasta que el pintor le abrió de una vez. Al verle, palideció.

–Creía... –balbuceó– que estabas en el cielo.

–Ya sé que estás dispuesto a ocuparte de Laura muy gentilmente. Venía a darte las gracias, amigo mío, y a despedirme de ti.

Serse conocía bien la ironía del comisario.

–Ah, ya veo. Por eso has vuelto desde el Hades y te has traído de la correa al demonio negro que ha de llevarte de regreso.

–El tercer error de la Creación fue la resurrección, mi querido amigo –bromeó Laurenti–, y con eso se terminó lo de dormir a pierna suelta.

–¿Y cómo es que no estás en el ataúd?

–Es que a mí hay que matarme más muerto.

–¿De dónde vienes?

–De un tranvía llamado Deseo... Ya que le haces la corte a mi mujer, podrías ofrecerme una copa de vino, ¿no?

–¿Y por qué caminas así, encogido? Eso es que, después de todo, sí que te dieron.

–Todo lo contrario. Soy yo el que acaba de matar a un hombre. Tengo que hacerme a la idea.

Una hora y una botella de vino más tarde, Laurenti cogía el móvil, que llevaba todo el tiempo sonando tan insistente como inútilmente, para marcar el número de Omar, el taxista más famoso de Trieste, para que acudiera a la última casa de la Via Virgilio. Y le pidió que, de camino, cumpliera con un pequeño encargo. Los primeros goterones de lluvia mojaron los cristales.

–¿Pero de dónde sales? –preguntó Laura indignada cuando abrió la puerta y se encontró ante un gigantesco ramo de flores detrás del cual se escondía Laurenti. Ya le esperaba, pues Serse se había apresurado a llamarla en cuanto había visto al comisario sentado en el taxi, contándole toda la historia a Omar.

–He pasado a ver a Walter al Malabar un rato –mintió Laurenti. Estaba completamente calado–. ¿No me vas a dejar entrar?

–¿Y te has pasado allí toda la tarde?

–Toda.

–¿Y el perro de Galvano? ¿Por qué viene contigo?

–Tiene sed, igual que yo. Galvano está ocupado. Mañana viene a recogerlo.

Laura le quitó las flores a Laurenti y las dejó encima de la mesa. Se puso una chaqueta por los hombros y cogió el bolso.

–Te llevo de vuelta al hospital.

–Ni se te ocurra. Yo no me muevo de aquí. En cuatro semanas por lo menos. A lo mejor incluso me dan una baja más larga –pasó al salón, enfrente, y se sentó en un sillón con mucho cuidado–. Deberíamos pensar adónde nos vamos de vacaciones.

Laura se echó a reír.

–Estás como una cabra, Laurenti –dijo finalmente.

–Este perro tiene sed y yo también. Por favor, Laura. Además, tengo que reflexionar sobre unas cuantas cosas.

Siguió con la mirada a su mujer, que sabía que era inútil intentar hacerle entrar en razón. Apoyó la barbilla en las manos e intentó reconstruir en su memoria todo lo que acababa de suceder. No podía reprocharse nada, había actuado correctamente.

Viktor Drakič era el tercer muerto del que Laurenti tenía que responder en sus casi treinta años de carrera. Él, que ni siquiera sabía dónde guardaba su arma reglamentaria, había vuelto a utilizarla esa tarde por primera vez desde que terminara la instrucción obligatoria meses atrás. Pero en esta ocasión no le había resultado difícil. Todo lo contrario, se sentía liberado, como si acabara de despertar de una pesadilla. Durante seis largos años y a través de los cuatro casos más importantes de aquella época, aquel criminal se había convertido en la sombra de Laurenti. Ahora, por fin se había deshecho de ella. También recordaba con satisfacción la cara que se le había quedado a la falsa consulesa al reconocerle. Naturalmente, le abrirían una investigación, pues así lo prescribía el reglamento cuando se producía alguna víctima mortal. Y también tenía que

encontrar una manera de sacar a la inspectora Pina del atolladero. Laurenti echó mano al teléfono, Marietta respondió de inmediato.

El *questore* tenía un problema. No había conseguido hablar por teléfono con Laurenti. Su mujer se lo había sacudido de encima todas las veces diciendo que el comisario tenía tantos dolores que no podía hablar. A regañadientes, había terminado subiendo a su coche oficial, al asiento de atrás, y mandando al chófer que le llevara hasta la costa. Sudaba cuando llegó al final de las escaleras que bajaban desde la carretera hasta la casa de los Laurenti. Cuando, tras hartarse de llamar al timbre, le abrieron la puerta, oyó risas en el interior.

—Tengo que hablar con él —fue todo lo que dijo el *questore* sin esperar a que Laura le dejara pasar o le echara.

—Tu jefe —exclamó ella detrás de él.

En la terraza con vistas al mar, el *questore* se encontró con un grupo muy animado cuya conversación se cortó de golpe al entrar él por la puerta. En la mesa se veían numerosas botellas de vino y *crostini* con migas de bacalao.

—Ya contaba yo con ello —dijo Laurenti al tiempo que sacaba un cigarrillo del paquete de Marietta y lo encendía, antes de tender la mano al *questore* con una mueca de dolor y sin levantarse—. Qué grato es saber que incluso los superiores se preocupan por uno. Así, el sufrimiento es sólo medio sufrimiento —y le mostró una silla al lado de Galvano.

Vacilante, el jefe se sentó y los miró fijamente, uno por uno. Sgubin respondió con una sonrisa de suficiencia; después de todo, ya no era su jefe. La inspectora en miniatura permaneció sentada, alerta, le aguantó la mirada sin esfuerzo y se puso a jugar con su bíceps en miniatura. Y el anciano forense le dio una palmada en el hombro a modo de saludo y le llamó «viejo». La blusa de Marietta llevaba desabrochado un botón de más y se le veía el encaje del sujetador. A diferencia de Sgubin, el *questore* intentaba no clavar la vista en sus muslos desnudos. Y, desde luego, la cara de dolor de Laurenti no se la creía en absoluto.

Galvano rellenó las copas, también la del *questore*, que al final tenía más vino que al principio, puesto que no dio más que un sorbito.

—Esto es muy serio, Laurenti. Aunque esté de baja. Sigue siendo policía y, en su día, prestó juramento a la patria, la Constitución y la conservación de las leyes. Así pues, mientras esté en condiciones de hablar, está obligado a contribuir a esclarecer los hechos

—el jefe se aflojó el cuello de la camisa antes de que le saltara el último botón—. Una comisión se encargará de investigar este asunto. Un secuestro con una víctima mortal como consecuencia no es ningún juego de niños.

—La inspectora no hizo más que cumplir con su obligación. No secuestró a Tatjana Drakič sino que la detuvo.

Laurenti clavó los ojos en el jefe, que apartó la vista.

—La Drakič afirma lo contrario.

—Cinco testigos contra uno —intervino Galvano airado—. ¿Qué crees que decidirá un juez? Me apuesto lo que quieras a que desestiman el caso —una vez más, había faltado al respeto al *questore* tuteándole.

—Ándese con cuidado, doctor —el jefe de la policía no pudo seguir disimulando que le temblaba la voz—. Ya tengo sobre la mesa una denuncia por abuso de los símbolos de la autoridad.

—¿Es que he faltado a nuestra bandera? —dijo Galvano haciendo un gesto displicente con la mano.

—La luz azul —preguntó el *questore*—. ¿De dónde la había sacado?

—¡Ahora sí que estás exagerando, viejo! —Galvano se llevó la mano a la frente.

—Lo lamento mucho, jefe —Laurenti se llevó la mano al pecho y tosió débilmente—. Pero tengo demasiados dolores. Los médicos, al menos, me han prohibido terminantemente cualquier esfuerzo. ¿No podríamos concluir esta conversación en otro momento? Todo el mundo cree que he muerto. Mientras siga de baja, podríamos dejarlo estar.

De mal humor, el *questore* se levantó y no dio la mano a nadie. Ni siquiera devolvió la sonrisa a Laura cuando le despidió en la puerta. Mientras subía las escaleras hasta la calle, oyó risas burlonas en la casa. Sólo los chillidos de las gaviotas, que seguían el rastro de un barco de pesca, sonaban más fuerte. Aunque también los chillidos de las gaviotas parecían risas burlonas.

Cuando todos los compañeros se hubieron ido, Laura y Proteo se sentaron frente al televisor.

«Laurenti vive», anunció el titular del telediario de la noche. ¿Quién demonios habría filtrado la noticia? El teléfono empezó a sonar y a sonar, hasta que Laurenti acabó por desconectar el cable de la pared.

—Podríamos subir mañana a Hrastovlje. La Danza de la Muerte es magnífica. Deberías

verla –dijo el comisario, arrimándose al hombro de su mujer.

Laura arqueó las cejas.

–Ésa ya la tengo yo en casa.

La traducción de este libro ha recibido una subvención del Goethe-Institut, patrocinado por el ministerio de Asuntos Exteriores alemán

Título original: *Totentanz*

Edición en formato digital: mayo de 2013

En cubierta: Tranvía-funicular de Opicina, en Trieste, foto de © Marino Sterle

© Paul Zsolnay Verlag, Viena, 2007

© De la traducción, Isabel García Adánez, 2008

© Ediciones Siruela, S. A., 2008, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-94-2

Conversión a formato digital: Década Soft, S. L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La Danza de la Muerte	4
Buenos amigos	6
Todo tiene su precio	14
Ambiente explosivo	21
Negocios creativos	37
Basura	51
Siempre a quien menos lo merece	93
Agradable compañía	127
Últimas palabras	146
Aumenta el oleaje	162
Cada cosa a su tiempo	171
Epílogo	181
Uno se encuentra más de una vez en la vida	186
El durmiente despierta	206
18.9.18'09''	221
Después de la lluvia	240
Créditos	245